

LEON TROTSKY

León  
Trotsky

TOMO

STALIN

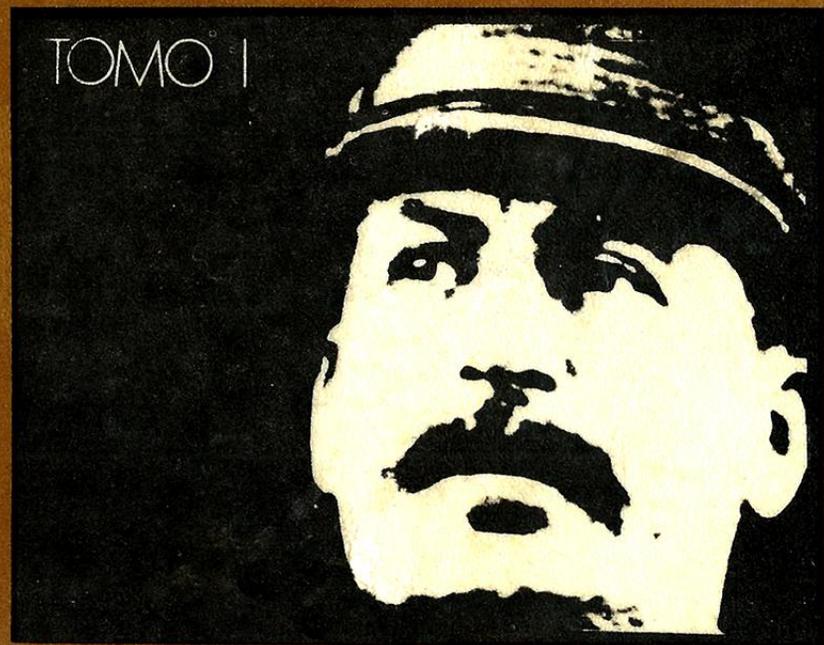


16

león  
trotsky

# STALIN

TOMO I



 **el Yunque**  
editora

LEON TROTSKY

# STALIN

TOMO I

 **Yunque**  
editora

## **NOTA ACLARATORIA**

La señora Natalia Trotsky, viuda de León Trotsky, hizo la siguiente aclaración:

*“Las frases intercaladas en la presente obra por el traductor (C.M.) son exclusivamente de su responsabilidad. El fue encargado por Harber y Brothers, editores de la edición norteamericana de este libro, y no por Natalia Trotsky, viuda de León Trotsky, de dicha labor. Las interpolaciones no han sido revisadas por nadie que pudiera pretender haber sido colaborador de León Trotsky, y, en consecuencia, deben considerarse expresivas tan sólo de las ideas del traductor, adversario político de Trotsky”.*

Hecho el depósito que marca la ley 11.723  
Impreso en la República Argentina.

*El lector observará que me he detenido mucho más a propósito de la evolución de Stalin durante el período preparatorio que respecto a sus actividades políticas más recientes. Los hechos del último período son notorios a toda persona letrada. Además, mis críticas sobre la conducta política de Stalin desde el año 1923 se pueden encontrar en muchas obras. La finalidad de esta biografía política es mostrar cómo se formó una personalidad de este género y cómo subió al Poder usurpando el derecho a un papel tan excepcional. Por eso, al describir la vida y la evolución de Stalin durante la época en que nada o casi nada se conocía de él, el autor se ha empeñado en un análisis metódico de hechos y pormenores aislados y del testimonio de quienes los presenciaron; mientras que, en cuanto al último período, se ha limitado a una exposición sintética, dando por suficientemente conocidos del lector los hechos, al menos los principales.*

*Los críticos al servicio del Kremlin declararán esta vez, como lo hicieron con referencia a mi "Historia de la Revolución Rusa", que la ausencia de referencias bibliográficas hace imposible verificar los asertos del autor. En realidad, las referencias bibliográficas de cientos y miles de periódicos y revistas del país, memorias, antologías, etc., valdrían de muy poco al lector crítico ruso, y sólo servirían para hacer prolijo el texto. En cuanto a los críticos rusos, tienen a su disposición todo cuanto se guarda en archivos y*

bibliotecas de Rusia. Si hubiese errores de hecho, citas equivocadas o cualquier otro defecto malicioso en mis obras, ya hace tiempo que se hubiera hecho constar así. Y no sé de un sólo caso de escritos antitrotskistas que contengan una sola referencia al uso incorrecto de materiales de origen por parte mía. Me atrevo a creer que este hecho por sí solo es suficiente garantía de autenticidad para el lector extranjero.

Al escribir mi "Historia" (de la Revolución Rusa), huí de todo recuerdo personal y confié principalmente en datos ya publicados y sujetos, por lo tanto, a comprobación, incluyendo sólo cuanto podía atestiguar de lo ya conocido y no controvertido por nadie de aquellos tiempos. En esta biografía me he permitido una ligera desviación de un método tan riguroso. También aquí, la trama básica de la narración se compone de documentos, memorias y otras fuentes subjetivas. Pero en los casos en que nada puede reemplazar al testimonio de los propios recuerdos del autor, me he sentido con derecho a intercalar algún que otro episodio de ellos, muchos aún inéditos, indicando en cada ocasión que, en el caso de referencia, no sólo me presento como autor sino como testigo. Por lo demás, he seguido el mismo método que en mi "Historia de la Revolución Rusa".

Muchos adversarios míos han admitido que este último libro se ha compuesto a base de hechos ordenados en forma escolar. Un revisero del New York Times tildaba el libro de parcial; pero todo su ensayo mostraba que estaba indignado con la Revolución rusa y transfería su indignación al historiador de ella. Esta es la aberración usual de toda clase de subjetivistas liberales que sostienen una querrela perpetua con el curso de la lucha de clases. Irritados por el desenlace de cualquier proceso histórico descargan su destemplanza sobre el análisis científico que expone la inevitabilidad del mismo. En fin de cuentas, el juicio emitido sobre el método del autor es más pertinente que la cuestión de si todas las con-

clusiones del autor o sólo una parte de ellas han de tenerse por objetivas. Y en este aspecto, el que esto escribe no teme a la crítica. Esta obra se compone de hechos y está sólidamente fundada en documentos. Es evidente que podrán hallarse errores de menor cuantía y ligeras faltas de énfasis o de interpretación defectuosa. Pero lo que nadie encontrará en esta obra es una actitud inconsciente frente a hechos, omisión deliberada de pruebas documentales o conclusiones arbitrarias basadas únicamente en prejuicios personales. El autor no ha pasado por alto un solo hecho, documento o fragmento testifical que redunde en beneficio del héroe de este libro. Si no es objetividad un afanoso, completo y concienzudo acopio de hechos, aún de episodios minúsculos, la comprobación de las aseveraciones de testigos, con ayuda de hechos de nuestra vida personal en relación con la del papel de nuestro héroe en el proceso histórico, habremos de preguntar: ¿Qué es objetividad?

Por otra parte, nuevos tiempos han aportado una nueva modalidad política. Y, aunque parezca raro, la (oscilación del péndulo de la historia) nos ha devuelto en muchos respectos a la época del Renacimiento, incluso excediendo en extensión y profundidad a aquélla en crueldades y bestialidad. Tenemos otra vez condottieri políticos, y otra vez la pugna por el Poder ha asumido un carácter grandioso, y tiene por misión hacer cuanto el momento consienta atrapando todo el poder gubernamental para una persona, un poder despojado hasta lo inhumano (de todas las restricciones antes formuladas y consideradas necesarias hasta ahora). Hubo un tiempo en que las leyes de la mecánica política minuciosamente formuladas por Maquiavelo se consideraban el colmo del cinismo. Para Maquiavelo, la pugna por el poder era un teorema de ajedrez. Para él no había cuestiones de moralidad, como no existen para un jugador de ajedrez ni para un tenedor de libros. Su tarea consistía en determinar la política más factible que re-

quería una situación dada, y en explicar como había que realizar dicha política de un modo despiadado y duro, a base de experimentos efectuados en los crisoles políticos de dos continentes. Este criterio se explica no sólo por la tarea en sí, sino también por el carácter de la época en que se planteaba. Provenía esencialmente del estado de desarrollo del feudalismo, de acuerdo con la liza crucial por el poder entre los señores de dos épocas: el feudalismo moribundo y la sociedad burguesa que estaba en pleno alumbramiento.

Pero en el curso del siglo XIX, que fue la época del parlamentarismo, el liberalismo y la reforma social (prescindiendo de algunas guerras internacionales y civiles), Maquiavelo se consideró absurdamente pasado de moda. La ambición política estaba limitada dentro del marco parlamentario, y la misma característica refrenaba sus tendencias excesivamente aventuradas. Ya no se trataba de una abierta aprehensión del poder por una persona y sus paniaguados, sino de conseguir mandatos en el número mayor posible de distritos. En la época de la pugna por carteras ministeriales, Maquiavelo parecía ser el singular ideólogo de un vago y remoto pasado. Pero, cosa extraña, el siglo XX (aquel sueño entrevisto de una nueva edad por la cual con tanto afán luchara el siglo XIX) nos ha retrotraído en muchos respectos a los métodos y procedimientos del Renacimiento.

Este retroceso al maquiavelismo más cruel, parece incomprendible a quien hasta ayer confiara en la consoladora certidumbre de que la historia humana sigue una línea ascendente de progreso material y cultural. (Nada, ciertamente, más lejos de la verdad. Esto es demasiado evidente hoy para necesitar de prueba verbal. Pero sean cuales fueren nuestros títulos o desacuerdos con este) punto, todos nosotros, creemos, podemos decir ahora: Ninguna otra época del pasado fue más cruel, más desconsiderada, más cínica que la actual. Políticamente, la moralidad no ha mejorado

en nada si se compara con las normas del Renacimiento y con las de otras épocas aún más lejanas. (No muere llanamente y de grado un orden social cuando pasa el momento de su utilidad. Todas las épocas de transición han sido épocas de luchas sociales violentas, despojadas de trabas morales, épocas de lucha a vida o muerte). El Renacimiento fue una época de luchas entre dos mundos. Los antagonismos sociales alcanzaron entonces una extrema agudeza. De ahí la intensidad de la lucha-política.

En la segunda mitad del siglo XIX, la moralidad política había suplantado al materialismo (al menos, en la imaginación de ciertos políticos), sólo porque los antagonismos sociales se habían suavizado de momento, y la lucha política se había vuelto mezquina. La base de esto fue un aumento general del bienestar de la nación y ciertas mejoras en la situación de las capas más altas de la clase trabajadora. Pero nuestro período, nuestra época se parece a la época del Renacimiento en el sentido de que estamos viviendo en el límite de dos mundos: el capitalista burgués, que está en plena agonía, y ese mundo nuevo que ha de sustituirlo. Las contradicciones sociales han alcanzado otra vez un punto de excepcional aspereza.

El poder político, como la moralidad, no se desarrolla ni mucho menos de manera continua hacia un estado de perfección, como se creía a fines del siglo pasado y durante el primer decenio de la presente centuria. La política y la moral sufren y han de pasar por una órbita sumamente compleja y paradójica. La política, como la moralidad, depende directamente de la lucha de clases. Como regla general, puede decirse que cuanto más violenta e intensa sea la lucha de clases, más profunda la crisis social, y más agrio el carácter adoptado por la política, más concentrado y cruel se hace el poder del Estado y más francamente (arroja por la borda las apariencias de moralidad).

Algunos de mis amigos han apuntado que se dedica mucho

espacio en este libro a referencias de fuentes informativas y a la crítica de éstas. Me doy perfecta cuenta de los inconvenientes de tal método de exposición; pero no puedo elegir otro. Nadie está obligado a prestar crédito a las aseveraciones de un autor tan directamente interesado y relacionado como lo he estado yo en la pugna con la persona cuya biografía se ha visto obligado a escribir. Nuestra época es, sobre todo, una época de mentiras. No quiero decir con esto que otros períodos de la historia humana se distinguieron por una mayor veracidad. La mentira es el fruto de contradicciones, de luchas, del choque de las clases, de la supresión de la personalidad y del orden social. En tal sentido es atributo de toda la historia de la humanidad. Hay períodos en que las contradicciones sociales se hacen singularmente agudas, en que la mentira sobrepasa su término medio y se hace atributo de la agudeza extrema de esas contradicciones sociales. Tal es nuestra época. Yo no creo que en toda la historia humana pueda hallarse, ni remotamente, algo que semeje a la gigantesca fábrica de mentiras que se organizó en el Kremlin bajo la dirección de Stalin. Y una de las finalidades principales de tal fábrica es elaborar una nueva biografía de Stalin... Algunas de estas fuentes fueron fabricadas por Stalin mismo... Sin someter a crítica los detalles de las falsificaciones progresivamente acumuladas, sería imposible preparar al lector para un fenómeno semejante, por ejemplo, a los juicios de Moscú...

Hitler insiste especialmente en que sólo la palabra vívida, oral, señala al caudillo. Nunca, según él, puede influir ningún escrito sobre las masas como un discurso. En todo caso, no puede engendrar el nexo firme y animado entre el dirigente y sus millones de adeptos. Este criterio de Hitler se basa en gran parte, sin duda, en que no sabe escribir. Marx y Engels adquirieron millones de prosélitos sin recurrir en toda su vida al arte de la oratoria. Claro es que necesitaron muchos años para conseguir su influencia. El

arte del escritor cuenta más en definitiva pues hace posible hermanar la profundidad con la elevación de la forma. Los dirigentes políticos que no dominan más que la oratoria, son invariablemente superficiales. Un orador no engendra escritores. Por el contrario, un gran escritor puede inspirar a miles de oradores. Sin embargo, es verdad que para un contacto directo con las masas hace falta el discurso vivo. Lenin se convirtió en cabeza de un partido poderoso e influyente antes de haber tenido ocasión de dirigirse a las masas con la palabra animada. Sus presentaciones en público en 1905 fueron escasas y pasaron inadvertidas. Como orador de masas, Lenin no apareció en escena hasta 1917, y entonces sólo por un lapso breve, durante abril, mayo y julio. Llegó al Poder no como orador, sino, sobre todo, como escritor, como instructor de los propagandistas que habían instruido a sus cuadros, incluso a sus cuadros de oradores.

En este respecto, Stalin representa un fenómeno sumamente excepcional. No es un pensador, ni un escritor, ni un orador. Tomó posesión del Poder antes de que las masas aprendiesen a distinguir su figura de otras durante las triunfales procesiones a través de la Plaza Roja; Stalin tomó posesión del Poder, no valiéndose de sus cualidades personales, sino con ayuda de una máquina impersonal. Y no fue él quien creó la máquina, sino la máquina quien lo creó. Esa máquina, con su fuerza y autoridad, era el producto de la lucha persistente y heroica del Partido Bolchevique, que surgió de las ideas. La máquina era la portadora de la idea antes de transformarse en un fin intrínseco. Stalin decapitó la máquina desde el momento en que cortó el cordón umbilical que la unía a la idea, y la convirtió en una cosa nada más. Lenin creó la máquina mediante una asociación continua con las masas, si no por la palabra oral, sí por la prensa, si no directamente, sí por medio de sus discípulos. Stalin no creó la máquina, sino que tomó posesión de ella. Para esto se necesitaban cualidades especiales

*y de excepción. Pero no eran las cualidades del iniciador histórico, del pensador, del escritor, del orador. La máquina había surgido de las ideas. La primera cualidad de Stalin era una actitud despectiva hacia las ideas. La idea había...*

*(El 20 de agosto de 1940 Trotsky recibió un golpe mortal en la parte posterior del cráneo con una piqueta, y su cerebro quedó destruído, cuando estaba leyendo un manuscrito que el asesino le presentó para su lectura. Por eso han quedado sin terminar ésta y otras partes del libro).*

CAPITULO PRIMERO  
**FAMILIA Y ESCUELA**

El difunto Leónidas Krassin, viejo revolucionario, eminente ingeniero, brillante diplomático del Soviet, y sobre todo, criatura inteligente, fue quien primero llamó a Stalin «asiático». Al decir esto no pensaba en atributos raciales problemáticos, sino más bien en esa aleación de entereza, sagacidad, astucia y crueldad que se ha considerado característica de los hombres de Estado de Asia. Bujarin simplificó seguidamente el apelativo, llamando a Stalin «Gengis Kan», sin duda con objeto de llamar la atención sobre su crueldad, que se ha trocado en brutalidad. El mismo Stalin, conversando con un periodista japonés, se denominó «asiático», no sólo en el sentido antiguo del vocablo, sino también en el moderno; con aquella alusión personal se proponía aludir a la existencia de intereses comunes entre la URSS y el Japón frente al Oeste imperialista. Examinando el término «asiático» desde un punto de vista científico, hemos de admitir que en este caso sólo es correcto en parte. Geográficamente, el Cáucaso, especialmente Transcaucasia, es sin duda una continuación de Asia. Los georgianos, sin embargo, a diferencia de los azerbaijanos, pertenecen a la raza llamada mediterráneo-europea. De suerte que Stalin no estaba en lo cierto al calificarse de «asiático». Pero la geografía, la etnografía y la antropología no son todo lo que cuenta; la historia predomina.

Unas cuantas salpicaduras de la sangre humana que ha vertido durante siglos Asia en Europa se han quedado adheridas a los valles y montañas del Cáucaso. Tribus y grupos desconectados parecen haberse congelado allí en el curso de su desarrollo, transformando el Cáucaso en un inmenso museo etnográfico. Durante

muchas centurias, el destino de ese pueblo quedó estrechamente soldado al de Persia y Turquía, permaneciendo así retenido en la esfera de la vieja cultura asiática, que ha sabido conservarse estática a pesar de continuos traqueteos de guerras y levantamientos.

El cualquier otro sitio, más frecuentado, aquella pequeña rama georgiana de humanidad (unos 2.5 millones en la actualidad) se hubiera disuelto indudablemente en el crisol de la historia sin dejar rastro. Protegidos por la cordillera caucásica, los georgianos han mantenido en forma relativamente pura su fisonomía étnica y su lengua, que la Filología no ha conseguido clasificar hasta ahora con seguridad. El idioma escrito apareció en Georgia al mismo tiempo que penetró allí el Cristianismo, ya en el siglo iv, seiscientos años antes que en la Rusia de Kiev. Los siglos x a XIII se consideran como la época en que florecieron el poder militar, el arte y la literatura georgianos; siguieron luego centurias de estancamiento y decadencia. Las frecuentes y sangrientas expediciones de Gengis Kan y Tamerlán al interior del Cáucaso dejaron huellas en el habla nacional de Georgia. Si vamos a creer al infortunado Bujarin, asimismo las dejaron en el carácter de Stalin.

A principios del siglo xvii, el zar de Georgia reconoció la soberanía de Moscú, buscando la protección contra sus enemigos tradicionales, Turquía y Persia. Consiguió su propósito inmediato de ver más asegurada su vida. El Gobierno zarista tendió las necesarias carreteras estratégicas, reformó ciudades y montó una red rudimentaria de escuelas, con la finalidad primordial de rusificar a aquellos súbditos de otra estirpe. Naturalmente, en dos siglos la burocracia de San Petersburgo no pudo remplazar el viejo barbarismo asiático por una cultura europea de la que tan necesitada estaba aun en su propio país.

A pesar de sus riquezas naturales y su magnífico clima, Georgia siguió siendo una comarca pobre y atrasada. Su estructura social semifeudal se basaba en un bajo nivel de desarrollo económico y se distinguía en consecuencia por los rasgos del patriarcado asiático sin excluir la crueldad asiática. La industria apenas existía. La agricultura y la construcción de casas continuaba virtualmente con las mismas normas de veinte siglos atrás. El vino se extraía pisando la uva, y se almacenaba en grandes vasijas de arcilla. Las ciudades del Cáucaso, que comprendían no más de una sexta parte de la población, siguieron siendo, como todas las ciudades de Asia, burocráticas, militares, comerciales, y, únicamente en pequeña proporción, industriales. Por encima de la masa fundamental campesina destacaba un estrato de burguesía

pobre en su mayor parte y poco culta, hasta el punto de distinguirse en algunos casos de los aldeanos más despiertos únicamente por sus pomposos títulos y dengues. No sin motivo se ha llamado a Georgia (con su fugaz esplendor pasado, su presente estancamiento económico, su sol benéfico, sus viñedos, su irresponsabilidad y su abundancia de hidalgos provincianos de bolsillos exhaustos) la España del Cáucaso.

La joven generación de la nobleza llamó a las puertas de las Universidades rusas, y rompiendo con la raída tradición de su casta, que nunca se tomó demasiado en serio en la Rusia central, se unió a diversos grupos radicales de estudiantes rusos. Los campesinos y ciudadanos más prosperos, deseosos de convertir a sus hijos en funcionarios del Gobierno, oficiales del Ejército, abogados o clérigos, siguieron la pauta de las familias nobles. De donde resultó que Georgia obtuvo una cosecha exclusiva de intelectuales, que, diseminados por varias regiones de Rusia, desempeñaron prominente papel en todos los movimientos políticos progresivos y en las tres revoluciones.

El escritor alemán Bodenstedt, que era director de una Escuela Normal de Tiflis en 1844, llegó a la conclusión de que los georgianos eran no sólo desaliñados y gandules, sino menos inteligentes que los demás moradores del Cáucaso; en la escuela no podían competir con los armenios y los tártaros en el estudio de las ciencias, la adquisición de lenguas extranjeras y la capacidad de expresarse. Citando esta opinión, demasiado sumaria, Eliseo Reclus expresaba la sospecha, bien justificada, de que la diferencia pudiera no ser debida a la nacionalidad, sino a causas sociales, al hecho de que los estudiantes georgianos procedían de aldeas retiradas, mientras que los armenios eran hijos de la burguesía urbana. El hecho es que el desenvolvimiento ulterior dio cuenta pronto de aquel atraso educativo. Por 1892, cuando José Djughashvili era alumno de segundo curso de la escuela parroquial, los georgianos, que componían aproximadamente un octavo de la población del Cáucaso, contribuían virtualmente con un quinto del total de estudiantes (los rusos con más de la mitad, los armenios con un 14 por 100 y los tártaros con menos del 3 por 100...). Sin embargo, parece ser que las peculiaridades del lenguaje georgiano, uno de los instrumentos de cultura más antiguos, son un obstáculo serio para el aprendizaje de otras lenguas, pues deja un sello indeleble en la pronunciación. Esto no quiere decir que los georgianos estén desprovistos de elocuencia. Como las demás naciones del Imperio, bajo el zarismo estaban condenados al si-

lencio. Pero, al «europeizarse» Rusia, los intelectuales de Georgia produjeron numerosos oradores (si no de primer orden, al menos notables) de la variedad judicial y más tarde de la parlamentaria. El más elocuente de los aúlides de la Revolución de febrero fue, tal vez, el georgiano Heraclio Tseretelli. Por lo tanto, sería injusto atribuir la falta de aptitudes oratorias en Stalin a su origen nacional. Incluso en su tipo físico apenas representa una muestra acertada de su pueblo, que es tenido por uno de los más agraciados del Cáucaso.

El carácter nacional de los georgianos se suele representar como confiado, impresionable, de genio vivo, pero a la vez falto de energía e iniciativa. Por encima de todo, Reclus hacía notar su buen humor, su sociabilidad y su honradez. El carácter de Stalin tiene poco de estos atributos, que, en realidad, son los que se advierten ante todo al frecuentar el trato de georgianos. Los emigrados de Georgia en París aseguraron a Suvarin, el autor de la biografía de Stalin en francés, que la madre de José Djughashvili no era georgiana, sino osetina, y que hay mezcla de sangre mogola en sus venas. Pero un tal Iremashvili, a quien tendremos ocasión de volver a encontrar más adelante, asegura que la madre de Stalin era georgiana de pura raza, y osetino su padre, «persona ruda y vulgar, como todos los osetinos, que viven en las altas montañas caucásicas». Es difícil, si no imposible, comprobar tales asertos. Sin embargo, no son muy necesarios para nuestro propósito de explicar la talla moral de Stalin. En las comarcas del mar Mediterráneo, en los Balcanes, en Italia, en España, además del tipo llamado meridional, que se caracteriza por una asociación de pereza indolencia e irascibilidad explosiva, se encuentran naturalezas frías, en las cuales se combina la flema con cierta terquedad y malicia. El primer tipo prevalece; pero el segundo lo incrementa como excepción. Parece como si a cada grupo nacional hubiese tocado una parte legítima de elementos básicos de carácter, y que éstos se hayan distribuido con menos acierto bajo el sol de Mediodía que bajo el de Septentrión. Pero nos aventuramos demasiado en la región infecunda de la metafísica nacional.

La ciudad provinciana de Gori está pintorescamente situada en las márgenes del río Kura, a 75 kilómetros de Tiflis, sobre el ferrocarril transcaucásico. Es una de las ciudades más antiguas de Georgia, y su historia es intensamente dramática. La tradición pretende que fue fundada en el siglo XIII por armenios que bus-

caban refugio huyendo de los turcos. Luego, la pequeña ciudad estuvo sujeta a diversas incursiones, pues por aquel tiempo los armenios eran ya una clase comercial y urbana a la que se atribuían grandes riquezas y por eso constituían una presa tentadora. Como todas las ciudades asiáticas, Gori creció muy paulatinamente, acogiendo por grados dentro de sus muros a pobladores de aldeas georgianas y tártaras. Por la época en que el zapatero Visarion Djughashvili acudió allí desde su villorio natal de Didi-Lilo, la pequeña ciudad tenía una población abigarrada de unas seis mil almas, varias iglesias, muchas tiendas y más fondas para el paisanaje de las comarcas adyacentes, una Escuela Normal con un departamento tártaro, una Escuela preparatoria clásica para muchachas y una Escuela secundaria elemental.

La servidumbre fue abolida en el Gobierno de Tiflis sólo catorce años antes del nacimiento de José, el futuro secretario general del Comité Central del Partido Comunista. Las relaciones sociales y las costumbres aún se resentían en sus defectos. Es dudoso que sus progenitores supiesen leer y escribir. Ciertamente es que en Transcaucasia se publicaban cinco periódicos en lengua georgiana, pero su circulación total no pasaba de cuatro mil ejemplares. La vida de los campesinos continuaba aún al margen de la historia.

Calles intormes, casas muy diversas, huertos, todo ello daba a Gori el aspecto de un poblacho. En rigor, las casas pobres de la ciudad apenas se distinguían de los cobijos campesinos. Los Djughashvili ocupaban una vieja choza de adobe, con ángulos de ladrillo y tejado cubierto de arena, que calaban fácilmente el viento y la lluvia. D. Gogojiva, antiguo condiscípulo de José, describiendo la morada familiar, escribe: «Su cuarto no tenía más de ocho varas cuadradas, y estaba junto a la cocina. Se entraba en él directamente desde el corral, sin subir un solo peldaño. El suelo estaba enladrillado. El ventanuco apenas daba paso a la luz. Los muebles consistían en una mesita, un taburete y una ancha yacija, especie de tarima, cubierta con una *chilopya* o estera de paja.» A esto vino a unirse la vieja y ruidosa máquina de coser de su madre.

No se han publicado hasta ahora documentos auténticos referentes a la familia Djughashvili y a la niñez de José, ni tampoco podrían ser numerosos. El nivel cultural de su medio era tan primitivo, que la vida no era registrada y fluía sin dejar traza alguna. Sólo después de pasar el mismo Stalin de la cincuentena comenzaron a aparecer reminiscencias de la familia de su padre.

Solían ser de segunda mano, escritas bien por enemigos furibundos y no siempre escrupulosos, bien por amigos obligados, a iniciativa (mejor sería decir por orden) de comisiones encargadas de la historia del Partido, y, por consiguiente, en su mayoría no son sino ejercicios sobre un tema señalado. Naturalmente, sería fácil buscar la verdad en la diagonal entre las dos deformaciones. Sin embargo, yuxtaponiendo ambas, pesando en una mano las reticencias y en otras las exageraciones, evaluando con sentido crítico el hilo del simple relato a la luz de los episodios futuros, es posible aproximarse a la verdad. Sin tratar de pintar artificialmente cuadros perfectos como me propongo, trataré de ofrecer al lector los elementos de estos materiales de origen en que descansan mis hipótesis y mis conclusiones.

Más profusos de detalles son los recuerdos del antes nombrado (José) Iremashvili, publicados en 1932, en alemán, en Berlín, con el título de *Stalin y la tragedia de Georgia*. Como su autor es un antiguo menchevique, convertido luego en algo parecido a un nacionalsocialista, su historial político en sí no mueve a gran crédito. No obstante, es imposible dar de lado su trabajo. Muchas de sus páginas son tan terminantes y convincentes que no dejan lugar a duda. Aun incidentes que parecen cuestionables a primera vista, encuentran confirmación directa o indirecta en memorias oficiales publicadas varios años después. No estará de más añadir que algunas de las conjeturas que yo había hecho basándome en silencios intencionados o expresiones equívocas aparecidos en publicaciones soviéticas encontraban confirmación en el libro de Iremashvili, que tuve ocasión de leer justamente a última hora. Sería un error suponer que en concepto de exiliado y enemigo político, Iremashvili tratara de empequeñecer la figura de Stalin o de pintarla con negros colores. Todo lo contrario, pasa revista a las aptitudes de Stalin casi en triunfo y con exageración notoria; reconoce que Stalin es hombre dispuesto siempre a realizar sacrificios de orden personal por sus ideas, reiteradamente pondera el afecto de Stalin hacia su madre, y pinta su primer matrimonio con trazos conmovedores. Un examen más detenido de estas memorias del antiguo profesor del Instituto de Tiflis produce la impresión de un documento compuesto de varias capas. El cimientito se compone sin duda de los remotos recuerdos de la niñez. Pero esa capa fundamental ha sido sometida a la inevitable elaboración retrospectiva por la memoria y la fantasía, bajo la influencia del actual destino de Stalin y de las opiniones políticas del propio autor. A ello debe agregarse la presencia en

las memorias de detalles dudosos, aunque en su esencia insignificantes, que deben adscribirse a un defecto bastante frecuente entre cierto pulimento y retoque «artístico». Y hecha esta advertencia, creo lo mejor apoyarme, a partir de aquí, en las memorias de Iremashvili.

Las referencias biográficas más antiguas hablan invariablemente de Stalin como hijo de un campesino de la aldea de Didi-Lilo. Stalin, por primera vez, se refirió a sí mismo como hijo de un trabajador en 1926. Pero esta contradicción es más aparente que real: como muchos trabajadores rusos, Djughashvili padre, continuaba siendo calificado de campesino en su pasaporte. Sin embargo, esto no agota las dificultades. El padre se designa siempre como trabajador de la fábrica de calzado de Alijanov, en Tiflis. Pero la familia vivía en Gori, no en la capital del Cáucaso. ¿Significa esto, acaso, que el padre viviera separado de la familia? Tal supuesto pudiera justificarse si la familia hubiera seguido en el pueblo. Es muy improbable que la familia y su sustentador viviesen en diferentes ciudades. Además, Gogojiva, compañero de José en el Seminario, y que vivía en la misma corraliza que él, así como Iremashvili, que le visitaba con frecuencia, coinciden en afirmar rotundamente que Vissarion trabajaba allí cerca, en la calle Sobornava, en una casucha de adobe con el tejado lleno de goteras. En consecuencia, suponemos que el empleo de su padre en Tiflis fue provisional, probablemente de la época en que su familia habitaba aún en el pueblo. Pero en Gori, Vissarion Djughashvili ya no trabajaba en una fábrica de calzado (no había fábricas en la capital de provincia), sino como modesto artesano independiente. La falta deliberada de claridad sobre este punto obedece sin duda al deseo de no debilitar la impresión del origen «proletario» de Stalin.

Como muchas georgianas, Ekaterina Djughashvili fue madre aún muy jovencita. Los primeros tres niños murieron en edad temprana. El 21 de diciembre de 1879, cuando nació su cuarto hijo, apenas tenía veinte años. José contaba siete cuando cayó enfermo de viruela, cuyas marcas conservó por el resto de su vida como testimonio de su procedencia y ambiente plebeyos. A sus señales de viruela, el biógrafo de Stalin en francés, Suvarin, añade caquexia del brazo izquierdo, lo que, añadido a tener soldados dos dedos de un pie, según su información, parece probar la ascendencia alcohólica por el lado paterno. Hablando en general, los zapateros, al menos en Rusia central, tenían tal fama de bebedores que era proverbio muy común el de «borracho como un zapatero».

Es difícil decir hasta qué punto son verídicas las especulaciones sobre herencia comunicadas a Suvarin por «varias personas», la mayoría probablemente emigrados mencheviques. Al enumerar los guardias zaristas los «rasgos distintivos» de José Djughashvili, no mencionan un brazo lisiado, pero los dedos adheridos sí están reseñados en 1903 por el coronel Shabelsky. No es imposible que, antes de publicarlos, estos documentos policíacos, como todos los demás, hayan sido objeto de una criba defeciosa por el censor. No debe dejarse de hacer constar, sin embargo, que en años posteriores Stalin solía llevar un guante de abrigo en la mano izquierda, incluso en las sesiones del Politburó. Por entonces se aceptó como causa el reumatismo. Pero, después de todo, estas características físicas secundarias, imaginarias o reales, carecen en sí mismas de interés apreciable. Mucho más importante es tratar de analizar el verdadero carácter de sus padres y la atmósfera de su familia.

Lo primero que llama la atención es el hecho de que los recuerdos oficialmente recopilados apenas mencionan a Vissarion, a quien dejan de lado casi por completo, en tanto que dedican pasajes llenos de simpatía a la dura y afanosa vida de Ekaterina. «La madre de José ganaba muy poco —relata Gogojiva— trabajando como lavandera o cosiendo pan en las casas de los vecinos acomodados de Gori. Tenía que pagar rublo y medio por el alquiler mensual de su vivienda: pero no siempre conseguía reservar esa cantidad.» Así nos enteramos de que el pago del alquiler corría de cuenta de la madre y no del padre. Dice además: «La pobreza y la vida de fatigas de su madre dejaron huella en el carácter de José...», como si el padre no formara parte de la familia. Sólo más tarde, de pasada, el autor inserta la frase siguiente: «El padre de José, Vissarion, se pasaba el día trabajando, cosiendo y reparando calzado.» De todos modos, la ocupación del padre no se menciona a propósito de la vida doméstica de la familia o sus problemas de subsistencia. Esto da motivo para suponer que si se hace mención del padre es sólo por cubrir las apariencias.

Glurdzhidze, otro condiscípulo suyo del Seminario, nada en absoluto dice del padre cuando escribe que la madre de José «se ganaba la vida cortando, cosiendo o lavando ropa interior». Estas reticencias, que no son casuales, merecen tanta más atención cuanto que las costumbres populares no atribuían la misión directora de la familia a la mujer. Por el contrario, de acuerdo con las viejas tradiciones georgianas, persistentes en grado superlativo entre los montañeses conservadores, la mujer estaba relegada a la

condición de esclavitud doméstica, y apenas era admitida a la augusta presencia de su señor y dueño, no tenía voz en asuntos de la familia y ni siquiera se atrevía a castigar a su propio hijo. Aun en la iglesia, madres, mujeres y hermanas tenían que colocarse detrás de los padres, maridos y hermanos. El hecho de que los autores de las memorias coloquen a la madre en el lugar que normalmente correspondía al padre, no puede interpretarse más que como deseo de evitar toda descripción de Vissarion Djughashvili. La enciclopedia rusa más antigua, comentando la extrema sobriedad de los georgianos en materia de alimento, dice a título complementario: «Apenas hay otro pueblo en el mundo que beba tanto vino como los georgianos.» Verdad es que, después de trasladarse a Gori, difícilmente habría podido Vissarion conservar su propia viña. Pero, en compensación, la ciudad tenía *dujans* en todos los rincones, y en ellos el vodka competía con el vino y aun le llevaba ventaja.

En este aspecto, las alegaciones de Iremashvili son muy convincentes. Como los demás autores de memorias, pero anticipándoseles en cinco años, se expresa con cálida simpatía al describir a Ekaterina, quien demostró gran cariño hacia su hijo y sentimientos amistosos hacia sus compañeros de juegos y de escuela. Georgiana auténtica, Keke, como generalmente la llamaban, era profundamente religiosa. Su vida de ajeteo fue un servicio ininterrumpido: a Dios, al esposo y al hijo. Se le cansó la vista a fuerza de coser en una vivienda mal iluminada, y comenzó a llevar gafas muy pronto. Pero en aquella época, toda matrona de Georgia, pasados los treinta años, era considerada casi como una vieja. Sus vecinos la trataban con gran afecto, movidos por la vida de continuos afanes que le veían llevar. Según Iremashvili, el cabeza de familia, Bezo (Vissarion) era persona de áspero genio, a la vez que dipsomaniaco empedernido. Se bebía la mayor parte de sus escasas ganancias. Por eso caía sobre la madre, como una doble carga, la responsabilidad de pagar el alquiler de la mísera vivienda y de sostener la familia. Con desesperada congoja, Keke advirtió a Bezo, en ocasión de estar maltratando a su hijo: «Le sacas del corazón el amor de Dios y del prójimo, y se lo llenas de odio a su propio padre.» «Palizas horribles, inmerecidas, hicieron al muchacho tan hosco y cruel como era su padre.» Amargado, José comenzó a cavilar acerca de los misterios eternos de la vida. No le apenó la prematura muerte de su padre; únicamente se sintió más libre. Iremashvili infiere que siendo aún muy joven, el chico empezó a extender su latente hostilidad y sed de ven-

ganza contra su padre a todos aquellos que tenían o podían tener un vestigio de autoridad sobre él. «Desde su juventud, la maquinación de vengativas tramas se convirtió para él en un objetivo que dominaba todos sus esfuerzos.» Aun admitiendo que estas palabras se fundan en juicios retrospectivos, conservan todavía la plena fuerza de su significación.

En 1930, ya de setenta y un años, Ekaterina, que entonces vivía en las modestas habitaciones de un criado, en lo que fue antes el palacio del virrey en Tiflis, contestando a las preguntas de unos periodistas, dijo por mediación de un intérprete: «Soso (José) fue siempre un excelente chico... Nunca me dio motivo para castigarle. Estudiaba con ahínco, siempre estaba leyendo o discutiendo, con el afán de entenderlo todo... Soso fue mi único hijo. Naturalmente, le quería muchísimo... Su padre, Vissarion, quería hacer de él un buen zapatero. Pero su padre murió cuando Soso tenía once años... Yo no quería que fuese zapatero. Sólo deseaba una cosa: que se hiciera pope.» En verdad, Suvarin recogió una información muy distinta entre los georgianos de París: «Sabían de Soso que era muy duro, insensible, que trataba a su madre sin respeto, y en apoyo de sus reminiscencias citaban "penosos lances".» El biógrafo mismo advierte, sin embargo, que sus informes procedían de los enemigos políticos de Stalin. En aquel grupo, además, circulaban también no pocas leyendas, sólo que en sentido inverso. Iremashvili, por su parte, insiste mucho sobre la fervorosa devoción de Soso hacia su madre. En realidad, el muchacho no podría haber tenido otros sentimientos hacia la bienhechora de la familia y protectora suya contra las violencias de su padre.

El escritor alemán Emil Ludwig, retratista de corte de nuestra época, encontró en el Kremlin una ocasión más de aplicar su método de hacer preguntas capciosas en que se asocia una moderada perspicacia a la sagacidad política. «¿Le gusta la Naturaleza, signor Mussolini?» «¿Qué opina usted de Schopenhauer, doctor Masaryk?» «¿Cree usted en un futuro mejor, Mr. Roosevelt?» Durante una de estas inquisiciones verbales, Stalin, desasosegado en presencia del famoso extranjero, dibuja asiduamente florecillas y barquitos con un lápiz de color. Al menos así lo refiere Ludwig. Acerca del brazo lisiado de Wilhelm Hohenzollern, este escritor ha construido una biografía psicoanalítica del ex kaiser, que el viejo Freud contempló con irónica perplejidad. Ludwig no se fijó en el brazo impedido de Stalin, y no hay que decir que también los dedos soldados se le pasaron inadvertidos. Sin embargo, trató de deducir la carrera revolucionaria del señor del Kremlin a base de las

tundas que durante la niñez le administró su padre. Después de familiarizarse con las memorias de Iremashvili, no es difícil comprender de dónde extrajo Ludwig su idea. «¿Qué le hizo a usted rebelde? ¿Se debió a que sus padres le trataron mal?» Sería más bien imprudente asignar a estas palabras ningún valor documental, y no sólo porque las afirmaciones y negaciones de Stalin, como tendremos frecuente ocasión de ver, tienden a variar con la máxima facilidad. En circunstancias análogas, cualquiera hubiese podido proceder de igual modo. En todo caso, no es posible reprochar a Stalin que haya rehusado quejarse en público de su padre, muerto ya hacía muchos años. Lo que sorprende es semejante falta de tacto en un escritor tan respetuoso.

Las aflicciones familiares no son, empero, el único factor que moldeara la personalidad del muchacho, ruda, voluntariosa y vengativa. Las influencias, mucho más amplias, del miedo social fomentaron tales cualidades. Uno de los biógrafos de Stalin relata cómo, de vez en cuando, el muy ilustre príncipe Amilajviri cabalgaba en brioso corcel hasta la pobre casucha del zapatero para que le reparase las botas, desgarradas en la caza, y cómo el hijo del zapatero, con un gran mechón de pelo sobre la estrecha frente, miraba fijamente al príncipe con ojos de aborrecimiento, apretando sus puños infantiles. Intrínsecamente, esta pintoresca escena pertenece, a juicio nuestro, al dominio de la fantasía. Sin embargo, el contraste entre la pobreza que le rodeaba y la relativa suntuosidad del último de los señores feudales de Georgia no podían menos de causar una punzante y pertinaz impresión en la conciencia del muchacho.

La capa inferior de la pequeña burguesía no conoce más que dos carreras para sus hijos únicos o inteligentes: empleado público o clérigo. La madre de Hitler soñaba con la carrera eclesiástica de su hijo. La misma grata esperanza acariciaba Ekaterina Djugashvili diez años antes, y aun dentro de un medio más humilde. El sueño mismo (ver a su hijo envuelto en ropas talaras) muestra casualmente lo poco impregnada que la familia del zapatero Bezo estaba de «espíritu proletario». Se concebía un futuro mejor, no a consecuencia de la lucha de clases, sino como resultado de romper con la propia clase.

El clero ortodoxo, a pesar de su modesta categoría social y su bajo nivel cultural, pertenecía a la jerarquía de los privilegiados por estar libre del servicio militar obligatorio, del impuesto capi-

tal y... del látigo. Sólo la abolición de la servidumbre dio acceso a los campesinos a las filas del clero, privilegio condicionado, no obstante, por una limitación gubernativa: para ser promovido a un empleo eclesiástico, un hijo de campesino necesitaba la especial dispensa del gobernador.

Los futuros popes se educaban en veintenas de seminarios, cuya antesala eran las escuelas teológicas. Por su categoría en el sistema estatal de educación, los seminarios se aproximaban a las escuelas secundarias o institutos, con la diferencia de que en ellos los estudiantes laicos, ¡se suponían ser simplemente débiles pilares para la Teología! En la vieja Rusia, los famosos *bursy* eran proverbiales por el salvajismo horrible de sus costumbres, su pedagogía medieval y la ley del puño, para no citar la suciedad, el frío y el hambre. Todos los vicios censurados por la Sagrada Escritura florecían en aquellos planteles de piedad. El escritor Pomyalovsky se ganó un lugar permanente en la literatura rusa como un autor veraz y despiadado de *Bocetos de la Escuela Teológica (Ocherki Bursy, 1862)*. No puede uno menos de citar en esta sazón las palabras que a propósito del mismo Pomyalovsky escribía su biógrafo: «Aquel período de su vida escolar alimentó en él la confianza, el disimulo, la animosidad y el odio a quienes le rodeaban.» Verdad es que las reformas del reinado de Alejandro II aportaron ciertas mejoras aun en la zona más rancia de la enseñanza eclesiástica. Sin embargo, no más lejos que en la última década del pasado siglo, las escuelas teológicas, especialmente en la remota Transcaucasia, seguían siendo los puntos más negros del mapa «cultural» de Rusia.

El Gobierno zarista rompió hace mucho tiempo, no sin derramamiento de sangre, la independencia de la Iglesia georgiana, sometiéndola al Sinodo de San Petersburgo. Pero la hostilidad hacia los rusificadores continuó latente entre los grados inferiores del clero georgiano. El vasallaje de su Iglesia conmovió la tradicional religiosidad de los georgianos y preparó el terreno para la influencia de la socialdemocracia, no sólo en las ciudades, sino también en el campo, en las aldeas. La atmósfera culterana de las escuelas teológicas resaltaba más aún, pues no sólo tenían por misión rusificar a sus pupilos, sino prepararlos para el papel de directores o policías espirituales. Un hálito de enconada hostilidad impregnó las relaciones entre profesores y alumnos. La enseñanza se daba en lengua rusa: el georgiano quedaba relegado a una vez por semana, y no pocas veces se desdénaba como lengua de una raza inferior.

En 1890, seguramente poco después de morir su padre, Soso, que entonces tenía once años, entró con una cartera de percal bajo el brazo en la escuela teológica. Según sus condiscípulos, el chiquillo puso gran empeño en aprender su catecismo y sus oraciones. Gogojiya hace observar que gracias a «su extraordinaria memoria», Soso recordaba las lecciones literalmente de oírlas al maestro, sin necesidad de repasarlas. En realidad, la memoria de Stalin (al menos su memoria para retener teorías) es francamente mediocre. Pero, de todos modos, para recordar en clase no era necesario prestar excesiva atención. Por entonces, el orden sacerdotal era, sin duda alguna, la ambición suprema del mismo Soso. La resolución estimulaba sus aptitudes y su memoria. Otro condiscípulo, Kapanadze, testifica que durante los trece años de internado y en los treinta y cinco de su actividad pedagógica, nunca tuvo ocasión de encontrar a «un discípulo tan capaz y bien dotado» como José Djugashvili. Y el mismo Iremashvili, que escribió su libro no en Tiflis, sino en Berlín, afirma que Soso era el mejor alumno de la escuela teológica. En otros testimonios hay, no obstante, importantes zonas oscuras. «Durante los primeros años, en los grados preparatorios —dice Glurdzhidze—, José estudió soberbiamente, y con el tiempo, al revelar aptitudes brillantes cada vez mayores, llegó a ser uno de los mejores alumnos.» En este artículo, que presenta todas las señales de un panegírico escrito por orden superior, la circunspecta frase «uno de los mejores», indica claramente que José no era el mejor, ni superior al resto de la clase, ni extraordinario. De idéntica naturaleza son los recuerdos de otro condiscípulo, Elisabedashvili. «José —dice— era uno de los más inteligentes y uno de los más listos.» En una palabra, no era el más listo. Así nos vemos inclinados a sospechar que, o bien varió su posición escolar en los diversos grados o cursos, o bien algunos de los autores de memorias, pertenecientes por su parte a la retaguardia de la instrucción, no eran duchos en seleccionar a los mejores alumnos.

Sin pronunciarse definitivamente en cuanto a su clasificación exacta en su clase, Gogojiya manifiesta que en desarrollo y conocimientos rayaba «muy por encima de sus condiscípulos». Soso leía todo cuanto encontraba en la biblioteca de la escuela, incluso los clásicos georgianos y rusos, que, naturalmente, eran cuidadosamente cernidos por las autoridades. Después de los exámenes de grado, José fue recompensado con un diplomá de mérito, «lo que en aquellos días era una proeza extraordinaria, pues su padre no era clérigo y ejercía el oficio de zapatero». ¡Un rasgo notable!

En conjunto, las memorias escritas en Tiflis sobre «la juventud del Macstro» son más bien insípidas. «Soso nos llevaba al coro, y con su voz vibrante y armoniosa nos dirigía al cantar las queridas canciones nacionales.» Jugando a la pelota, «José sabía escoger a los mejores, y por eso ganaba siempre nuestro grupo.» «José aprendió a dibujar espléndidamente.» Pero ninguna de estas cualidades llegó a convertirse en verdadero talento: José no consiguió ser cantante, ni artista, ni brillar en el deporte. Menos convincentes resultan aún menciones como las siguientes: «José Djughashvili era notable por su gran modestia, y era un camarada afectuoso y sensible.» «Nunca hacía sentir a nadie su superioridad», y otras por el estilo. Si todo ello es cierto, hay que convenir en que, con los años, José se transformó en lo contrario.

Los recuerdos de Iremashvili son incomparablemente más vigorosos y verosímiles. Pinta a su tocayo como un muchacho delgado, musculoso, lleno de pecas, sumamente resuelto, reservado y voluntarioso, capaz de conseguir siempre lo que se proponía, ya se tratara de dominar a sus compañeros de juego, ya de tirar piedras o escalar rocas. Aunque Soso era decididamente un fervoroso amante de la Naturaleza, los seres vivos no despertaban sus simpatías. La compasión por la gente o los animales le era extraña. «Nunca le vi llorar.» «Soso sólo tenía una sarcástica sonrisa para las alegrías y los pesares de sus camaradas.» Todo ello puede haberse pulido ligeramente en la memoria, como una piedra en el torrente; pero no es invención.

Iremashvili comete un error indubitable al atribuir a José una conducta rebelde ya en la escuela de Gori. Soso sufría casi a diario, según él, castigo como cabecilla de las protestas de los escolares, y particularmente por gritar contra «el odioso inspector Butyrski». Pero los autores de las memorias oficiales, esta vez sin propósito premeditado, retratan a José como un alumno ejemplar, incluso en conducta, durante todos esos años. «Habitualmente era serio, perseverante —escribe Gogojya—, y le disgustaban las jugarretas y las diabluras. Terminada la escuela, iba corriendo a su casa, y siempre se le veía enfrascado en la lectura de un libro.» Según el mismo Gogojya, la escuela pagaba a José un estipendio mensual, lo que hubiera sido completamente imposible en el caso de haber faltado alguna vez al respeto a sus superiores y, sobre todo, al «odioso inspector Butyrski». Todos los demás autores de memorias sitúan el comienzo de los modales rebeldes de José en la época de sus días de Seminario en Tiflis. Pero, aun así, ninguno consigna nada alusivo a que participara en

protestas ruidosas. La explicación de los fallos memorísticos de Iremashvili y los de algunos otros, con referencia al lugar y al tiempo de determinadas peripecias, está sin duda en el hecho de que todos los participantes consideraban el Seminario de Tiflis como continuación directa de la escuela teológica. Más difícil de comprender es el hecho de que ninguno, salvo Iremashvili, mencione rechiflas dirigidas por José. ¿Es una simple aberración de la memoria? ¿O es que José desempeñaba en algunos «conciertos» un papel encubierto, del que sólo unos pocos tenían noticia? Ello no estaría, ni mucho menos, en desacuerdo con el carácter del futuro conspirador.

No se tiene seguridad en cuanto al momento en que José rompió con la fe de sus padres. Según el mismo Iremashvili, Soso, en unión de otros dos chicos de la escuela, cantaba gustoso en la iglesia del pueblo durante las vacaciones estivales, aunque ya entonces (esto es, en los últimos cursos de la escuela) la religión era para él cosa pretérita. Glurdzhidze recuerda a su vez que José, cuando tenía trece años, le dijo un día: «Sabes, nos están engañando. No hay Dios...» En respuesta al grito de asombro de su interlocutor, José le insinuó haber leído un libro en el que se demostraba que «hablar de Dios es vana palabrería». ¿Qué libro era aquél? «Darwin. Tienes que leerlo.» La referencia a Darwin añade un matiz de incredulidad al episodio. Un niño de trece años, en una ciudad remota, difícilmente podía haber leído a Darwin y sacado de su obra conclusiones ateístas. Según manifestaciones del mismo Stalin, emprendió el camino de las ideas revolucionarias a los quince años; es decir, cuando ya estaba en Tiflis. Verdad es que pudo haber roto con la religión antes; pero, asimismo, es posible que Glurdzhidze, trasladado también de la escuela teológica al Seminario, confunda las fechas, anticipándose en unos años. Repudiar a Dios, en cuyo nombre se perpetraban las crueldades de que eran objeto los alumnos, no fue seguramente muy difícil. En todo caso, la energía interna necesaria para ello se vio recompensada cuando los instructores y las autoridades sintieron hundirse bajo sus pies el fundamento moral. De allí en adelante ya no pudieron hacer violencia sólo por el hecho de ser los más fuertes. La expresiva fórmula de Soso, «nos están engañando», arroja una luz clara sobre su mundo interior, independientemente de la fecha en que la conversión tuviera lugar, y de que fuese en Gori o en Tiflis, uno o dos años más tarde.

En cuanto a la época del ingreso de José en el Seminario, diversas publicaciones oficiales dan a elegir entre tres fechas: 1892, 1893 y 1894. ¿Cuánto tiempo permaneció en el Seminario? Seis años, contesta *El Calendario Comunista*. Cinco, dice el bosquejo biográfico escrito por el secretario de Stalin. Cuatro años, asegura su antiguo condiscípulo Gogojiya. La tablilla conmemorativa del edificio en que estuvo instalado el antiguo Seminario consigna, en cuanto es posible descifrarlo de una fotografía, que el «Gran Stalin» estudió dentro de aquellas paredes desde el 1.º de setiembre de 1894 hasta el 21 de julio de 1899; por consiguiente, cinco años. ¿Es posible que la biografía oficial silencie la última fecha por considerar que presenta el seminarista Djughashvili demasiado grandullón? En todo caso, preferimos fiarnos de la tablilla conmemorativa, pues sus fechas se basan muy probablemente en los documentos del mismo Seminario.

Con el certificado de buena conducta en la escuela de Gori en su cartera, José se encontró a los quince años por vez primera, en otoño de 1894, en la gran ciudad, que no podía menos de confundir su imaginación, Tiflis, la antigua capital de los reyes de Georgia. No es exagerado decir que la ciudad, entre asiática y europea, dejó en el joven José una huella que perduró el resto de su vida. En el curso de su historia de casi mil quinientos años, Tiflis cayó varias veces en manos de sus enemigos, fue demolida quince veces, y en varias ocasiones arrasada hasta sus cimientos mismos. Los árabes, los turcos y los persas, que penetraron en ella a pura fuerza, dejaron profunda impresión en la arquitectura y las costumbres del pueblo, y las trazas de aquella influencia han persistido hasta hoy. Se levantaron barrios europeos después de conquistar Georgia los rusos, convirtiéndose la antigua capital en sede provincial y centro administrativo de la región transcaucásica. Tiflis contaba con más de 150.000 habitantes el año en que José ingresó en el Seminario. Los rusos, la cuarta parte de esa cifra, eran disidentes religiosos desterrados, muy numerosos en Transcaucasia, o funcionarios militares y civiles. El comercio y la industria estaban concentrados en manos de los armenios, que desde antiguo constituían el sector más numeroso (38 por 100) y el más próspero de la población. Los georgianos, relacionados con las aldeas, y que, como los rusos, sumaban la cuarta parte del vecindario aproximadamente, formaban la capa inferior de artesanos, traficantes y funcionarios civiles y militares subalternos. «Junto a calles que ofrecen un carácter europeo contemporáneo... —consig-

na una descripción de la ciudad publicada en 1901—, se cobija un laberinto de callejuelas angostas, tortuosas y sucias, puramente asiáticas, como las plazuelas y bazares, encuadrados por tenderetes abiertos de tipo occidental, puestos, cafés, barberías y repletos de una bulliciosa multitud de faquines, aguadores, recaderos, jinetes, reatas de mulas y asnos de carga, caravanas de camellos, etcétera.» La falta de alcantarillado, la insuficiencia de agua, los estíos tórridos, el cáustico y porfiado polvo de las calles, el alumbrado de petróleo en el centro de la ciudad y la ausencia de faroles en todas las calles periféricas..., tales eran las características del centro administrativo y cultural de Transcaucasia al cambiar el siglo.

«Fuimos introducidos en una casa de cuatro pisos —refiere Gogojiya, que llegó en unión de José al Seminario—, y en los enormes aposentos de nuestro dormitorio, que albergaban de veinte a treinta personas. El edificio era el Seminario Teológico de Tiflis.» Gracias a sus afortunados estudios de la escuela teológica de Gori, José Djughashvili fue admitido en el Seminario provisto de todo, incluso ropas, calzado y libros de texto, lo cual, insistimos, hubiera sido totalmente imposible si se hubiese revelado como rebelde. ¡Quién sabe si las autoridades llegaron a confiar en que pudiese convertirse en ornato de la Iglesia georgiana! Como en la escuela preparatoria, la enseñanza se daba allí en lengua rusa. La mayoría de los profesores eran rusos de nacimiento y rusificadores por deber. Se admitía a georgianos como instructores en el caso de que demostraran un celo redoblado. El rector era ruso, fray Hermógenes; el inspector, georgiano, fray Abashidze, la persona más siniestra y detestable del Seminario. Iremashvili, que ha hecho la información más completa del establecimiento, recuerda:

«La vida en la escuela era triste y monótona. Encerrados día y noche entre muros de cuartel, nos sentíamos prisioneros obligados a permanecer allí años enteros sin haber cometido delito alguno. Todos estábamos desalentados y de mal temple. Ahogados por las habitaciones y pasillos que nos aislaban del mundo exterior, la alegría juvenil nunca lograba afirmarse. Cuando, de tarde en tarde, el temperamento de la juventud se manifestaba, era inmediatamente sofocado por los monjes y monitores. La inspección escolar zarista prohibía leer literatura y periódicos georgianos. Temían que llegara a inspirarnos ideas de libertad e independencia para nuestra tierra, y que infectaran nuestras tiernas almas con las nuevas doctrinas del socialismo. Aun las pocas obras lite-

rarias que las autoridades seculares permitían llegar a nosotros eran prohibidas por las eclesiásticas so pretexto de que éramos futuros popes. Las obras de Tolstói, Dostoievski, Turgeniev y otros clásicos, permanecían inaccesibles para nosotros.»

Los días de seminario pasaron como en una prisión o en un cuartel. La vida escolar comenzaba a las siete de la mañana. Rezos, té, clases. Más rezos. Clases, con pausas, hasta las dos de la tarde. Rezos. Comida, pobre e insuficiente. Permiso para salir de las paredes del Seminario sólo se concedía en el intervalo de las tres y las cinco. Después de esa hora se cerraban las puertas. Pasar lista. A las ocho, té. Preparación de lecciones. A las diez (después de rezar de nuevo), cada cual iba a su catre. «Era como si estuviésemos atrapados en una cárcel de piedra», confirma Gogojija. Durante los oficios de domingos y festivos, los estudiantes se pasaban tres y cuatro horas seguidas de pie, siempre plantados en la misma losa del pavimento de la iglesia, cargando el cuerpo sobre un pie cuando el otro ya estaba entumecido, bajo la severa mirada de los monjes, que no los perdían de vista. «Aun el más piadoso se hubiera olvidado de rezar a influjos de la interminable ceremonia. Tras los gestos devotos ocultábamos nuestros pensamientos a los monjes de guardia.»

Los métodos pedagógicos del Seminario tenían todo cuanto los jesuitas han inventado para doblegar las almas infantiles, pero en una forma más primitiva, cruda y, por consiguiente, menos eficaz. Lo más notable era que la situación del país mal podía estimular el espíritu de humildad. En casi todos los sesenta Seminarios de Rusia había estudiantes que, generalmente por influencia de los universitarios, colgaban sus hábitos aun antes de haber tenido tiempo de vestírselos, y sentían profundo desprecio por el escolasticismo teológico, leían novelas didácticas, periódicos radicales rusos y demostraciones populares de Darwin y Marx. En el Seminario de Tiflis, el fermento revolucionario, alimentado por fuentes nacionalistas y de política general, gozaba ya de cierta tradición. En tiempos pretéritos se había traducido en acres conflictos con los profesores, expresiones descaradas de indignación, y aun en la muerte violenta de un rector. Diez años antes de matricularse Stalin en el Seminario, Silvestre Dzhibladze había matado a su profesor, por aludir con desprecio al idioma georgiano. Posteriormente, Dzhibladze fue uno de los fundadores del movimiento socialdemócrata en el Cáucaso, y se contó entre los maestros de José Djugashvili.

En 1885 vio Tiflis surgir sus primeros círculos socialistas, en donde los graduados del Seminario ocuparon al punto los primeros puestos. Al lado de Silvestre Dzhibladze encontramos allí a Noé Jordania, el futuro dirigente de los mencheviques de Georgia; a Nicolás Chkheidze, futuro diputado de la Duma y presidente del Soviet de Petrogrado durante el mes de la Revolución de febrero de 1917, y a varios otros que estaban destinados a desempeñar un notable papel en el movimiento político del Cáucaso y del país entero. El marxismo en Rusia pasaba entonces todavía por su fase de intelectualidad. En el Cáucaso, el Seminario Teológico se convirtió en el foco principal de la infección marxista, simplemente porque en Tiflis no había Universidad. En distritos retirados y no industriales, como Georgia, el marxismo se aceptó en una forma particularmente abstracta, por no decir escolástica. Los seminaristas tenían al menos cierta práctica en el uso de deducciones lógicas. Pero en la base de la conversión al marxismo estaba, naturalmente, el profundo descontento social y nacional del pueblo, que impedía a los jóvenes bohemios a buscar la salida por la ruta revolucionaria.

José no tuvo ocasión de abrir nuevos caminos en Tiflis, a pesar de los intentos de los Plutarco soviéticos para presentar el asunto bajo este aspecto. El golpe asestado por Dzhibladze, reverberaba aún dentro de los muros del Seminario. Los antiguos seminaristas estaban ya al frente de la opinión pública, sin perder contacto por ello con su madrastra, el Seminario. Bastaba una ocasión, un encuentro personal, un simple empujón, para que los jóvenes descontentos, irritados, altaneros, que sólo necesitaban un pretexto, una fórmula para encontrarse a sí mismos, derivaran naturalmente hacia la senda revolucionaria. La primera etapa por esta ruta tenía que ser una ruptura con la religión. Si es posible que de Gori llevase el muchacho consigo residuos de fe, de seguro es que se disiparon en el Seminario. A partir de entonces, José perdió decididamente toda su afición a la Teología.

«Su ambición —escribe Iremashvili— alcanzaba tales alturas que se nos adelantaba mucho en sus realizaciones.» Si esto es verdad, se refiere sólo a un lapso muy breve. Ghurdzhidze advierte que de los estudios del programa del Seminario, «José prefería la historia civil y la lógica», ocupándose en los otros temas sólo en la proporción suficiente para salir airoso de los exámenes. Habiéndose enfriado respecto a la Historia Sagrada, se interesó por la literatura profana, las ciencias naturales y los problemas sociales. Le ayudaban estudiantes de las clases adelantadas. «Al descubrir

en José Djughashvili capacidad y espíritu investigador, comenzaron a platicar con él y a procurarles revistas y libros», relata Gogojya. «El libro era el compañero inseparable de José, quien no se separaba de él ni durante las comidas», asevera Glurdzhidze. En general, la avidez por la lectura era su característica principal durante aquellos años de germinación. Después de la retirada final por la noche, y de haber apagado los monjes todas las luces, los jóvenes conspiradores sacaban las velas de sus escondites y a su luz vacilante se embebían en sus libros. José, que había pasado muchas noches sin dormir entregado a la lectura, comenzó a tener mal aspecto y a parecer soñoliento. «Cuando empezaba a toser —refiere Iremashvili—, yo solía quitarle los libros y apagarle la vela.» Glurdzhidze recuerda que los estudiantes devoraban a hurtadillas obras de Tolstoi, Dostoievski, Shakespeare, Shelley, la *Historia de la Cultura*, de Lippert, los escritos del publicista radical ruso Pisarev... «A veces leíamos en la iglesia durante la misa, ocultándonos en los bancos.»

Por aquel tiempo, los artículos sobre literatura nacional de Georgia causaron sobre Soso la más profunda impresión. Iremashvili describe las primeras explosiones del temperamento revolucionario, en las que un idealismo todavía fresco se asociaba al súbito despertar de la ambición. «Soso y yo —evoca Iremashvili— hablábamos frecuentemente del desgraciado sino de Georgia. Nos sentíamos arrebatados por las obras del poeta Shota Rustaveli...» Llegó a ser modelo para Soso el personaje Koba, héroe de la novela *Nunu*, por el autor georgiano Kazbek. En su lucha contra las autoridades zaristas, los montañeses oprimidos son derrotados a causa de una traición, y pierden sus últimos restos de libertad, mientras que el caudillo de la rebelión lo sacrifica todo, incluso su vida, en aras de su país y de su mujer, Nunu. Desde entonces, Koba «se trocó en divinidad para Soso... Deseaba convertirse en otro Koba, luchador y héroe, tan famoso como el mismo Koba...» José se apodó con el nombre del adalid de los montañeses, y no quería que se le llamara por otro. «Su faz resplandecía de orgullo y alegría cuando le llamábamos Koba. Soso conservó aquel sobrenombre durante muchos años, y fue también su primer seudónimo cuando comenzó a escribir y a hacer propaganda para el Partido... Aún hoy, todo el mundo en Georgia le llama Koba, o *Koba-Stalin*.» Respecto al entusiasmo del joven José por el problema nacional de Georgia, los biógrafos oficiales nada dicen. En sus escritos, Stalin aparece al punto como un consumado marxista. Sin embargo, no es difícil comprender que en el ingenuo

«marxismo de aquel período inicial, convivían en paz nebulosas ideas de socialismo con el romanticismo nacionalista de Koba».

En el curso de aquel año, según Gogojya, José se desenvolvió y maduró tanto, que en su segundo año comenzó a capitanear un grupo de camaradas en el Seminario. Si Beria<sup>1</sup>, el más oficial de los historiadores, dice verdad, «en 1896-1897, Stalin dirigía dos círculos marxistas en el Seminario Teológico de Tiflis». Stalin mismo nunca fue dirigido por nadie. Mucho más probable es la referencia de Iremashvili. Diez seminaristas, entre ellos Soso Djughashvili, organizaron, según él, un círculo socialista clandestino. «El estudiante más viejo, Devdariyani, a quien se encomendó la dirección, se entregó a su tarea con toda seriedad.» Redactó, o más bien recibió de sus inspiradores de fuera del Seminario, un programa conforme al cual los miembros del círculo se comprometían a transformarse, en el término de seis años, en consumados dirigentes socialdemócratas. El programa comenzaba por Cosmogonía y terminaba con una sociedad comunista. En las reuniones secretas del círculo se leían documentos, acompañados de un acalorado cambio de opiniones. No todo se limitaba, según dice Gogojya, a la propaganda oral. José «fundó y editó» en lengua georgiana un periódico manuscrito que aparecía dos veces al mes y circulaba de mano en mano. El vigilante inspector Abashidze, encontró una vez, al registrar a José, «una libreta con un artículo para nuestra revista manuscrita». Tales publicaciones estaban estrictamente prohibidas, cualesquiera que fuesen los temas tratados, no sólo en los institutos de enseñanza teológica, sino también en los seculares. Puesto que el resultado del descubrimiento de Abashidze se redujo a una «admonición» y a una mala nota en conducta, hemos de pensar que la revista aquella debía de ser bastante inocua. Es digno de tenerse en cuenta que Iremashvili, tan meticuloso, nada dice acerca de la revista.

En el Seminario, José tuvo que resentirse de su pobreza más sensiblemente que en la escuela preparatoria. «... No tenía dinero —dice a este propósito Gogojya—, mientras que nosotros recibíamos de nuestros padres paquetes y algunos fondos para peque-

<sup>1</sup> Lorenzo Pavlovich Beria (1899), comisario del Pueblo del Interior, jefe de la policía política de la URSS, fue durante muchos años jefe de la GPU de Georgia. Conocido hasta entonces sólo como desalmado chekista, adquirió repentina fama de historiador después de publicar su conferencia «Sobre la historia de las organizaciones bokcheviques en Georgia», pronunciada por primera vez ante los activistas del Partido Comunista de Tiflis en dos sesiones, 21 y 22 de julio de 1935. En esas disertaciones dio vida a una romántica carrera protorrevolucionaria para Stalin. Hoy, Beria es uno de los lugartenientes más fieles de Stalin. — C. M.

ños gastos. Durante las horas en que se podía salir del recinto de la escuela, José no podía proporcionarse ninguna de las cosas accesibles a los hijos de familias más acomodadas que la suya. Tanto más desenfrenados eran sus sueños y planes para el futuro, y más notorio el efecto producido sobre sus instintos en su trato con sus compañeros de Seminario.»

«De muchacho y en su juventud —atestigua Iremashvili— era buen amigo de aquellos que se sometían a su dominante voluntad.» Pero sólo de éstos. Cuanto más imperativo era contenerse en presencia de sus preceptores, tanto más se afirmaba su despotismo en el círculo de sus camaradas. El círculo secreto, cerrado al mundo exterior, se convirtió en el escenario natural en que José probó sus fuerzas y la resistencia de los demás. «Le parecía algo inconcebible —escribe Iremashvili— que cualquiera de los otros estudiantes pudiera ser director y organizador de grupo..., ya que él leía la mayoría de los documentos.» Quienquiera que se atreviese a refutarle o a intentar explicarle algo, despertaba al instante su "enemistad inclemente". José sabía cómo perseguir y cómo tomar venganza. Sabía asestar el golpe en los puntos débiles. En tales circunstancias, la solidaridad inicial del círculo no podía durar mucho. En su lucha por dominar, Koba, «con su cinismo altivo y venenoso, inyectaba querellas personales en la sociedad de sus amigos». Estas quejas relativas a su «cinismo venenoso», su insolencia y su carácter vengativo, se repiten muchas, muchísimas veces durante la vida de Koba.

En la biografía, más bien fantástica, escrita por Essad-Bey, se dice que, al parecer, antes de sus días de Seminario, José llevó una vida errante en Tiflis en compañía de *kintos* (héroes de la calle, charlatanes, copleros y atracadores), y que de esa época le quedaron sus maneras rudas y su habilidad para soltar reniegos. Todo esto es enteramente falso. Desde la escuela teológica, José fue directamente al Seminario, de modo que no hubo intervalo posible para el vagabundeo. Pero lo curioso es que el epíteto *kinto* no ocupa el último lugar en el diccionario caucásico. Significa tanto como arbitrista hábil, cínico, persona capaz de las más bajas conivencias. En el otoño de 1923 oí por primera vez tal apelativo con referencia a Stalin de labios del antiguo bolchevique georgiano Felipe Majaradze. ¿No es posible que este apodo se le aplicara en su época juvenil, dando origen así a la leyenda relativa al capitulo callejero de su vida?

El mismo biógrafo habla de la «mano dura» con que al parecer José Djughashvili se aseguró el triunfo en las ocasiones en que los

medios pacíficos no resultaban adecuados. Eso es difícil de creer. La arriesgada «acción directa» no fue nunca condición del carácter de Stalin, muy probablemente tampoco en aquellos remotos años. Prefería y sabía hacer que otros lucharan en serio, mientras él se ocultaba en la sombra o detrás de la cortina. «Lo que le valió prosélitos —expone Iremashvili— era el miedo a su cólera brutal y a sus malignas burlas. Sus partidarios sucumbían a su caudillaje porque se sentían seguros bajo su dominio... Sólo esos tipos humanos realmente pobres de espíritu e inclinados a las contiendas podían ser amigos suyos...» Las consecuencias inevitables sobrevinieron en seguida. Algunos miembros del círculo se retiraron, y otros fueron perdiendo gradualmente interés en las discusiones. «En el curso de unos años se formaron dos grupos, en favor y en contra de Koba; la lucha por una causa se trocó en una repugnante querrela personal...» Esta fue la primera gran «querrela» en la senda de la vida de José, pero no la última. Le esperaban aún otras muchas.

No es posible dejar de decir aquí, aun anticipándonos considerablemente, que Stalin, siendo ya secretario general del Partido Comunista, después de pintar en una de las sesiones del Comité Central con negros colores las intrigas y querellas personales que se estaban desarrollando en los diversos comités locales del Partido, añadió de manera inopinada: «Pero estas querellas tienen también su lado positivo, pues llevan a la dirección monolítica.» Sus oyentes se miraron unos a otros, sorprendidos; el orador continuó su informe sin inmutarse. La esencia de tal «monolitismo», aun en sus años juveniles, no siempre estuvo identificada con la idea. Dice Iremashvili: «No le preocupaba encontrar y determinar la verdad; solía atacar o defender lo que anteriormente había sostenido o condenado. La victoria y el triunfo eran para él mucho más preciosos.»

No es posible poner en claro la índole de las opiniones de José en aquellos días, pues no dejó huellas escritas. Según manifiesta Iremashvili, su tocayo era partidario de las acciones más violentas y de «la dictadura de la minoría». La participación de una imaginación intencionada en el esfuerzo de la memoria es aquí innegable: a fines del pasado siglo, no existía siquiera la cuestión de «dictadura». «Los extremismos de Koba no tomaron forma —continúa Iremashvili— en virtud de un estudio objetivo, sino como producto natural de su ansia personal de poder y su ambición despiadada, que le dominaba física y espiritualmente.» Tras el indudable prejuicio en los asertos del antiguo menchevique debe

uno saber encontrar el meollo de la verdad. En la vida espiritual de Stalin, el objetivo personal, práctico, estuvo siempre por encima de la verdad teórica, y su voluntad ha intervenido siempre con predominio sobre el intelecto.

José Djughashvili no sólo no se hizo pope, como su madre había soñado, sino que ni siquiera obtuvo el certificado que le hubiera podido abrir las puertas de ciertas universidades provinciales. Cómo sucedió esto, y por qué, es objeto de varias versiones no fáciles de conciliar. En unas Memorias escritas en 1929, que ostensiblemente tratan de borrar la desfavorable impresión de las que escribió en 1923, Abel Yenukidze manifiesta que en el Seminario, José empezó a leer libros secretos de tendencias perniciosas. No escapó tal crimen a la atención del inspector y, en consecuencia, el peligroso alumno «salió disparado del Seminario». El historiador oficial caucásico, Beria, nos dice que Stalin «fue expulsado por no inspirar confianza». Naturalmente, nada hay de extraño en ello; tales expulsiones eran cosa frecuente. Lo que parece extraño es que hasta ahora no se hayan publicado documentos del Seminario relativos al caso. Que no han sido destruidos por el fuego ni arrebatados por el torbellino de los años revolucionarios resulta evidente al menos por la tablilla conmemorativa antes mencionada y más aún por el silencio absoluto que se ha guardado sobre su suerte. ¿Es que no se dejan publicar por contener datos poco propicios o porque refutan ciertas leyendas de origen más reciente?

Lo más frecuente es encontrar la afirmación de que Djughashvili fue expulsado por dirigir un círculo socialdemócrata. Su antiguo discípulo del Seminario, Elisabedashvili, que no es testigo muy de fiar, nos informa que en los círculos socialdemócratas «organizados según instrucciones y bajo la dirección de Stalin» había «de ciento a ciento veinte seminaristas». Si esto se refiere a los años 1905-1906, en que todas las aguas se habían desbordado y todas las autoridades se hallaban en extremo desconcierto, pudiera prestársele crédito. Pero tratándose del año 1899, semejante cifra puede tildarse de fantástica. Si la organización hubiese contado con tantos miembros, el desenlace no se hubiera limitado a la mera expulsión; la intervención de los guardias hubiera sido totalmente inevitable. Lejos de eso, José no fue arrestado inmediatamente, sino que estuvo en libertad casi tres años después de salir del Seminario. Por lo tanto, la versión que asegura ser los círculos socialdemócratas la causa de su expulsión, ha de rechazarse definitivamente.

Gogojiya expone este desenlace con mucha más cautela, sin apartarse mucho, según su costumbre, del fundamento de los hechos. «José dejó de prestar atención a sus lecciones —escribe—, estudiaba sólo para obtener notas suficientes y para aprobar a fin de curso. El feroz monje Abashidze se extrañaba de que el talentoso y bien preparado Djughashvili, dotado de una memoria privilegiada, sólo consiguiera notas mediocres... y consiguió obtener una decisión por la que se le expulsaba del Seminario.» En cuanto a lo que hizo recelar al monje, cabe «recelar» también otras cosas. De las palabras de Gogojiya se deduce, desde luego, que José fue expulsado del Seminario por haber descuidado sus estudios, resultado de haber roto con la superciencia teológica. La misma conclusión puede sacarse del relato de Kapanadze sobre lo ocurrido cuando estudiaba en el Seminario de Tiflis: «ya no era el asiduo estudiante que había sido hasta entonces». Ha de advertirse que Kapanadze, Glurdzhidze y Elisabedashvili soslayan por entero el asunto de la expulsión de José del Seminario.

Pero lo más asombroso es la circunstancia de que la madre de Stalin, en la última etapa de su vida, cuando los historiadores oficiales y los periodistas empezaron a interesarse por ella, negó categóricamente que hubiese habido tal expulsión. Cuando entró en el Seminario el muchacho de quince años, era notable, según dice la madre, por su excelente salud; pero el afán con que estudiaba llegó a agotarle al extremo de que los médicos temieron que enfermara de tuberculosis. Ekaterina añadía que su hijo no deseaba dejar el Seminario, y que ella «se le llevó» contra su voluntad. Esto no es muy verosímil. Por mala salud pudo interrumpir sus estudios una temporada, sin abandonar definitivamente la escuela ni renunciar a una carrera que colmaba las esperanzas de su madre. Además, en 1899, tenía José ya veinte años, no se distinguía por su docilidad, y es difícil que su madre pudiese intervenir en su destino de un modo tan sencillo. Finalmente, después de salir del Seminario, José no volvió a Gori a guarecerse bajo las alas protectoras de su madre, lo que hubiera sido natural de haber estado realmente enfermo, sino que se quedó en Tiflis, sin ocupación ni recursos. La vieja Keke no dijo toda la verdad cuando habló con los periodistas. Puede suponerse que por entonces la madre consideraba la expulsión de su hijo como una gran desgracia para ella misma, y como el suceso había ocurrido en Tiflis, ella había asegurado a sus vecinos de Gori que su hijo no fue expulsado, sino que salió voluntariamente del Seminario a causa de su estado de salud. Además, la anciana debió pensar que no era

decoroso para «el director» del Estado el hecho de que le expulsaran de una escuela en su juventud. Casi no hace falta buscar otras razones más recónditas para la persistencia con que Keke repetía: «No lo expulsaron; me lo llevé yo misma.»

Pero acaso tampoco fue José expulsado en el estricto sentido de la palabra. Tal versión, quizá la más verosímil, procede de Iremashvili. Según él, las autoridades del Seminario, viéndose defraudadas en sus esperanzas, comenzaron a tratar a José con creciente desprecio y a censurarlo constantemente. «Así sucedió que Koba, convencido de la esterilidad de todo estudio serio, se convirtió gradualmente en el peor alumno del Seminario. Solía replicar a los reproches de sus profesores con su risita envenenada y desdenosa.» El certificado que las autoridades del Seminario le dieron para pasar del sexto curso al último era tan malo, que el mismo Koba decidió irse de allí el año anterior al del examen final. Aceptando esta explicación, se comprende en el acto por qué Yenukidze escribió «salió disparado del Seminario», evitando las expresiones, más precisas, de «fue expulsado» o «dejó el Seminario»; por qué la mayoría de sus condiscípulos nada dicen con relación a un episodio tan importante de la vida escolar de José; por qué no se han publicado documentos; por qué, finalmente, su madre creyó tener derecho a decir que su hijo no había sido expulsado, aun cuando ella diera al asunto cierto matiz distinto, transfiriendo la responsabilidad de su hijo a ella misma. Desde el punto de vista de la caracterización personal de Stalin o de su biografía política, los detalles de su ruptura con el Seminario apenas tienen interés. Pero no son mal ejemplo de las dificultades que la historiografía totalitaria opone a la investigación aun de detalles tan secundarios.

José entró en la escuela teológica preparatoria a la edad de once años, en 1890, pasó luego al Seminario, cuatro años después, y salió de él en 1899, de manera que estuvo nueve años en escuelas eclesiásticas. Los georgianos se hacen pronto adultos. José ya era un hombre hecho al dejar el Seminario, «sin diploma —escribe Gogojia—, pero con opiniones definidas y firmes sobre la vida». Este largo periodo de estudios teológicos no pudo dejar de ejercer una influencia profunda en su carácter, en su modo de pensar y en su estilo, que constituye una parte esencial de su personalidad.

No cuesta mucho creer que desde el momento en que José rompió en su interior con la religión, el estudio de la homilética y la liturgia se le hicieron insoportables. Lo que es difícil com-

prender es cómo pudo llevar una vida doble durante tanto tiempo. Si hemos de dar crédito al relato de que a la temprana edad de trece años Soso había enfrentado a Darwin con la Biblia, hemos de convenir en que, a partir de entonces, durante siete largos años, estudió pacientemente Teología, aunque cada vez con menos fruición. Stalin mismo situaba la iniciación de su ideología revolucionaria en los quince a dieciséis años, en plena adolescencia. Es muy posible que se apartara de la religión dos o tres años antes de volverse hacia el socialismo. Pero aun admitiendo que ambos cambios ocurrieron simultáneamente, veremos que el joven ateo continuó, durante cinco años, explorando los arcanos de la ortodoxia.

Ciertamente, en las instituciones de enseñanza zaristas muchos jóvenes librepensadores se vieron obligados a llevar una doble vida. Pero esto se refiere principalmente a universidades, donde el régimen se distinguía, a pesar de todo, por una libertad considerable, y la hipocresía oficial estaba reducida a un mínimo ritual. En las escuelas secundarias, esta divergencia era más difícil de sostener, pero no solía durar más de un año o dos, y luego el joven veía ante sí las puertas de la Universidad, con su relativa libertad académica. La situación del joven Djughashvili era extraordinaria. No estudiaba en una institución docente seglar, donde los alumnos están sujetos a vigilancia sólo una parte del día, y la llamada «Religión» era tan sólo una de las asignaturas secundarias; sino en una institución religiosa cerrada, donde todo en su vida se hallaba sometido a las exigencias de la Iglesia y donde no daba un paso a espaldas de los monjes. Para soportar este régimen durante siete, o siquiera cinco años, se necesitaba una cautela extraordinaria y excepcionales aptitudes de disimulo. Durante los años de su permanencia en el Seminario, nadie advirtió el menor signo de protesta expresa, ningún atrevido acto de insubordinación por su parte. José se reía de sus profesores a hurtadillas, pero nunca se mostró imprudente en su misma cara. No agredió a ningún pedagogo patriotero, como había hecho Dzhibladze; lo más que hizo fue contestar «con una risita desdenosa». Su hostilidad era reservada, solapada, vigilante. El seminarista Pomyalovsky, durante su vida de interno, fue infectado, según oímos, de «recelo, reserva, enemistad y odio hacia el medio circundante». Casi la misma actitud, pero aún más pronunciada, dice Iremashvili, era característica de Koba. En 1899 dejó el Seminario, llevando consigo «una hostilidad rencorosa y feroz contra la administración docente, contra la burguesía, contra todo cuanto existía en el país y encarnaba el zarismo. Odio contra toda autoridad».

CAPITULO II

**REVOLUCIONARIO  
PROFESIONAL**

En 1883, cuando Soso iba entrando en su cuarto año de edad, Bakú, la capital petrolífera del Cáucaso, estaba unida por ferrocarril con el puerto de Batum, en el mar Negro. A su espinazo de cordilleras asociaba la región otro de ferrocarriles. Después de la industria del petróleo empezó a medrar la del manganeso. En 1896, cuando Soso comenzaba a soñar con el sobrenombre de Koba, surgió la primera huelga en los talleres ferroviarios de Tiflis.

En el desarrollo de las ideas, como en la industria, el Cáucaso iba a la zaga de Rusia central. Durante la segunda mitad del último decenio del siglo, y comenzando en San Petersburgo, la tendencia dominante de la intelectualidad radical señalaba hacia el marxismo. Mientras Koba aún languidecía en la enmohecida atmósfera de la Teología seminarista, el movimiento socialdemócrata había logrado alcanzar grandes dimensiones. Una oleada tempestuosa de huelgas se extendía a lo largo y a lo ancho de todo el país. Al principio, los primeros cientos, y luego miles de intelectuales y trabajadores sufrieron prisión y destierro. Se había abierto un nuevo capítulo en el movimiento revolucionario.

En 1901, cuando Koba fue elegido miembro del Comité de Tiflis, había, aproximadamente, cuarenta mil obreros industriales en Transcaucasia ocupados en nueve mil empresas, sin contar los talleres artesanos. Un número insignificante, si se tiene en cuenta la superficie y las riquezas de esta región, bañada por dos mares; de todos modos, ya estaban sentadas las piedras angulares de la propaganda socialdemócrata. Los pozos de petróleo de Bakú, las primeras extracciones del manganeso de Chitaur, las actividades

vivificantes de los ferrocarriles, todo ello dio ímpetu, no sólo al movimiento huelguístico de los obreros, sino también al pensamiento teórico de la intelectualidad georgiana. El periódico liberal *Kvali* (*El Surco*) registró, con sorpresa más que con hostilidad, la aparición en el escenario político de representantes del nuevo movimiento: «Desde 1893, algunos jóvenes que simbolizan una singular tendencia y propugnan un programa único han venido colaborando en publicaciones georgianas; defienden la teoría del materialismo económico.» Para distinguirlos de la nobleza progresista y de la burguesía liberal, que habían dominado durante la década anterior, se dio a los marxistas el remoquete de *Mesamedasi*, que significa «el tercer grupo». A la cabeza del mismo figuraba Noé Jordania<sup>1</sup>, el futuro jefe de los mencheviques ucuanianos y también de la efímera democracia georgiana.

Los intelectuales pequeñoburgueses de Rusia, que aspiraban a librarse de la opresión del régimen policiaco y de la torpeza de aquel hormigueo impersonal que era la vieja sociedad, tuvieron que saltarse las etapas intermedias a causa del retraso extremo en que estaba sumido el país. El protestantismo y la democracia, bajo cuya bandera se habían producido las revoluciones de los siglos XVII y XVIII en el Occidente, llevaban mucho tiempo transformadas en doctrinas conservadoras. Los bohemios semimendicantes del Cáucaso no podían ser ya sugestionados por abstracciones liberales. Su hostilidad a las clases privilegiadas exigía una teoría nueva, que no hubiese incurrido aún en concesiones. La hallaron en el socialismo occidental, en su expresión científica más sublime, el marxismo. Ya no se litigaba sobre la igualdad ante Dios o ante la Ley, sino sobre la igualdad económica. En realidad, recurriendo a la remota perspectiva socialista, los intelectuales aseguraban su lucha antizarista contra el escepticismo de los experimentos desalentadores de la democracia occidental. Estas condiciones y circunstancias determinaron el carácter del marxismo ruso y más aún del caucásico, que era sumamente limitado y primitivo, por haberlo adaptado a las necesidades políticas de intelectuales retrasados de provincia. Falto de realismo teórico, aquel marxismo prestó, sin embargo, un señalado servicio a los intelectuales, al inspirarlos en su lucha contra el zarismo.

<sup>1</sup> José Nicolaievich Jordania (n. 1870), conocido también por An. Kostrov, etc., era miembro del Comité Central del Partido laborista socialdemocrático de Rusia después de 1907, «defensista» durante la Primera Guerra Mundial, primer presidente de la República georgiana (1918-1921) hasta la invasión de su país por el Ejército Rojo, que le obligó a escapar a Francia. — C. M. (V. el glosario.)

El lado crítico del marxismo de la última década del siglo XIX estaba orientado en primer lugar contra el estéril populismo, que mostraba un supersticioso miedo al desarrollo capitalista, esperando encontrar en Rusia rumbos históricos privilegiados, «excepcionales». La defensa de la misión progresiva del capitalismo pasó a ser entonces el tema principal del marxismo y de los intelectuales, quienes no pocas veces ponían en segundo término el programa de la lucha de clases proletaria. En la Prensa legal, Noé Jordania predicaba asiduamente la unidad de los intereses «de la nación»; en relación con esto pensaba en la necesidad de unir el proletariado y la burguesía contra la autocracia. La idea de tal unión había de convertirse más tarde en la piedra angular de la política menchevique, y a la postre fue causa de su ruina. Los historiadores oficiales del Soviet continúan aún tomando nota de la idea de Jordania, presentándola de múltiples maneras, aunque se haya perdido hace mucho tiempo en el curso de la contienda. Al mismo tiempo, cierran sus ojos al hecho de que tres décadas más tarde Stalin aplicaba esa misma política menchevique no sólo en China, sino en España, y aun en Francia, y en circunstancias incomparablemente menos propicias que las reinantes cuando la Georgia feudal yacía bajo las plantas del zarismo.

Pero aun en aquellos días, las ideas de Jordania no fueron universalmente aceptadas. En 1895, Sasha Tsulukidze<sup>1</sup>, que fue más tarde uno de los más destacados propagandistas del ala izquierda, ingresó en el *Mesamedasi*. Murió tuberculoso a los veintinueve años, dejando tras él multitud de trabajos periodísticos que prueban su gran preparación marxista y su talento literario. En 1897, las filas de *Mesamedasi* fueron engrosadas por Lado Ketsjoveli<sup>2</sup>, quien, como Koba, había sido alumno de la escuela teológica de Gori y del Seminario de Tiflis. Pero era algunos años mayor que Koba, a quien había servido de guía durante las primeras etapas de su carrera revolucionaria. Yenukidze recordaba en 1923, cuando los autores de Memorias aún disfrutaban de la libertad suficiente, que Stalin «ensalzó muchas veces con admiración los extraordinarios talentos del difunto camarada Ketsjoveli, que aun en aquellos días sabía plantear cuestiones correctamente conforme al espíritu del marxismo revolucionario». Ese testimonio, especialmente la referencia a la «admiración», refuta los relatos posteriores de que ya entonces era Koba el dirigente y Tsulukidze y Kets-

<sup>1</sup> Alejandro Grigorievich Tsulukidze (1876-1905). Murió el 10 de junio. — C. M.

<sup>2</sup> Vladimiro Zajariévich Ketsjoveli (1877-1903). Murió el día 17 de agosto de 1903 de un disparo del guardián de su prisión. — C. M.

joveli tan sólo sus «auxiliares». Puede también añadirse que los artículos del joven Tsulukidze, en su contenido y forma, son muy superiores en todo a cuanto escribió Kóba dos o tres años después.

Habiendo ocupado su puesto en el ala izquierda del *Mesamedasi*, Ketsjoveli atrajo a su seno al joven Djugashvili en el curso del año siguiente. En aquella época no era una organización revolucionaria, sino un círculo de personas de opiniones coincidentes agrupadas en torno al periódico legal *Kvali*, que en 1898 pasó de manos de los liberales a las de los marxistas jóvenes, conducidos por Jordania.

«Con frecuencia visitábamos en secreto las oficinas del *Kvali* —relata Iremashvili—. Koba fue con nosotros varias veces, pero después se burló de los miembros del Consejo editorial.» Las diferencias de opinión en el campo marxista a la sazón, aunque elementales, no por eso dejaban de tener importancia. El ala moderada no creía realmente en la revolución, y menos en que estuviera próxima, y contaba con el persistente «progreso», deseando unirse con los liberales burgueses. El ala izquierda, por el contrario, sinceramente confiaba en un levantamiento revolucionario de las masas, y era partidaria, por lo tanto, de una política más independiente. En esencia, el ala izquierda estaba integrada por demócratas revolucionarios que se entregaban a una natural oposición frente a los semiliberales «marxistas». En virtud de su anterior ambiente y de su carácter personal, era natural que Soso se inclinase instintivamente hacia el ala izquierda. Un demócrata plebeyo de tipo provinciano, armado de una doctrina «marxista» bastante primitiva; así fue cómo se incorporó al movimiento revolucionario, y así continuó en lo esencial hasta el fin, a pesar de la órbita fantástica de su sino personal.

En 1898, siendo aún seminarista, Koba se puso en contacto con trabajadores y entró en la organización socialdemócrata. «Una noche, Koba y yo —recuerda Iremashvili— fuimos en secreto desde el Seminario de Mtatsminda a una casita reclinada sobre una roca, y que pertenecía a un obrero de los ferrocarriles de Tiflis. Tras nosotros llegaron ocultamente otros del Seminario que compartían nuestras opiniones. También acudieron con nosotros a una organización obrera socialdemócrata de ferroviarios.» Stalin mismo habló de ello en 1926, en un mitin celebrado en Tiflis:

«Recuerdo el año 1898, en que se me confió el primer círculo de trabajadores de los talleres ferroviarios. Recuerdo cómo en casa del camarada Sturua, en presencia de Silvestre Dzhibladze (que en aquel tiempo era uno de mis maestros...) y de otros aventaja-

dos trabajadores de Tiflis, recibí lecciones de trabajo práctico... Aquí, en el círculo de estos camaradas, recibí mi primer bautismo de fuego revolucionario; aquí, en el círculo de estos camaradas, me convertí en discípulo de la revolución...»

En los años 1898-1900, en los talleres ferroviarios y en diversas fábricas de Tiflis estallaron huelgas con la activa participación y, a veces, bajo la dirección de los jóvenes socialdemócratas. Entre los obreros se distribuían proclamas impresas a mano con cepillos de limpiabotas en una imprenta subterránea. El movimiento seguía aún desarrollándose dentro del espíritu del «economismo».

Parte del trabajo ilegal recayó sobre Koba; no es fácil determinar cuál fuese aquella parte. Pero, por lo visto, ya había conseguido convertirse en un iniciado en el mundo del subsuelo revolucionario.

En 1900, Lenin, que acababa de regresar de su destierro de Siberia, marchó al extranjero con el expreso designio de fundar un periódico revolucionario, para convocar con su ayuda al partido disperso y encarrilarlo definitivamente hacia el esfuerzo revolucionario. Simultáneamente, un viejo agitador, el ingeniero Víctor Kurnatovsky, confidencialmente iniciado en dichos planes, se trasladó de Siberia a Tiflis. Él fue, y no Koba, como aseguran los historiadores bizantinos, quien sacó a la socialdemocracia de Tiflis de sus limitaciones «economistas» e impulsó sus actividades por una senda más revolucionaria.

Kurnatovsky había iniciado su actividad revolucionaria con el partido terrorista *Narodnaya Volya* (Voluntad Popular). En la época de su tercer destierro, hacia fines del siglo, él, que ya era marxista, estrechó relaciones con Lenin y su círculo. El periódico *Iskra* (*La Chispa*), fundado por Lenin en el extranjero, y cuyos adictos comenzaron a ser conocidos por el calificativo de *iskrovitas*, tuvo en la persona de Kurnatovsky su principal representante en el Cáucaso. Los trabajadores viejos de Tiflis lo recuerdan: «En todas las controversias y discusiones, los camaradas acudían a Kurnatovsky. Sus conclusiones y decisiones se aceptaban siempre sin debate.» De ese testimonio extrae uno la importancia que en el Cáucaso tenía aquel incansable e inflexible revolucionario, cuyo sino personal era una combinación de dos elementos: lo heroico y lo trágico.

En 1900, indudablemente por iniciativa de Kurnatovsky, se constituyó el Comité del partido socialdemócrata de Tiflis. Estaba compuesto exclusivamente de intelectuales. Koba, que evidente-

mente sucumbió poco después, como muchos otros, al prestigio de Kurnatovsky, no fue todavía miembro de aquel Comité, el cual, dicho sea de paso, no sobrevivió mucho tiempo. Desde mayo hasta agosto, una oleada de huelgas afectó a los establecimientos comerciales de Tiflis; entre los huelguistas de los talleres ferroviarios figuraban el cerrajero Kalinin, futuro presidente de la República Soviética, y otro trabajador ruso, Alliluyev, futuro suegro de Stalin.

Mientras tanto, en el Norte, por iniciativa de unos estudiantes universitarios, comenzó un ciclo de demostraciones callejeras. Una gran manifestación de 1.º de mayo movilizó en Jarkov, a la mayoría de los obreros de la ciudad, y levantó un eco de asombro y alborozo por todo el país. Otras ciudades siguieron el ejemplo. «La socialdemocracia comprendió —escribió el general Spiridovich, de la gendarmería— la tremenda significación agitadora de salir a la calle. A partir de entonces tomó para sí la iniciativa de las manifestaciones, atrayendo a ellas un número cada vez mayor de trabajadores. No pocas veces, las manifestaciones callejeras tuvieron su origen en huelgas.» Tiflis no permaneció en calma mucho tiempo. La fiesta de 1.º de mayo (no olvidemos que aún regía en Rusia el calendario antiguo) estaba fijada para el 22 de abril de 1901, en que tuvo lugar una manifestación callejera en el corazón de la ciudad, con la participación de unas dos mil personas. En un encuentro con la policía y los cosacos, resultaron heridos catorce manifestantes y detenidos más de cincuenta. *Iskra* no dejó de señalar la gran importancia sintomática de la manifestación de Tiflis: «A partir de aquel día comenzó en el Cáucaso un abierto movimiento revolucionario.»

Kurnatovsky, que tenía a su cargo la labor de preparación, había sido detenido la noche del 22 de marzo, un mes antes de la manifestación. Aquella noche se hizo un registro en el observatorio donde Koba estaba empleado; pero no lo cogieron porque pudo escapar a tiempo. La administración policiaca resolvió «... localizar al citado José Djughashvili e interrogar al acusado». De este modo pasó Koba al «estado de ilegalidad» y vino a ser un «agitador profesional» para largo tiempo. Tenía entonces veintidós años. Aún quedaban dieciséis años hasta que la victoria pudiera lograrse.

Habiéndose librado de la detención, Koba pasó las primeras semanas siguientes escondido en Tiflis, y así pudo arreglárselas para tomar parte en la manifestación de 1.º de mayo. Beria lo designa así categóricamente, y añade, como siempre, que Stalin la dirigió «en persona». Por desgracia, no inspira crédito Beria. Pero

en este caso existe también el testimonio de Iremashvili, aunque éste no estaba entonces en Tiflis, sino en Gori, ejerciendo la profesión de maestro. «Koba, que era uno de los dirigentes a quienes se buscaba —dice—, pudo esconderse escapando de la plaza del mercado cuando estaban a punto de detenerle... Se marchó a su ciudad hogareña de Gori. No podía vivir con su madre, porque allí era donde primero acudirían en su busca; de modo que tuvo que estar oculto en el mismo Gori. Secretamente, durante las horas de la noche, vino con frecuencia a visitarme.»

Desde Gori, Koba regresó evidentemente en forma clandestina a Tiflis, pues, según informes de la administración de policía armada (gendarmería); «en otoño de 1901, Djughashvili fue elegido miembro del Comité de Tiflis...», participó en dos sesiones del mismo, y hacia fines del año fue destinado a hacer propaganda en Batum...». Como los gendarmes no tenían otro norte que el de atrapar revolucionarios, y, gracias a la agencia confidencial solían estar bien informados, podemos considerar demostrado que en 1898-1901 no desempeñó Koba el papel dirigente en Tiflis, tal como se le ha atribuido en años recientes; hasta el otoño de 1901, ni siquiera fue miembro de su Comité local, sino uno de los propagandistas, esto es, un dirigente de círculos.

Hacia fines de 1901, Koba se trasladó de Tiflis a Batum, en las riberas del mar Negro, cerca de la frontera turca. Este traslado puede explicarse por una doble necesidad: la de ocultarse a los ojos de la policía de Tiflis y la de introducir propaganda revolucionaria en las provincias. Las publicaciones mencheviques dan, sin embargo, otra razón. Según ellas, desde los primeros tiempos de sus actividades en círculos de obreros, Djughashvili atrajo la atención hacia su persona por sus intrigas contra Dzhibladze, principal dirigente de la organización en Tiflis. A pesar de haber sido advertido, continuó propagando calumnias «con el fin de minar a los auténticos y reconocidos representantes del movimiento y de lograr una posición preeminente». Juzgado ante un tribunal del Partido, Koba fue considerado culpable de una calumnia impropia de un camarada y expulsado de la organización por unanimidad. Apenas hay posibilidad de confirmar este relato, que procede, no hay que olvidarlo, de los adversarios más enconados de Stalin. Los documentos de la gendarmería de Tiflis (en todo caso, los publicados hasta hoy) no dicen nada acerca de que José Djughashvili fuese expulsado del Partido, antes bien mencionan su designación «para hacer propaganda» en Batum. Por consiguiente, podríamos dar de lado la versión menchevique, sin más reparos,

si otro testigo no indicase que su traslado a Batum fue consecuencia de cierto desagradable incidente.

Uno de los primeros y más conscientes historiadores del movimiento obrero en el Cáucaso fue T. Arkomed, cuya obra se publicó en Ginebra en 1910. En ella se refiere al enojoso conflicto que surgió en la organización de Tiflis por el otoño de 1901 sobre la cuestión de incluir en el Comité representantes elegidos de los obreros: «Contra ello se pronunció cierto joven, que en todo intervenía y de todo sabía, quien, aduciendo consideraciones de conspiración, falta de preparación y de conciencia de clase entre los trabajadores, se mostró opuesto a que entrasen obreros a formar parte del Comité. Volviéndose a los obreros, terminó su intervención con estas palabras: "Aquí se adula a los obreros; y yo os pregunto: ¿Hay entre vosotros siquiera uno o dos trabajadores aptos para el Comité? ¡Decid la verdad, con la mano sobre el corazón!"» Pero los trabajadores, sin hacer caso del orador, votaron incluyendo a sus representantes en el Comité. Arkomed no mencionaba el nombre del «joven metomentodo», porque en aquellos días las circunstancias no permitían revelar nombres. En 1923, al reimprimir el libro la editorial soviética, el nombre continuó callado, y nos inclinamos a creer que no por inadvertencia. Pero el mismo libro contiene una valiosa clave indirecta. «El joven camarada a quien me refiero —continúa Arkomed— trasladó sus actividades de Tiflis a Batum, de donde los trabajadores de Tiflis recibieron informes a propósito de su indecorosa conducta, su agitación hostil perturbadora contra la organización de Tiflis y sus trabajadores.» Todo ello es parecido a lo que nos decía Iremashvili respecto a las querellas en el círculo del Seminario. El «joven» semeja mucho a Koba. No cabe duda de que se alude a él, pues muchas reminiscencias prueban que fue el único miembro del Comité de Tiflis trasladado a Batum en noviembre de 1901. Por lo tanto, es probable que el camino en su esfera de actividad obedeciera a que Tiflis se le hizo intolerable. Si no efectivamente «expulsado», pudo haber sido trasladado simplemente para sanear la atmósfera en Tiflis. Ello explica, a su vez, la «actitud incorrecta» de Koba frente a la organización de Tiflis, y los rumores subsiguientes sobre su expulsión. Anotemos al mismo tiempo la causa del conflicto: Koba trataba de proteger «el aparato» (la máquina política) contra la presión de abajo.

Batum, que a comienzos del siglo tenía una población aproximada de treinta mil habitantes, era un importante centro industrial del Cáucaso, con arreglo a las normas de aquellos días. El

número de obreros empleados en las fábricas se aproximaba a once mil. La jornada de trabajo, como era costumbre entonces, pasaba de catorce horas, y los salarios eran mezquinos. No es de extrañar, pues, que el proletario respondiese fácilmente a la propaganda revolucionaria. Como en Tiflis, Koba no tuvo necesidad de empezar desde la nada: ya desde 1896 existían círculos ilegales en Batum. En cooperación con el trabajador Kandelyaki, Koba extendió la red de estos círculos. En una reunión celebrada la víspera del Año Nuevo, todos se unieron en una sola organización, a la que, sin embargo, no se dieron prerrogativas de Comité, y permaneció dependiente de Tiflis. Esto, evidentemente, fue una de las causas de los nuevos razonamientos a que aludía Arkomed. Koba, por regla general, no podía soportar sobre él la autoridad de nadie.

A principios de 1902, la organización de Batum consiguió montar una imprenta clandestina, muy primitiva, instalada en la vivienda de Koba. Esta violación directa de las reglas de conspiración se debió sin duda a la escasez de recursos materiales. «Un cuartucho atestado, alumbrado a medias por un quinqué. En una mesita redonda está sentado Koba, escribiendo. A un lado suyo está la prensa, en la que se afanan los tipógrafos. Los tipos se distribuyen en cajas de cerillas y de cigarrillos y en trozos de papel. Stalin alarga con frecuencia a los cajistas lo que acaba de escribir.» Así es cómo evoca la escena uno de los miembros de la organización. Debe añadirse que el texto de la proclama estaba aproximadamente al mismo nivel que la técnica con que se imprimía. Poco después, con la cooperación del agitador armenio Kamo, se trajeron de Tiflis algo semejante a una prensa de imprimir, una caja registradora y tipos de imprenta. El taller se amplió y se hizo más eficaz. El nivel de las proclamas lo mismo. Pero ello en nada les restaba influencia.

El 25 de febrero de 1902, la gerencia de la instalación petrolífera de Rotschild fijó un aviso anunciando el despido de 389 obreros. En respuesta, se declaró una huelga el 27. El trastorno afectó también a otras fábricas. Hubo choques con rompuhuelgas y esquiroles. El jefe de policía pidió al gobernador que le ayudase mandando tropas. El 7 de marzo, la policía detuvo a 32 obreros. A la mañana siguiente, unos 400 obreros de la empresa Rotschild se reunieron ante la prisión, pidiendo la libertad de los detenidos o la detención de todos. La policía trasladó a los reunidos a cuarteles de deportación. Por entonces, el sentimiento de solidaridad iba soldando cada vez más íntimamente a las masas trabajadoras

de Rusia, y esta nueva unidad se afirmaba de diversos modos cada vez más en los más desolados rincones del país; la revolución estaba ya a tres años de distancia... Al día siguiente, 9 de marzo, tuvo lugar una manifestación más importante. A los cuarteles se acercó, según el sumario, «una gran multitud de trabajadores, con sus dirigentes a la cabeza, avanzando en ordenadas filas, cantando, alborotando y silbando». Aquella multitud se componía de un par de millares de personas. Los obreros Jimiryants y Gogoberidze, como parlamentarios, pidieron que las autoridades militares dieran suelta a los detenidos o los arrestase a todos. La multitud, como el tribunal reconoció más tarde, «iba en actitud pacífica y sin armas». Pero las autoridades supieron acabar con aquella actitud. Los obreros contestaron al intento de los soldados de despejar la plaza a culatazos, arrojando piedras. La tropa comenzó a disparar, ocasionando catorce muertos y cincuenta y cuatro heridos. El suceso conmovió a todo el país; al comienzo del siglo, los nervios humanos reaccionaban con mucha más sensibilidad que hoy a la matanza en masa.

¿Cuál fue el papel de Koba en la manifestación? No es fácil decirlo. El biógrafo de Stalin en lengua francesa, Barbuse, que escribió al dictado del Kremlin, asegura que Koba ocupó su puesto a la cabeza de la manifestación de Batum «como blanco de tiro». Esta frase aduladora contradice no sólo el testimonio de los archivos policíacos, sino el carácter mismo de Stalin, quien nunca y en ninguna parte ocupó su puesto «como blanco de tiro» (cosa innecesaria en absoluto, dicho sea de pasada). La editorial del Comité Central, que está a las órdenes directas de Stalin, dedicó en 1937 un volumen íntegro a la manifestación de Batum, o más bien a la parte que Stalin tomó en ella. Sin embargo, las 240 primorosas páginas complican la cuestión todavía más, porque los «recuerdos» dictados difieren completamente de los relatos parciales publicados con anterioridad. «El camarada Soso estuvo siempre con nosotros», afirma Gogoberidze. El viejo trabajador de Batum, Darajvelidze, dice que «Soso iba en medio del tempestuoso mar de trabajadores, encabezando directamente el movimiento; él personalmente retiró de entre la multitud al obrero G. Kalandadze, que resultó herido en un brazo durante el tiroteo, y se lo llevó a su casa». No es admisible que quien dirige una manifestación abandone su puesto para salvar a un hombre herido; la misión de un camillero puede confiarse a cualquiera de los manifestantes menos responsables. Ninguno de los otros autores, y son veintiséis en total, menciona este dudoso episodio. Pero, en

resumidas cuentas, esto es un simple pormenor. Los relatos que señalan a Koba como cabeza directa de la manifestación quedan refutados de un modo más concluyente por la circunstancia de que la manifestación citada, según se puso bien claro durante el juicio, tuvo lugar sin dirección de ningún género. A pesar de la insistencia del fiscal, el tribunal zarista reconoció que aun los obreros Gogoberidze y Jimiryants, que iban efectivamente al frente de la multitud, sólo eran simples manifestantes, como los demás. El nombre de Djugashvili, a pesar del gran número de sus defensores y testigos propicios, ni siquiera fue mencionado una sola vez en el curso de la vista. La leyenda se derrumba así ella sola. La participación de Koba en los acontecimientos de Batum fue aparentemente de índole oscura.

Después de la manifestación, Koba, según dice Beria, desarrolló un «intensísimo trabajo, escribiendo proclamas, organizando su impresión y distribución, transformando el cortejo mortuorio en honor de las víctimas del 9 de marzo en una «grandiosa demostración política», con otras faenas por el estilo. Por desgracia, estas exageraciones prescritas no cuentan con nadie que las sostenga. En aquellos días, Koba era buscado por la policía y difícilmente pudo haber desplegado una «intensísima» actividad en una ciudad pequeña, donde, según el mismo escritor, había desempeñado ya un papel prominente ante los ojos de la multitud manifestante, la policía, las tropas y los curiosos de la calle. En la noche del 5 de abril, durante una reunión del grupo dirigente del Partido, Koba fue detenido con otros colaboradores y sometido a prisión. Aquello fue el principio de una larga serie de tediosos días.

Unos documentos publicados revelan en este respecto un episodio sumamente interesante. Tres días después de la detención de Koba, durante la entrevista regular entre los presos y sus visitantes, alguien arrojó por una ventana al patio de la prisión dos notas, contando con que uno de los visitantes pudiese recogerlas y llevarlas a su destino. Una de ellas contenía la petición de buscar al maestro de escuela Soso Irenashvili, en Gori, y decirle que «Soso Djugashvili había sido arrestado y le ruego que inmediatamente informe de ello a su madre, de modo que si el gendarme le preguntase: “¿Cuándo se marchó su hijo de Gori?”, contestara que había estado allí “todo el verano y el invierno hasta el 15 de marzo”». La segunda nota, dirigida al maestro Elisabedashvili, se refería a la necesidad de continuar las actividades revolucionarias. Los dos trozos de papel fueron interceptados por los guardianes de la prisión, y el capitán de gendarmería a caballo Djakeli, sin

gran dificultad, se dio cuenta de que el autor era Djughashvili y de que había «tomado parte prominente en las revueltas obreras de Batum». Djakeli envió inmediatamente al jefe de la gendarmería de Tiflis una demanda de registro de la casa de Iremashvili, de interrogatorio de la madre de Djughashvili y la búsqueda y arresto de Elisabedashvili. Nada dicen los documentos de las consecuencias de estas operaciones.

Nos sirve de alivio saludar en las páginas de una publicación oficial un nombre que ya nos es familiar: Soso Iremashvili. Ciertamente, Beria le había mencionado ya entre los nombres del círculo del Seminario, pero diciendo muy poco acerca de las relaciones entre ambos Soso. Sin embargo, la índole de una de las notas interceptadas por la policía es una prueba incontestable de que el autor de las Memorias a que nos hemos referido más de una vez tenía intimidad con Koba. Es a este tocayo suyo y compañero de la infancia a quien el preso confía el encargo de advertir a su madre. Asimismo, confirma el hecho de que Iremashvili gozaba también de la confianza de Keke, quien, según él nos dice, le llamaba de niño «su segundo Soso». La nota disipa las últimas dudas relativas a la veracidad de sus Memorias, tan valiosas, a las que para nada se refieren los historiadores soviéticos. Las instrucciones que Koba, según confirman sus propias declaraciones durante el interrogatorio, trataba de transmitir a su madre, tenían como finalidad burlar a los gendarmes respecto al momento de su llegada a Batum, sustrayéndose así del inminente juicio. No hay por qué ver nada perjudicial en tal sentido, como es lógico. Engañar a los gendarmes era norma obligada en ese juego tan serio que se llama conspiración revolucionaria. Sin embargo, no es posible pasar por alto sin extrañeza la inconsciencia con que Koba expuso al peligro a dos de sus compañeros. El aspecto puramente político de su acción merece atención no menor. Sería natural esperar de un agitador que acaba de contribuir a preparar una manifestación de tan trágico desenlace, el deseo de compartir el banquillo de los acusados con los trabajadores rasos. No por consideraciones sentimentales, sino por arrojar luz política sobre los sucesos y condenar el proceder de las autoridades, es decir, por utilizar la tribuna de la sala de vistas para fines de propaganda revolucionaria. Tales ocasiones no eran demasiado frecuentes. La falta de tal deseo en Koba puede explicarse sólo por su estrechez de miras. Es evidente que no acertó a comprender la significación política de la manifestación, y que su móvil principal fue sustraerse a las consecuencias.

Y hasta la intriga ideada para engañar a los gendarmes no hubiera servido de nada, si, en efecto, Koba hubiese encabezado la manifestación, dirigiéndola y ofreciéndose como «blanco de tiro». En tal caso, veintenas de testigos le hubieran reconocido inevitablemente. Koba sólo hubiera escapado con bien del juicio si su participación en el acto hubiera permanecido secreta, anónima. En realidad, sólo un agente de policía, Chjiknadze, atestiguó en la investigación preliminar que había visto a Djughashvili «entre la multitud» estacionada ante la cárcel. Pero el testimonio de un solo policía no significa gran peso como prueba. En todo caso, a pesar de ese testimonio y de haber sido interceptadas las dos notas de Koba, no fue procesado en virtud de la manifestación. El juicio se celebró un año más tarde y duró nueve días. La dirección política de los debates jurídicos fue relegada íntegramente al tierno arbitrio de abogados liberales. Ciertamente es que salieron del paso con penas mínimas para los veintiún encartados, pero sólo a costa de disminuir la importancia revolucionaria de los acontecimientos de Batum.

El agente de policía que detuvo a los dirigentes de la organización de Batum caracterizaba a Koba en su informe como uno «que había sido expulsado del Seminario Teológico, vivía en Batum sin documentos escritos ni ocupación definida, y sin residencia propia, el vecino de Gori, José Djughashvili». La referencia a la expulsión del Seminario no es de índole documental, pues un simple agente no podía tener archivos a su disposición, y probablemente no hacía más que repetir rumores en su informe escrito; mucho más importante es la alusión al hecho de que Koba no tenía pasaporte, ocupación definida ni residencia fija; las tres típicas características del troglodita revolucionario.

En las viejas y abandonadas prisiones provinciales de Batum, Kutais y nuevamente Batum, Koba pasó más de un año y medio. En aquellos días, tal era el lapso obligado de encierro en espera de la investigación y el exilio. El régimen de las prisiones, como el del país en conjunto, era una mezcla de bárbaro y paternal. Unas relaciones apacibles y aun familiares con la administración de la cárcel desembocaban a veces en súbitas protestas tempestuosas, durante las cuales los presos golpeaban con las botas las paredes de sus celdas, vociferaban, silbaban, rompían las escudillas y todos los enseres. Cuando se calmaba la tormenta, volvía una temporada de sosiego. Lolua se refiere concisamente a una de estas explosiones en la cárcel de Kutais «por iniciativa y bajo la dirección de Stalin». No hay razón para dudar de que Koba

tomase parte prominente en conflictos carcelarios, y que en sus contactos con el personal de la prisión supiera defenderse y defender a los demás.

«Metodizó su vida en la cárcel —escribía Kalandadze treinta y cinco años más tarde—. Se levantaba por la mañana temprano, nacía gimnasia, y luego se entregaba al estudio del idioma alemán y de la literatura sobre economía...» No es difícil, ni mucho menos, imaginarse una lista de esos libros: composiciones populares, esto es, vulgarizaciones sobre ciencias naturales; algo de Darwin; la *Historia de la Cultura*, de Lippert; acaso Buckle y Draper en traducciones del setenta y pico; las *Biografías de Grandes Hombres* en la edición de Pavlenkov; las doctrinas económicas de Marx, explicadas por el profesor ruso Sieber; algo de Historia rusa; el famoso libro de Beltov sobre materialismo histórico (bajo este seudónimo aparecía el emigrado Plejanov en la literatura legal); finalmente, la ponderada investigación del desarrollo del capitalismo ruso, publicada en el año 1899, y escrita por el desterrado V. Ulianov, el futuro N. Lenin, bajo su seudónimo legal de V. Ilin. Allí estaban todos estos libros, poco más o menos. En los conocimientos teóricos del joven agitador había, naturalmente, grandes claros. Pero no parecía estar mal pertrechado contra las enseñanzas de la Iglesia, los argumentos del liberalismo y, especialmente, los prejuicios del populismo.

En el curso de la última década del siglo pasado, las teorías del marxismo triunfaron sobre las del populismo, y esta victoria tuvo su apoyo en los éxitos capitalistas y en el desarrollo del movimiento obrero. Sin embargo, las huelgas y manifestaciones de los obreros estimularon el despertar de la aldea, lo que, a su vez, trajo como consecuencia un resurgir de la idea populista entre la intelectualidad de las ciudades. Así, al comenzar el siglo comenzó a desarrollarse con bastante rapidez aquella híbrida tendencia revolucionaria que constaba de unas migajas de marxismo, repudiaba las expresiones románticas *Zemlia y Svoboda* (Tierra y Libertad) y *Narodnaia Volia* (La Voluntad del Pueblo), adjudicándose el título más europeo de Partido Socialista Revolucionario (Partido S-R [*Essar*]). La lucha contra el «economismo» había terminado fundamentalmente en el invierno de 1902-1903. Las ideas de la *Iskra* hallaron una confirmación demasiado convincente en los éxitos de la agitación política y de las manifestaciones callejeras. A partir de 1902, *Iskra* dedicó cada vez más espacio a atacar el programa ecléctico de los socialistas revolucionarios y los métodos de terrorismo individual que predicaban. La apasionada po-

lémica entre los «peligrises» y los «grises»<sup>1</sup> llegó a todos los rincones del país, incluso a las prisiones, naturalmente. En más de una ocasión, Koba se vio obligado a discutir con sus nuevos adversarios; es de creer que lo hiciera con éxito suficiente; *Iskra* le proporcionaba para ello excelentes argumentos.

Como Koba no fue procesado ni sometido a juicio en virtud de la manifestación, su interrogatorio corrió a cargo de los gendarmes. Los métodos de investigación secreta, como los del régimen carcelario, diferían mucho de uno a otro lugar del país. En la capital, los gendarmes eran más cultos y circunspectos; en las provincias se acentuaba su rudeza. En el Cáucaso, con sus costumbres arcaicas y sus relaciones sociales de tipo colonial, los gendarmes recurrían a las formas de violencia más brutales, sobre todo cuando trataban con víctimas desvalidas, inexpertas y pobres de espíritu.

«Presiones, amenazas, tormentos, falsificación de declaraciones de testigos, soborno de testigos falsos, forja e inflación de casos, dando decisiva y absoluta importancia a los informes de los agentes secretos...», tales eran las características especiales del método a que se atenían los gendarmes en los casos a ellos encomendados.»

Arkomed, que escribió las anteriores líneas, dice que el gendarme Larrov solía recurrir a métodos inquisitoriales para obtener «confesiones» que sabía de antemano ser falsas. Estos procedimientos policíacos dejaron seguramente una impresión duradera en Stalin, pues treinta años después había de aplicar los métodos del capitán Larrov en una escala colosal. De los recuerdos de la cárcel de Lolua sacamos en consecuencia, en otro aspecto, que «el camarada Soso no era partidario de hablar de *vy* (vos) a sus camaradas», alegando que los servidores del zar se dirigían así a los agitadores cuando los enviaban al patíbulo. En realidad, el uso del *ty* (tú) era corriente en los círculos revolucionarios, especialmente en el Cáucaso. Pocas décadas más tarde, Koba habría de enviar al patíbulo a no pocos de sus antiguos camaradas, con los que, a diferencia de los «servidores de los zares», había estado teatándose<sup>2</sup> desde sus años jóvenes. Pero de esto ya hablaremos detenidamente mucho más adelante.

<sup>1</sup> En ruso, «peligris» es *sedoy*, y «gris», *sery*. La raíz de cada palabra está en sus consonantes, que son itilicales; las s-d de *sedoy*, significan socialdemócrata, y las s-r de *sery*, socialista revolucionario. — C. M.

<sup>2</sup> En ruso, como en francés y en muchas otras lenguas, *vy*, la segunda persona del plural, equivalencia literal del inglés *you*, se usa en el trato cortés, mientras que *ty*, segunda persona del singular, equivalente literal del inglés *thou*, queda reservado a las relaciones con íntimos o expresa superioridad al dirigirse a sirvientes, animales o inferiores en general. — C. M.

Es sorprendente que aún no se hayan publicado los registros de los interrogatorios a que la policía sometió a Koba con ocasión de aquel primer encarcelamiento, como tampoco los referentes a sus detenciones sucesivas. Por lo general, la organización de *Iskra* ordenaba a sus miembros que se negasen a declarar. Los agitadores solían escribir: «Soy desde hace tiempo socialdemócrata por convicción; rechazo y niego los cargos de que se me acusa; renuncio a declarar ni a tomar parte en ninguna investigación secreta.» Sólo tratándose de una vista pública, a la cual sólo acudían las autoridades en casos excepcionales, aparecían los *iskrovitas* con banderas desplegadas. La negativa a declarar, perfectamente justificada desde el punto de vista de los intereses del Partido en conjunto, en ciertos casos hacía bastante difícil la situación del detenido. En abril de 1902, Koba, según hemos visto, trató de probar la coartada valiéndose de una treta que ponía en riesgo la seguridad de otros. Puede suponerse que en otras ocasiones, pensara también en el éxito de su propia sutileza más que en las normas de conducta obligatorias para todos. En consecuencia, es probable que toda la serie de sus declaraciones ante la policía no constituyan un historial muy halagüeño, ni tampoco muy heroico. Ésta es la única explicación posible del hecho de que no se hayan publicado los informes de las declaraciones de Stalin ante la policía.

La inmensa mayoría de los agitadores eran sometidos a penas de lo que llamaban «orden administrativo». A base de los informes de la gendarmería, la «Conferencia Especial» de San Petersburgo, compuesta de cuatro funcionarios de alta categoría de los Ministerios del Interior y de Justicia, pronunciaba veredictos en ausencia de los acusados, y el Ministerio del Interior los confirmaba. El 25 de julio de 1903, el gobernador de Tiflis recibió de la capital un fallo de este género, ordenándole desterrar a dieciséis prisioneros políticos a la Siberia oriental, bajo la vigilancia directa de la policía. Los nombres se ordenaban, como era costumbre, según la gravedad del delito o la culpabilidad del delincuente, y el lugar específico de destierro en Siberia era proporcionalmente mejor o peor. Los primeros dos lugares de aquella lista correspondieron a Kurnatovsky y Franchesky, que fueron sentenciados a cuatro años; otras catorce personas fueron desterradas por tres años, figurando en primer lugar Silvestre Dzhibladze, a quien ya conocemos, y José Djugashvili en undécimo lugar. Los jefes de la gendarmería no le consideraban, por lo visto, muy importante entre los agitadores.

En noviembre, Koba, con otros desterrados, fue trasladado desde Batum al Gobierno de Irkutsk. Transportados de una parada de penados a otra, estuvieron casi tres meses de camino. Mientras tanto, la revolución borbotaba, y cada cual trataba de huir lo antes posible. A comienzos de 1904, el sistema de destierro se había convertido en una criba. En la mayoría de los casos no era muy difícil escapar; cada provincia tenía sus propios «centros» secretos, que suministraban pasaportes falsos, dinero y direcciones. Koba permaneció en la aldea de Novaya Uda no más de un mes, es decir, justamente el tiempo necesario para echar una ojeada, encontrar los indispensables contactos y trazar un plan de acción. Alliluyev, padre de la segunda mujer de Stalin, manifiesta que durante su primera tentativa de fuga, Koba salió con la cara y las orejas congeladas y tuvo que regresar en busca de ropas de más abrigo. Una sólida *troika* siberiana, guiada por un auriga de confianza, le condujo a toda prisa por la carretera nevada a la próxima estación de ferrocarril. El viaje de regreso a través de los Urales no duró tres meses, sino alrededor de una semana.

La revolución siguió adelante. La primera generación de la socialdemocracia rusa, encabezada por Plejanov, comenzó su actividad crítica y propagandística al comenzar la penúltima década del siglo pasado. Los precursores se contaban entonces uno a uno; luego, por docenas. La segunda generación, guiada por Lenin (catorce años más joven que Plejanov), entró en la liza política a principios de la década siguiente, final del siglo. Los socialdemócratas ya eran unos centenares. La tercera generación, compuesta de gente diez años más joven que Lenin, se alistó en la contienda revolucionaria a fines del siglo pasado y comienzos del actual. A esa generación, formada ya por millares, pertenecían Stalin, Rikov, Zinoviev, Kamenev, el autor de este libro y otros muchos más.

En marzo de 1898, en la ciudad provinciana de Minsk, se reunieron los representantes de nueve Comités locales y fundaron el partido obrero socialdemócrata ruso. No tardaron en ser detenidos todos los participantes. Es muy posible que las resoluciones del Congreso se recibieran en seguida en Tiflis, donde el seminarista Djugashvili se proponía incorporarse a la socialdemocracia. En el Congreso de Minsk, preparado por los contemporáneos de Lenin, proclamó simplemente el Partido, pero no lo creó. Un golpe fuerte de la policía zarista resultó bastante para destruir los débiles nexos del Partido por largo tiempo. En el transcurso de los

pocos años siguientes, el movimiento, que principalmente tenía raíces económicas, las fijó en diferentes localidades. Los jóvenes socialdemócratas solían desarrollar sus actividades sin salir del sitio de residencia, hasta que los detenían y enviaban al destierro. Era excepcional que fuesen de otra ciudad activistas o delegados del Partido. La transición al estado ilegal para soslayar el peligro de detención era casi desconocida; entonces no se tenía la experiencia ni los medios técnicos para ello, ni tampoco los necesarios contactos.

A partir de 1900, *Iskra* comenzó a establecer una organización centralizada. Sin duda alguna, el director durante aquel período fue Lenin, quien, con todo derecho, relegó a segundo término a «los viejos» capitaneados por Plejanov. La construcción del Partido halló sus cimientos en el vuelo incomparablemente más amplio del movimiento obrero que levantó la nueva generación revolucionaria, considerablemente más numerosas que aquella de donde había emergido el mismo Lenin. La tarea inmediata de *Iskra* fue elegir entre los trabajadores locales las personas de más brío y utilizarlas en la creación de un aparato central capaz de dirigir la lucha revolucionaria en todo el país. El número de adictos a la *Iskra* era considerable y crecía por momentos. Pero el número de iskrovistas auténticos, de agentes de confianza del centro enclavado en el extranjero, era limitado por necesidad: no excedía de veinte a treinta personas. Lo más característico del iskrovista era su apartamiento de la propia ciudad, del propio Gobierno, de la propia provincia, con objeto de estructurar el Partido. En el diccionario del *Iskra*, «localismo» era sinónimo de atraso, mezquinidad, casi de retroceso. «Unidos en un compacto grupo conspirador de agitadores profesionales —escribía el general Spiridovich, de la gendarmería—, iban de un lugar a otro, adonde quiera que hubiese Comités de Partido, se ponían en contacto con sus miembros, les entregaban literatura ilegal, les ayudaban a montar imprentas clandestinas y recogían a la vez información para la *Iskra*. Se introducían en los Comités locales, hacían su propaganda contra el «economismo», eliminaban a sus adversarios ideológicos, y de este modo sometían los Comités a su influencia.» El gendarme jubilado da en estas líneas una caracterización bastante exacta de los iskrovistas. Eran miembros de una orden errante, por encima de las organizaciones, en las cuales sólo veían un palenque donde ejercitar su influencia.

Koba no tomó parte en aquella labor de responsabilidad. Fue primero un socialdemócrata en Tiflis, como después en Batum;

esto es, un agitador de vía estrecha local. El contacto del Cáucaso con *Iskra* y con Rusia central se estableció mediante Krassin, Kurnatovsky y otros. Toda la labor de unificar los Comités y grupos locales en un Partido centralizado se hizo sin el concurso de Koba. Esta circunstancia (que se funda sin la más ligera sombra de duda en la correspondencia de entonces, las memorias y otros documentos) es muy importante para valorar el desarrollo político de Stalin; éste avanzaba lentamente, vacilando, a tientas.

En febrero de 1902, se confiaba en celebrar en Kiev un conclave de los iskrovistas que eran agentes del centro del extranjero. «A aquella conferencia —escribe Pyatnitsky— acudieron representantes de todas partes de Rusia.» Al descubrir que se les vigilaba, comenzaron a salir apresuradamente de la ciudad en todas direcciones. Sin embargo, todos fueron detenidos, unos en Kiev y otros en ruta. Pocos meses después practicaron la famosa evasión de aquella cárcel. Koba, que por entonces trabajaba en Batum, no fue invitado a la reunión de Kiev y, sin duda, nada sabía de ella.

El provincialismo político de Koba se aclara en forma muy instructiva por sus relaciones con el cuerpo extranjero o, más bien, por la falta de toda relación con el mismo. A mediados del siglo anterior, los emigrados seguían desempeñando casi invariablemente el papel dominante en el movimiento revolucionario ruso. Entre detenciones constantes, destierros y ejecuciones en la Rusia zarista, los sitios frecuentados por aquellos hombres, teóricos, publicistas y organizadores de lo más sobresaliente, eran los únicos sectores continuamente activos del movimiento, y así, por la naturaleza de las cosas, dejaban su impronta en él. El Consejo de redacción de *Iskra* se convirtió incuestionablemente a principios de siglo en el centro de la socialdemocracia. De allí emanaban no sólo las consignas políticas, sino también las instrucciones prácticas. No había agitador que no anhelase pasar lo antes posible algún tiempo en el extranjero para ver y oír a los dirigentes, para revisar y pulir sus propias opiniones, para establecer contacto permanente con la *Iskra* y, por su mediación, con los trabajadores clandestinos dentro de la misma Rusia. V. Kozhevnikova, que en cierta época estuvo junto a Lenin ocupado en trabajo exterior, habla de cómo «desde el destierro y el camino hacia el destierro comenzó una huida general al extranjero, para encaminarse a las oficinas editoriales de *Iskra*... y volver otra vez a Rusia, al trabajo activo». El joven menestral Nogin (por escoger un ejemplo entre cien) se escapó en abril de 1903 del des-

tierra al extranjero, «para ponerse al corriente de la vida —según escribía a un amigo suyo—, para leer y aprender». Pocos meses más tarde volvía ilegalmente a Rusia como agente de la *Iskra*. Los diez participantes en la mencionada evasión de la cárcel de Kiev, entre ellos el futuro diplomático del Soviet, Litvinov, se encontraron pronto al otro lado de las fronteras. Uno tras otro, todos ellos fueron volviendo a Rusia, para preparar el Congreso del Partido. Respecto a estos y otros agentes de confianza, Krupskaja escribe en sus memorias: «*Iskra* sostenía una activa correspondencia con todos. Vladimiro Ilich leía todas las cartas. Conocíamos al detalle lo que hacía cada agente de la *Iskra*, y con ellos discutíamos contactos y les informábamos de las detenciones y demás incidentes.» Entre esos agentes los había contemporáneos de Lenin y también de Stalin. Pero, hasta entonces, Koba no figuraba en la capa superior de los agitadores, diseminadores del centralismo, constructores de un partido unificado. Seguía siendo un «activista local», caucásico, provincial congénito.

En junio de 1903, el Congreso del Partido, preparado por *Iskra*, se reunió, por fin, en Bruselas. Bajo la presión de los diplomáticos zaristas y la policía belga, que obsequiosamente les servía, tuvo necesidad de trasladar la sede de sus deliberaciones a Londres. El Congreso adoptó el programa trazado por Plejanov, y tomó resoluciones en cuanto a táctica; pero cuando se pasó a cuestiones de organización, surgieron inesperadas diferencias de criterio entre los mismos iskrovistas, que dominaban en el Congreso. Ambos bandos, incluso los «duros» o radicales, dirigidos por Lenin, y los «blandos» o moderados, encabezados por Martov, supusieron al principio que las diferencias no eran fundamentales. Tanto más sorprendente, pues, fue el choque entre las dos tendencias. El Partido, que acababa de unificarse, hallóse de pronto a punto de hundirse.

«Ya en 1903, estando preso, y habiéndose enterado por camaradas que regresaban del segundo Congreso de las serias diferencias de opinión entre bolcheviques y mencheviques, Stalin se unió resueltamente a los bolcheviques.» Así se lee en una biografía escrita al dictado de Stalin, que viene a ser una instrucción para historiadores del Partido. Pero sería muy poco cauto considerar tal instrucción con excesiva confianza. En el Congreso que condujo a la ruptura, había tres delegados del Cáucaso. ¿Con quién de ellos se encontró Koba, y cómo habló con él precisamente, si se hallaba confinado y solitario? La sola confirmación de esta ver-

sión de Stalin viene de Iremashvili: «Koba, que siempre había sido partidario entusiasta de los métodos violentos leninistas —escribe—, inmediatamente se pronunció por los bolcheviques y se convirtió en su más afamado paladín y adalid en Georgia.» Sin embargo, este testimonio, a pesar de su carácter categórico, peca de flagrante anacronismo. Antes del Congreso, nadie, incluyendo al mismo Lenin, había propugnado los «violentos métodos leninistas» en oposición a los métodos de los miembros del Consejo de redacción que habían de ser los futuros jefes del menchevismo. En el Congreso, los debates no versaron sobre métodos revolucionarios; no habían surgido aún diferencias tácticas de opinión. Iremashvili se equivoca, sin duda; y no es extraño: Koba estuvo preso todo el año 1903, de modo que Iremashvili no pudo recoger directamente impresiones suyas. En general, aunque sus observaciones psicológicas y sus recuerdos de hechos reales son en absoluto convincentes y casi siempre confirmables, sus observaciones políticas ya no son tan de fiar. Parece como si le faltara el instinto y el fondo necesarios para comprender la evolución de las tendencias revolucionarias en pugna; en esa esfera nos ofrece conjeturas retrospectivas, dictadas por sus propias opiniones de tiempos más recientes.

La disputa del segundo Congreso se extendió, en realidad, a la cuestión de quién había de ser miembro del Partido; si éste había de incluir solamente a los que ya lo eran de la organización ilegal, o a quienquiera que sistemáticamente participara en la lucha revolucionaria bajo la dirección de Comités locales. En el momento de la discusión, dijo Lenin: «Yo no estimo la diferencia de opinión entre nosotros tan esencial que de ella dependa la vida o la muerte de nuestro Partido. Estamos muy lejos de hundirnos por una cláusula deficiente en nuestros reglamentos.» Hacia el final del Congreso hubo también debate sobre la cuestión de personal del Consejo de redacción de *Iskra* y del Comité Central; y nunca traspasaron las diferencias de criterio estos reducidos límites. Lenin trató de fijar límites precisos y explícitos al Partido, una composición compacta del Consejo de redacción y una disciplina severa. Martov y sus amigos preferían una organización más holgada, algo más parecido a un círculo familiar. No obstante, ambas partes estaban sólo tanteando sus respectivos caminos, y a pesar de la aspereza del conflicto, nadie pensó que aquellas diferencias de opinión fuesen «sumamente serias». Según una observación que Lenin hizo más tarde, la lucha en el Congreso fue algo así como una «anticipación».

Lunacharsky, el primer dirigente soviético en materia de educación, escribía poco después:

«La dificultad mayor en aquella disputa consistió en que el segundo Congreso, al hendir el Partido, no había sondeado aún las diferencias realmente profundas que existían entre los martovistas, por un lado, y los leninistas, por otro. Estas diferencias parecían girar entonces en torno a un párrafo de los estatutos del Partido y del personal del Consejo de redacción. Muchos se sentían desconcertados por la insignificancia del motivo que condujo al cisma.»

En el Cáucaso, en atención a su atraso social y político, lo ocurrido en el Congreso se comprendió aún peor que en otros sitios. Verdad es que los tres delegados caucásicos, en el ardor de la pasión, se unieron a la mayoría en Londres. Pero es significativo que los tres se hicieron más tarde mencheviques: Topuridze abandonó a la mayoría al final del mismo Congreso; Zurabov y Knunyants se pasaron a los mencheviques en el curso de los años siguientes. La famosa imprenta ilegal del Cáucaso, donde predominaban las simpatías bolcheviques, siguió siendo el órgano central del Partido. «Nuestras diferencias de opinión —escribe Yenukidze— no se reflejaban para nada en nuestro trabajo.» Sólo después del tercer Congreso del Partido, es decir, no hasta mediados de 1905, pasó la imprenta a poder del Comité Central bolchevique. Por consiguiente, no hay razón para dar crédito a la aserción de que Koba, encerrado en una prisión remota, pudiera valorar, desde luego, las diferencias como «sumamente serias». Nunca fue su fuerte la previsión. Y no sería difícil censurar a un joven agitador, aun menos circunspecto y suspicaz, que hubiera partido para Siberia sin tomar posiciones en la lucha interna del Partido.

Desde Siberia, Koba volvió directamente a Tiflis; este hecho no puede menos de causar asombro. Fugitivos totalmente desconocidos, rara vez volvían a sus residencias habituales, donde la policía, siempre vigilante, no tardaría en localizarlos y vigilarlos, especialmente tratándose, no de San Petersburgo o Moscú, sino de una pequeña ciudad de provincia como Tiflis. Pero el joven Djughashvili no se había desprendido aún de su cordón umbilical caucásico; el lenguaje usado en su propaganda seguía siendo georgiano casi exclusivamente. Además, no se consideraba foco de la atención de la policía. Aún no se había propuesto probar sus aptitudes en la Rusia central. No era conocido fuera del país, ni tampoco intentó salir de él. Además, al parecer, había otro motivo

que le retenía en Tiflis; si Iremashvili no se confunde en su cronología, por entonces ya se había casado Koba. Durante su encierro y deportación, su joven esposa se había quedado en Tiflis.

La guerra con el Japón, que había empezado en enero de 1904, debilitó al principio el movimiento obrero, pero a fines de aquel año le infundió un ímpetu antes desconocido. Las derrotas militares del zarismo disiparon rápidamente los alardes patrióteros que al principio habían invadido los círculos liberales y algunos estudiantiles. El derrotismo, aunque con un coeficiente variable, crecía en predominio, no sólo entre las masas revolucionarias, sino hasta la burguesía, de oposición. A pesar de todo ello, la socialdemocracia, antes del inminente cataclismo, pasó por meses de estancamiento y de indisposición interna. Las diferencias entre bolcheviques y mencheviques, exageradas por indefinidas aún, poco a poco empezaron a rezumar a través de los dañados confines del cuartel general del Partido, e invadieron todo el campo de la estrategia revolucionaria.

«El trabajo de Stalin durante el período 1904-1905 se desenvolvió bajo la bandera de una enconada lucha contra el menchevismo», expone su biógrafo oficial. «Literalmente en sus propias espaldas sostuvo lo más duro de la lucha con los mencheviques en el Cáucaso, desde 1904 hasta 1908», escribe Yenukidze en sus memorias, recientemente revisadas. Beria afirma que después de su fuga desde el destierro, Stalin «organizó y dirigió la lucha contra los mencheviques, quienes, después del segundo Congreso del Partido, durante la ausencia de Stalin, desarrollaron particular actividad». Estos autores quieren evidenciar demasiado. Si tuviéramos que admitir como artículo de fe la declaración de que ya en los años 1901-1903, Stalin estaba desempeñando un puesto de dirección en la socialdemocracia caucásica, en que se había unido a los bolcheviques en 1903, y de que en febrero de 1904 había comenzado su pugna contra el menchevismo, entonces habríamos de detenernos estupefactos ante los insignificantes resultados conseguidos con tanto esfuerzo de su parte; en vísperas de la revolución de 1905, los bolcheviques georgianos se contaban literalmente uno a uno. La referencia de Beria de que los mencheviques desarrollaron particular actividad «durante la ausencia de Stalin» suena casi a ironía. La Georgia pequeñoburguesa, incluyendo a Tiflis, siguió siendo la fortaleza del menchevismo durante una veintena de años, sin tener para nada en cuenta la presencia o la ausencia de nadie en particular. En la revolución de 1905, los trabajadores y campesinos de Georgia siguieron como un solo hom-

bre a la facción menchevique; en las cuatro Dumas<sup>1</sup>, Georgia estuvo representada invariablemente por mencheviques; en la revolución de febrero de 1917, el menchevismo georgiano proporcionó en toda Rusia dirigentes de calibre nacional: Tseretelli, Chjicidze y otros. Finalmente, aun después de establecido el Gobierno soviético en Georgia, el menchevismo seguía ejerciendo allí considerable influencia, que se manifestó más tarde en el levantamiento de 1924. «¡Toda Georgia debe ser arrasada!», decía Stalin, resumiendo las lecciones de la sublevación georgiana en la sesión del Buró político de otoño de 1924, esto es, veinte años después de haber él «iniciado una enconada lucha contra el menchevismo». Por consiguiente, sería más correcto y más justo para Stalin no exagerar el papel de Koba durante los primeros años del siglo.

Koba volvió del destierro como miembro del Comité del Cáucaso, para el cual había sido elegido en su ausencia, durante su estancia en presidio, en una conferencia de las organizaciones de Transcaucasia. Es posible que a principio de 1904 una mayoría de los miembros del Comité simpatizara ya con la mayoría del Congreso de Londres; pero eso por sí solo no indica que la simpatía estuviese con Koba. Las organizaciones locales del Cáucaso tendían claramente hacia los mencheviques. El Comité Central conciliador del Partido, que presidía Krassin, era por entonces opuesto a Lenin. La *Iskra* estaba enteramente en manos de los mencheviques. En estas condiciones, el Comité caucásico, con sus tendencias bolcheviques, parecía suspendido en el aire. Pero Koba prefería pisar terreno firme. Apreciaba el aparato más que la idea.

La información oficial sobre las actividades de Koba en 1904, es sumamente borrosa y poco verosímil. Deja en duda si desarrolló alguna actividad en Tiflis, y, en este caso, en qué consistió su labor. Es difícilmente admisible que un evadido de Siberia pudiera exhibirse en círculos obreros, donde eran muchos los que le conocían. Es probable que precisamente por eso se trasladara Koba a Bakú ya en junio. En cuanto a su trabajo allí, se nos informa con las frases de rigor: «Dirigió la lucha de los bolchevi-

<sup>1</sup> Las primeras dos Dumas fueron elegidas de acuerdo con la ley electoral de 24 de diciembre (11 de n. c.) de 1905; la primera estuvo funcionando desde el 10 de mayo (27 de abril) al 22 de julio (9 de julio) de 1906; y la segunda desde el 5 de marzo (20 de febrero) al 15 de junio (2 de junio) de 1907. Las otras dos Dumas se eligieron con arreglo a la ley electoral de 16 de junio (3 de junio) de 1907, funcionando la primera toda la legislatura, desde el 14 de noviembre (1 de noviembre) de 1907 hasta el 22 de junio (9 de junio) de 1912; y la última, la cuarta, aproximadamente lo mismo, desde el 28 de noviembre (15 de noviembre) de 1912 hasta el 10 de marzo (25 de febrero) de 1917. — C. M.

que de Bakú», «puso en evidencia a los mencheviques». ¡Ni un simple hecho, ni un solo recuerdo específico! Si Koba escribió algo durante aquellos meses, es que se ha omitido su publicación, y seguramente no por olvido.

Por otra parte, los intentos tardíos de presentar a Stalin como fundador de la socialdemocracia de Bakú, no tiene ningún fundamento. Los primeros círculos de trabajadores en la humosa y triste ciudad envenenada por la pendencia entre tártaros y armenios aparecieron ya en 1896. La base de una organización más completa fue obra, tres años más tarde, de Abel Yenukidze, en colaboración con Lado Ketsjoveli; organizó el Comité de Bakú, que simpatizaba con los iskrovistas. Gracias a los esfuerzos de los hermanos Yenukidze, muy relacionados con Krassin, se montó una gran imprenta clandestina en Bakú en 1903, y esta imprenta desempeñó un importante papel en la labor preparatoria de la primera revolución. En aquella imprenta, bolcheviques y mencheviques trabajaron juntos fraternalmente hasta mediados de 1905. Cuando el viejo Abel Yenukidze, durante muchos años secretario general del Comité Ejecutivo Central de la Unión Soviética, cayó en desgracia con Stalin, fue obligado en 1935 a revisar de nuevo sus *Memorias* de 1923, sustituyendo hechos bien probados por meros asertos respecto al papel inspirador y director de Soso en el Cáucaso y particularmente en Bakú. Su condescendencia no salvó a Yenukidze de su sino, ni tampoco añadió un solo rasgo de vida a la biografía de Stalin.

Cuando primero apareció Koba en el horizonte de Bakú, en junio de 1904, la organización socialdemócrata local tenía en su haber un historial de ocho años de actividad revolucionaria. La «ciudad negra» había intervenido eficazmente en el movimiento obrero durante los años precedentes. La primavera había abatido sobre Bakú una huelga general que desencadenó un alud de huelgas y manifestaciones por todo el sur de Rusia. Vera Zsulitch fue quien primero apreció estos avances al principio de la revolución. Por el carácter más proletario de Bakú, especialmente en comparación con Tiflis, los bolcheviques consiguieron asegurarse allí una posición firme antes que en ningún otro lugar del Cáucaso. El mismo Majaradze, que había usado el vocablo de la jerga de Tiflis, *kinto*, con referencia a Stalin, dice que en el otoño de 1904 se creó en Bakú, «bajo la dirección inmediata de Soso, una organización especial para trabajo revolucionario entre los atra-sados obreros de la industria petrolífera, tártaros, azerbaijanos y persas». Ese testimonio despertaría menos dudas si Majaradze

lo hubiera hecho constar en la primera edición de sus Memorias y no diez años después, cuando, bajo el látigo de Beria, volvió a escribir la historia entera de la socialdemocracia caucásica. El proceso de su gradual acercamiento a la «verdad» oficial tuvo su complemento en la proscripción de todas las ediciones anteriores de su obra como engendro del Espíritu Perverso, y su retirada de la circulación.

Al volver de Siberia, Koba encontró, sin duda, a Kamenev, que había conocido en Tiflis<sup>1</sup> y era allí uno de los primeros jóvenes adeptos de Lenin.

Es posible que fuese Kamenev, recién llegado del extranjero, quien contribuyese a convertir a Koba al bolchevismo. Pero el nombre de Kamenev fue borrado de la historia del Partido pocos años antes de que el mismo Kamenev fuese fusilado a pretexto de una fantástica acusación. De todos modos, la verdadera historia del bolchevismo caucásico comenzó, no al regresar Koba del destierro, sino en el otoño de 1904. Esta fecha se confirma en diversos aspectos, aun por parte de autores oficiales, de no verse obligados a referirse específicamente a Stalin. En noviembre de 1904 se celebró una conferencia bolchevique en Tiflis, a la que acudieron quince delegados de organizaciones locales caucásicas,

<sup>1</sup> León Borisovich Kamenev nació en Moscú el 31 de junio (18 de n. c.) de 1833. No obstante, tuvo contacto frecuente con Tiflis durante diez años. En 1896 se trasladó con su familia a Tiflis, donde su padre encontró ocupación en los F. C. Transcaucásicos, y el joven L. B. pasó del Instituto de Wilno al de Tiflis, donde se graduó en 1901. Durante sus años últimos de Instituto en Tiflis, el joven Kamenev había desplegado tanta actividad como marxista, que después de graduado le privaron del derecho de matricularse en ninguna Universidad ni Escuela de Ingenieros de Rusia. Después de solicitarlo del entonces ministro de Instrucción Pública, Bogolepov, se le otorgó al fin el permiso para matricularse en la Facultad de Jurisprudencia de Moscú, donde continuó «conduciéndose mal», por lo que acabó primero en la cárcel de Butyrky y luego en la de Taganka. Se le negó el derecho a volver a la Universidad, y fue devuelto a Tiflis, encomendado a la vigilancia de la policía. En Tiflis, como iskrovista activo, estuvo instruyendo a un círculo de obreros ferroviarios y otro de zapateros hasta el otoño de 1902, en que fue a París. Allí se encontró con muchos de los dirigentes del grupo «Iskra», y escribió artículos para la *Iskra* sobre el movimiento estudiantil. Varios meses después fue Lenin de Londres a París para dar una conferencia. Kamenev se encontró con él, se rindió a su influencia, y cuando Lenin se trasladó de Londres a Ginebra, Kamenev fue a esta ciudad desde París. Allí estudió marxismo bajo la dirección de Lenin, y debutó como orador en un debate con Martov, que por entonces viajaba a través de Europa con el pasaporte de Kamenev. En París, Kamenev conoció a la hermana de Trotsky, Olga, que luego fue su mujer. Inmediatamente después del segundo Congreso del Partido, Lenin envió a Kamenev a Tiflis como organizador bolchevique. Allí tomó parte en la organización de una huelga de obreros del ferrocarril transcaucásico. Tuvo que abandonar Tiflis otra vez, después de haber registrado su domicilio en la policía, el 18 ó 19 de enero de 1904. Después de cinco meses de prisión en Moscú, le hicieron regresar a Tiflis el 28 de julio de 1904. Allí permaneció, salvo algunos viajes de organización, hasta la primavera de 1905, en que fue a Londres como delegado del tercer Congreso. — C. M.

en su mayoría grupos insignificantes. Se aprobó una resolución pidiendo la convocatoria de un nuevo Congreso del Partido. Este acto era una abierta declaración de guerra, no sólo contra los mencheviques, sino también contra el conciliador Comité Central. Si Koba hubiese tomado parte en esta primera conferencia de los bolcheviques del Cáucaso, Beria y los otros historiadores no hubieran dejado de consignar que la conferencia se había celebrado «por iniciativa y bajo la dirección del camarada Stalin». El silencio absoluto sobre el particular significa que Koba, a la sazón en el Cáucaso, no participó en la conferencia, o, en otras palabras, que ni una sola organización bolchevique le envió como delegado. La conferencia eligió un Buró, y Koba no fue incluido como miembro del mismo. Todo ello hubiera sido inconcebible de haber desempeñado algún puesto prominente entre los bolcheviques del Cáucaso.

Victor Taratuta, que asistió a la conferencia como delegado de Batum y más tarde fue miembro del Comité Central del Partido, nos da una indicación bastante clara e incuestionable respecto a quién era por entonces el dirigente de los bolcheviques caucásicos. «En la conferencia regional del Cáucaso, que tuvo lugar a fines de 1904 o primeros de 1905 —escribe—, conocí al camarada Kamenev, León Borisovich, en su calidad de dirigente de las organizaciones bolcheviques del Cáucaso. En aquella conferencia regional, el camarada Kamenev fue elegido propagandista móvil, encargado de recorrer el país en todos sentidos, a fin de propugnar la convocatoria de un nuevo Congreso del Partido. Al mismo tiempo, se delegó en él para que visitara a los Comités de todo el país y estableciese contacto con nuestros centros del extranjero por aquella época.» Este autorizado testimonio no dice una sola palabra acerca de la participación de Koba.

En tales circunstancias no podía existir, naturalmente, motivo alguno para incluir a Koba en el centro general ruso de los bolcheviques, el «Buró de los Comités de la Mayoría», compuesto de diecisiete miembros, formado con objeto de convocar el Congreso. Kamenev fue elegido miembro de aquel organismo como representante del Cáucaso. Entre los demás miembros del Buró que llegaron luego a ser famosos dirigentes del Soviet, encontramos los nombres de Rikov y Litvinov. No es ocioso advertir que Kamenev y Rikov tenían dos o tres años menos que Stalin. En conjunto, el Buró estaba compuesto de representantes de la «tercera» generación.

Koba volvió por segunda vez a Bakú en diciembre de 1904, esto

es, poco después de celebrada la conferencia bolchevique del Cáucaso. La víspera de su llegada estalló una huelga general en los campos y fábricas de petróleo, cogiendo por sorpresa a toda Rusia. Las organizaciones del Partido no habían aprendido indudablemente a comprender todavía la índole del carácter insurreccional de las masas, agravado por el primer año de guerra. La huelga de Bakú precedió inmediatamente al famoso domingo sangriento de San Petersburgo, la trágica marcha de los trabajadores dirigidos por el famoso pope Gapon al Palacio de Invierno, el 22 de enero de 1905. Una de las «Memorias» fabricadas en el año 1935, menciona vagamente que Stalin dirigió el Comité de huelga de Bakú y que todo aconteció bajo sus orientaciones. Pero según el mismo autor, Koba llegó a Bakú después de comenzar la huelga y permaneció en la ciudad sólo diez días en total. En realidad, fue allí con una misión especial, que probablemente tenía algo que ver con preparativos para el Congreso. Por aquel tiempo es posible que se hubiera decidido ya en favor del bolchevismo.

El mismo Stalin trató de retrasar la fecha de su incorporación a los bolcheviques. No satisfecho con la declaración de que se había hecho bolchevique antes de salir de la cárcel, declaró en 1924, en la noche conmemorativa de los cadetes del Kremlin, que había establecido contacto con Lenin por vez primera durante el tiempo de su primera deportación:

«Conocí al camarada Lenin en 1903. No fue, naturalmente, un encuentro personal, sino por correspondencia, en el curso de un cambio de cartas. Pero dejó en mí una impresión indeleble, que he conservado en todas las manifestaciones de mi trabajo dentro del Partido. Por entonces estaba yo en Siberia, deportado. El conocimiento de las actividades revolucionarias del camarada Lenin a principios de la última década del siglo, y especialmente desde 1901, después de aparecer *Iskra*, me infundió la convicción de que en el camarada Lenin teníamos un hombre extraordinario.

»No le consideraba entonces sólo como un dirigente del Partido, sino como a su verdadero creador, porque únicamente él conocía la sustancia interna del Partido y sus necesidades perentorias. Cuando le comparaba con los otros dirigentes de nuestro Partido, me parecía siempre que los compañeros de armas del camarada Lenin (Plejanov, Martov, Axelrod y otros) quedaban todos una cabeza por debajo del camarada Lenin; que, comparado con ellos, Lenin no sólo era uno de los dirigentes, sino un diri-

gente de máxima categoría, un águila de las montañas que no conocía el miedo en la batalla que audazmente guiaba al Partido hacia delante por los caminos inexplorados del movimiento revolucionario ruso. Aquella impresión se infiltró tan hondamente en mi espíritu que sentí la necesidad de escribir sobre ello a uno de mis amigos íntimos, que por entonces estaba en la emigración, pidiéndole una respuesta. Poco después, estando ya deportado en Siberia (hacia fines de 1903) recibí una entusiasta contestación y una carta sencilla, pero de gran contenido, del camarada Lenin, a quien, por lo visto, mi amigo había enseñado la mía. La carta del camarada Lenin era relativamente breve, pero sometía las prácticas de nuestro Partido a una crítica resuelta e impávida, y exponía en forma clara y convincente por demás todo el plan de trabajo del Partido para el período inmediato. Sólo Lenin era capaz de escribir una carta sobre los temas más complicados de un modo tan sencillo, tan terminante y decidido, que cada frase parecía perfectamente audible. Aquella carta sencilla y audaz corroboró mi convencimiento de que en Lenin teníamos el águila montañera de nuestro Partido. No puedo perdonarme que, llevado del hábito de un viejo activista clandestino, hube de quemar la carta del camarada Lenin con muchas otras. Mis relaciones con el camarada Lenin comenzaron entonces.»

La cronología de esta manifestación, tan típica de Stalin por su primitivismo psicológico y de estilo, no es únicamente lo erróneo de ella. Koba no llegó al punto de su destierro hasta enero de 1904; por consiguiente, no pudo recibir allí la carta aludida en 1903. Además, no aparece muy claro dónde y precisamente cómo escribió «a uno de sus amigos íntimos» del extranjero, puesto que antes de salir deportado pasó en la cárcel año y medio. Las personas desterradas nunca sabían de antemano adónde se las deportaba; por consiguiente, Koba no pudo comunicar previamente su dirección en Siberia a su amigo emigrado, y ciertamente, tampoco hubo tiempo para escribir una carta desde el destierro y recibir respuesta del extranjero en un solo mes que Koba pasó en el destierro. Según la versión del propio Stalin, la carta de Lenin no tenía carácter personal, sino programático. Ejemplares de aquel tipo de carta enviaba invariablemente Krupskaja a diversas direcciones, en tanto que el original se conservaba en los archivos del Partido en el extranjero. Es muy poco probable que en aquella ocasión se hiciera una excepción en obsequio de un joven caucá-

sico desconocido. Pero los archivos no contienen el original de aquella carta, cuya copia Koba quemó «llevado del hábito de un viejo activista clandestino» (por entonces tenía exactamente veinticuatro años). Pero más sorprendente es el hecho de que Stalin nada diga respecto a su respuesta a Lenin. Habiendo recibido una carta del dirigente a quien, según él mismo confiesa, veneraba como a un dios, es de razón que Koba le hubiese contestado en el acto. Sin embargo, nada dice de esto Stalin, y no por casualidad: los archivos de Lenin y Krupskaja no contienen la respuesta de Stalin. Naturalmente, puede haber sido interceptada por la policía; pero en tal caso, la copia se hubiese conservado en los archivos del departamento de policía y reproducido en la Prensa soviética años después. Además, aquellas relaciones no se habrían limitado a una sola carta. Un joven socialdemócrata no hubiera dejado de considerar sumamente precioso para él un contacto permanente con el dirigente de su Partido, con su «águila montañera». En cuanto a Lenin, estimaba muy valioso todo contacto con Rusia, y contestaba meticulosamente todas las cartas. Pero no ha salido a relucir correspondencia alguna entre Lenin y Koba en el curso de estos últimos años. Todo lo que expone mueve a perplejidad, todo, salvo sus propósitos.

El año 1904 fue, quizá, el más difícil de la vida de Lenin, exceptuando los últimos años de su enfermedad. Sin desearlo ni preverlo, rompió con todos los dirigentes más conocidos de la socialdemocracia rusa, y durante mucho tiempo después no pudo encontrar a uno solo capaz de remplazar a sus antiguos compañeros de lucha. Los literatos bolcheviques se reclutaron despacio y con gran esfuerzo, y no podían equipararse a los redactores del *Iskra*. Lyadov, uno de los más activos bolcheviques de aquellos días, y que en 1904 estaba con Lenin en Ginebra, recordaba veinte años después: «Llegó Olminsky, llegó Varovsky, y también Bogdanov..., aguardábamos la llegada de Lunacharsky, del que Bogdanov aseguraba que se uniría a nosotros en seguida.» Estos hombres iban regresando del destierro, precedidos de su reputación y esperados. Pero al movilizar el cuadro de redacción del periódico faccionario, nadie sugirió a Koba como posibilidad. Y hoy se le pinta como prominente líder bolchevique de aquella época. El primer número del periódico *Vperyod* (Adelante) apareció por fin el 22 de diciembre, en Ginebra. Koba no tuvo absolutamente ninguna participación en aquel trascendente episodio de la vida de su facción. Ni siquiera se puso en contacto con los redactores. El periódico no contenía artículos suyos, ni tampoco información

de su procedencia. Esto sería increíble de haber sido por entonces dirigente de los bolcheviques del Cáucaso.

Por último, existe testimonio directo y documental en apoyo de la conclusión que sacábamos a base de pruebas circunstanciales. En un informe extenso y sumamente interesante a propósito de José Djugashvili, escrito en el año 1911, por el jefe del Departamento de Policía Secreta de Tiflis, Karpov, se dice lo siguiente:

«Ha tenido actividad en la organización socialdemócrata desde 1902, primero como menchevique, y luego como bolchevique.»

El informe de Karpov es el único documento entre los que conocemos que declare explícitamente que durante cierto lapso posterior al cisma, Stalin fue menchevique. El periódico de Tiflis, *Zarya Vostoka*, que fue lo bastante despreocupado para publicar ese documento en su número de 23 de diciembre de 1925, no pensó en dar explicaciones sobre el mismo, o no estaba en condiciones de darlas. Es seguro que el culpable sería cruelmente castigado por tal deslíz. Es muy significativo que ni el mismo Stalin juzgase conveniente refutar tal informe. Ni uno siquiera de los biógrafos e historiadores oficiales del Partido volvió a referirse a documento tan importante, en tanto que se reproducían, repetían y refotografiaban insignificantes trocitos de papel. Supongamos por un instante que la gendarmería de Tiflis, que en todo caso había de ser la mejor informada sobre el particular, hubiera facilitado informes erróneos. Entonces surge la pregunta suplementaria: ¿cómo fue posible un error semejante? Si Koba hubiera sido, en efecto, dirigente de los bolcheviques en el Cáucaso, el Departamento de Policía Secreta no habría dejado de saberlo. Sólo era posible cometer un error de tal bulto en materia de caracterización política con referencia a algún neófito verde o alguna figura de tercer orden, pero nunca a propósito de un «dirigente». Así, el único documento que por azar encontró acceso a las prensas, derrumba de un terrible soplo el mito oficial alimentado con tanto esfuerzo. ¡Y cuántos otros documentos semejantes se conservan bien guardados en cámaras refractarias, o bien han sido solícitamente relegados a las llamas!

Puede parecer que hemos gastado demasiado tiempo y esfuerzo en llegar a una conclusión muy modesta. ¿No es en realidad lo mismo que Koba se uniese a los bolcheviques a mediados de 1903, o que lo hiciera en vísperas de 1905? Pero esa modesta conclusión, aparte del hecho de que incidentalmente descubre ante

nosotros la mecánica de la historiografía y la iconografía del Kremlin, es de considerable importancia para comprender debidamente la personalidad política de Stalin. La mayoría de quienes han escrito sobre él aceptan su transición al bolchevismo como algo inherente a su carácter, como cosa evidente, natural. Pero tal concepto es definitivamente parcial. Ciertamente es que la firmeza y la resolución predisponen a una persona a aceptar los métodos del bolchevismo. Pero estas características, por sí solas, no bastan para decidir. Había muchas personas de carácter firme entre los mencheviques y los socialistas revolucionarios. Y, en cambio, entre los bolcheviques no era raro encontrar personas débiles de espíritu. La psicología y el carácter no lo son todo en la índole del bolchevique que, en primer término, es una filosofía de la historia y una concepción política. En ciertas condiciones históricas, los trabajadores son empujados en la ruta del bolchevismo por todo el cuadro de sus circunstancias sociales. Esto sucede con independencia de la solidez o flaqueza de los caracteres individuales. Un intelectual necesitaba intuición política excepcional e imaginación teórica, fe nada común en el proceso histórico dialéctico y en los atributos revolucionarios de la clase trabajadora, para ligar seria y firmemente su destino al del partido bolchevique en los días en que el bolchevismo no era más que una anticipación histórica. La mayoría preponderante de los intelectuales que se incorporaron al bolchevismo en el período de su auge revolucionario lo abandonaron en los años siguientes. Era más difícil para Koba alistarse, pero asimismo era más difícil apartarse de él, pues no tenía imaginación teórica ni intuición histórica, ni don de la previsión, del mismo modo que, en cambio, carecía en absoluto de volubilidad. En una situación compleja, frente a nuevas consideraciones, Koba prefiere esperar la ocasión, mantenerse al margen o retirarse. En todos los casos en que por necesidad ha de elegir entre la idea y la máquina política, invariablemente se decide siempre por la máquina. El programa tiene que crear primero toda su burocracia antes de que Koba pueda guardarle el menor respeto. Falta de confianza en las masas, igual que en los individuos, es la base de su naturalza. Su empirismo le empuja siempre a elegir el camino de la menor resistencia. Por eso, en general, en todos los grandes momentos de crisis de la historia, este revolucionario miope adopta una posición oportunista que le lleva muy cerca de los mencheviques y, en ocasiones, hasta le sitúa a la derecha de ellos. Al mismo tiempo, está constantemente inclinado a favorecer las acciones más decididas para resolver los problemas que

ya ha dominado. En todas las circunstancias, la violencia bien organizada le parece el camino más corto entre dos puntos. Aquí conviene bosquejar una analogía. Los terroristas rusos eran en esencia pequeñoburgueses demócratas, pero eran sumamente resueltos y audaces. Los marxistas solían decir a propósito de ellos que eran «liberales con una bomba». Stalin siempre ha sido lo que sigue siendo hoy: un político de la «mediocridad áurea» que no vacila en recurrir a las medidas más extremas. Estratégicamente es un oportunista; tácticamente, un «revolucionario». En suma, un oportunista con una bomba.

Poco después de su salida del Seminario, Koba estuvo desempeñando un puesto de tenedor de libros o algo parecido en el Observatorio de Tiflis. A pesar de su «miserable salario», le gustaba aquella ocupación, según nos informa Iremashvili, porque le dejaba mucho tiempo libre para actividades revolucionarias. «Para él, lo menos importante era su personal bienestar.» Nada pedía a la vida, pues le parecía incompatible toda exigencia con los principios socialistas. Tenía integridad suficiente para hacer sacrificios por su ideal. Koba era fiel al voto de pobreza que hacen sin ostentación ni ruido todos los jóvenes que se alistaban en la clandestinidad revolucionaria. Además, a diferencia de muchos otros que así proceden, estaba acostumbrado a carecer de comodidades desde niño. «Le visité varias veces en su cuartucho pobre y mal amueblado de la Mijailovskaya —relata el insustituible segundo Soso—. A diario vestía Koba una sencilla blusa negra y la corbata negra que entonces era distintivo de todos los socialdemócratas. En el invierno se echaba por encima una vieja capa parda. A la cabeza nunca llevó otra cosa que la gorra rusa de visera. Aunque al dejar Koba el Seminario no estaba en muy buenos términos con la mayoría de los jóvenes marxistas del mismo, de vez en cuando hacían éstos una colecta, a pesar de todo, para aliviarle en sus apuros.» Barbusse nos entera de que en 1900, esto es, un año después de abandonar el Seminario, José se encontró totalmente sin recursos: «Sus camaradas le procuraron medios para adquirir alimentos.» Los documentos policíacos indican que Koba siguió empleado en el Observatorio hasta marzo de 1901, en que se vio obligado a ocultarse. Su empleo, como hemos oído, apenas le rendía lo suficiente para subsistir. «... Su sueldo apenas le alcanzaba para vestir con decencia —sigue diciendo Iremashvili—. Pero es lo cierto que él tampoco hacía nada por llevar la ropa por lo menos limpia y arreglada. Nunca se le podía ver sino con una blusa sucia y las

botas sin cepillar. Detestaba desde el fondo de su corazón todo cuanto le pudiese recordar al burgués.» La blusa sucia, las botas sin cepillar, el pelo revuelto eran también características generales de todos los jóvenes agitadores, especialmente en las provincias.

Al pasar en marzo de 1901 al estado ilegal, Koba se convirtió en un revolucionario profesional. A partir de entonces ya no tuvo nombre, por tener muchos. En diversos periodos, y en ocasiones al mismo tiempo, se llamó «David», «Koba», «Nizehradze», «Chizhijov», «Ivanovich», «Stalin». Análogamente, los gendarmes le aplicaban sus apodos particulares. El más persistente de ellos fue el de «Ryaboi», que aludía a su cara picada de viruelas. En adelante, Koba sólo volvería al estado legal en la prisión o en el destierro, esto es, entre dos periodos de trabajo «subterráneo».

«Nunca se apartó de la unidad de propósito —escribía Yenukidze sobre el joven Stalin en sus Memorias corregidas—. Todas sus acciones, choques, amistades, se dirigían a un objetivo definido... Stalin nunca buscó la popularidad personal —añade—, y limitaba el círculo de sus relaciones a los trabajadores avanzados y a los agitadores profesionales.» La finalidad de esta muletilla, repetida en muchas Memorias oficiales, es explicar por qué, hasta el momento mismo de su exaltación al poder, Stalin permaneció ignorado de las masas de la nación y aun de los miembros del Partido en general. La buscaba con ansia, sin poder encontrarla. Desde el principio, la falta de popularidad le tuvo amarrado. Precisamente su incapacidad para ganarse fama en un ataque frontal, empujaba su vigorosa personalidad hacia caminos extraviados y tortuosos.

Desde bien pronto, el joven Koba había aspirado a dominar a las gentes, que en su mayoría se le antojaban más débiles que él mismo. Pero no era más instruido, ni más discreto, ni más elocuente que otros. No poseía ni uno solo de estos atributos que proporcionan simpatía. Ahora bien, era más rico que otros en fría persistencia y en sentido práctico. No se rendía a los impulsos; más bien sabía cómo someterlos a sus cálculos. Esa característica se reveló ya siendo un muchacho en la escuela. «Generalmente, José contestaba a las preguntas sin apresurarse —escribe Glurzhide—. Si su respuesta estaba bien fundada en todos sus aspectos, la daba sin demora; si no, se reservaba durante un rato más o menos breve.» Aparte de la exageración que supone lo de «bien fundada en todos sus aspectos», estas palabras hacen alusión a un rasgo bastante notable del joven Stalin que le dio una ventaja in-

discutible entre los jóvenes revolucionarios, en su mayor parte impulsivos, precipitados e ingenuos.

Aun en aquellos primeros tiempos, Koba no vacilaba en enfrentar unos con otros a sus adversarios, en calumniarlos y en urdir intrigas contra todo aquel que, en algún sentido, pareciese superior a él o pudiese ser un obstáculo a su avance. La falta de escrúpulos morales del joven Stalin dio pábulo a una atmósfera de sospecha y de rumores siniestros sobre él. Mucho de lo que para nada le afectaba, comenzaba a serle achacado. El socialista revolucionario Vereschak, que estuvo en estrecho contacto con Stalin en la cárcel, refirió en la Prensa de los emigrados, en 1928, que, al parecer, después de ser expulsado José Djugashvili del Seminario, el director recibió de él una denuncia relativa a un antiguo camarada de su grupo revolucionario. Cuando José fue obligado a responder de esta acusación ante la organización de Tiflis, parece ser que no sólo confesó haber sido el autor de la denuncia, sino que consideró aquello como algo meritorio; así, en vez de transformarse en popes y maestros, los expulsados se verían obligados a ser, según sus argumentos, agitadores activos. Todo este episodio, calcado por ciertos biógrafos crédulos, tiene todas las trazas de una invención. Una organización revolucionaria sólo puede mantener su existencia siendo inexorable con cuanto se refiera lo más mínimo a indicios de denuncia, provocación o traición. La más leve indulgencia en esa esfera, supone para ella el principio de la gangrena. Si Soso hubiera resultado culpable de recurrir a tales medios, mezcla de una parte de Maquiavelo con dos partes de Judas, es absolutamente inadmisibles que el Partido le hubiese tolerado en sus filas un momento más. Iremashvili, que por entonces pertenecía al mismo círculo seminarista que Koba, nada sabe de tal episodio. Él, por su parte, consiguió graduarse y se hizo maestro. Ahora bien, no es un simple accidente que un invento tan ruin se relacione con el nombre de Stalin. Nada semejante se ha rumoreado a propósito de ninguno de los otros revolucionarios antiguos.

La juventud de la generación revolucionaria coincidió con la juventud del movimiento obrero. Era la época de la gente entre los dieciocho y los treinta años. Los revolucionarios de más edad eran pocos y parecían viejos. El movimiento, hasta entonces, carecía en absoluto de vividores, vivía de su fe en el futuro y de su espíritu de sacrificio. No existía aún rutina, fórmulas estereotipadas, gestos teatrales, trucos oratorios hechos de antemano. La lucha, naturalmente, era sobrado patética, tímida y torpe. Hasta

las palabras «Comité», «Partido», eran cosa nueva, con una aureola de frescura primaveral, y sonaban en oídos jóvenes como inquietante y seductora melodía. Quien se afiliaba en una organización sabía que le esperaba la cárcel seguida del destierro a pocos meses de plazo. El colmo de su ambición era estar en la brecha el mayor tiempo posible antes de ser detenidos; mantenerse firmes frente a los gendarmes; aliviar en lo posible la situación de los camaradas; leer, durante la prisión, el mayor número posible de libros; escaparse cuanto antes del destierro al extranjero; adquirir allí conocimientos útiles, y volver después a la actividad revolucionaria dentro de Rusia.

Los revolucionarios profesionales creían cuanto predicaban. Podían no haber tenido otro incentivo para emprender la ruta del Calvario. La solidaridad bajo la persecución no era una palabra vacía, y aumentaba su valor el desprecio hacia la cobardía y la desertión. «Dando vueltas en mi mente al sinnúmero de camaradas a quienes tuve ocasión de conocer —escribe Eugenia Levisstkaya, refiriéndose a la organización clandestina de Odesa de 1901 a 1907—, no acierto a recordar ni un solo hecho reprobable o despreciable, ni una sola decepción o mentira. Había rozamientos, diferencias faccionales de opinión; pero esto era todo. En cierta medida, cada cual se vigilaba moralmente, se hacía mejor y más tratable en aquella familia de afectos.» Odesa no era una excepción, naturalmente. Los jóvenes y las jóvenes que se entregaban por entero al movimiento revolucionario, sin pedir nada en cambio, no eran los peores representantes de su generación. La Orden de los «revolucionarios profesionales» no sale perdiendo en nada al compararla con cualquier otro grupo social.

José Djughashvili fue miembro de esa Orden, y compartió parte de sus atributos; muchos, pero no todos. Vio la finalidad de su vida en derribar los poderes existentes. El odio a ellos era en su espíritu infinitamente más activo que el amor a los oprimidos. La prisión, el destierro, los sacrificios, las privaciones no le asustaban. Sabía mirar al peligro cara a cara. Al mismo tiempo, se daba cuenta muy bien de ciertos defectos suyos, como son su torpeza, su falta de talento, la general mediocridad de su continente físico y moral. Su arrogante ambición estaba impregnada de envidia y malevolencia. Su impertinencia corría parejas con su espíritu vengativo. El destello icterico de su mirada inducía a las personas sensibles a la cautela. Ya en sus días de colegio se hizo notar por su maña en advertir las flaquezas de los demás y por insistir sobre ellas despiadadamente. El ambiente del Cáucaso re-

sultó sumamente favorable para fomentar estos atributos básicos de su carácter. Sin perder pie en medio de sus entusiastas, sin enardecerse entre quienes se inflamaban fácilmente y con igual facilidad se enfriaban, aprendió pronto en la vida a apreciar las ventajas de la entereza fría, de la circunspección y, especialmente, de la astucia, que, en su caso, se transformó sutilmente en marrullería. Especiales circunstancias históricas habrían de investir de primera importancia estos atributos esencialmente secundarios.

CAPITULO III

**LA PRIMERA REVOLUCION**

De acuerdo con nuestras conjeturas, Koba no se unió a los bolcheviques hasta algún tiempo después de la Conferencia de noviembre, celebrada en Tiflis. Aquella Conferencia acordó tomar parte activa en los preparativos, ya en curso, de un nuevo Congreso del Partido obrero socialdemócrata. Sin objeción alguna aceptamos la simple aserción de Beria según la cual Koba había salido de Bakú en diciembre en viaje de propaganda en favor de dicho Congreso. Esto no es improbable. Era evidente para todos que el Partido estaba escindido en dos. Por aquel tiempo, la fracción bolchevique había adquirido tal fuerza, que desde el punto de vista de organización era superior a la menchevique. Forzado a elegir entre ambas, verosímilmente Koba se decidió por la primera. Pero nos veríamos en dificultades para probar de modo positivo que Koba era ya miembro de la facción bolchevique a fines de 1904. Beria llega al extremo de exhibir varias citas de octavillas publicadas por aquellos días, pero no se atreve a afirmar que Koba escribiera ninguna de ellas. Esa tímida reticencia respecto a la paternidad de tales octavillas es más elocuente que las palabras. Los pasajes que Beria reproduce de prospectos escritos por otros que no son Koba, sirven, naturalmente, al propósito explícito de llenar una laguna en la biografía de Stalin.

Entretanto, las diferencias de opinión entre mencheviques y bolcheviques pasaron del terreno de los Estatutos del Partido al dominio de la estrategia revolucionaria. La campaña de banquetes emprendida por trabajadores del *zemstvo*<sup>1</sup> y otros liberales, inten-

<sup>1</sup> *Zemstvo*, autonomía local semioficial, principalmente en las provincias de Rusia central (no había *zemstvos* en las provincias rusas de Occidente, en Polonia, en las

sificada durante el otoño de 1904, en parte porque las aturdidas autoridades zaristas eran demasiado negligentes para intervenir en ello, planteó resueltamente la cuestión de las relaciones entre la socialdemocracia y la burguesía de oposición. El plan menchevique abogaba por una tentativa para transformar a los obreros en un coro democrático como pedestal de solistas liberales, un coro suficientemente considerado y circunspecto, no sólo para «abstenerse de asustar» a los liberales, sino más aún, para reforzar la fe de los liberales en ellos mismos. Lenin acometió en el acto su ofensiva. Ridiculó la mera idea de semejante plan, esto es, la idea de prestar un apoyo diplomático a una oposición impotente, abandonando la lucha revolucionaria contra el zarismo. La victoria de la revolución sólo puede asegurarse por la presión de las masas. Sólo un atrevido programa social puede levantar a las masas por la acción; y precisamente eso es lo que temen los liberales. «Hubiéramos sido unos locos preocupándonos de sus temores.» Un pequeño folleto de Lenin, que apareció en noviembre de 1904, templó los ánimos de sus camaradas y tuvo gran influencia en el desarrollo de las ideas tácticas del bolchevismo. ¿No sería este folleto el que decidió la conversión de Koba? No nos atrevamos a contestar afirmativamente. En años posteriores, siempre que tuvo ocasión de situarse por su cuenta con relación a los liberales, invariablemente se ha inclinado hacia la noción menchevique de la importancia de «abstenerse de asustar» a los liberales. (Así lo prueban las revoluciones de Rusia en 1917, de

provincias del Báltico, en los distritos cosacos, en el Cáucaso, el Turquestán, ni Siberia), administrada bajo la intervención de los terratenientes, en apariencia para beneficio general. La institución fue introducida por el zar liberador Alejandro II (edicto de 1.º de enero de 1864) poco después de la liberación de los siervos, suavizando el régimen autocrático en el sentido de una tendencia progresiva hacia un régimen constitucional. Intrínsecamente, el *zemstvo* no tenía autoridad política efectiva, y dependía de la buena voluntad del gobernador provincial y otros delegados de la autocracia zarista. Bajo Alejandro III, el ámbito de autonomía del *zemstvo* se limitó más aún al implantar en 1889 la función del *zemaki nachalnik*, o administrador de tierras, un noble que ejercía como juez de campesinos y referendaba el poder administrativo del *zemstvo* en asuntos de índole local. Prescindiendo de estas importantes limitaciones, el *zemstvo* semejaba en lo exterior a un consejo de distrito. Tenía a su cargo las carreteras y caminos, la sanidad, los seguros contra incendios, la beneficencia, la enseñanza pública y otras tareas culturales y económicas. En una forma sumamente limitada y tímida, el *zemstvo* venía a ser también un cuadro de resonancia para los sentimientos políticos liberales. Siempre leales al zar, los dirigentes del *zemstvo*, como clase, propugnaban un régimen constitucional para Rusia. El zar se servía del *zemstvo* como de un instrumento de autocracia; mientras que, de vez en cuando, los revolucionarios trataban de utilizar a algunos de los miembros individuales de la institución a lo menos como fuerza auxiliar en su contienda contra la autocracia. Los médicos, ingenieros, funcionarios de estadística, empleados y otros auxiliares vinieron a ser con frecuencia creciente revolucionarios o simpatizantes de los partidos revolucionarios. — C. M.

China, de España y dondequiera.) No es de excluir la posibilidad, sin embargo, de que en vísperas de la primera revolución, el plebeyo demócrata pareciese estar sinceramente indignado con el plan oportunista, que despertó gran descontento aun entre las masas mencheviques. Debe decirse que, en conjunto, entre los intelectuales radicales no había tenido tiempo de extinguirse la tradición de mantener una actitud desdeñosa hacia el liberalismo. Pero también es posible que sólo el domingo sangriento<sup>1</sup> de San Petersburgo y la oleada de huelgas que barrió el país en su estela pudiese haber movido al cauto y suspicaz caucásico a sumarse al bolchevismo.

Los dos viejos bolcheviques Stopani y Lehman, en sus Memorias, minuciosamente detalladas, enumeran a todos los revolucionarios con quienes tuvieron ocasión de tratar en Bakú y Tiflis hacia fines de 1904 y principios de 1905; Koba no está en esa lista. Lehman cita a la gente que «estaba a la cabeza» de la Unión caucásica; tampoco figura Koba aquí. Stopani nombra a los bolcheviques que, unidos a los mencheviques, dirigieron la famosa huelga de Bakú en diciembre de 1904; Koba sólo está entre los que no menciona. Y, sin embargo, Stopani debía de saber a qué atenerse, puesto que él mismo fue miembro de aquel Comité de huelga. Las Memorias de ambos autores se publicaron en el periódico oficial de historia comunista, y tanto el uno como el otro, lejos de ser «enemigos del pueblo», eran buenos stalinistas; pero ambos escribieron sus obras en 1925, antes de que la falsificación planeada por indicación superior se constituyera en sistema. En un artículo publicado no más lejos de 1926, Taratuta, antiguo miembro del Comité Central bolchevique, al tratar de «La Víspera de la Revolución de 1905 en el Cáucaso», no hace mención alguna de Stalin. En los comentarios a la correspondencia de Lenin y Krupskaja con la organización del Cáucaso, el nombre de Stalin no aparece ni una sola vez en el curso de las cincuenta nutridas páginas. Es sencillamente imposible hallar alrededor de la última parte de 1904 y la primera de 1905, traza alguna de las actividades

<sup>1</sup> El 22 de enero de 1905 (comúnmente conocido en Rusia por el 5 de enero), pasó a los anales de la historia rusa como el «domingo sangriento», por haber recibido el zar Nicolás II a una procesión de leales y pacíficos obreros de San Petersburgo que, dirigidos por el pope Gapon, acudían a pedirle satisfacción de agravios, con descargas de artillería que mataron a centenares de manifestantes. Más que otro factor cualquiera, aquel acto de monumental brutalidad minó la fe del ruso medio en las buenas intenciones de su «Padrecito», y empujó a los obreros ruses en bandadas hacia los partidos revolucionarios. Aquel día marcó el comienzo del primer año revolucionario de Rusia. 1905. — C. M.

de quien hoy se pinta como el padre y fundador del bolchevismo caucásico.

Tampoco pretende esta conclusión oponerse a la más reciente de las interminables aseveraciones acerca de la implacable campaña de Stalin contra los mencheviques. Todo lo que hace falta para reconciliar estas aparentes contradicciones, es correr la fecha un par de años, lo cual no es muy difícil, puesto que no hay necesidad de citar documentos ni de recelar refutaciones. Por otra parte, no hay motivos para dudar que, una vez tomada su decisión, Koba emprendió su lucha contra los mencheviques del modo más áspero, crudo y desaprensivo que pueda concebirse. Aquella inclinación hacia los procedimientos disimulados y las intrigas de que se le había acusado cuando formaba parte de los círculos seminaristas, o en sus tiempos de propagandista del Comité de Tiflis o de miembro del grupo de Batum, encontraba ahora una expresión más amplia y atrevida en la lucha de facciones.

Bería cita Tiflis, Batum, Chituary, Kutais y Poti como lugares en que Stalin había sostenido debates contra Noé Jordania, Heraclio Tseretelli, Noé Ramishvili y otros dirigentes mencheviques, así como contra los anarquistas y los federalistas. Pero Bería prescinde caballerosamente de las fechas, y no sin intención. En realidad, la primera de esas discusiones, que fija con cierta apariencia de exactitud, tuvo lugar en mayo de 1905. La situación es exactamente la misma que en el caso de los escritos publicados por Koba. Su primera composición bolchevique, un folletito de escasas páginas, apareció en mayo de 1905, bajo el título un tanto singular de *Pequeñeces sobre diferencias de Partido*<sup>1</sup>. Bería estima necesario advertir, sin decir el motivo, que este folleto se escribió «a principios de 1905», descubriendo así de modo más flagrante que nunca su intento de cerrar la brecha de dos años. Uno de los corresponsales, evidentemente Litvinov, que no conocía a ningún georgiano, informó sobre la aparición en Tiflis de un folleto «que causó sensación». Esta «sensación» puede explicarse sólo por la circunstancia de que el auditorio georgiano nada había oído hasta entonces fuera de la voz de los mencheviques. En sustancia, dicho folleto no es más que un sumario ampuloso de los escritos de Lenin. No es extraño que no se haya vuelto a imprimir. Bería cita de él pasajes meticulosamente seleccionados, que explican fácilmente por qué el autor mismo se satisfacía en echar sobre ese

<sup>1</sup> Oficialmente traducido al inglés con el título de *A Glimpse at the Disagreements in the Party*. — C. M.

folleto, como sobre los demás trabajos literarios suyos de la época, el velo del olvido.

En agosto de 1905, Stalin reprodujo el capítulo «¿Qué hacer?», de la obra de Lenin que trataba de explicar la correlación del movimiento obrero elemental con la conciencia de clase socialista. Según la exposición de Lenin, el movimiento obrero, abandonado a sus propios recursos, propendía irrevocablemente al oportunismo; la conciencia de clase revolucionaria se aportaba a los trabajadores desde fuera, por medio de los intelectuales marxistas. No es lugar éste de criticar tal concepto, que en su integridad más corresponde a una biografía de Lenin que a la de Stalin. El mismo autor de «¿Qué hacer?» reconoció más tarde el carácter tendencioso, y, en consecuencia, lo erróneo de su teoría, que había intercalado a modo de paréntesis como una batería en la batalla contra el «economismo», y su respeto por la naturaleza elemental del movimiento obrero. Después de su rompimiento con Lenin, Plejanov dio a conocer una crítica tardía, pero tanto más dura, a propósito de «¿Qué hacer?». La cuestión de introducir conciencia de clase revolucionaria en el proletariado «desde fuera» volvió a estar sobre el tapete. El órgano central del Partido bolchevique anotó «el espléndido planteamiento de la cuestión» relativa a la introducción de la conciencia de «clase desde el exterior» en un artículo anónimo aparecido en un periódico de Georgia. Aquel elogio se cita hoy como una especie de testimonio de la madurez de Koba como «teórico». En realidad, no se trataba más que de una de tantas observaciones alentadoras que solía hacer notar por su defensa de las ideas de los dirigentes de su propia facción. En cuanto a la calidad del artículo, puede dar una idea suficiente la cita siguiente que figura en la traducción de Bería al ruso:

«La vida contemporánea está montada según normas capitalistas. En ella existen dos grandes clases: la burguesía y el proletariado; entre ambas está entablada una lucha a vida o muerte. Las circunstancias de la vida empujan a la primera a sostener el orden capitalista. Las mismas circunstancias impelen a la otra para minar y destruir el orden capitalista. En correspondencia con estas dos clases, hay una doble conciencia de clase, burguesa y socialista. La segunda se ajusta a la situación del proletariado... Pero, ¿qué significación puede tener por sí sola la conciencia de clase socialista, si no se difunde entre el proletariado? ¿Se queda reducida a una frase vacía, y nada más! Las cosas tomarán un rumbo bien distinto cuando esa conciencia de clase se abra paso entre

las filas del proletariado: éste se dará entonces cuenta de su situación y marchará cada vez más de prisa hacia la realización del sistema de vida socialista...»

Y así sucesivamente. Artículos tales se han salvado del olvido que merecían sólo por el destino ulterior de quien los escribió. Sin embargo, es perfectamente obvio que no explican por sí mismos semejante destino, más bien lo hacen más enigmático.

Después de romper con el Consejo de redacción de *Iskra*, Lenin, que por entonces tenía cuarenta y cuatro años, vivió durante meses vacilante (lo que era doblemente difícil para él, por estar tan en contradicción con su carácter), hasta que se convenció de que sus adeptos eran relativamente numerosos y su joven autoridad bastante fuerte. La culminación afortunada de las disposiciones para el nuevo Congreso atestiguaba sin la menor duda que las organizaciones socialdemócratas eran preponderantemente bolcheviques. El Comité Central conciliador, dirigido por Krassin, acabó capitulando ante el Buró «ilegal» de los Comités de la Mayoría, y participó en el Congreso que no pudo evitar. Así, el tercer Congreso, que se reunió en abril de 1905 en Londres, y del que los mencheviques se mantuvieron deliberadamente apartados, contentándose con una Conferencia en Ginebra, vino a ser el Congreso constituyente del bolchevismo. Los veinticuatro delegados votantes y los catorce consultivos eran, sin excepción, aquellos bolcheviques que habían sido fieles a Lenin desde el momento de la escisión en el segundo Congreso y habían levantado a los Comités del Partido contra la autoridad conjunta de Plejanov, Axelrod, Vera Zasulich, Martov y Potresov. En este Congreso quedó legitimada aquella opinión sobre las fuerzas en movimiento de la Revolución rusa que Lenin desarrolló en el curso de su honrada lucha contra sus antiguos maestros y más íntimos colaboradores en la *Iskra*, y que desde entonces adquirió mayor significación práctica que el programa del Partido trazado en común con los mencheviques.

La malhadada y oprobiosa guerra contra el Japón iba acelerando la desintegración del régimen zarista. Después de la primera oleada grande de huelgas y demostraciones, el tercer Congreso pudo reflejar la proximidad del desenlace revolucionario. «Toda la historia del pasado año ha demostrado —decía Lenin en su informe a los delegados reunidos— que hemos menospreciado la importancia y la inevitabilidad de la revolución.» El Congreso dio resueltamente un paso adelante sobre el problema agrario al reco-

nocer la necesidad de ayudar al movimiento campesino entonces en curso, incluso hasta el extremo de confiscar las tierras de los hacendados. Más concretamente que nunca, perfiló la perspectiva general de la lucha revolucionaria y la conquista del Poder, particularmente en cuanto al Gobierno revolucionario como organizador de la guerra civil. Como dijo Lenin: «Aunque nos apoderemos de San Petersburgo y guillotinemos a Nicolás, habremos de enfrentarnos con varias Vendéas.» El Congreso emprendió, con más bríos que nunca, los preparativos técnicos para la insurrección. «Sobre la cuestión de crear grupos especiales de combate —dijo Lenin— he de decir que los considero indispensables.»

Cuanta más importancia se da al tercer Congreso, más se advierte la ausencia de Koba en él. Por aquel tiempo tenía en su haber unos siete años de actividad revolucionaria, incluso cárcel, destierro y evasión. Si hubiera sido persona de alguna entidad entre los bolcheviques, seguramente su historial le hubiera asegurado al menos su candidatura para delegado. Además, Koba estuvo en libertad todo el año 1905 y, según Beria, «tomó la parte más activa en la organización del tercer Congreso de los bolcheviques». Si esto es verdad, indudablemente tendría que haber sido jefe de la delegación caucásica. Entonces, ¿por qué no lo fue? Si por enfermedad u otra causa de excepción no hubiese podido salir al extranjero, los biógrafos oficiales hubieran sabido encontrar el modo de decirlo así. Su silencio sobre el caso se explica sólo porque no tienen a su disposición ni una leve explicación fidedigna de la ausencia del «líder de los bolcheviques del Cáucaso» en un Congreso de tanta importancia histórica. Los asertos de Beria a propósito de «la parte más activa» que Koba tomó en la organización del Congreso es una de tantas frases sin sentido de que está repleta la historiografía oficial soviética. En un artículo dedicado al XIII aniversario del tercer Congreso, el bien informado Osip Pyatnitsky no dice absolutamente nada sobre la participación de Stalin en los preparativos para el Congreso, mientras que el historiador cortesano Yaroslavsky se limita a una vaga observación, cuya sustancia es que el trabajo de Stalin en el Cáucaso «tuvo indudablemente considerable importancia» para el Congreso, sin esclarecer la índole exacta de tal importancia. Sin embargo, de cuanto hemos podido averiguar hasta ahora, la situación aparece evidente: después de vacilar durante bastante tiempo, Koba se unió a los bolcheviques poco antes del tercer Congreso; no tomó parte en la Conferencia de noviembre en el Cáucaso; nunca fue miembro del Buró establecido por aquélla, y siendo

un recién llegado, no le era dable esperar una credencial de delegado. La delegación estaba constituida por Kamenev, Nevsky, Tsjakaya y Dzhaparidze; éstos eran los dirigentes del bolchevismo caucásico por aquella época. Su ulterior destino afecta a nuestra narración hasta cierto punto: Dzhaparidze fue fusilado dieciocho años más tarde por Stalin; Nevsky fue tildado de «enemigo del pueblo» por orden de Stalin, y desapareció sin dejar rastro; y sólo el anciano Tsjakaya se ha sobrevivido a sí mismo.

El aspecto negativo de las tendencias centripetas del bolchevismo se pusieron por primera vez de relieve en el tercer Congreso de la socialdemocracia rusa. Los hábitos peculiares de una máquina política se iban ya formando en la clandestinidad. Ya iba surgiendo como tipo el joven burócrata revolucionario. Las condiciones de conspiración, es cierto, ofrecían escaso margen para formalidades democráticas tales como electividad, responsabilidad y control. Pero no cabe duda de que los hombres del Comité restringieron estas limitaciones mucho más de lo necesario, y eran más intransigentes y severos con los trabajadores revolucionarios que con ellos mismos, prefiriendo imponer su voluntad aun en aquellas ocasiones que requerían prestar atento oído a la voz de las masas. Krupskaja observa que, como en los Comités bolcheviques, tampoco en el mismo Congreso hubo apenas delegados obreros. Los intelectuales predominaban. El «hombre de Comité» —escribía Krupskaja— solía ser persona presumida; estaba poseído de la enorme influencia que las actividades del Comité ejercían sobre las masas; por regla general, el «hombre de Comité» no reconocía democracia alguna dentro del Partido; intrínsecamente, sentía desdén por el «centro extranjero», que rabiaba y gritaba y armaba trifulcas: «debería probar las condiciones del trabajo en Rusia para variar...». Al mismo tiempo, no era partidario de innovaciones: el «hombre de Comité» no deseaba adaptarse, ni sabía cómo hacerlo, a situaciones que cambiaban rápidamente». Esta concisa, pero expresiva caracterización ayuda muchísimo a comprender la psicología política de Stalin, pues él era el «hombre de Comité» por antonomasia. Ya en 1901, al comienzo de su carrera revolucionaria en Tiflis, se opuso a que entraran trabajadores en su Comité. Como «práctico» (esto es, como empirista político), reaccionaba con indiferencia, y luego con desdén, frente a los emigrados, frente al «centro extranjero». Desprovisto de cualidades personales para influir directamente en las masas, se aferraba con redoblada tenacidad a la máquina política. El jefe de su universo era su Comité (el de Tiflis, el de Bakú, el caucásico, antes de llegar

a ser el Comité Central). Con el tiempo, su ciega lealtad a la máquina del Partido habría de desarrollarse con extraordinaria fuerza; el hombre de Comité se hizo hombre supermáquina, secretario general del Partido, genuina representación de la burocracia e incomparable director de ella.

En el folleto *Nuestros problemas políticos*, escrito por mí en 1904, y que contiene no poco de prematuro y erróneo en mi crítica de Lenin, hay, no obstante, páginas que ofrecen una caracterización bastante justa del modo de pensar de los «hombres de Comité» de aquellos días, que «se habían adelantado a la necesidad de contar con los trabajadores después de haber encontrado éstos apoyo en los «principios del centralismo». La pugna que Lenin se vio obligado a sostener el año siguiente en el Congreso contra los altos y poderosos «hombres de Comité», confirmó cumplidamente la justeza de mi crítica. «Los debates asumieron un carácter más apasionado —refiere Lyadov, uno de los delegados—. Comenzaron a surgir allí agrupamientos, como teóricos y prácticos, «literarios» y «hombres de Comité». En el curso de estas disputas, el trabajador Rikov, uno de los más jóvenes, se destacó resueltamente. Consiguió reunir en torno suyo una mayoría de los «hombres de Comité». Las simpatías de Lyadov estaban con Rikov. «No pude contenerme —exclamó Lenin en sus concluyentes observaciones— al oír que no había obreros aptos para miembros de Comité.» Recordemos aquí la insistencia de Koba al pedir a los trabajadores de Tiflis que reconociesen «con la mano sobre el corazón» que entre ellos ninguno había en condiciones de recibir las órdenes sagradas de la casta sacerdotal. «La cuestión se está dilatando —persistía Lenin—. Evidentemente hay una enfermedad en el Partido.» Esta enfermedad era el despotismo de la máquina política, el comienzo de la burocracia.

Lenin comprendía mejor que nadie la necesidad de una organización centralizada; pero veía en ella, sobre todo, una palanca para realzar la actividad de los trabajadores avanzados. La idea de hacer un fetiche de la máquina política no sólo le era ajena, sino que repugnaba a su naturaleza. En el Congreso se burló de la tendencia de casta de los «hombres de Comité», desde un principio, y le declaró apasionada guerra. «Vladimiro Ilich estaba muy excitado —confirma Krupskaja—, y otro tanto sucedía con los hombres de Comité.» En aquella ocasión, éstos consiguieron el triunfo, y a su frente Rikov, futuro sucesor de Lenin en el cargo de presidente del Consejo de Comisarios del Pueblo. La resolución de Lenin proponiendo que cada Comité constase necesariamente

de una mayoría de obreros, no pudo aprobarse. Y también contra la voluntad de Lenin, los hombres de Comité acordaron colocar el Consejo de redacción en el extranjero bajo el control del Comité Central. Un año antes, Lenin hubiera preferido una escisión a consentir en que la dirección del Partido dependiese del Centro ruso, expuesto a los registros policíacos e inestable por eso en su composición. Pero entonces estaba persuadido de que la palabra decisiva sería la suya. Habiéndose fortalecido en la lucha contra los antiguos dirigentes autoritarios de la Socialdemocracia rusa, estaba mucho más seguro de sí mismo que en el segundo Congreso, y más sereno, en consecuencia. Si, como dice Krupskaja, se excitó durante los debates, o más bien parecía excitado, tanto más circunspecto se mantuvo en las medidas de organización que acometió. No sólo aceptó en silencio su derrota respecto a dos cuestiones sumamente importantes, sino que incluso ayudó a incluir a Ríkov en el Comité Central. No tenía la menor duda de que la Revolución, la gran maestra de las masas en cuestiones de iniciativa y empresa, sería bastante para derrumbar, simultáneamente y sin gran dificultad, el juvenil y ya inestable conservadurismo de la máquina política del Partido.

Además de Lenin, para el Comité Central fueron elegidos el ingeniero Leónidas Krassin y el naturalista A. A. Bogdanov, físico y filósofo, coetáneos de Lenin ambos; Postolovsky, que abandonó poco después el Partido, y Ríkov. Los suplentes eran el «literario» Rumyantsev y los dos prácticos Gussev y Bour. No hace falta decir que nadie pensó en proponer a Koba para miembro del primer Comité Central bolchevique.

En 1934, el Congreso del Partido Comunista de Georgia, sirviéndose como base del informe de Beria, declaró que «nada de cuanto hasta ahora se ha escrito refleja el verdadero y auténtico papel del camarada Stalin, quien realmente dirigió la lucha de los bolcheviques en el Cáucaso durante buen número de años». El Congreso no explicó los pormenores. Pero todos los viejos autores de Memorias e historiadores habían sido proscritos, y algunos incluso fusilados. Luego, para rectificar todas las iniquidades del pasado, se decidió fundar un «Instituto Stalin» especial. Así se dio origen a una purga inexorable de todos los viejos pergaminos, que inmediatamente se cubrieron de nuevos textos. Jamás ha habido bajo la bóveda celeste una invención de falsedades en tan gran escala. Mas la situación del biógrafo no queda por eso totalmente desamparada.

Sabemos que Koba volvió del destierro a Tiflis en febrero

de 1904, siempre invariable y triunfalmente «dirigiendo la actividad de los bolcheviques». Con la excepción de breves escapadas, pasó la mayor parte de los años 1904 y 1905 en Tiflis. Según las Memorias más recientes, los obreros solían decir: «Koba está desollando vivos a los mencheviques.» Sin embargo, parece ser que los mencheviques de Georgia apenas se resintieron de tal intervención quirúrgica. Sólo en la segunda mitad del año 1905 entraron los bolcheviques de Tiflis en la fase de «formar en línea» y «pensaron» en editar noticiarios. ¿Cuál era, pues, la índole de la organización a que Koba perteneció durante la mayor parte de 1904 y la primera mitad de 1905? Si no es que se mantuvo apartado por completo del movimiento obrero, lo que es increíble, a pesar de todo cuanto hemos oído de Beria, tiene que haber sido miembro de la organización menchevique. A principios de 1906, el número de prosélitos de Lenin en Tiflis había aumentado hasta trescientos; pero los mencheviques contaban con unos tres mil. La simple correlación de fuerzas condenaba a Koba a una oposición literaria en el punto crítico del desarrollo revolucionario.

«Dos años (1905-1907) de labor revolucionaria entre los trabajadores de la industria petrolífera —atestigua Stalin— me enduccionaron.» Es decididamente improbable que en un texto cuidadosamente redactado y revisado de su propio discurso, el orador sólo acertase a confundirse respecto al lugar exacto en que estuvo durante el año en que el país sufrió su bautismo de fuego revolucionario, y también durante el año 1906, en que toda Rusia continuaba en las angustias de las convulsiones y vivía en constante temor del desenlace. ¡Tales acontecimientos no se pueden olvidar! Es imposible librarse de la impresión de que Stalin evitó deliberadamente aludir a la primera revolución porque sencillamente nada tenía que decidirse acerca de ella. Como Bakú le ofrecía un fondo más hermoso que Tiflis, retrospectivamente se trasladó a Bakú dos años y medio antes de lo que era justo. En verdad, no tiene por qué temer objeciones de historiadores soviéticos. Pero la pregunta: «¿Qué hizo en realidad Koba durante 1905?», sigue sin contestar.

El primer año de la Revolución se inició con el fusilamiento de los trabajadores de San Petersburgo cuando marchaban con una petición al zar. El llamamiento escrito por Koba con ocasión de los sucesos de 22 de enero tiene por remate el siguiente conjuro:

*Juntemos nuestras manos y agrupemonos en torno a los Comités de nuestro Partido. No debemos olvidar un solo minuto que los Comités del Partido pueden guiarnos dignamente, que sólo ellos pueden iluminar nuestra ruta hacia la Tierra Prometida...*

Y así por el estilo. ¡Qué seguridad hay en la voz de este «hombre de Comité»! Durante aquellos mismos días, horas quizá, Lenin escribía en un artículo de uno de sus colaboradores la siguiente arenga a las masas insurgentes:

*¡Abrid paso al furor y al odio que se han acumulado en vuestros corazones durante tantos siglos de explotación, sufrimiento y martirio!*

Todo Lenin está en la anterior frase. Odia y se rebela en unión de las masas, siente la rebelión en sus huesos, y no pide a los rebeldes que obren sólo con el permiso de los «Comités». El contraste entre estas dos personalidades en su actitud frente a lo que unía a ambas políticamente (frente a la Revolución) no podía expresarse más concisa ni más expresivamente.

La creación de los Soviets comenzó cinco meses después del tercer Congreso, en el que no había habido sitio para Koba. La iniciativa partió de los mencheviques, quienes, sin embargo, nunca pensaron en la dirección que su hechura había de tomar. La facción menchevique predominaba en los Soviets. Los mencheviques de filas fueron arrastrados por los acontecimientos revolucionarios; los dirigentes cavilaban perplejos sobre la súbita oscilación a la izquierda de su propia facción. El Comité de San Petersburgo de los bolcheviques se asustó al principio ante la innovación de una representación neutral de las masas en armas, y nada pudo encontrar mejor que ofrecer al Soviet su ultimátum: adoptar inmediatamente un programa socialdemócrata o disolverse. El Soviet de San Petersburgo en su totalidad, incluso el contingente de obreros bolcheviques, acogieron este ultimátum sin inmutarse y no hicieron caso de él. Sólo después de llegar Lenin en noviembre se produjo un cambio radical en la política de los «hombres de Comité» hacia el Soviet. Pero el ultimátum había causado estragos al debilitar decididamente la posición de los bolcheviques. En aquel trance, como en los demás, las provincias siguieron el ejemplo de la capital. Por aquel tiempo, las profundas diferencias de criterio al estimar la importancia histórica de los Soviets había comenzado ya. Los mencheviques trataban de

evaluar el Soviet simplemente como una forma fortuita de representación obrera: un «parlamento proletario», un «órgano de autonomía revolucionaria», etc. Todo aquello era sumamente vago. Lenin, por el contrario, sabía escuchar atentamente a las masas de San Petersburgo que llamaban al Soviet «el Gobierno proletario», y al punto dio su verdadero valor a aquella nueva forma de organización, considerándola la palanca de la lucha por el Poder.

En los escritos de Koba del año 1905, escasos en forma y contenido, no encontramos absolutamente nada a propósito de los Soviets. Esto no obedece sólo a que no los hubiera en Georgia, sino simplemente a que no paró mientes en ellos, no les dio importancia. ¿No es sorprendente? El Soviet, como máquina política poderosa, debió de haber causado impresión en el futuro secretario general a primera vista. Pero es que lo miraba como una máquina política *extraña*, que representaba directamente a las masas. El Soviet no se sometía a la disciplina del Comité, y requería métodos de dirección más complejos y flexibles. En cierto modo, el Soviet era un potente competidor del Comité. Así, durante la Revolución de 1905, Koba estuvo de espaldas a los Soviets. En lo esencial, estuvo de espaldas a la Revolución misma, como cobijado a su sombra.

La razón de su resentimiento era su incapacidad para hallar su propia ruta hacia la Revolución. Los biógrafos y artistas moscovitas se esfuerzan constantemente por presentar a Koba a la cabeza de una u otra manifestación, «como blanco de tiro», como fogoso orador, como tribuno. Todo eso es puro embuste. Aun en sus años últimos, Stalin no llegó a ser un orador; nadie le ha oído pronunciar discursos «fogosos». En todo el año 1907, cuando todos los oradores del Partido, comenzando por Lenin, iban por todas partes roncando de tanto hablar, Stalin no tomó parte en un solo mitin. No podía ser de otro modo en 1905. Stalin no era orador, ni aun en la escala modesta en que lo eran otros jóvenes revolucionarios del Cáucaso, como Knunyants, Zurabov, Kamenev, Tseretelli. En una reunión del Partido, a puerta cerrada, sabía explicar bastante bien ideas que había hecho firmemente suyas. Pero no tenía nada de agitador. Solía hacerse violencia para emitir frases con gran dificultad, sin tonalidad, calor ni énfasis. La debilidad orgánica de su naturaleza, el lado inverso de su pujanza, consiste en su absoluta incapacidad de entusiasmarse, de elevarse sobre el nivel rutinario de las trivialidades, de hacer surgir un vínculo vital entre él mismo y su auditorio, destacar entre su auditorio lo mejor de su persona. Y como no sabía enar-

decerse, tampoco era capaz de enardecer a otros. La fría malevolencia no es bastante para adueñarse del alma de las masas.

El año 1905 tuvo sellados sus labios. El país que había estado callado durante mil años comenzó a hacerse oír por primera vez. Todo aquel que era capaz de expresar su aborrecimiento contra la burocracia y el zar encontraba oyentes infatigables y agradecidos. No cabe duda de que Koba también ensayaría; pero la comparación con otros oradores extemporáneos resultó adversa para él. No podía soportar aquello. Aunque insensible a los sentimientos ajenos, Koba es en extremo susceptible, muy delicado en sus propios afectos y, por muy extraño que parezca, caprichoso hasta la extravagancia. Sus reacciones son primitivas. Como se figure olvidado o descuidado por alguien, se siente propenso a volver la espalda a los hechos y a las personas, acurrucarse en un rincón, fumarse malhumorado una pipa y soñar en la venganza. Por eso, en 1905 se retiró a la sombra con secreto resentimiento y se convirtió en una especie de redactor.

Pero Koba estaba lejos de ser periodista. Discurre despacio, sus juicios son extremadamente simplistas y su estilo demasiado laborioso e infecundo. Cuando desea producir un efecto contundente, recurre a expresiones soeces. Ninguno de los artículos que escribió entonces hubiera sido aceptado por un Consejo de redacción algo escrupuloso o exigente. Verdad es que las publicaciones clandestinas no solían ser notables por sus excelencias literarias, pues en su mayor parte estaban escritas por gentes que recurrían a la pluma por necesidad y no por ser aquella su profesión. De todos modos, Koba no se destacó. Su estilo revelaba un esfuerzo por lograr una sistemática exposición del tema; pero aquel esfuerzo se manifestaba generalmente por una disposición esquemática de material, la enumeración de argumentos, preguntas retóricas artificiales y pesadas repeticiones recargando el aspecto didáctico. La ausencia de ideas propias, de forma original, de vívida imaginación, marca una por una sus líneas con el sello de lo trivial. Aquí tenemos a un autor que nunca expresa libremente sus propios pensamientos, sino que tímidamente hace uso de los ajenos. La palabra «tímidamente» puede parecer extraña aplicada a Stalin: y, no obstante, le caracteriza en su titubeante estilo de escritor con suma precisión, desde sus tiempos del Cáucaso hasta los actuales.

Naturalmente, sería equivocado suponer que tales artículos no encauzaban hacia la acción. Eran muy necesarios. Respondían a una necesidad perentoria. Su fuerza provenía de la necesidad, pues

expresaban las ideas y consignas de la Revolución. Para el lector de la masa, que no podía hallar nada de aquel género en la Prensa burguesa, aquello era nuevo y flamante. Pero su pasajera influencia se limitaba al círculo para el cual eran escritos. Ahora, es imposible leer esas frases formuladas de una manera seca, torpe y no siempre gramaticalmente correctas, singularmente decoradas con las flores artificiales de la retórica, sin sentirse cohibidos, turbados, molestos, ni reír a veces al observar destellos de un humorismo inconsciente. Todos los escritores bolcheviques, destacados u oscuros de la capital o de las provincias, colaboran en el primer periódico legal de los bolcheviques, *Novaya Zhizn* (Vida Nueva), que comenzó a publicarse en octubre de 1905, en San Petersburgo, bajo la orientación de Lenin. Pero el nombre de Stalin no figuraba entre ellos. Fue Kamenev, y no Stalin, el designado para representar al Cáucaso como redactor en aquel periódico. Koba no nació escritor, y nunca ha llegado a serlo. Que utilizara la pluma con más diligencia de la acostumbrada durante 1905, sólo pone de relieve el hecho de que el otro método de comunicar con las masas aún era en él menos innato.

Muchos de los hombres del Comité resultaron cortos de talla para el período de mítines interminables, huelgas tumultuosas, manifestaciones callejeras. Los agitadores tenían que arengar a las multitudes en la plaza pública, escribir repentinamente, tomar graves decisiones en el momento mismo. Ninguna de las tres cosas puede contarse entre las aptitudes de Stalin; su voz es tan débil como su imaginación; el don de improvisar es ajeno a este pensador de torpe mente, que avanza a tientas. Otras luminarias mucho más brillantes apagaron sus modestas luces en el firmamento caucásico. Por eso contempló la Revolución con envidiosa alarma, y casi con hostilidad; no era su elemento. «Continuamente —escribe Yenikidze—, además de ir a mítines y atender un montón de asuntos en los locales del Partido, pasaba las horas sentado en su pequeño cubil, lleno de libros y periódicos, o en la redacción, igualmente “espaciosa”, del periódico bolchevique.» Basta evocar por un momento el torbellino del «año loco» y recordar la grandeza de su patetismo, para valorar debidamente este retrato de un joven solitario y ambicioso, que se encerraba, pluma en ristre, en un cuartucho (que seguramente tampoco estaría excesivamente aseado), entregado a la estéril búsqueda de la frase esquiva que en cierta tenue medida pudiera estar a tono con el momento.

Los sucesos se sucedieron incesantes. Koba permaneció al margen, descontento de todo el mundo y de sí mismo. Todos los bol-

cheviques de nota, entre ellos muchos que por aquellos años eran los dirigentes del movimiento en el Cáucaso (Krassin, Postolovsky, Stopani, Lehman, Halperin, Kamenev, Taratuta y otros), dieron de lado a Stalin, sin mencionarle en sus Memorias, y él mismo nada tiene que decir acerca de los otros. Algunos como Kurnatovsky y Kamenev, indudablemente estuvieron en relación con él en el curso de sus actividades revolucionarias. Otros pueden haberle conocido, pero no le conceptuaron distinto del promedio de los «hombres de Comité». Ni uno siquiera de ellos le distinguió tan sólo con una palabra de estimación o de camaradería, y tampoco dio a los futuros biógrafos oficiales el menor punto de apoyo en forma de una referencia benévola.

En 1926, la Comisión oficial de historia del Partido publicó una edición revisada (esto es, adaptada a la nueva tendencia pos-leninista) de materiales de origen sobre el año 1905. Entre más de cien documentos, unos treinta eran artículos de Lenin; otros tantos eran artículos de diversos autores. Y, a pesar del hecho de que la campaña contra el trotskismo se aproximaba por entonces al paroxismo de su furor, el Consejo de redacción de fieles creyentes no pudo menos de incluir en la antología cuatro artículos míos. Sin embargo, en las 455 páginas del libro no figura una sola línea de Stalin. En el índice alfabético, que comprendía varios centenares de nombres, sin omitir a ninguno de los destacados de algún modo durante los años revolucionarios, el de Stalin no aparece siquiera una vez; sólo Ivanovich se menciona como asistente a la Conferencia del Partido en Tammersfors, en diciembre de 1905. Es de notar que en 1926 el Consejo de redacción aún no sabía que Ivanovich y Stalin eran la misma persona. Esos detalles imparciales son mucho más convincentes que todos los panegíricos retrospectivos.

Stalin parece estar al margen del año revolucionario, 1905. Su noviciado transcurrió durante los años prerrevolucionarios, que pasó en Tiflis, Batum y luego en la cárcel y deportado o desterrado. Según su propia confesión, se hizo «aprendiz» en Bakú, eso es, en 1907-1908. Así queda el período de la primera Revolución totalmente eliminado como período de entrenamiento en el desarrollo del futuro «operario». Dondequiera que interviene como autobiógrafo, Stalin no menciona aquel año grande, que dio personalidad y moldeó a los más distinguidos líderes de la vieja generación. Esto debía tenerse siempre presente, pues dista mucho de ser accidental. En su autobiografía, el siguiente año revolucionario de veras, 1917, había de constituir un punto tan nebu-

loso como el de 1905. Nuevamente encontramos a Koba, ahora Stalin, en una modesta oficina de redacción, esta vez *Pravda*, de San Petersburgo, escribiendo sin apresuramiento comentarios insípidos sobre hechos llenos de sabor. Aquí hay un revolucionario constituido de manera que una revolución auténtica de las masas le trastorna haciéndole saltar de su rutina y despidiéndole a un lado. Nunca fue tribuno, ni estratega o dirigente de una rebelión, sino tan sólo un burócrata de la revolución. Por eso, para encontrar campo adecuado a sus peculiares talentos, se vio condenado a pasar el tiempo en un estado semicomatoso hasta que se aplacaron los furiosos torrentes de aquel acontecimiento.

La escisión entre *mayoría* y *minoría* se había ratificado en el tercer Congreso, que declaró a los mencheviques «una porción escindida del Partido». Este se hallaba en un estado de extrema desunión cuando los sucesos preliminares de otoño de 1905 ejercieron su beneficiosa influencia y en cierto modo suavizaron la hostilidad entre ambas facciones. En vísperas de su partida del destierro en Suiza, tan largo tiempo esperada para ir a Rusia en octubre de aquel año, Lenin escribió a Plejanov una afectuosa y conciliadora carta, en la que se refería a su antiguo maestro y oponente, como «el ascendiente más eficaz entre los socialdemócratas rusos», y solicitaba su cooperación, declarando que «nuestras diferencias tácticas de opinión van siendo rápidamente orilladas por la misma revolución...». Y así era. Pero no por mucho tiempo, pues la misma revolución no resistió gran cosa.

No cabe duda de que en un principio los mencheviques tuvieron más iniciativa que los bolcheviques para establecer y utilizar organizaciones de masas. Pero como partido político, flotaban tan sólo con la corriente, y casi se ahogaron en ella. Los bolcheviques, en cambio, se ajustaron más despacio al curso del movimiento; pero lo enriquecieron con sus vibrantes consignas, producto de su estimación realista de las fuerzas revolucionarias. Los mencheviques predominaban en el Soviet; pero la dirección general de la política del Soviet se desenvolvía por lo general sobre pautas bolcheviques. Oportunistas hasta la misma medula de sus huesos, los mencheviques fueron transitoriamente capaces de adaptarse aún a la propia subversión revolucionaria; pero no supieron guiarla ni permanecer fieles a sus tareas históricas durante el reflujó de la Revolución.

Después de la huelga general de octubre (que arrancó el manifiesto constitucional de manos del zar, y engendró en los distritos obreros un ambiente de optimismo y audacia), las tenden-

cias unitarias cobraron irresistible vigor en ambas facciones. Por todas partes surgieron Comités federativos o de unificación de bolcheviques y mencheviques. Los dirigentes sucumbieron a esta tendencia. Como paso preliminar hacia la fusión completa, cada facción convocó su Conferencia previa. Los mencheviques se reunieron en San Petersburgo hacia fines de noviembre. En aquella ciudad, las «libertades» de nuevo cuño se respetaban aún. Pero los bolcheviques se reunieron en diciembre, cuando la reacción estaba de nuevo en todo su apogeo y se vieron obligados a celebrar su conclave en tierra fina, en Tammerfors.

De primera intención, la Conferencia bolchevique se concibió como un Congreso extraordinario del Partido. Pero la huelga ferroviaria, el levantamiento de Moscú y toda una serie de incidentes excepcionales en las provincias, obligaron a muchos delegados a quedarse en casa, haciendo la representación muy poco representativa. Los cuarenta y un delegados que llegaron al punto de destino llevaban el mandato de veintiséis organizaciones con un total de votos de cuatro mil, aproximadamente. La cifra parece insignificante para un Partido que se proponía derribar al zarismo y asumir su puesto en el inminente Gobierno revolucionario. Pero aquellos cuatro mil habían aprendido ya a expresar la voluntad de centenares de miles. Sin embargo, por su escaso número, el Congreso se transformó en una sencilla Conferencia. Koba, usando el seudónimo de Ivanovich, y el obrero Telia fueron como representantes de las organizaciones bolcheviques de Transcaucasia. Los bulliciosos sucesos que acontecían por entonces en Tiflis no impidieron a Koba abandonar su redacción.

Las minutas de las discusiones de Tammerfors, que se desolvían mientras San Petersburgo estaba siendo cañoneado, no se han podido hallar. La memoria de los delegados, abrumada por la grandeza de los episodios de aquellos días, ha retenido bien poco. «Es una lástima que las minutas de aquella Conferencia no se hayan conservado —escribía Krupskaja treinta años después—. ¡Fue una reunión tan entusiasta! Se celebró en el momento crítico de la revolución, cuando todos los camaradas se disponían para la lucha. Hicieron prácticas de tiro entre las sesiones... Ninguno de los delegados a la Conferencia podría haber olvidado aquello. Estaban allí Lozovsky, Baransky, Yaroslavsky y muchos otros. Recuerdo a esos camaradas porque sus informes sobre la situación en sus distritos fueron de excepcional interés.» Krupskaja no nombra a Ivanovich; no se acordaba de él. En las Memorias de Gorev, miembro de la Mesa de la Conferencia, leemos esto: «Entre los

delegados estaban Sverdlov, Lozovsky, Stalin, Nevsky y otros.» No carece de interés el orden en que se citan estos nombres. También es sabido que Ivanovich, que habló en favor del boicot de las elecciones a la Duma del Estado, fue elegido miembro del Comité encargado de dicho asunto.

La marcejada levantaba olas tan altas, que aun los mencheviques, asustados por sus propios errores oportunistas recientes, no se atrevían a confiarse del todo a la frágil tabla del parlamentarismo. En interés de la agitación propusieron tomar parte solamente en la fase inicial de las elecciones, sin llegar a ocupar sus asientos en la Duma. La tendencia predominante entre los bolcheviques era de «boicot activo». En su peculiar estilo, Stalin describía la posición de Lenin por entonces, en la sencilla celebración del quincuagésimo aniversario de éste, con las siguientes palabras:

«Recuerdo cómo aquel gigante, Lenin, reconoció por dos veces los errores de sus métodos. El primer episodio sucedió en Finlandia, en 1905, en diciembre, con ocasión de la Conferencia de bolcheviques de toda Rusia. Entonces se planteó la cuestión de la conveniencia de boicotear la Duma de White<sup>1</sup>... Abierta la discu-

<sup>1</sup> El 30 de octubre de 1905, por iniciativa de S. Y. Witte, el Gobierno zarista emitió un manifiesto (popularmente conocido, por su fecha del calendario antiguo, como «Manifiesto del 7 de octubre»), que, además de otorgar oficialmente una franquicia democrática y las libertades civiles fundamentales, enunciaba el principio de que en adelante no podría promulgarse ley alguna en Rusia sin el consentimiento de la Duma. Aquella capitulación virtual de la autocracia, instigada por Witte, era una maniobra para ganar en favor del Gobierno a los grupos liberales y asegurarse su apoyo contra la revolución inminente. Witte fue nombrado primer ministro con la autorización de formar su Gabinete incluso con miembros de los grupos de oposición. Así fue que durante su gestión se celebraron las elecciones a la primera Duma, en marzo de 1906. En las urnas, la autocracia sufrió una derrota aplastante, pues mientras los partidos gubernamentales consiguieron un puñado de escaños, la mayoría de la Duma eran diputados de la oposición, y el partido más fuerte dentro de ella el de los demócratas constitucionales (popularmente conocidos por «cadetes»), dirigido por el prominente líder del *Zemstvo*; I. I. Petrunkevich. El zar despachó al punto a Witte, sustituyéndolo por el reaccionario y complaciente Goremykin. Inauguró luego la primera Duma del 30 de mayo, disolviéndola por su cesar de 21 de julio, con el problema agrario como principal objeto de discusión entre el Gobierno y los partidos de enfrente. Los turbulentos debates versaban acerca de una proposición de ley patrocinada por los cadetes, que propugnaban la expropiación de grandes haciendas, contra indemnización a sus dueños, para distribuir las tierras expropiadas entre los campesinos. Habiendo complacido a la nobleza mediante la disolución de esta Duma, Nicolás II hizo una concesión a los liberales deponiendo a Goremykin y nombrando a Stolypin primer ministro. Así, pues, la «Duma de Witte» fue la primera Duma, que Witte inició, sin que luego se le diera oportunidad de guiarla o regentarla.

La segunda Duma, cuyas elecciones no boicotearon los partidos socialistas, fue aún más resueltamente opositorista que la primera, con un ala izquierda más fuerte (180 socialistas, incluyendo los bolcheviques, contra 85 laboristas moderados en la primera

sión, comenzaron el ataque los provincianos, los de Siberia, los del Cáucaso. Pero, ¡cuál no fue nuestra sorpresa cuando al final de nuestros discursos, Lenin se adelantó y declaró que él había sido partidario de participar en las elecciones, pero que ahora veía su error y estaba dispuesto a apoyar nuestro bando! Nos quedamos perplejos. Aquello produjo la impresión de una descarga eléctrica. Y le dedicamos una estruendosa ovación.»

Nadie más ha mencionado aquella «descarga eléctrica» ni la «estruendosa ovación» de cincuenta pares de manos. Sin embargo, es posible que la versión que da Stalin de la ocurrencia sea exacta. En aquellos días, la «firmeza» bolchevique aún no se había llegado a asociar con la flexibilidad táctica, especialmente entre los «prácticos» desprovistos de fondo y de perspectiva mental. El mismo Lenin podría haber flaqueado: la presión de los provincianos pudo haberse figurado la presión de los elementos revolucionarios mismos. Pero fuera eso así o de otro modo, la Conferencia resolvió «tratar de minar esta Duma policiaca, rechazando toda participación en ella». Lo único extraño del caso es que Stalin continuara viendo en 1920 el «error» de Lenin en su inicial tendencia a tomar parte en las elecciones; por aquel tiempo, Lenin había llegado a reconocer por entonces que su verdadero error consistió en haberse aillanado a la pretensión del boicot.

Koba tenía exactamente veintiséis años cuando, al fin, pudo abrir a picotazos la cáscara de su huevo provincial y emergió en la órbita del Partido como conjunto. En verdad aquella salida suya no fue apenas advertida, y hubieron de pasar otros siete años antes de que llegara a ser miembro del Comité Central. No obstante, la Conferencia de Tammerfors constituyó un importante hito en su vida. Visitó San Petersburgo, conoció a la plana mayor del Partido, observó su mecanismo, se comparó con otros delegados, tomó parte en los debates, fue elegido por un Comité y (según hace constar en su biografía oficial) «se asoció definitiva-

---

Duma), y su conflicto con el Gobierno fue todavía más duro que el ocurrido en aquella. Su momento crítico llegó cuando el Gobierno acusó a 35 diputados socialistas de fraguar un complot contra el zar, quien seguidamente disolvió la segunda Duma el 15 de julio del año 1907, después de tres meses de sesiones que comenzaron el 5 de marzo.

La tercera Duma se inauguró el 14 de noviembre de 1907, después de haber reformado entretanto el Gobierno la ley electoral en términos que le aseguraban una mayoría de diputados reaccionarios y conservadores, con liberales y socialistas en minoría. Aquella Duma se sostuvo por toda la legislatura legal, hasta 1912. Fue seguida en el mismo año por la cuarta Duma, que permaneció activa hasta 1917. — C. M.

mente con Lenin». Por desgracia nuestra, se conoce muy poco a este propósito.

Fue posible reunir el Congreso de unificación en Estocolmo, pero no antes de abril de 1906. Por aquel tiempo, el Soviet de San Petersburgo había sido detenido, aplastada la sublevación de Moscú y el rulo de la represión había rodado sobre todo el país. Los mencheviques se desbandaron hacia la derecha. Plejanov expresó su estado de ánimo con su aligera frase: «¡No debimos alzarnos en armas!» Los bolcheviques siguieron fieles a su método de insurrección. Sobre los restos de la revolución, el zar convocaba la primera Duma, en la cual se advirtió claramente desde el primer día la victoria de los liberales sobre la reacción francamente monárquica. Los mencheviques, que apenas una semana antes habían sostenido un semiboicot de la Duma, ahora ponían sus esperanzas en las conquistas constitucionales, abandonando la lucha revolucionaria. Por la época del Congreso de Estocolmo, el apoyo de los liberales les parecía la más importante tarea de la Socialdemocracia. Los bolcheviques esperaban el ulterior desarrollo de las revueltas campesinas, confiando en que ayudarían a la lucha del proletariado para reanudar la ofensiva barriero al mismo tiempo la Duma del zar. En oposición a los mencheviques, continuaron defendiendo el boicot. Como siempre después de una derrota, las diferencias de opinión tomaron en seguida un carácter agudo. Con tan malos auspicios comenzó sus sesiones el Congreso de unificación.

El número de delegados votantes en el Congreso era de 113, de ellos 62 mencheviques y 42 bolcheviques. Como teóricamente cada delegado representaba a 300 socialdemócratas organizados, puede decirse que todo el Partido tenía unos 33.000 miembros, de los cuales 19.000 eran mencheviques y 14.000 bolcheviques. Considerando la vehemencia con que se trabajaban las elecciones, estas cifras se consideran indudablemente exageradas. En todo caso, cuando el Congreso se reunió, el Partido no estaba creciendo, sino todo lo contrario. De los 113 delegados, Tiflis tenía once, de ellos diez mencheviques y un solo bolchevique. Aquel único bolchevique era Koba, por seudónimo Ivanovich. La relación de fuerzas se expresa aquí en la exacta terminología de aritmética simple. Beria tuvo la temeridad de afirmar que «bajo la dirección de Stalin», los bolcheviques del Cáucaso habían aislado a los mencheviques de las masas. Estas cifras poco lo confirman. Y, además, los mencheviques caucásicos, bien trabados, desempeñaron un enorme papel en su propia facción dentro del Congreso.

La participación de Ivanovich en el Congreso, bastante activa, se reflejó en las actas. Pero, a menos de saber durante su lectura que Ivanovich era Stalin, no prestaría uno la más mínima atención a sus discursos y observaciones. No más lejos de diez años, nadie citaba esos discursos, y aun los historiadores del Partido no habían caído en la cuenta de que Ivanovich y el secretario general del Partido eran una misma persona. Ivanovich fue incorporado a uno de los Comités técnicos designados para revisar los nombramientos de los delegados al Congreso. Aparte su significación, dicho nombramiento era sintomático: Koba estaba en su verdadero elemento cuando se trataba de sutilezas de la máquina. A este propósito, los mencheviques le acusaron por dos veces de mentir en el curso de su informe. Es imposible responder de la objetividad de los mismos acusadores; pero tampoco puede dejarse de consignar que tales incidentes fueron siempre asociados al nombre de Koba.

En la medula del programa del Congreso estaba la cuestión agraria. El movimiento campesino había sorprendido al Partido virtualmente dormitando. El viejo programa agrario, que apenas había hecho intrusiones en las grandes propiedades, se vino abajo. La confiscación de las tierras de los hacendados se hacía inminente. Los mencheviques estaban luchando por la «municipalización», esto es, la transferencia de la tierra a las manos de los órganos democráticos de la administración local autónoma. Lenin se pronunciaba por la nacionalización de la tierra, pero Stalin recomendaba no fiarse del futuro Gobierno central ni armarle con las heredades del pueblo. «Esa república —decía— con que Lenin ha soñado, una vez establecida no se mantendría para siempre. No podemos obrar a base de que en un próximo futuro se ha de establecer en Rusia la misma clase de orden democrático que en Suiza, en Inglaterra y en Estados Unidos. Considerando las posibilidades de restauración, la nacionalización es peligrosa...» ¡Así de circunspectas y modestas eran las expectativas del fundador del marxismo rojo! En su opinión, la transferencia de la tierra a las manos del Estado sólo hubiera sido admisible en el caso de que el Estado mismo perteneciese a los trabajadores. «... La apropiación del Poder nos hace falta —decía Plejanov— cuando estamos haciendo una revolución proletaria. Pero como la revolución inminente ahora sólo puede ser pequeñoburguesa, estamos obligados a renunciar a la toma del Poder.» Plejanov subordinaba la cuestión de la lucha por el Poder (y aquello era el talón de Aquiles de su estrategia doctrinal) a una definición o más

bien a una nomenclatura sociológica *a priori* de la revolución, y no a la correlación real de sus fuerzas inherentes.

Lenin luchaba por la incautación de las tierras de los hacendados por Comités de campesinos revolucionarios y por sancionar tal incautación desde la Asamblea constitucional por medio de una ley sobre nacionalización. «Mi programa agrario —escribió y decía— es enteramente un programa de insurrección campesina y la realización completa de la revolución democrática burguesa.» Sobre el punto básico seguía de acuerdo con Plejanov: la Revolución no sólo comenzaría, sino que culminaría también como revolución burguesa. El líder del bolchevismo no sólo consideraba a Rusia incapaz de establecer el socialismo independientemente (nadie hubiera sido capaz de plantear tal cuestión antes de 1924), sino que creía imposible retener siquiera las futuras conquistas *democráticas* en Rusia sin una revolución socialista en Occidente. Precisamente en aquel Congreso de Estocolmo fue donde expresó este criterio con más claridad. «La Revolución (democrática burguesa) rusa puede vencer con sus propias fuerzas —dijo—, pero de ningún modo podrá retener y reforzar sus conquistas con su propia mano. No puede lograrlo, a menos que se produzca un levantamiento socialista en Occidente.» Sería equivocado pensar que, en concordancia con la reciente interpretación de Stalin, Lenin pensaba en el peligro de la intervención militar desde el exterior. No, él hablaba de la inevitabilidad de una restauración desde dentro, a consecuencia de que el campesino, convertido en propietario, se volviera contra la revolución después del levantamiento agrario. La restauración es igualmente ineludible en el caso de municipalizar, nacionalizar o dividir la tierra, pues el pequeño propietario rural, en cualquiera y en todas las formas de posesión y propiedad, sigue siendo el sostén principal de la restauración. «Después de la victoria completa de la revolución democrática —insistía Lenin—, el pequeño propietario se volverá inevitablemente contra el proletario, y cuanto antes se derroque al enemigo común del proletariado y del pequeño propietario, tanto más pronto volverá... Nuestra revolución democrática no tiene otra fuerza de reserva que el proletariado socialista de Occidente.»

Ahora bien, para Lenin, que colocaba el sino de la Democracia rusa en dependencia directa del socialismo europeo, el llamado «objetivo final» no estaba separado del levantamiento democrático por una época histórica indefinida. Dentro mismo del período de lucha por la democracia aspiraba él a desplegar los puntos de apoyo para el avance más rápido hacia la meta socialista. El sen-

tido de la nacionalización de la tierra estaba en el hecho de que había una ventana hacia el futuro: «En la época de la revolución democrática y de la sublevación campesina —decía—, no es posible limitarse a la mera confiscación de la tierra de los hacendados. Es necesario ir más allá, asestar el golpe fatal a la propiedad privada de la tierra con el fin de allanar el camino a la lucha por el socialismo.»

Ivanovich no estaba de acuerdo con Lenin en esta cuestión crucial de la Revolución. En aquel Congreso se manifestó resueltamente contra la nacionalización y en favor de distribuir las tierras confiscadas entre los campesinos. Hasta hoy, pocas personas en la Unión Soviética conocen esta diferencia de opinión, que está enteramente recogida en las páginas de las actas, porque a nadie se permite ni siquiera citar o comentar el discurso de Ivanovich durante el debate sobre el programa agrario. Y, no obstante, es digno de nota. «Puesto que estamos sellando una unión revolucionaria pasajera con el campesino en lucha —decía Stalin—, como justamente por eso no podemos desconocer las demandas de ese campesinado, hemos de apoyarlas, si en conjunto y de modo general no están en pugna con las tendencias de desenvolvimiento económico y con el progreso de la revolución. Los campesinos piden el reparto; este reparto no es incompatible con los fenómenos aludidos (?); por lo tanto, debemos defender la completa confiscación y distribución. Desde este punto de vista, la nacionalización y la municipalización son igualmente inaceptables.» Años después, Stalin había de decir que en Tammersfors, Lenin había pronunciado un insuperable discurso acerca de la cuestión agraria, que había despertado general entusiasmo, sin revelar que él, no sólo había hablado en contra del programa agrario de Lenin, sino que lo había declarado «igualmente» inaceptable que el de Plejanov. (Además, en 1924, pretendía haberse sentido fuertemente impresionado por él en 1906.)

En primer lugar, el solo hecho de que un joven caucásico, que no conocía Rusia en absoluto, se atreviese a contender de modo tan irresponsable con el dirigente de su facción sobre el programa agrario, campo en el cual la autoridad de Lenin era considerada particularmente formidable, no puede menos de suscitar sorpresa. El precavido Koba, por regla general, no gustaba de aventurarse por el hielo no explorado ni de quedar en minoría. Solía participar en los debates sólo cuando sentía que la mayoría estaba tras él, o, como años más tarde, cuando la máquina le aseguraba la victoria, sin tener en cuenta la mayoría. Tanto más

imperiosos tuvieron que ser los motivos que le impelieron a hablar en aquella ocasión en defensa del reparto de la tierra, no muy popular. Esos motivos, en la medida en que es posible describirlo treinta años y pico después, eran dos, y ambos característicos de Stalin.

Koba vino a la revolución como demócrata plebeyo, provinciano y empirista. Las ideas de Lenin sobre la índole internacional de la revolución le eran a la vez remotas y extrañas. Buscaba «garantías» más próximas. El acceso individualista a la propiedad de la tierra se imponía más sutilmente y encontraba una expresión mucho más espontánea entre los georgianos que entre los demás rusos, porque los primeros no tenían experiencia directa con los predios comunales. De donde el hijo de campesinos de la aldea de Didi-Lilo concluía que dotando a esos pequeños propietarios de parcelas adicionales de tierra, ellos serían la garantía principal frente a la contrarrevolución. Se ve, pues, claramente que, en su caso, el «divisionismo» no era una convicción doctrinal (de hecho, se inclinaba más bien a rechazar convicciones derivadas de doctrinas, con la mayor facilidad), sino antes bien su programa orgánico, en perfecta armonía con las inclinaciones fundamentales de su naturaleza, su educación y su medio social. En efecto, veinte años más tarde, hemos de descubrir en él una reversión atávica al «divisionismo».

Casi tan inconfundible se revela el segundo motivo de Koba. A sus ojos, el prestigio de Lenin se había reducido patentemente a causa de la derrota de diciembre: él siempre daba más importancia al hecho que a la idea. En aquel Congreso, Lenin estaba en minoría; Koba no podía ganar a su lado. Aquello sólo disminuía considerablemente su interés por el programa de nacionalización. Tanto bolcheviques como mencheviques consideraban la distribución de la tierra como mal menor en parangón con el programa de la facción de enfrente. Por lo tanto, Koba tenía motivos para esperar que la mayoría del Congreso vendría a concertarse a la postre sobre la base del mal menor. Así, las inclinaciones orgánicas del demócrata radical coincidieron con los cálculos tácticos del arbitrista. Pero Koba erró en sus cálculos: los mencheviques tenían una mayoría sobrada, de modo que no necesitaban decidirse por el mal menor, supuesto que querían el mayor.

Es importante anotar para posterior referencia que durante el Congreso de Estocolmo, siguiendo las huellas de Lenin, Stalin conceptuaba la unión del proletariado con los campesinos como «pasajera», limitada simplemente a tareas democráticas comunes. Ni

siquiera se le ocurrió mantener que el campesinado como tal podría en todo momento llegar a ser un aliado de los obreros en la causa de la revolución social. Veinte años más tarde, aquella «incredulidad» en el campesinado habría de proclamarse la herejía principal del «trotskismo». En efecto, mucho había de reaparecer alterado en este aspecto veinte años después. Declarando el programa agrario de los mencheviques y el de los bolcheviques «igualmente inaceptables» en 1906, Stalin consideraba la división de la tierra «no en pugna con las tendencias de desenvolvimiento económico». En lo que realmente pensaba era en las tendencias del desenvolvimiento capitalista. En cuanto a la inminente revolución socialista, a la que no dedicó ni un solo pensamiento serio en aquellos días, estaba completamente seguro de que habrían de transcurrir veintenas de años antes de que tuviera probabilidad de realizarse, y entretanto el capitalismo, con sus leyes naturales, se encargaría de concentrar y proletarizar la estructura económica de la aldea. No sin razón se refería Koba en sus folletos a la remota meta socialista con las bíblicas palabras «la Tierra de Promisión».

El principal informe por parte de los partidarios del reparto no fue, como es natural, el del virtualmente desconocido Ivanovich, sino el del más autorizado bolchevique, Suvorov, quien desarrolló el punto de vista de su grupo con amplitud suficiente. «Se dice que ésta es una medida burguesa —argüía—, y si es posible que ayudemos a los campesinos deberemos hacerlo sólo en ese sentido. Comparada con la servidumbre, la independencia económica del campesinado representa un paso adelante; pero más tarde se ha de ver desbordado por nuevos progresos.» La transformación socialista de la sociedad estará en condiciones de intervenir sólo cuando el desarrollo capitalista deje «rezagados» (esto es, arruinado y expropiado) al labrador independiente creado por la revolución burguesa.

El autor original del programa de la división de la tierra no era, naturalmente, Suvorov, sino el historiador radical Rozhkov, que se había unido a los bolcheviques poco antes de la revolución. Si no apareció como informante en el Congreso, es porque entonces estaba en la cárcel. Según el parecer de Rozhkov, desarrollado en su polémica contra el autor del presente libro, no sólo Rusia, sino hasta los países más adelantados estaban lejos de hallarse aprestados para una revolución socialista. El capitalismo mundial aún tiene la perspectiva de una larga etapa de trabajo progresivo, cuya culminación se perdía en las tinieblas del futuro.

Para subvertir los obstáculos que se oponen al esfuerzo creador del capitalismo ruso, el más atrasado de los sistemas capitalistas, el proletariado estaba condenado a pagar el precio de la división de la tierra si quería unirse con los campesinos. El capitalismo sabría hacer luego tabla rasa de tales ilusiones de nivelación agraria concentrando gradualmente la tierra en las manos de los terratenientes más poderosos y progresivos. Lenin había calificado a los defensores de este programa, que directamente predicaba confianza en el labrador burgués, de «rozhkovistas», de acuerdo con el nombre de su dirigente. No es superfluo añadir que el mismo Rozhkov, cuya actitud era seria en cuestiones de doctrina, se pasó durante los años de reacción al lado de los bolcheviques.

En la primera votación, Lenin se unió a los partidarios del reparto, según él mismo explicó, «a fin de no disgregar votos contra la municipalización». Consideraba el programa de división como mal menor, agregando, sin embargo, que si bien el reparto ofrecía cierta defensa contra la restauración de los hacendados ricos y el zar, por desgracia, podría crear también la base de una dictadura bonapartista. Acusó a los partidarios del reparto de ser «parciales al juzgar el movimiento campesino sólo desde el punto de vista del pasado y del presente, sin tener en cuenta el futuro» del socialismo. Había mucha confusión y no poco individualismo disfrazado de misticismo en el modo de apreciar los campesinos la tierra como «de Dios» o «de nadie»; pero inherente a tal apreciación había una tendencia progresiva y era por eso necesario descubrir cómo apoderarse de ella y aprovecharla contra el orden social burgués. Los partidarios de la división no sabían cómo hacerlo. «Los prácticos... vulgarizarán este programa..., harán de un error pequeño otro mayor... Gritarán a la multitud campesina que la tierra es de nadie, de Dios, del Gobierno, encomiarán las ventajas del reparto, y así difamarán y vulgarizarán el marxismo.» En labios de Lenin, la palabra «prácticos» significa, en este caso, revolucionarios de estrechas miras, propagandistas de lindas formulitas. Aquel golpe da tanto más en el clavo si consideramos que en el curso del siguiente cuarto de siglo Stalin había de calificarse orgullosamente a sí mismo de «práctico», a diferencia de los «literarios» y de los «emigrados». Llegaría a proclamarse teórico sólo después de que la máquina política asegurara su victoria práctica y le pusiera a cubierto de toda crítica.

Plejanov tenía razón, naturalmente, cuando situaba el problema agrario en directa e inseparable relación con la cuestión del Poder. Pero también Lenin comprendía la naturaleza de aquella

conexión, y bastante más a fondo que Plejanov. Según él lo expresaba, para hacer posible la nacionalización, la revolución tenía forzosamente que establecer la «dictadura democrática del proletariado y de los campesinos», que distinguía estrictamente de la dictadura socialista del proletario. A diferencia de Plejanov, Lenin creía que la revolución agraria sería consumada, no por manos liberales, sino por manos plebeyas, o no se consumaría en absoluto. Sin embargo, la índole de la «dictadura democrática» que él predicaba quedaba algo confusa y paradójica. Según Lenin, si los representantes de los pequeños propietarios llegaran a obtener una posición dominante en un Gobierno revolucionario (eventualidad improbable de una revolución burguesa del siglo xx), ese mismo Gobierno amenazaría convertirse en instrumento de fuerzas reaccionarias. Pero aceptar la proposición de que el proletariado estaba obligado a tomar posesión del Gobierno a la zaga de la revolución agraria, derriba las barreras entre la revolución democrática y la revolución socialista, pues la una se encajaba naturalmente en la otra haciéndose así la revolución «permanente». Lenin no disponía de respuesta a punto frente a este argumento. Pero no hace falta decir que Koba, el «práctico» y el «divisionista», mostraba un olímpico desdén por la perspectiva de la revolución permanente.

Arguyendo contra los mencheviques en defensa de los Comités revolucionarios de campesinos como instrumentos para apoderarse de las tierras de los hacendados, Ivanovich decía: «Si la liberación del proletariado puede ser obra del proletariado mismo, la liberación de los campesinos puede ser igualmente obra de los mismos campesinos.» En realidad, esta fórmula simétrica es una parodia del marxismo. La misión histórica del proletariado proviene en gran medida justamente de la incapacidad de la pequeña burguesía para liberarse por sus propias fuerzas. La revolución campesina es imposible, desde luego, sin la activa participación de los campesinos en forma de destacamentos armados, Comités locales, etc. Pero la suerte de la revolución campesina se decide no en la aldea, sino en la ciudad. Resto informe del medievalismo en la sociedad contemporánea, el campesino no puede tener una política independiente; necesita un director extrínseco. Dos clases nuevas compiten para adueñarse de esa dirección. Si el campesinado siguiera a la burguesía liberal, la revolución se detendría a mitad de camino, para retroceder a renglón seguido. Y si encontraba su guía en el proletariado, la revolución ha de traspasar necesariamente los límites burgueses. Precisamente en esta pecu-

liar correlación de clases dentro de una sociedad burguesa históricamente demorada se fundaba la perspectiva de la revolución permanente.

Sin embargo, nadie en el Congreso de Estocolmo defendió esta perspectiva, que yo traté de esclarecer de nuevo mientras ocupaba una celda de la cárcel de San Petersburgo. El levantamiento había sido ya sofocado: la Revolución retrocedía. Los mencheviques suspiraban por formar un bloque con los liberales. Los bolcheviques estaban en minoría; y, además, divididos. La perspectiva de revolución permanente se hallaba en riesgo. Habría de tener que esperar otra oportunidad pareja once años. Por sesenta y dos votos contra cuarenta y dos, y seis abstenciones, el Congreso adoptó de programa de municipalización de los mencheviques. Aquello no significó absolutamente nada en el futuro curso de los acontecimientos. Los campesinos hicieron oídos sordos a tal programa, y los liberales no lo veían con buenos ojos. En 1917, los campesinos aceptaron la nacionalización de la tierra como aceptaron el Gobierno de los Soviets y la dirección de los bolcheviques.

El Congreso de Estocolmo, llamado «de unificación», como ya hemos dicho, logró reunir las dos facciones principales del Partido y las organizaciones nacionales: la socialdemocracia de Polonia y Lituania, la socialdemocracia lapona y la Liga judía. Justificó, pues, su nombre. Pero su importancia real, como dijo Lenin, estaba más bien en el hecho de que «contribuyó a hacer más patente la hendidura entre las alas derecha e izquierda de la socialdemocracia». Si la escisión en el segundo Congreso no fue más que un «anticipo» y pudo remediarse más tarde, la «unificación» en el Congreso de Estocolmo no pasó de ser un hito en el camino hacia la escisión final y definitiva que ocurrió seis años después. Sin embargo, durante aquel Congreso, Lenin estaba muy lejos de pensar que tal cisma fuese inevitable. La experiencia de los turbulentos meses de 1905, en que los mencheviques habían dado un fuerte viraje hacia la izquierda, estaba aún muy reciente. A pesar de que luego, como escribe Krupskaja, «enseñaron francamente la oreja», Lenin, según ella afirma, siguió confiando en que «el nuevo auge de la oleada revolucionaria, del que no tenía la menor duda, los abrumaría, obligándoles a reconciliarse con la línea bolchevique». Pero el nuevo auge de la Revolución no se presentó.

Inmediatamente después del Congreso, Lenin escribió un llamamiento al Partido, en el que se consignaba una crítica resu-

mida, pero nada ambigua, de las resoluciones adoptadas. El llamamiento iba suscrito por delegados pertenecientes a «la antigua facción de bolcheviques», que se consideraba disuelta en el papel. Lo más notable es que de los cuarenta y dos bolcheviques que asistieron al Congreso, sólo veintiséis firmaron aquel documento. La firma de Ivanovich no figura en él, ni tampoco la de quien encabezaba el grupo, Suvorov. Al parecer, los partidarios del reparto atribuían tanta importancia a sus diferencias de opinión con Lenin que no quisieron aparecer junto a él ante el Partido, a pesar de aludirse a la cuestión de la tierra con mucha moderación en aquel llamamiento. Sería inútil buscar comentarios sobre este hecho en las actuales publicaciones oficiales del Partido. Pero tampoco hizo Lenin ni una sola referencia a ninguna de las intervenciones de Ivanovich en su extenso informe impreso acerca del Congreso de Estocolmo, en el que daba minuciosa cuenta de los debates y mencionaba a los principales oradores, mencheviques y bolcheviques; evidentemente, Lenin no consideraba los discursos de Ivanovich tan esenciales para el debate como se ha querido presentarlos treinta años después. La posición de Stalin dentro del Partido (exteriormente, en todo caso) no había cambiado. Nadie le propuso para el Comité Central, compuesto de siete mencheviques y de los tres bolcheviques Krassin, Rikov y Desnitsky. Después del Congreso de Estocolmo, igual que antes del mismo, Koba siguió siendo un activista del Partido de «calibre meramente caucásico».

Durante los dos últimos meses del año revolucionario, el Cáucaso era una caldera en ebullición. En diciembre de 1905, el Comité de huelga, que se había hecho cargo del ferrocarril y el servicio postal en Transcaucasia, comenzó a regular el transporte y la vida económica de Tiflis. Los suburbios estaban en poder de los trabajadores armados; pero no por mucho tiempo. Las autoridades rechazaron prontamente a sus enemigos. El Gobierno de Tiflis quedó sometido a la ley marcial. Hubo encuentros sangrientos en Kutais, Chituary y otras poblaciones. Georgia occidental pasaba por las angustias de una sublevación de campesinos. El 10 de diciembre, el jefe de policía Shirnkin, del Cáucaso, informaba al director de su Departamento en San Petersburgo: «El Gobierno de Kutais está en situación difícil..., los gendarmes han sido desarmados, los rebeldes se han apoderado del sector occidental del ferrocarril, y ellos mismos se encargan de expender los billetes y de asegurar el orden público... No he recibido informes de Kutais. Los gendarmes han sido retirados de la línea y se han con-

centrado en Tiflis. Los correos enviados con despachos son registrados por los revolucionarios, que les confiscan la documentación; la situación allí es insufrible... El gobernador general está enfermo de agotamiento nervioso... Mandaré detalles por correo y, de no ser posible, por un mensajero...»

Todos estos sucesos no ocurrieron por generación espontánea. La iniciativa conjunta de las masas sublevadas era, naturalmente, la causa más importante; y a cada paso se necesitaban elementos para emplearlos como agentes, organizadores, jefes... Koba no estaba entre ellos. Sin apresurarse, comentaba los acontecimientos después de ocurridos. Sólo eso pudo permitirle ir a Tamerfors en los momentos de mayor agitación. Nadie advirtió su ausencia, ni tampoco su regreso.

La pugna se había decidido al aplastarse la sublevación de Moscú. Por entonces, los trabajadores de San Petersburgo, agitados por las luchas y los cierres de fábricas anteriores, se mantenían ya en actitud pasiva. Pacificado Moscú, fueron luego sofocadas las rebeliones de Transcaucasia, de la región transbáltica y de Siberia. La reacción volvía por sus fueros. Los bolcheviques se resistían, sin embargo, a reconocerlo así, tanto más cuanto que el oleaje tardío del temporal aún se agitaba en medio del general refluxo. Todos los partidos revolucionarios estaban resueltos a creer que la novena ola estaba a punto de romper. Cuando algunos de los más escépticos seguidores de Lenin le sugirieron la posibilidad de que la reacción se hubiese afirmado, respondió: «¡Seré el último en admitirlo!» Los latidos de la Revolución rusa seguían teniendo aún su expresión más patética en huelgas obreras, eterno método básico de movilizar a las masas. El número de huelguistas bajó de cerca de tres millones en 1905 a alrededor de un millón en 1906; la aguda regresión no podía ser más patente.

Según la explicación de Koba, el proletariado había sufrido una derrota episódica, «ante todo porque no tenía armas, o muy pocas a lo sumo; ¡por mucha conciencia de clase que se tenga, no se puede responder a las balas con las manos nada más!» Evidentemente, esa explicación simplificaba más de la cuenta el problema. Es natural que resulta bastante duro «responder» a las balas con las manos nada más. Pero había otras causas más profundas de la derrota. Los campesinos no se levantaron en su totalidad; el levantamiento fue mucho menor en el centro del país que en los alrededores. El Ejército no estaba ganando sino a medias. El proletariado no conocía aún bien su propia fortaleza, ni la de su contrario. El año 1905 pasó a la historia (y en ello

reside su inmensa importancia) como «el ensayo general». Pero Lenin sólo pudo caracterizarlo así después del hecho. En 1906, él mismo confiaba en una súbita revelación. En enero, Koba, parafraseando a Lenin, escribía en términos por demás simplistas, como de costumbre: «Tenemos que rechazar de una vez y para siempre toda vacilación, prescindir de vaguedades y asumir irrevocablemente el punto de vista de atacar... Un Partido unido, una sublevación armada organizada por el Partido, y la política de ataque; esto es lo que pide de nosotros el triunfo de la sublevación.» Ni siquiera los mencheviques se atrevían a decir en voz alta que la Revolución había terminado. En el Congreso de Estocolmo, Ivanovich tuvo oportunidad de declarar sin riesgo de contradicción: «Y así, estamos en vísperas de una nueva explosión... Nadie entre nosotros lo duda.» En rigor, por entonces la «explosión» era ya cosa del pasado. La «política de ataque» se iba haciendo cada vez más la política de choques de guerrillas y de golpes dispersos. El país estaba extensamente inundado de las llamadas «expropiaciones»: asaltos armados a Bancos, tesorerías y otras reservas de dinero.

La disgregación de la Revolución iba extinguiendo la iniciativa de ataque, y ésta pasaba a manos del Gobierno, que por entonces se esforzaba en calmar sus propios nervios deshechos. En otoño e invierno, los partidos revolucionarios comenzaron a resurgir de la ilegalidad. Las justas continuaron a visera levantada. Los agentes de la policía zarista vinieron a conocer al enemigo por su fisonomía, en conjunto e individualmente. El reinado del terror comenzó el 3 de diciembre de 1905, con la detención del Soviet de San Petersburgo. Todos los comprometidos que no pudieron esconderse cayeron a su tiempo en las garras de la policía. El triunfo del almirante Dubassov sobre los combatientes de Moscú añadió más ruindad a los actos corrientes de represión. Entre enero de 1905 y la convocatoria de la primera Duma el 27 de abril (10 de mayo) de 1906, el Gobierno zarista, según cálculos aproximados, había matado a más de catorce mil hombres, ejecutado a más de mil, herido a veinte mil y detenido, deportado y encarcelado a unos sesenta mil. La mayoría de las víctimas sucumbieron en diciembre de 1905 y durante los primeros meses de 1906. Koba no se ofreció como «blanco de tiro». No fue herido, ni deportado o detenido. Ni siquiera tuvo necesidad de esconderse. Permaneció como antes en Tiflis. Esto no puede explicarse en modo alguno como habilidad personal o accidente afortunado. Le fue posible acudir a la Conferencia de Tammerfors secretamente, a hurtadi-

las. Pero no era posible en absoluto conducir el movimiento de masas de 1905 a escondidas. Ningún «afortunado accidente» pudo haber preservado a un agitador activo en el pequeño Tiflis. En realidad, Koba se mantuvo apartado de los importantes sucesos a tal punto que la policía no fijó en él su atención. A mediados del año 1906 continuaba vegetando en la redacción de un periódico bolchevique legal.

Mientras tanto, Lenin estaba oculto en Finlandia, en Kuokalla, en constante contacto con San Petersburgo y con todo el país. Los otros miembros del Centro bolchevique estaban con él. Allí se recogieron los rotos hilos de la organización ilegal para entrelazarlos de nuevo. «De todos los rincones de Rusia —escribía Krupskaja— venían camaradas, con los cuales discutíamos nuestra labor.» Krupskaja menciona varios nombres, incluso el de Sverdlov, quien «goza de enorme influencia» en los Urales, el de Vorochilov, y otros más. Pero, a pesar de las ominosas imprecaciones de la crítica oficial, no menciona una sola vez a Stalin durante aquel período. Y no porque se guarde de citar su nombre; por el contrario, siempre que tenía el más ligero fundamento de hecho, se esforzaba por destacarlo. Es que, sencillamente, en su memoria no guardaba de él el menor recuerdo.

La primera Duma fue disuelta el 8 de julio de 1906. La huelga de protesta que los partidos del ala izquierda propugnaron no llegó a materializarse; los trabajadores habían aprendido que una huelga por sí sola no bastaba, y que no había tampoco fuerzas para otra cosa. El intento de los revolucionarios de estobar la movilización de los reclutas del Ejército fracasó lamentablemente. La sublevación de la fortaleza de Sveaborg, con participación de los bolcheviques, resultó un estallido aislado, y fue dominada pronto. La reacción ganaba fuerzas. El Partido fue hundiéndose cada vez más en la clandestinidad. «Desde Kuokalla, Ilich dirigía de hecho toda la actividad de los bolcheviques», escribía Krupskaja. Y cita de nuevo cierto número de nombres y episodios, sin aludir tampoco a Stalin. Ni se le menciona con relación a la sesión de noviembre del Partido, en Terioki, donde se decidía la cuestión relativa a las elecciones a la segunda Duma. Koba no fue a Kuokalla. No hay el menor vestigio de la pretendida correspondencia entre Lenin y él durante el año 1906. Tampoco hubo contacto personal entre ambos, a pesar de haber coincidido en Tammerfors. El segundo encuentro en Estocolmo no los aproximó más. Krupskaja, hablando de un paseo por la capital de Suecia en que participaron Lenin, Rikov, Stroyev, Alexinsky y

otros, no dice nada de que Stalin estuviese entre ellos. También es posible que las relaciones personales recién iniciadas sufrieran un eclipse a causa de las diferencias de opinión sobre el problema agrario; Ivanovich no firmó el llamamiento, y por eso Lenin no mencionó a Ivanovich en su informe.

De conformidad con los acuerdos adoptados en Tammerfors y en Estocolmo, los bolcheviques del Cáucaso se unieron con los mencheviques. Koba no fue elegido miembro del Comité Regional Unificado. Pero entonces, si hemos de creer a Beria, le hicieron miembro del Buró bolchevique del Cáucaso, que existía secretamente en el año 1906, paralelo al Comité Oficial del Partido. Sin embargo, no hay pruebas de la actividad de aquel Buró ni del papel que en el mismo cupo a Koba. Una cosa es cierta: las ideas sobre organización del «hombre de Comité» de los días del período Tiflis-Batum sufrieron un cambio si no en su esencia, sí al menos en su forma de expresión. Ya no se atrevió Koba a pedir a los trabajadores que confesasen no estar aún suficientemente maduros para prestar servicio en Comités. Los Soviets y los Sindicatos elevaban a los trabajadores revolucionarios al primer plano de importancia, y generalmente demostraban estar mucho mejor preparados para guiar a las masas que la mayoría de los intelectuales de la clandestinidad. Como Lenin había previsto, los «hombres de Comité» se vieron obligados a cambiar de opinión bastante de prisa, o, al menos, de argumentos. Ahora defendía Koba en la Prensa la necesidad de democracia del Partido; más aún, de la clase de democracia en que la «masa misma decide lo que ha de hacerse y actúa por sí misma». La mera democracia electiva no era suficiente. «Napoleón III fue elegido por sufragio universal; pero, ¿quién no sabe que este emperador elegido fue el máximo sojuzgador del pueblo?» Si Besoshvili (seudónimo de Koba por aquel entonces) hubiese previsto su propio porvenir, se hubiera guardado bien de referirse a un plebiscito bonapartista. Pero había muchas cosas que él no previó. Su don de previsión era bueno para corta distancia solamente. En ello estribaba, como veremos, no sólo su debilidad, sino también su fuerza, al menos para cierta época.

Las derrotas del proletariado forzaron al marxismo a retirarse a posiciones defensivas. Enemigos y adversarios, enmudecidos durante los meses de tormenta, volvieron a levantar la cabeza. La izquierda, como la derecha, hicieron responsable al materialismo y a la dialéctica de la furia de la reacción. A la derecha, los liberales, los demócratas, los populistas; a la izquierda, los anar-

quistas. El anarquismo no intervino para nada en el movimiento de 1905. Sólo hubo tres facciones en el Soviet de San Petersburgo: mencheviques, bolcheviques y *essars*. Los anarquistas encontraron mejor caja de resonancia en la atmósfera de desilusión que siguió a la caída de los Soviets. El reflujo dejó también su huella en el atrasado Cáucaso, donde en muchos aspectos las condiciones eran más propicias al anarquismo que en ningún otro lugar del país. Como parte de su defensa de las posiciones marxistas entonces atacadas, Koba escribió en su idioma vernáculo una serie de artículos periodísticos sobre el tema *Anarquismo y Socialismo*. Estos artículos, que atestiguan las buenas intenciones de su autor, no se prestan a la reproducción porque, en realidad, constituyen a su vez una reproducción de trabajos ajenos. Ni tampoco es fácil escoger citas de ellos, pues están levemente embadurnados de un gris uniforme que justamente dificulta más la selección de ninguna expresión característica. Baste decir que estos trabajos suyos nunca volvieron a publicarse.

A la derecha de los mencheviques georgianos, que continuaban teniéndose por marxistas, surgió el partido de los federales, una parodia local entre *essars* y cadetes. Besoshvili, muy justamente, denunció la tendencia de aquel partido a transacciones y maniobras cobardes, aunque al hacerlo recurrió a figuras de dicción bastante aventuradas: «Como es bien sabido —escribía—, cada animal tiene su color definido. Pero la naturaleza del camaleón no se conforma con eso; con un león, adopta el color de un león; con un lobo, de un lobo; con una rana, de una rana, según el color que más le convenga...» Un zoólogo protestaría quizá contra una calumnia tan ofensiva para el camaleón. Pero, puesto que la crítica bolchevique era justa en esencia, podemos olvidar el estilo de quien falló en sus intentos de ser pope de aldea.

Todo esto es cuanto hay que decir sobre las actividades de Koba-Ivanovich-Besoshvili durante la primera Revolución. No es mucho, ni siquiera en el sentido puramente cuantitativo. Sin embargo, el autor se ha esforzado seriamente en no omitir nada digno de nota. El caso es que el intelecto de Koba, carente de imaginación, no era muy productivo. La disciplina del trabajo intelectual le era extraña. Se necesitaban móviles personales preponderantes para estimularle a una atención sostenida y sistemática. No halló móviles así en la Revolución, que le arrojó al margen. Por eso sus aportaciones a aquel movimiento resultan tan lamentablemente minúsculas en comparación con lo que la Revolución contribuyó a su medro personal.

CAPITULO IV

**EL PERIODO DE REACCION**

La vida personal de los revolucionarios clandestinos estaba siempre relegada a un segundo término, reprimida. Pero persistía. Como las palmeras en un paisaje de Diego Rivera, el amor se abría camino hacia el sol desde debajo de pesadas rocas. Casi siempre estaba identificado con la revolución. Las mismas ideas, los mismos afanes, el mismo riesgo, un aislamiento en común del resto del mundo, unidos por sólidos lazos. Las parejas se sumían unidas en la ilegalidad, eran separadas por la cárcel, y volvían a buscarse al volver del destierro. Conocemos poca cosa de la vida personal de Stalin, pero lo poco que conocemos es tanto más valioso por la luz que arroja sobre su personalidad como hombre.

«Se casó en 1903 —nos dice Iremashvili—. Su matrimonio, según sus puntos de vista, fue venturoso. Verdad es que resultaba difícil advertir en su propia casa aquella igualdad de sexos que defendía como forma básica del matrimonio en el nuevo Estado. Pero no estaba en su carácter compartir iguales derechos con ninguna otra persona. Su matrimonio fue afortunado porque su mujer, que no podía competir con él en cuestiones generales de mentalidad, le consideraba un semidiós, y porque, siendo georgiana, había sido criada en la sacrosanta tradición que hacía de la mujer georgiana esencialmente una esclava doméstica. Las características que atribuye a la mujer de Koba son las mismas que atribuía a su madre, Keke: «Aquella mujer genuinamente georgiana... de todo corazón cuidaba del bienestar de su marido. Se pasaba noches sin cuento en ardientes plégarías, aguardando el regreso de su Soso, ocupado en secretas conferencias. Rogaba por que Koba se apartase de sus ideas, que no eran gratas a

Dios, y se reintegraba a una apacible vida doméstica de trabajo y contento.»

No sin extrañeza, nos enteramos por estas líneas de que Koba, que había renegado de la religión a los trece años, se casó luego con una mujer ingenua y profundamente religiosa. Eso puede parecer un caso vulgar y corriente en un medio burgués estable, en que el marido se tiene por agnóstico o se distrae con ritos masonicos, mientras que su mujer, después de consumar su post-traderio, se arrodilla devotamente en el confesionario ante su director espiritual. Pero entre los revolucionarios rusos, tales asuntos eran muchísimo más importantes. No había un anémico agnosticismo en el meollo de su filosofía revolucionaria, sino un ateísmo militante. ¿Cómo podían tener la menor tolerancia personal frente a la religión, inextricablemente ligada a todo aquello que se habían comprometido a combatir arrojando continuos riesgos? Entre los trabajadores, que se casan pronto, podrían encontrarse no pocos casos de un marido que se hace revolucionario después de la boda, mientras que la mujer continúa terca-mente aferrada a la vieja fe. Pero aun esto solía dar lugar a conflictos dramáticos. El marido mantenía su nueva vida oculta y secreta, y cada vez se iba alejando más de ella. En otros casos, el marido conseguía convertir a su mujer a sus propias opiniones, apartándola del parecer de sus propios familiares. Los trabajadores jóvenes solían quejarse con frecuencia de que les era difícil encontrar muchachas emancipadas de las viejas supersticiones. Entre la juventud estudiantil, la elección de pareja era mucho más fácil. Casi no se daban ejemplos de intelectual revolucionario que se casara con una creyente; y no porque hubiera normas que lo dispusieran así. Pero tales cosas no estaban de acuerdo con las costumbres, las ideas y los sentimientos de esas gentes. Koba fue indudablemente una rara excepción.

Al parecer, la disparidad de opiniones no dio lugar a ningún conflicto dramático. «Este hombre, de espíritu tan inquieto, que se sentía constantemente vigilado, bajo la constante mirada de la policía secreta zarista, en todos sus pasos y en todo cuanto hacía, no podía encontrar cariño más que en su empobrecido hogar. Sólo su mujer, su hijo y su madre escapaban al rencor que prodigaba a todos los demás.» El idílico cuadro familiar que traza Iremashvili permite deducir que Koba era tolerante hasta la indulgencia con las creencias de su compañera. Pero como eso está en contradicción con su carácter tiránico, lo que parece tolerancia debe ser indiferencia moral. Koba no buscaba en su mujer una

amiga capaz de compartir sus ideas o, al menos, sus ambiciones. Le bastaba encontrar en ella una mujer sumisa y amante. Por sus opiniones era marxista y por sus sentimientos y necesidades espirituales, era hijo del osetino Bezo, de Didi-Lilo. No solicitaba de su mujer más de lo que su padre había hallado en Keke.

La cronología de Iremashvili, que no puede equivocarse, es más de fiar en cuestiones personales que en el campo de la política. Pero la fecha que da del matrimonio suscita alguna duda. Él lo fija en 1903, y Koba fue preso en abril de 1902 y volvió del destierro en febrero de 1904. Es posible que el enlace se efectuara en la cárcel. Tales casos no eran raros. Pero también es posible que la boda se celebrara sólo después de su fuga del destierro, a principios de 1904. En tal caso, una boda eclesialística ofrecía ciertas dificultades para quien ya se encontraba en «estado ilegal»; no obstante, considerando las costumbres primitivas de por entonces, especialmente en el Cáucaso, las dificultades políticas no eran imposibles de salvar. Si Koba se casó después de su deportación, esto puede explicar en parte su pasividad política durante 1904.

La mujer de Koba (ni siquiera sabemos su nombre)<sup>1</sup> murió en 1907, según ciertos informes, de pulmonía. Por entonces, ambos Sosos no estaban ya en buenas relaciones. Iremashvili se lamenta: «Lo más recio de su lucha se dirigió desde entonces contra nosotros, sus antiguos amigos. Nos atacaba en todo mitin y en toda discusión del modo más salvaje y desconsiderado, tratando de sembrar veneno y odio contra nosotros en todas partes. De haberle sido posible, nos hubiera exterminado a sangre y fuego... Pero la inmensa mayoría de los marxistas georgianos continuaron con nosotros, y aquello era lo que más le enardecía y ponía furioso.» Ahora bien, las costumbres georgianas eran tan dominantes, por lo visto, que la enemistad política no impidió a Iremashvili visitar a Koba al morir su mujer, para darle el pésame: «Estaba muy decaído, pero me recibió amistosamente, como en otros tiempos. La cara pálida de aquel hombre reflejaba la profunda pena que le causó la muerte de la fiel compañera de su vida. Su aflicción... debía de ser muy grande y tenaz, pues era incapaz de contenerla ya ante los extraños.»

La difunta fue enterrada según todas las reglas del rito ortodoxo. Sus parientes insistieron en ello, y Koba no se opuso. «Cuando el modesto cortejo llegó a la puerta del cementerio

<sup>1</sup> Ekaterina Svanidze, hermana de un modesto camarada, que más tarde llegó a ser presidente de la Banca soviética de Comercio Extranjero (Vnicshtorgbank). — C. M.

—refiere Iremashvili—, Koba me apretó fuertemente la mano, y señalando el fétetro, dijo: "Soso, esa criatura ablandó mi corazón de piedra; al morir, se lleva con ella todo el afecto que aún sentía por mis semejantes." Y, poniéndose la mano derecha sobre el pecho, añadió: "¡Está todo tan vacío, tan inexplicablemente vacío aquí dentro!"» Estas palabras pueden sonar a teatralmente patéticas e inhumanas; pero no es improbable que sean ciertas, no sólo por referirse a un hombre joven abrumado por su primer pesar sincero, sino también porque en ocasiones futuras hemos de encontrar de nuevo en Stalin la misma propensión al énfasis forzado, rasgo no raro en personas de carácter rudo. La torpeza de estilo con que expresa sus sentimientos, procedía de sus prácticas de homilética en el Seminario.

Al morir, su mujer dejó a Koba un niño de finas y delicadas facciones. En 1919-1920 era alumno del Instituto de Tiflis, donde Iremashvili ejercía de profesor. Poco después su padre trasladó a Yasha (Jaime) a Moscú. Volveremos a encontrarle en el Kremlin. Todo esto es cuanto conocemos de aquel matrimonio, que en materia de tiempo encaja bastante bien en el cuadro de la primera Revolución. No es coincidencia fortuita: los ritmos de la vida personal del revolucionario estaban demasiado estrechamente trabados con los de los grandes acontecimientos.

«A partir del día en que enterraron a su mujer —insiste Iremashvili— perdió el último vestigio de sentimientos humanos. Su corazón se llenó del odio inexplicablemente maligno que su cruel padre había comenzado a engendrar en él cuando todavía era un niño. Reprimía con sarcasmo sus impulsos morales cada vez más espaciados. Implacable consigo mismo, se hizo implacable con los demás.» Así era durante el período de la reacción, que entretanto se había enseñoreado del país.

El comienzo de las huelgas de masas en la segunda mitad de la postrera década del siglo, significaba la proximidad de la revolución. Pero el promedio de huelguistas era aún menos de 50.000 al año. En 1905, ese número ascendió de un salto a 2.750.000; en 1906 bajó a un millón; en 1907, a 750.000, incluyendo las de ensayo. Estas fueron las cifras de los años de la Revolución. ¡Nunca antes había presenciado el mundo una oleada de huelgas semejante! El período de reacción comenzó en 1908. El número de huelguistas bajó al punto a 174.000; en 1909, a 64.000; en 1910, a 50.000. Pero mientras el proletariado iba estrechando rápidamente sus filas, los campesinos a quienes había levantado no sólo continuaban, sino que reforzaban su ofensiva. La devastación de

las haciendas de los terratenientes se extendió particularmente durante los meses en que funcionó la primera Duma. Sobrevino una serie de motines de soldados. Después de sofocados los intentos de sublevación de Sveaborg y Kronstadt en julio de 1906, el monarca se hizo osado, instituyó Consejos de Guerra y, con ayuda del Senado, adulteró la ley electoral. Pero no consiguió el objeto pretendido. La segunda Duma resultó más radical que la primera.

En febrero de 1907, Lenin caracterizó la situación política del país con las siguientes palabras: «La ilegalidad más desenfrenada y cínica... La ley electoral más reaccionaria de Europa. El cuerpo de representantes populares más revolucionario de Europa en el país más atrasado.» De ahí su conclusión: «Estamos en vísperas de una nueva crisis revolucionaria más amenazadora.» Esta conclusión no se confirmó. Aunque la revolución aún tenía fuerza bastante para dejar sus huellas en la liza del seudoparlamentarismo zarista, estaba ya quebrantada. Sus convulsiones iban siendo cada vez más tenues.

El partido socialdemócrata atravesaba un proceso análogo. Continuaba creciendo en número de miembros, pero su influencia sobre las masas declinaba. Cien socialdemócratas ya no eran capaces de sacar a la calle tantos trabajadores como diez socialdemócratas lo hubieran sido el año precedente. Los diversos aspectos de un movimiento revolucionario, como proceso histórico homogéneo y, en general, como acontecimiento de valor persistente, no son uniformes ni armónicos en contenido o en movimiento. No sólo los trabajadores, sino también los pequeño-burgueses intentaron vengar su derrota por el zarismo en campo abierto, votando en favor de las izquierdas; pero ya no eran capaces de una nueva insurrección. Privados del aparato de los Soviets y de contacto directo con las masas, que pronto sucumbieron a una negra apatía, los trabajadores más activos sintieron la necesidad de un partido revolucionario. Así, esta vez el ala izquierda de la Duma y el crecimiento de la socialdemocracia eran síntomas del descenso de la revolución, no de su auge.

El quinto Congreso del Partido, celebrado en Londres, en mayo de 1907, fue de notar por el número de personas que concurrieron a él. En la nave de la iglesia «socialista» había 302 delegados (un delegado por cada 500 miembros del Partido), medio centenar con voz consultiva, y no pocos invitados. De éstos, 90 eran bolcheviques y 85 mencheviques. Las delegaciones nacionales formaban el «centro» entre estos dos flancos. En el Congreso anterior estuvieron representados 13.000 bolcheviques y 18.000 menchevi-

ques (un delegado por cada 300 miembros del Partido). Durante los doce meses transcurridos entre el Congreso de Estocolmo y el de Londres, la sección rusa del Partido había aumentado de 31.000 a 77.000 miembros, esto es, dos veces y media. Era inevitable que la agudeza mayor de la pugna faccional repercutiese en el número. Pero, indudablemente, los trabajadores avanzados continuaron engrosando las filas del Partido durante aquel año. Al mismo tiempo, el ala izquierda se reforzó con mucha más rapidez que su antagonista. En el Soviet de 1905, los mencheviques preponderaban; los bolcheviques eran una modesta minoría. A principios de 1906, las fuerzas de ambas facciones en San Petersburgo eran aproximadamente iguales. Durante el intervalo entre la primera y la segunda Duma, los bolcheviques comenzaron a adelantarse. En tiempos de la segunda Duma, habían alcanzado un completo predominio entre los trabajadores avanzados. A juzgar por la índole de los acuerdos tomados, el Congreso de Estocolmo fue menchevique y bolchevique el de Londres.

La desviación del Partido hacia la izquierda fue tenida en cuenta por las autoridades. Poco antes del Congreso, el Departamento de Policía instruyó a sus dependencias locales que «los grupos mencheviques, en su estado actual de ánimo, no representan un peligro tan serio como los bolcheviques». En el informe regular de la marcha del Congreso presentado al Departamento de Policía por uno de sus agentes en el extranjero, se hacía la siguiente apreciación: «Entre los oradores que en el curso de la discusión intervinieron en favor del punto de vista revolucionario, se cuentan Stanislav (bolchevique), Trotsky, Pokrovsky (bolchevique) y Tyszko (socialdemócrata polaco); en defensa del criterio oportunista, Martov y Plejanov (dirigentes de los mencheviques). Hay claros indicios —continuaba el agente de la *Ojra-na*<sup>1</sup>— de que los socialdemócratas están girando hacia métodos

<sup>1</sup> La *Ojra-na* (abreviatura de *Ojrannoye Otdelyeniye*, o Departamento de Seguridad) era el servicio secreto político del Departamento imperial de Policía, la sección más importante del Ministerio del Interior desde su fundación en 1881. Durante cincuenta años antes, sus funciones habían sido confiadas a la tercera sección de la Cancillería de la Corte imperial. De aquí que los términos *Ojra-nka*, *Tercera Sección*, *Policía Política*, *Departamento de Policía* se usen indistintamente con referencia a las actividades de espionaje del Estado zarista dirigidas contra revolucionarios. La *Ojra-na* estaba dividida en una agencia exterior y otra interior, a base de métodos de espionaje; la primera se componía de un grupo de agentes de investigación, y la otra de confidentes y provocadores introducidos subrepticamente en las organizaciones revolucionarias. Ayudaba a la *Ojra-na* en su lucha contra el movimiento revolucionario otra rama del Departamento de Policía: el Cuerpo especial de Gendarmería. Además de las dependencias establecidas en las ciudades más importantes de Rusia, la *Ojra-na* sostenía también una agencia extranjera en cuantos sitios se congregaban emigrados rusos. — C. M.

revolucionarios de lucha... El menchevismo, que floreció gracias a la Duma, declinó a su hora, cuando la Duma demostró su impotencia, dando amplio campo al bolchevismo, o, más bien, a las tendencias revolucionarias extremistas.» En realidad, como ya se ha indicado, el sesgo sentimental del proletariado era mucho más complicado e inconsistente. Así, mientras que la vanguardia, sostenida por su propia experiencia, se desvió hacia la izquierda, la masa, descorazonada por las derrotas, viró hacia la derecha. El hálito de la reacción se cernía ya por encima del Congreso. «Nuestra Revolución atraviesa momentos de prueba —dijo Lenin en la sesión del 12 de mayo—. Necesitamos toda la fortaleza y la resolución, toda la cautela y la perseverancia de un partido proletario unido, si hemos de resistir frente a los insidiosos caprichos de la duda, la defección, la apatía, el sometimiento.»

«En Londres —escribía un biógrafo francés—, Stalin conoció a Trotsky. Pero éste apenas reparó en él. El líder del Soviet de San Petersburgo no es de las personas que entablan fácilmente relaciones o entran en intimidad sin una afinidad espiritual genuina.» Sea esto o no cierto, el hecho es que no me enteré de la asistencia de Koba al Congreso de Londres, sino por el libro de Suvarin, y más tarde lo vi confirmado en las actas oficiales. Como en Estocolmo, Ivanovich no figuraba entre los 302 delegados con derecho a voto, sino entre los 42 cuya participación era sólo a título consultivo o deliberante. ¡El bolchevismo era aún tan débil en Georgia que Koba no pudo reunir los 500 votos necesarios en todo Tiflis! «Ni siquiera en la ciudad nativa de Koba y mía, Gori —escribe Iremashvili—, había un solo bolchevique.» El absoluto predominio de los mencheviques en el Cáucaso fue confirmado en el curso de los debates del Congreso por el rival de Koba, Sha'umyan, dirigente bolchevique del Cáucaso y futuro miembro del Comité Central. «Los mencheviques caucásicos —se lamentaba—, aprovechando su aplastante peso numérico y su dominio oficial en el Cáucaso, hacen cuanto pueden por impedir que los bolcheviques sean elegidos.» En una declaración firmada por el mismo Sha'umyan e Ivanovich, leemos: «Las organizaciones mencheviques caucásicas se componen casi enteramente de la pequeña burguesía de la ciudad y del campo.» De los 18.000 miembros del Partido en el Cáucaso, no eran trabajadores más de seis mil; pero aun de éstos, la mayoría estaban de parte de los mencheviques.

La designación de Koba como delegado meramente consultivo fue acompañada de un incidente no exento de mordacidad. Cuando tocó a Lenin el turno de presidir el Congreso, propuso que se

adoptara sin discusión un acuerdo de la Comisión de credenciales recomendando conceder participación deliberante a cuatro delegados, entre ellos a Ivanovich. El infatigable Martov vociferó desde su sitio: «Quisiera saber a quién se concede voz deliberante. Quiénes son esos hombres, de dónde vienen, etc.» A lo que respondió Lenin: «Ciertamente no lo sé, pero el Congreso puede confiar en la opinión unánime del Comité de Credenciales.» Es muy posible que Martov tuviera alguna información secreta respecto a la índole específica del historial de Ivanovich, ya hablaremos de esto con más detalle, y que por esto precisamente Lenin se apresurara a cortar la ominosa alusión refiriéndose a la unanimidad de la Comisión de credenciales. En todo caso, Martov juzgó oportuno referirse a «esos hombres» como si no fueran nadie: «Quiénes son, de dónde vienen, etc.», mientras que Lenin, por su parte, no sólo no hizo objeciones a tal caracterización, sino que la confirmó. En 1907, Stalin era aún totalmente desconocido, no sólo del Partido en general, sino, incluso, de los trescientos delegados del Congreso. El acuerdo del Comité de admisión fue adoptado con la abstención de un buen número de delegados.

Pero es muy de notar el hecho de que Koba no hizo uso ni una sola vez del derecho de palabra que se le había concedido. El Congreso duró cerca de dos semanas y las discusiones fueron sumamente extensas y prolifas. Pero el nombre de Ivanovich no se hace constar siquiera una vez entre los numerosos oradores. Su firma aparece sólo en dos breves informes de bolcheviques caucásicos a propósito de sus conflictos locales, con los mencheviques, y aun esto sólo en tercer lugar. No dejó otras señales de su presencia en el Congreso. Para apreciar debidamente lo que esto significa, es necesario conocer la mecánica de tramoya del Congreso. Cada una de las facciones y de las organizaciones nacionales se reunían por separado durante los intervalos de las sesiones oficiales, trazaban su propia línea de conducta y designaban de su seno a quienes habían de intervenir. De modo que en el curso de tres semanas de debates, en que tomaron parte todos los miembros del Partido de algún renombre, la facción bolchevique no juzgó oportuno confiar una sola intervención a Ivanovich.

Hacia el final de una de las últimas sesiones del Congreso habló un joven delegado de San Petersburgo. Todos habían abandonado rápidamente sus asientos y nadie le escuchaba. El orador se vio obligado a subirse en una silla para llamar la atención. Pero, a pesar de circunstancias tan desfavorables, consiguió atraerse un coro cada vez más crecido de delegados, y no tardó mucho

en calmarse el auditorio. Aquel discurso hizo del novicio un miembro del Comité Central. Ivanovich, condenado al silencio, tomó nota del éxito del recién llegado (Zinoviev sólo tenía veintinueve años), probablemente horro de simpatía, pero no de envidia. Ni un alma hizo el menor caso del ambicioso caucásico, con su derecho de voz no utilizado. El bolchevique Gandurin, soldado de fila en el Congreso, consignó en sus *Memorias*: «Durante las pausas solíamos rodear a uno u otro de los principales activistas, abrumándolos a preguntas.» Gandurin menciona entre los delegados a Litvinov, Vorochilov, Tomsy y otros bolcheviques relativamente oscuros de por entonces; pero no a Stalin, ni siquiera una vez. Y, sin embargo, escribió sus *Memorias* en 1931, cuando era mucho más difícil olvidar a Stalin que recordarle.

Entre los miembros electos del nuevo Comité Central, los bolcheviques eran Myeshkovsky, Rozhkov, Teodorovich y Nogin, con Lenin, Bogdanov, Krassin, Zinoviev, Rikov, Shanter, Sammer, Leithsen, Taratuta y A. Smirnov, como suplentes. Los más destacados dirigentes de la facción fueron elegidos suplentes porque interesaba promover a la vanguardia a las personas capaces de trabajar en Rusia. Pero Ivanovich no estaba entre los titulares ni entre los suplentes. No sería justo buscar la razón de ello en las tretas de los mencheviques; en realidad, cada bando eligió a sus propios candidatos. Algunos de los bolcheviques del Comité Central, como Zinoviev, Rikov, Taratuta y A. Smirnov, eran de la misma generación que Ivanovich y aún más jóvenes.

En la sesión final de la facción bolchevique, después de clausurado el Congreso, se eligió un Centro secreto bolchevique, el llamado «C. B.», compuesto de quince miembros. Entre ellos estaban los teóricos y los «literarios» de la época y del futuro, como Lenin, Bogdanov, Pokrovsky, Rozhkov, Zinoviev y Kamenev, así como los más conocidos organizadores, como Krassin, Rikov, Dubronsky, Nogin y otros. Ivanovich tampoco pertenecía a aquel grupo. No puede negarse la importancia de este hecho. Stalin no podía ser elegido miembro del Comité Central sin ser conocido de todo el Partido. Otro obstáculo (admitámoslo por esta vez) era que los mencheviques caucásicos estaban particularmente en contra suya. Pero si hubiera tenido algún peso e influencia dentro de su propio bando no hubiera podido menos de incorporarse al centro de dirección bolchevique, que tan necesitado estaba de un representante autorizado del Cáucaso. El mismo Ivanovich soñaría, sin duda, en lograr un puesto en el «C. B.»; pero no lo hubo para él.

En vista de todo esto, ¿para qué fue Koba a Londres, en suma? No pudo levantar el brazo como delegado con voto. Resultó innecesario como deliberante. Ciertamente, no desempeñó ningún papel en las reuniones reservadas de la facción bolchevique. Es inconcebible que acudiese allí por mera curiosidad, para escuchar y echar una ojeada. Tendría otras misiones. Pero, ¿cuáles fueron éstas?

El Congreso terminó el 19 de mayo. No más tarde del 1 de junio, el primer ministro Stolypin planteó a la Duma su petición de expulsar inmediatamente a cincuenta y cinco diputados socialdemócratas y sancionar el arresto de dieciséis de ellos. Sin esperar la autorización de la Duma, la policía procedió a practicar detenciones en la noche del 2 de junio. Al día siguiente, la Duma fue suspendida, y en el curso de este acto de fuerza por parte del Gobierno se promulgó una nueva ley electoral. En todo el país hubo simultáneas detenciones en masa, cuidadosamente preparadas, con ferroviarios entre los sometidos a custodia, en un esfuerzo por prevenir una huelga general. Los motines en la Flota del mar Negro y en un regimiento de Kiev, no pasaron de una intentona. La monarquía triunfaba. Cuando Stolypin se miró al espejo, contempló en él la imagen de san Jorge, victorioso.

La desintegración evidente de la revolución trajo consigo varias crisis en el Partido y en el mismo bando bolchevique, decidido por gran mayoría en favor de la posición boicotista. Esto era casi una reacción instintiva contra la violencia gubernamental, pero, al mismo tiempo, era un intento de disimular su propia impotencia con un gesto radical. Mientras reposaba después del Congreso de Finlandia, Lenin reflexionó sobre el asunto en todos sus aspectos, y se decidió resueltamente en contra del boicot. Su situación dentro de su propio bando llegó a ser bastante difícil. No era cosa fácil pasar de los días de apogeo revolucionario a los tediosos de dificultades y obstáculos. «Con excepción de Lenin y Rozhkov —escribía Martov—, todos los representantes de talla de la facción bolchevique (Bogdanov, Kamenev, Lunacharsky, Volsky y otros) estaban por el boicot.» La cita es, en cierto modo, interesante, pues incluye entre los representantes de talla no sólo a Lunacharsky, sino incluso al olvidado Volsky, pero se olvida de Stalin. En 1924, cuando el periódico histórico oficial de Moscú reprodujo el testimonio de Martov, no se le ocurrió al Consejo de redacción mostrar interés por el parecer de Stalin en aquella ocasión.

Sin embargo, Koba estaba entre los boicotistas. Además de testimonios directos sobre el caso, que, por otra parte, proceden

de mencheviques, hay cierta evidencia indirecta que es la más convincente: ni siquiera uno de los historiadores oficiales presentes dice una sola palabra a propósito de la posición de Stalin en cuanto a las elecciones a la tercera Duma. En un folleto titulado *Sobre el boicot a la tercera Duma*, publicado poco después de la Revolución, y en el que Lenin defendía la participación en las elecciones, fue Kamenev quien defendió el punto de vista de los partidarios del boicot. Hubiera sido tanto más fácil para Koba conservar el incógnito, cuanto que a nadie se le hubiera ocurrido en 1907 pedirle que se manifestara por medio de un artículo. El viejo bolchevique Piryeiko recuerda que los boicotistas «reconviniéron al camarada Lenin por su menchevismo». No hay motivo para dudar de que Koba no se quedó atrás en su círculo de íntimos con epítetos bastante incisivos en ruso y en georgiano. Y cuanto a Lenin, pidió a su facción desembarazo y habilidad para afrontar las realidades. «El boicot es una declaración de abierta guerra contra el antiguo Gobierno, un ataque directo contra él. A menos de un amplio resurgir revolucionario... no hay que contar con el éxito del boicot.» Mucho más tarde, en 1920, Lenin escribía: «Fue un error... para los bolcheviques haber boicoteado la Duma en 1906.» Fue un error, porque después de la derrota de diciembre era imposible esperar una ofensiva revolucionaria en el futuro inmediato; por consiguiente, no tenía sentido desprestigiar una tribuna como la Duma para movilizar las filas de la Revolución.

En la Conferencia del Partido que se celebró en Finlandia, en julio, los nueve delegados bolcheviques, con excepción de Lenin, se pronunciaron por el boicot. Ivanovich no tomó parte en aquella Conferencia. Los boicotistas tuvieron su portavoz en Bogdanov. El acuerdo afirmativo sobre la cuestión de participar en las elecciones se tomó por los votos unidos de «los mencheviques, los de la Liga judía (budistas), los polacos, uno de los letones y un bolchevique», escribía Dan. «Un bolchevique», esto es, Lenin. «En una casita de verano —recuerda Krupskaja—, Ilich defendió ardientemente su posición; Krassin subía en su bicicleta, y parado ante la ventana, escuchaba con atención a Ilich. Luego, sin entrar en la casa, se alejaba meditabundo...» Krassin se alejó de aquella ventana por más de diez años. No volvió al Partido sino después de la Revolución de octubre, y ni siquiera inmediatamente. Poco a poco, a influjo de nuevas lecciones, los bolcheviques fueron sumándose al parecer de Lenin, aunque, como veremos, no en su totalidad. En silencio, Koba también repudió el boicotismo. Sus

artículos y discursos en el Cáucaso en favor del boicót han quedado magnánimamente relegados al olvido.

La tercera Duma comenzó su infausta actividad en el mes de noviembre. La alta burguesía y los terratenientes ricos se habían asegurado de antemano una mayoría en ella. Entonces empezó el período más sombrío de la vida de «Rusia renovada». Las organizaciones obreras fueron dispersadas, sofocada la Prensa revolucionaria, y los Consejos de Guerra iban a la zaga de las expediciones de castigo. Pero más terrible que los golpes exteriores era la reacción interior. La desertión alcanzó carácter de masas. Los intelectuales dejaban la política por la ciencia, el arte, la religión y el misticismo erótico. El toque final de este cuadro fue la epidemia de suicidios. El trastrueque de valores iba en primer lugar dirigido contra los partidos revolucionarios y sus dirigentes. El brusco cambio de actitud halló una reflexión brillante en los archivos del Departamento de Policía, donde censuraban las cartas dudosas, conservando así las más interesantes para la historia.

En Ginebra, Lenin recibió una carta de San Petersburgo que decía lo siguiente: «La calma reina por arriba y por abajo, pero el silencio de abajo está infectado. Bajo su capa asoma tal ira que hará bramar a los hombres, porque tienen que hacerlo. Pero, de momento, hasta nosotros sufrimos lo más necio de esa ira...» Un tal Zajarov escribía a un amigo suyo de Odesa: «Hemos perdido en absoluto la fe en aquellos a quienes en tanto teníamos... ¡Imaginate que, a fines de 1905, Trotsky decía seriamente que la revolución política había culminado en un éxito grande, y que sería inmediatamente seguida por el comienzo de la revolución social...! ¿Y qué decir de la portentosa táctica de la revolución armada que tanto han divulgado los bolcheviques...? De veras, he perdido toda fe en nuestros dirigentes y en todos los llamados intelectuales revolucionarios.» Ni siquiera la Prensa liberal y la radical se guardaron de herir a los vencidos con su sarcasmo.

Las deserciones se producían no sólo entre los intelectuales, no sólo entre los que llegan hoy para alejarse mañana, y para quienes el movimiento no era más que una causa a medio camino, sino incluso entre los trabajadores avanzados, que habían sido uña y carne del Partido durante años. La religiosidad, por un lado, y la embriaguez, el juego y otros factores por el estilo, por otro, medraban más que nunca entre las capas atrasadas de la clase trabajadora. En la mejor preparada, comenzaban a imponer el tono los individualistas, que se esforzaban por elevar su situación personal, cultural y económica por encima de la masa de sus

compañeros de trabajo. Los mencheviques encontraban su sostén en esa delgada capa de la aristocracia obrera, compuesta principalmente de metalúrgicos y tipógrafos. Los trabajadores de la capas medias, a quienes la revolución había acostumbrado a leer periódicos, acusaban una mayor estabilidad. Pero, habiéndose incorporado a la vida política bajo la dirección de intelectuales, al quedarse solos se sintieron como petrificados y no hacían más que marcar el paso.

No todo el mundo desertó. Pero los revolucionarios que no estaban dispuestos a rendirse tropezaron con insuperables obstáculos. Una organización ilegal necesita un ambiente de simpatía y una renovación constante de reservas. En una atmósfera de decadencia, no sólo era duro, sino virtualmente imposible atenerse a las reglas indispensables de conspiración y mantener contactos revolucionarios. «El trabajo clandestino continuaba lánguidamente. Durante 1909 hubo incursiones policíacas contra las imprentas del Partido en Rostov del Don, Moscú, Tyumen, San Petersburgo... —y en otros puntos—, los repuestos de proclamas en San Petersburgo, Bialystok, Moscú; los archivos del Comité Central en San Petersburgo. En todos estos lances, el Partido perdía excelentes activistas.» Esto lo refiere casi en tono de lamentación el general de la gendarmería Spiridovich.

«No tenemos gente —escribía Krupskaja con tinta invisible en Odesa, en los comienzos de 1909—. Todos están desperdigados por las cárceles y los centros de deportación.» Los gendarmes hicieron visible el texto disimulado de la carta, y aumentó la población de los presidios. La escasez de afiliados revolucionarios condujo inevitablemente a un descenso en los valores del Comité. La insuficiencia de selección hizo posible que los agentes secretos subieran los escalones de la jerarquía ilegal. Con un sencillo ademán, el provocador condenaba al arresto a todo revolucionario que estorbaba su avance. Las tentativas de purgar la organización de elementos dudosos conducían inmediatamente a prisiones en masa. Una atmósfera de sospecha y recíproco recelo paralizaba toda iniciativa. Después de un buen número de detenciones hábilmente calculado, el provocador Kukushin, a principios de 1910, se convirtió en cabeza de la organización en el distrito de Moscú. «El ideal de la *Ojraná* está en vías de realización —escribía un participante activo del movimiento—. Agentes secretos están al frente de todas las organizaciones de Moscú.» La situación en San Petersburgo no era mucho mejor. «La dirección parecía haberse desbaratado, no había modo de restaurarla, la provocación nos reía

las entrañas, las organizaciones disminuían...» En 1909, Rusia tenía aún cinco o seis organizaciones activas; pero incluso ellas no tardaron en hundirse en la inactividad. El número de miembros de la organización del distrito de Moscú, que era de 500 hacia fines de 1908, bajó a 250 a mediados del siguiente año, y a 150 seis meses después; en 1910, la organización dejó de existir.

El ex diputado de la Duma, Samoilov, refiere cómo a principios de 1910 la organización de Ivanov-Voznesensk, que hasta entonces había sido bastante influyente y activa, se desmembró. Poco después de ella se desvanecieron los sindicatos. Sus puestos fueron ocupados por cuadrillas de las Centurias negras. El régimen prerrevolucionario iba siendo gradualmente restaurado en las factorías textiles, lo que significaba rebajas de jornales, multas abusivas, despidos y otras gangas por el estilo. «Los trabajadores que seguían trabajando lo aguantaban en silencio.» Pero no podía haber vuelta al orden pasado. En el extranjero, Lenin señalaba las cartas de los trabajadores, que al hablar de la renovada opresión y persecución por parte de los fabricantes, añadían: «¡Esperad, 1905 ha de volver!»

Al terror de arriba correspondía el terror de abajo. La lucha de los derrotados insurrectos continuó convulsivamente por mucho tiempo en forma de dispersas explosiones locales, incursiones de guerrillas y actos de terrorismo individuales o de grupo. El curso de la revolución se caracterizaba con notable claridad por estadísticas del terror. En 1905 fueron asesinadas 233 personas; 168 en 1906, y 1.231 en 1907. El número de heridos seguía una progresión algo distinta, desde que los terroristas habían aprendido a tener puntería. La ola terrorista alcanzó su culminación en 1907. «Había días —escribe un observador liberal— en que varios actos importantes de terror iban acompañados de veintenas de otros de menor cuantía y de asesinatos de oficiales subalternos... Había laboratorios de bombas en todas las ciudades, y a veces destrozaban a sus mismos inexpertos fabricantes...», y continúa en este tono. La alquimia de Krassin se democratizó intensamente.

En suma, el trienio de 1905 a 1907 es particularmente notable por los actos de terrorismo y las huelgas. Pero lo que destaca es la divergencia entre sus informes estadísticos: en tanto que el número de actos terroristas subía con la misma rapidez. Evidentemente, el terrorismo individual crecía conforme declinaba el movimiento de masas. Pero el terrorismo no podía crecer indefinidamente. El ímpetu desencadenado por la revolución estaba

destinado a consumirse en terrorismo como se había consumido en otras esferas de actividad. En efecto, los 1.231 asesinatos de 1907 disminuyeron a 400 en 1908 y a un centenar en 1909. La proporción creciente de los simples heridos mostraba, además, que ahora los disparos procedían de aficionados sin ejercicio, en su mayoría adolescentes novatc...

En el Cáucaso, con sus románticas tradiciones de bandidaje y sangrientas querellas aún bastante vivas, la guerra de guerrillas encontró buen número de impávidos partidarios. Más de un millar de estos actos de terrorismo de toda índole se produjeron en Transcaucasia solamente entre 1905 y 1907, los años de la primera Revolución. Destacamentos de combatientes encontraron también buen campo de actividades en los Urales, bajo la dirección de los bolcheviques, y en Polonia bajo la bandera del Partido Socialista polaco. El 2 de agosto de 1906, veintenas de policías y soldados sucumbieron en las calles de Varsovia y otras ciudades polacas. Según la explicación de los dirigentes, la finalidad de esos ataques era «mantener despierto el ánimo revolucionario del proletariado». El jefe de aquellos dirigentes era José Pilsudski, el futuro libertador de Polonia, y su opresor. Comentando los sucesos de Varsovia, Lenin escribía: «Aconsejamos a los grupos combatientes de nuestro Partido que cesen en su inactividad e inicien algunas operaciones de guerrillas...» «Y estas llamadas de los dirigentes bolcheviques —comenta el general Spiridovich—, no quedaron desatendidas, a pesar de la acción antagonista del Comité Central (menchevique).»

De gran importancia en los sangrientos choques de los terroristas con la policía era la cuestión de dinero, nervio de toda guerra, incluso civil. Antes del manifiesto constitucional de 1905, el movimiento revolucionario estaba sostenido principalmente por la burguesía liberal y los intelectuales radicales. Eso sucedía así también en el caso de los bolcheviques, a quienes la oposición liberal juzgaba simplemente como demócratas revolucionarios algo más osados. Pero cuando la burguesía puso sus esperanzas en la futura Duma, comenzó a mirar a los revolucionarios como un obstáculo a sus afanes de avenirse con la monarquía. Aquel cambio de actitud asestó un potente golpe a los fondos de la revolución. Los cierres de fábricas y el paro interrumpieron la aportación de dinero a los trabajadores. Entretanto, las organizaciones revolucionarias habían desarrollado grandes máquinas políticas con sus propias imprentas, editoriales, cuadros de agitadores y, por último, destacamentos de choque en constante penuria de armamen-

to. En tales circunstancias, no había manera de seguir sufragando los gastos de la revolución como no fuera procurándose fondos a viva fuerza. La iniciativa, como casi siempre, vino de abajo. Las primeras expropiaciones se desarrollaron más bien pacíficamente, a menudo con una tácita inteligencia entre los «expropiadores» y los empleados de las instituciones expropiadas. Así está la historia de los empleados de la Compañía de Seguros «Nadezhda» (Esperanza) animando a los vacilantes expropiadores con las palabras: «¡No os apuréis, camaradas!» Pero este idílico período no duró mucho. Tras la burguesía, los intelectuales, incluso los empleados bancarios, se apartaron de la revolución. Aumentaban las bajas por ambos lados. Falta de apoyo y simpatía, las «organizaciones combatientes» se desvanecieron pronto como el humo o se disgregaron con la misma rapidez.

Un ejemplo típico de cómo hasta los destacamentos más disciplinados degeneraron, se encuentra en las Memorias del ya citado Samoilov, el primer diputado en la Duma por los trabajadores textiles de Ivanovo-Voznesensk. El destacamento, actuando al principio «bajo las directivas del Centro del Partido», comenzó a «obrar mal» durante el segundo semestre de 1906. Cuando ofreció al Partido sólo la mitad del dinero robado en una fábrica (después de asesinar al cajero), el Comité del Partido se negó a aceptarlo y reprendió a los combatientes. Pero ya era demasiado tarde; se disgregaron rápidamente y pronto se redujo toda su actuación «a ataques de bandidaje del tipo criminal más vulgar». Siempre con grandes sumas de dinero, los combatientes comenzaron a preocuparse de francachelas, en el curso de las cuales caían a menudo en manos de la policía. Así, poco a poco, todo el destacamento de combatientes tuvo un final ignominioso. «Sin embargo, hemos de admitir —escribe Samoilov—, que en las filas había no pocos... camaradas genuinamente afectos, leales a la causa de la revolución, y algunos de corazón limpio como el cristal...»

El propósito original de las organizaciones combatientes era asumir la dirección de las masas rebeldes, enseñándoles a usar armas y asestar al enemigo eficaces golpes. El principal teorizante, si no el único, en ese campo de actividades, era Lenin. Después de aplastada la insurrección de diciembre, el primer problema era qué había de hacerse con las organizaciones de combate. Lenin fue al Congreso de Estocolmo con un esbozo de acuerdo, por el que, aun reconociendo el interés de las actividades de las guerrillas y como parte de la preparación para la futura gran ofensiva contra el zarismo, permitía las llamadas «expropiaciones» de fondos «bajo

el control del Partido». Pero los bolcheviques retiraron esta proposición suya obligados por la presión de la disconformidad dentro de su propio seno. Por una mayoría de sesenta y cuatro votos por cuatro en contra y veinte abstenciones, se aprobó la proposición menchevique, por la que se prohibían categóricamente las «expropiaciones» de personas e instituciones particulares, tolerando la confiscación de fondos del Estado sólo en el caso de que los órganos del Gobierno revolucionario se instituyesen en una localidad dada; es decir, sólo en conexión directa con un levantamiento popular. Los veinticuatro delegados que se abstuvieron o votaron en contra de esta resolución componían la mitad leninista irreconciliable de la facción bolchevique.

Como es natural, no se trataba de una cuestión de moralidad abstracta. Todas las clases y todos los partidos examinan el problema del asesinato no desde el punto de vista del mandamiento bíblico, sino desde el punto de vista de la conveniencia de los intereses históricos en juego. Cuando el Papa y sus cardenales bendecían las armas de Franco, ninguno de los gobernantes conservadores sugirió la idea de encarcelarlos por incitar al homicidio. Los moralistas oficiales se alzan contra la violencia cuando ésta es revolucionaria. En cambio, quienquiera que luche efectivamente contra la opresión de clase tiene que reconocer por fuerza la revolución. Y quien reconoce la revolución reconoce la guerra civil. Por último, «la guerra de guerrillas es una ineludible forma de lucha... Siempre que transcurran más o menos largos intervalos entre encuentros de más volumen de una guerra civil» [Lenin]. Desde el punto de vista de los principios generales de la lucha de clases, todo esto era completamente irrefutable. Las divergencias vinieron con la evaluación de circunstancias históricas concretas. Cuando entre dos batallas importantes de la guerra civil transcurren dos o tres meses, ese intervalo tiene que colmarse con actuación de guerrillas contra el enemigo. Pero si la «pausa» se prolonga años enteros, entonces la guerra de guerrillas deja de ser una preparación para la batalla, y se convierte en una simple convulsión consecutiva a la derrota. No es fácil, ciertamente, determinar el momento de la ruptura.

Las cuestiones de boicotismo y de actividades guerrilleras estaban íntimamente relacionadas. Es permisible boicotear las asambleas representativas sólo en el caso de que el movimiento de masas sea suficientemente fuerte para derrumbarlas o para pasarlas por alto. Pero cuando las masas están en plena retirada, la táctica del boicot pierde su sentido revolucionario. Lenin com-

prendió esto y lo explicó mejor que otros. Ya en 1906 repudiaba el boicot de la Duma. Después del golpe del 3 de junio de 1907, entabló una lucha decidida contra los boicotistas precisamente porque a la pleamar había sucedido la bajamar. Era incuestionable que las actividades guerrilleras se habían convertido en puro anarquismo, cuando hacía falta utilizar hasta el palenque del «parlamentarismo» zarista para preparar el terreno a la movilización de las masas. En el apogeo de la guerra civil, las actividades de las guerrillas aumentaron y estimulaban así el movimiento de masas; en el período de reacción intentaron remplazarlo, pero, de hecho, lo que hicieron fue desconcertar al Partido y acelerar su disgregación. Olminsky, uno de los más relevantes compañeros de armas de Lenin, arroja luz crítica sobre aquel período desde la perspectiva de los tiempos del Soviet. «No pocos de los mejores jóvenes —escribía— perecieron en el cadalso; otros degeneraron, y otros perdieron su fe en la revolución. Al mismo tiempo, la gente en general comenzó a confundir a los revolucionarios con bandidos vulgares. Más tarde, cuando comenzó a reanimarse el movimiento obrero revolucionario, este resurgir fue más lento en las ciudades donde las "exse" (expropiaciones) habían sido más numerosas. (Como ejemplo puedo citar Bakú y Saratov.)» Tengamos presente esta referencia a Bakú.

La suma total de las actividades de Koba durante los años de la primera Revolución parece ser tan insignificante, que, queramos o no, se suscita la pregunta: *¿Es posible que fuera esto todo?* En el vértice de los sucesos que pasaban a su alrededor, Koba no hubiera podido menos de acudir a procedimientos de acción que le hubieran permitido demostrar su valía. La participación de Koba en actos de terrorismo y expropiación no puede dudarse. Y, sin embargo, es difícil determinar el carácter de tal participación.

«El principal inspirador e inspector general... de la actividad combatiente —escribe Spiridovich— era Lenin mismo, ayudado por gente de confianza muy adicta a él.» ¿Quién era esa gente? El antiguo bolchevique Alexinsky, que al estallar la guerra se hizo especialista en desenmascarar a los bolcheviques, consignó en la Prensa extranjera que dentro del Comité Central había un «pequeño Comité cuya existencia ignoraban no sólo la policía zarista, sino hasta los miembros del Partido. Aquel pequeño Comité constituido por Lenin, Krassin y una tercera persona... se ocupaba especialmente de la hacienda del Partido». Ocuparse de finanzas significaba para Alexinsky dirigir las expropiaciones. La «tercera

persona» no nombrada era el naturalista, físico, economista y filósofo Bogdanov, a quien ya conocemos. Alexinsky no tenía por qué ser reticente sobre la participación de Stalin en las operaciones de combate. Nada dice de ello porque nada se sabe a este propósito. Por aquellos años Alexinsky no sólo estaba en estrechas relaciones con el Centro bolchevique, sino en contacto con el mismo Stalin. Por regla general, aquel difamador decía *más* de lo que sabía.

Las notas a las obras de Lenin dicen a propósito de Krassin: «Guió la oficina técnica de combate del Comité Central.» Krupskaja escribió a su vez: «Los miembros del Partido se enteran ahora de la importante labor que Krassin realizó en la época de la Revolución de 1905, armando a los combatientes, inspeccionando la fabricación de explosivos, etc. Todo ello se hacía en secreto, sin la menor ostentación, pero empleando en tal empeño una enorme energía. Vladimiro Ilich sabía de aquella labor de Krassin más que nadie, y desde entonces siempre le alababa.» Vointinsky, que durante la primera Revolución fue un bolchevique destacado, escribía: «Tengo una clara impresión de que Nikitich [Krassin] era el único hombre, dentro de la organización bolchevique, a quien Lenin miraba con genuino respeto y absoluta confianza.» Es cierto que Krassin concentró sus esfuerzos principalmente en San Petersburgo. Pero si Koba hubiera llevado a cabo en el Cáucaso operaciones de tipo similar, Krassin, Lenin y Krupskaja no hubieran dejado de enterarse de ello. Sin embargo, Krupskaja, que para mostrar su lealtad trató de mencionar a Stalin con la mayor frecuencia posible, no dijo nunca nada respecto a su participación en las actividades combatientes del Partido.

El 3 de julio de 1938, *Pravda*, de Moscú, casi inesperadamente, declaró que «el auge sin precedentes del movimiento revolucionario en el Cáucaso» en 1905 estaba relacionado con la «dirección de las organizaciones más militantes de nuestro Partido, creadas allí por vez primera directamente por el camarada Stalin». Pero la simple aserción oficial de que Stalin tuvo algo que ver con las «organizaciones más militantes» se refiere al principio de 1905, antes de que surgiese el problema de la expropiación; no da informes sobre la labor real de Koba; finalmente, es dudoso por la naturaleza misma de las cosas, pues no había organización bolchevique en Tiflis ni la hubo hasta la segunda mitad de 1905.

Veamos lo que dice Iremashvili sobre el particular. Hablando con indignación sobre actos terroristas, «exes» y otros parecidos, declara: «Koba fue el iniciador de los crímenes cometidos por

los bolcheviques en Georgia, que redundaron en provecho de la reacción.» Después de la muerte de su mujer, cuando Koba «perdió los últimos residuos de sentimiento humano», se volvió «un apasionado defensor y organizador... del estúpido y sistemático asesinato de príncipes, popes y burgueses». Ya hemos tenido ocasión de convencernos de que el testimonio de Iremashvili deja más que desear a medida que pasa de los asuntos personales al terreno político, y de la infancia y la juventud a años más maduros. Los vínculos políticos entre estos dos amigos de los años mozos terminaron al comienzo de la primera Revolución. Sólo por azar el día 17 de octubre, cuando se publicó el Manifiesto constitucional, Iremashvili vio en las calles de Tiflis (vio, pero no oyó) que Koba, suspendido de un farol de hierro (aquel día todo el mundo se encaramaba a los faroles), arengaba a una multitud. Como él era menchevique, sólo de segunda o tercera mano podía averiguar Iremashvili qué clase de actividades terroristas eran las de Koba. Por consiguiente, este testimonio es poco fidedigno. Iremashvili cita dos ejemplos: la famosa expropiación de Tiflis en 1907, que tendremos ocasión de discutir más adelante, y la muerte del popular escritor georgiano príncipe Chavchavadze. Con referencia a la expropiación, que situó erróneamente en 1905, observa Iremashvili: «Koba pudo burlar a la policía en aquella ocasión también; no hubo pruebas suficientes que demostraran su iniciativa en aquel cruel atentado. Pero aquella vez el Partido Socialdemócrata de Georgia expulsó a Koba oficialmente...» Iremashvili no aduce la menor prueba de que Stalin tuviese nada que ver con el asesinato del príncipe Chavchavadze, limitándose a esta observación equívoca: «Indirectamente, Koba era partidario de la violencia. Fue el instigador de todos los crímenes aquel agitador transido de odio.» Los recuerdos de Iremashvili en esta parte interesan únicamente por arrojar luz sobre la reputación de Koba entre sus adversarios políticos.

El documentado autor de un artículo publicado en un periódico alemán *Volksstimme* (La Voz del Pueblo), de Mannheim, 2 de setiembre de 1932, muy probablemente un menchevique georgiano, hace resaltar que tanto los amigos como los enemigos exageraban mucho las aventuras terroristas de Koba. «Es verdad que Stalin poseía una extraordinaria habilidad e inclinación para organizar ataques de tal lava... Pero en tales asuntos solía desempeñar el papel de organizador, inspirar, inspector, pero no el de participante directo.» Por consiguiente, ciertos biógrafos pecan de inexactos al representarle «corriendo de un lado a otro con

bombas y revólveres y realizando las más arriesgadas empresas». La historia de la pretendida participación de Koba en el asesinato del dictador militar de Tiflis, general Gryaznov, el 17 de enero de 1906, parece ser una especie de invención. «Aquel hecho fue ejecutado de acuerdo con la decisión del Partido Socialdemócrata de Georgia (mencheviques), por medio de terroristas del Partido especialmente designados a tal efecto. Stalin, como otros bolcheviques, no tenía influencia alguna en Georgia y no tomó parte directa ni indirecta en el asunto.» Este testimonio del autor anónimo merece consideración. Pero en su aspecto positivo es virtualmente equívoco: si bien reconoce en Stalin «extraordinaria habilidad e inclinación» para expropiaciones y asesinatos, no expone dato alguno en apoyo de tal caracterización.

El viejo terrorista bolchevique georgiano Koté Tsintsadze, testigo concienzudo y veraz, afirma que Stalin, descontento de la irresolución de los mencheviques en el asunto del atentado para asesinar al general Gryaznov, invitó a Koté a ayudarlo a organizar con tal objeto un destacamento de combate por su cuenta. El mismo Koté recuerda que en 1906 se le ocurrió organizar un grupo armado de bolcheviques para robar las cajas del Estado. «Nuestros camaradas de relieve, especialmente Koba-Stalin, aprobaron mi iniciativa.» Este testimonio tiene doble interés: en primer lugar, muestra que Tsintsadze consideraba a Koba «un camarada de relieve», esto es, un dirigente local; y en segundo, nos da margen para sacar la conclusión de que en estos asuntos no pasaba Koba de aprobar las iniciativas de otros<sup>1</sup>.

Contra la resistencia del Comité Central menchevique, pero con la activa cooperación de Lenin, los grupos armados del Partido consiguieron convocar una Conferencia especial en Tammerfors, en noviembre del año 1906. Entre los principales participantes de esa Conferencia estaban revolucionarios que más tarde desempeñaron un papel importante o notable dentro del Partido, como Krassin, Yarolavsky, Zemachka, Lalayants, Trilisser y otros. Stalin no se encuentra entre ellos, aunque por entonces estaba en libertad en Tiflis. Puede suponerse que prefería no arriesgarse presentándose en la conferencia, atendiendo a consideraciones de conspiración. Sin embargo, en ella tomó parte importante Krassin, que por aquel tiempo estaba a la cabeza de las actividades combativas del Partido y por su fama estaba expuesto a mayor riesgo que ningún otro.

<sup>1</sup> En 1931, Koté Tsintsadze moría en el destierro, que le impuso el relevante Stalin. — L. T.

El 18 de marzo de 1918 (esto es, pocos meses después de implantado el régimen soviético), el dirigente menchevique Julius Martov escribió en un periódico de Moscú: «Que los bolcheviques caucásicos se dedicaron a toda clase de empresas arriesgadas de índole expropiatoria es cosa que tenía que conocer bien el mismo ciudadano Stalin, que a su tiempo fue expulsado de la organización de su Partido por tener algo que ver con las expropiaciones.» Stalin juzgó necesario hacer comparecer a Martov ante el tribunal revolucionario: «Nunca en mi vida —dijo al tribunal y a los presentes que llenaban la sala— tuve que ser juzgado por la organización de mi Partido, ni expulsado de ella. Eso es un libelo infame.» Pero Stalin nada dijo a propósito de expropiaciones. «Con acusaciones como la de Martov, tiene derecho uno a presentarse sólo con documentos en la mano. Pero es deshonesto arrojar fango a base de rumores, sin tener la menor prueba.» ¿Dónde está la fuente política de la indignación de Stalin? No es ningún secreto que los bolcheviques en conjunto estuvieron relacionados con las expropiaciones: Lenin las defendió abiertamente en la Prensa. En cambio, la expulsión de una organización menchevique apenas podría considerarse por parte de un bolchevique como antecedente vergonzoso, especialmente diez años después. Por lo tanto, Stalin pudo no tener motivo alguno que le indujese a negar las «acusaciones» de Martov si hubiesen correspondido a la actualidad. Por otra parte, provocar a un adversario diestro e ingenioso a comparecer en juicio en tales condiciones era exponerse a darle una ocasión de ponerle en evidencia. ¿Significaba esto entonces que las acusaciones de Martov eran falsas? Hablando en general, Martov, llevado de su temperamento de periodista y su antipatía hacia los bolcheviques, había traspasado más de una vez los límites que debiera haberle trazado la nobleza de su carácter. Pero en este caso, el punto de debate era el juicio. Martov se mantuvo categórico en su afirmación, y pidió que fueran citados varios testigos: «En primer lugar, el conocido hombre público, socialdemócrata georgiano, Isidoro Ramishvili, que presidía el tribunal revolucionario que decidió la participación de Stalin en la expropiación del vapor *Nicolás I* en Bakú; Noé Jordania; el bolchevique Sha'umyan, y otros miembros del Comité del distrito transcaucásico, en 1907-1908. En segundo lugar, un grupo de testigos encabezado por Gukovsky, actual comisario de Hacienda, bajo cuya presidencia se juzgó el caso de la tentativa de asesinato del trabajador Zharinov, quien, ante la organización del Partido, había acusado al Comité de Bakú y a su líder Stalin de estar relacionados con una expro-

en aquel sector. En Tsaritsyn, su principal instrumento era Vorochilov; en Moscú, Stalin mismo ejercía toda la presión que podía sobre Lenin. Se hizo necesario, en consecuencia, enviar el siguiente telegrama desde Kursk, el 14 de diciembre: ]

«Al presidente del Consejo de Comisarios del Pueblo: Lenin. La cuestión de deponer a Okulov no puede resolverse por sí misma. Okulov se designó para tener a raya a Vorochilov, como garantía del cumplimiento de las órdenes militares. Es imposible dejar que Vorochilov continúe después de haber inutilizado todos los intentos de guerra, con un nuevo comandante, y Vorochilov debe ir a Ucrania.

»El presidente del Consejo Revolucionario de la República, Trotsky.»

[Vorochilov fue entonces trasladado a Ucrania. La capacidad combativa del X Ejército aumentó como por ensalmo. No sólo el nuevo comandante, sino también el sucesor de Stalin en el Consejo de Guerra, Shlyapnikov, resultaron infinitamente más eficaces, y mejoró la situación militar en Tsaritsyn.]

[Pocos días después de la sustitución de Vorochilov, y tras los meses de forzosa abstención de un asunto tan sumamente tentador como el de intervenir en cuestiones militares, desde su propia deposición de Tsaritsyn, Stalin halló nueva ocasión de actuar en el frente, esta vez por un par de semanas, y la aprovechó para clavar a Trotsky un cuchillo en la espalda. El incidente comenzó con el siguiente cambio de telegramas entre Lenin y Trotsky: ]

1

\* Telegrama cifrado al camarada Trotsky, en Kursk o cualquier otro lugar en que pueda hallarse el presidente del Comité Revolucionario de Guerra de la República.

»Moscú, 13 de diciembre de 1918.

»Noticias sumamente alarmantes de las proximidades de Perm. Está en peligro. Temo que nos hayamos olvidado de los Urales. ¿Se mandan refuerzos con suficiente intensidad a Perm y a los Urales? Lashevich dijo a Zinoviev que sólo deben mandarse unidades ya fogueadas. — Lenin.»

\* A Trotsky, en Kozlov o dondequiera que se encuentre el presidente del Comité Revolucionario de Guerra de la República.

«Moscú, 31 de diciembre de 1918.

»Hay varios informes del Partido de los alrededores de Perm sobre el estado catastrófico del Ejército y sobre embriaguez. Te lo transmito. Piden que vayas allí. Pensé en enviar a Stalin. Temo que Smilga sea demasiado blando con Lashevich, que al parecer también bebe con exceso y no es capaz de restablecer el orden. Telegrafía tu opinión. — Lenin.»

[66.847.]

\* Por hilo directo en cifra a Moscú, Kremlin, para el presidente del Consejo de Comisarios del Pueblo, Lenin.

Respuesta a [66.847].

«Voronej, 1 de enero de 1919, a las 19 (7 tarde).

»De los partes de operaciones del III Ejército he deducido que la dirección está completamente desconcertada, y propuse un cambio de mando. La decisión se aplazó. Ahora considero inaplazable la sustitución.

»Estoy completamente de acuerdo sobre la excesiva blandura del camarada enviado allí. De acuerdo con enviar a Stalin con poderes del Partido y del Consejo Revolucionario de Guerra de la República para restablecer el orden, depurar la plantilla de comisarios y castigar severamente a los culpables. El nuevo comandante se nombrará de acuerdo con Serpujov. Propongo nombrar a Lashevich miembro del Consejo Revolucionario de Guerra del frente Norte, donde no tenemos una persona responsable del Partido, y el frente puede adquirir pronto mayor importancia.

»Presidente del Consejo Revolucionario de Guerra de la República, Trotsky.»

[9.]

[El asunto pasó entonces al Comité Central, que resolvió:]

\* «Designar una Comisión investigadora del Partido, compuesta de los miembros del Comité Central, Stalin y Dzerzhinsky, para que realice una minuciosa investigación de los motivos de la ren-

dición de Perm y de las recientes derrotas en el frente del Ural, y aclare todas las circunstancias concernientes a los mencionados hechos.»

[El III Ejército había rendido Perm a las tropas del almirante Koltchak, que avanzaban, y tomado posiciones en Viatka, donde se sostenía a duras penas. Stalin y Dzerzhinsky llegaron a Viatka mientras el III Ejército la defendía de los ataques enemigos. El día de su llegada allí, 5-I-1919, Stalin y Dzerzhinsky telegrafaron a Lenin]¹.

\* «Comenzó la investigación. Te informaremos de vez en cuando sobre el curso de la misma. Entretanto, creemos necesario darte cuenta de las necesidades del III Ejército que no admiten aplazamiento. El caso es que de este ejército, que constaba de más de 30.000 hombres, sólo quedan 1.100 soldados aspeados y exhaustos, que apenas pueden resistir la presión del enemigo. Las unidades enviadas por el comandante en jefe no son de confianza, incluso en parte hostiles a nosotros, y necesitan una seria criba. Para salvar los restos del III Ejército y evitar el rápido avance del enemigo sobre Viatka (según la información del Estado Mayor del frente y del mismo Ejército, este peligro es completamente real), es absolutamente necesario enviar al momento desde Rusia y poner a disposición del comandante del Ejército por lo menos tres regimientos de absoluta confianza. Insistimos con apremio que hagas la debida presión en este sentido sobre la institución militar competente. Lo repetimos: sin esta medida espera a Viatka la misma suerte de Perm.»

[El 15 de enero, Stalin y Dzerzhinsky informaban al Consejo de Defensa:]

\* «Se enviaron al frente 1.200 bayonetas y sables de confianza; al día siguiente, dos escuadrones de Caballería. El día 10 salió también el 62 Regimiento de la 3.ª Brigada (bien tamizada previamente). Estas unidades nos permiten contener el avance del enemigo, levantar la moral del III Ejército y comenzar nuestro avance sobre Perm, hasta ahora afortunada. A retaguardia del ejército

¹ Los tres extractos siguientes, hallados entre las notas de Trotsky para este libro están tomados de las obras de S. Dmitrievsky, a quien cita el autor también en otros lugares. Ellos relatan lo ocurrido. Si son o no fidedignos, ya es otra cuestión. No se excluye la posibilidad de que Trotsky pusiera en duda algunas de las declaraciones que Dmitrievsky atribuye a Stalin y Dzerzhinsky. — C. M.

se efectúa una detenida depuración de las instituciones del Soviet y del Partido. Se han organizado comités revolucionarios en Viatka y en las cabezas de partido. También se ha comenzado a organizar y continúan organizándose fuertes cuadros revolucionarios en los pueblos. Se está restaurando todo el trabajo del Partido y del Soviet sobre nuevas líneas. El control militar se ha renovado y reorganizado. Asimismo ha sido depurada la checa provincial, a cuyo frente se han puesto nuevos activistas...»

[Después de investigar las causas de la catástrofe, Stalin y Dzerzhinsky informaron a Lenin que eran:]

\* «La fatiga y el agotamiento del Ejército en el momento de avanzar el enemigo, nuestra falta de reservas a la sazón, la falta de contacto del Estado Mayor con el Ejército, el desconcierto del comandante del Ejército, los métodos intolerablemente criminales de administrar el frente el Comité Revolucionario de Guerra de la República, que paralizaban la posibilidad de ofrecer oportuna ayuda al III Ejército; la falta de confianza en los refuerzos enviados de retaguardia, a causa de los viejos métodos de reclutamiento, y la absoluta inseguridad de la retaguardia en virtud de la completa ineptitud e incapacidad de las organizaciones locales del Soviet y del Partido.»

[Casi todos los extremos de este informe constituían un golpe contra Trotsky. Si Lenin, el Consejo de Defensa, el Comité Central y su Politburó hubiesen tomado en serio estos cargos contra Trotsky, no habría habido más remedio que destituirle de su cargo. Pero Lenin conocía demasiado bien a Stalin para estimar este informe suyo de su asociado en Viatka, menos conforme a los hechos que incriminatorio, como una venganza por haberle relevado de Tsaritsyn, y por haberse negado a darle otra oportunidad en el frente Sur, donde pudiera volverse a reunir con Vorochilov y los otros tsaritsynitas.

Mientras tanto, en Ucrania, utilizando sus prerrogativas políticas y su categoría de comandante del ejército, Vorochilov continuaba chocando con los especialistas militares, deshaciendo el trabajo del Estado Mayor y estorbando la ejecución de las instrucciones del Cuartel General. Con ayuda de Stalin y de otros, pronto hizo su presencia en el frente Sur tan intolerable que el 10 de enero de 1919 fue necesario telegrafiar:]

\* «A Moscú.

»Al presidente del Comité Ejecutivo Central, Sverdlov.

»...Debo manifestar categóricamente que la política de Tsaritsyn, que ha ocasionado la total desmembración del Ejército de aquella zona, no puede tolerarse en Ucrania... Okulov sale para Moscú. Propongo que Lenin y tú prestéis la máxima atención a su informe sobre la labor de Vorochilov. La línea de Stalin, Vorochilov y Rujimovich significa la ruina de todo lo que estamos haciendo.

»Presidente del Consejo Revolucionario de Guerra de la República, Trotsky.»

[Mientras Stalin intrigaba con ayuda de Dzerzhinsky en Viatka], Lenin insistió en qué era necesario que llegase a una inteligencia con Stalin.:

\* «Stalin iría con mucho gusto a trabajar al frente Sur... Stalin espera que el resultado de su labor nos convencerá de la justicia de sus puntos de vista... Al informarte, León Davidovich, de estas declaraciones de Stalin, te ruego que las estudies con detenimiento y me contestes, en primer lugar, si estás de acuerdo con que Stalin explique en persona el asunto, sobre el cual se halla dispuesto a informarse; y en segundo lugar, si crees posible, a base de ciertas condiciones concretas, arreglar el conflicto anterior y llegar a una colaboración que Stalin vería complacido. En cuanto a mí, creo que es necesario hacer todo lo posible por trabajar conjuntamente con él. — Lenin.»

Evidentemente, Lenin había escrito esta carta apremiado por la insistencia de Stalin. Este buscaba el convenio, la conciliación, más trabajo de orden militar, aun a costa de una capitulación pasajera y fingida. El frente le atraía porque aquí podía trabajar por primera vez con la máquina administrativa más acabada de todas, que es la máquina militar. Como miembro del Consejo Revolucionario de Guerra y a la vez del Comité Central del Partido, era inevitablemente la figura cumbre en todos los Consejos de Guerra, en todos los ejércitos, en todos los frentes. Cuando los demás dudaban, él decidía. Podía mandar, y cada orden suya iba seguida de su ejecución prácticamente automática, no como en la Junta del Comisariado de Nacionalidades, donde tenía que ocultarse de sus antagonistas en la cocina del comandante.

En 11 de enero contesté a Lenin por línea directa:

\* «La transacción es naturalmente necesaria, pero no sometiéndosp a todo. El hecho es que todos los tsaritsynitas se han congregado ahora en Jarkov. Puedes darte cuenta de lo que son por el informe de Okulov, hecho enteramente de material demostrable, y de los partes de los comisarios. Considero que la defensa que hace Stalin de la tendencia tsaritsynita es una úlcera sumamente peligrosa, peor que cualquier traición o perfidia de especialistas militares... Rujimovich es un alias de Vorochilov. Dentro de un mes tendremos que salir de otro atolladero como el de Tsaritsyn, pero esta vez no tendremos enfrente a los cosacos, sino a los ingleses y a los franceses. Y no es Rujimovich el único. Están firmemente ligados entre ellos, erigiendo la ignorancia en principio. Vorochilov, más las guerrillas de Ucrania, más el bajo nivel de la población, más la demagogia... no podemos tolerar esto de ningún modo. Que designen a Artemio, pero no a Vorochilov ni a Rujimovich... De nuevo insisto en que se examine con atención el informe de Okulov sobre el Ejército de Tsaritsyn y cómo se desmoralizó Vorochilov con la cooperación de Stalin.»

Con relación a este primer período de actividad de Stalin en el frente Sur no se ha publicado nada. La cuestión es que el tal período no duró mucho y terminó para él de un modo muy desagradable. Es una lástima que no pueda basarme en ningún escrito que complete mis recuerdos de este episodio, pues no dejó traza alguna en mis archivos personales. Naturalmente, los archivos oficiales han quedado en el Comisariado de Guerra. En el Consejo Revolucionario de Guerra del frente Sur, con Yegorov de comandante, estaban Stalin y Berzin, que después se dedicó por completo al trabajo militar y desempeñó un importante papel, aunque no rector, en las operaciones militares de la España republicana. Una vez, por la noche (siento no poder puntualizar la fecha exacta), Berzin me llamó a la línea directa y me preguntó si estaba «obligado a firmar una orden de operaciones del comandante del frente, Yegorov». Según las normas, la firma del comisario o miembro político del Consejo de Guerra en una orden de operaciones significaba simplemente que la orden no tenía ningún móvil contrarrevolucionario. En cuanto al sentido de la orden, era por completo de la responsabilidad del comandante. En este caso, la orden del comandante del frente consistía en interpretar otra del comandante en jefe y transmitirla al Ejército bajo su mando. Stalin declaró que la orden de Yegorov no era válida, y que no la

firmaba. En vista de la negativa de un miembro del Comité Central a firmarla, Berzin no se determinaba a poner su propia firma en ella. Y, por otra parte, una orden de operaciones firmada sólo por el jefe militar no tenía fuerza de obligar.

¿Qué objeción suscitaba Stalin contra una orden que, por lo que puedo recordar, era de importancia secundaria, aunque he olvidado totalmente de qué se trataba? Ninguna. Simplemente no quería firmarla. Le hubiera sido perfectamente posible llamarme por hilo directo y explicarme sus razones, o, si lo prefería, dirigirse a Lenin con la consulta. El comandante del frente, si no estaba conforme con Stalin, por la misma norma podía haber expuesto sus propios argumentos al comandante en jefe o a mí. La objeción de Stalin se habría discutido inmediatamente en el Politburó, y se hubieran solicitado entonces del comandante en jefe explicaciones suplementarias. Pero, lo mismo que en Tsaritsyn, Stalin prefería obrar de muy distinto modo: «No quiero firmarla», declaró, para alardear de su importancia ante sus colaboradores y subordinados. Yo repliqué a Berzin: «La orden del comandante en jefe certificada por un comisario es obligatoria para ti. Firmala inmediatamente; de lo contrario, habrás de comparecer ante el Tribunal». Inmediatamente, Berzin puso su firma en la orden del comandante.

El asunto se llevó al Politburó. Lenin dijo, no sin cierto embarazo: «¿Qué podemos hacer? ¡Otra vez Stalin metido en un lío!» Se decidió retirar a Stalin del frente Sur. Esta era ya la segunda vez que le fallaba el tiro. Recuerdo que volvió sumiso, pero no parecía resentido. Por el contrario, incluso manifestó que había conseguido su propósito de llamar la atención sobre las relaciones impropias entre el Mando supremo y el del frente, y que si bien la orden del comandante en jefe no contenía nada hostil, se había dictado sin sondear antes la opinión del frente Sur, lo que no estaba bien. Esta era, según explicó, la razón de su protesta. Se sentía completamente satisfecho de sí mismo. Mi impresión fue la de que había querido abarcar demasiado. Cogido en la trampa de una baladronada casual, no había podido desenredarse luego. En todo caso, era evidente que hacía todo lo posible por disimular el resbalón y por dar a entender que no había pasado nada. [Para dejarle en buen lugar, se propuso después, probablemente por iniciativa de Lenin, destinarle al frente Sudoeste. Pero Stalin replicó:]

\* «4 de febrero de 1919.

»Al Comité Central del Partido, camaradas Lenin y Trotsky:  
»...Tengo la profunda convicción de que nada puede cambiar  
en la situación mi presencia allí... — Stalin.»

[Durante tres o cuatro meses después de aquello, refrenó su afán de trabajar en la máquina militar y volvió a colaborar en *La Vida de las Nacionalidades*.]

[La liquidación de los tsaritsynitas era más aparente que real. De hecho, Stalin y sus aliados habían variado simplemente de campo de acción y de métodos de ataque. El nuevo campo era el Partido, y los métodos se ajustaron al mismo.] Como en 1912-1913, con referencia a los conciliadores, y como durante la temporada anterior a octubre con respecto a la oposición de Zinoviev y Kamenev, así también en el VIII Congreso [del Partido, Stalin, ostensiblemente ajeno en absoluto a la oposición militar, trabajaba de firme por reforzarla, y la utilizó como palanca contra Trotsky].

La oposición militar constaba de dos grupos. Estaban allí los numerosos activistas ilegales totalmente agotados por la prisión y el destierro, y que no pudieron encontrar puesto adecuado en la organización del Ejército y del Estado. Miraban con honda malquerencia toda clase de advencizos, de los que no pocos ocupaban cargos responsables. Pero en aquella oposición había también muchos trabajadores avanzados, elementos de lucha con una nueva reserva de energía, que temblaban de aprensión política al ver a ingenieros, oficiales, maestros, catedráticos del día anterior ocupando otra vez puestos de dirección. Esta oposición de trabajadores reflejaba en definitiva falta de confianza en sus propias fuerzas, y recelo de que la nueva clase que había subido al Poder fuera capaz de dominar y controlar los amplios círculos de la vieja intelectualidad.

Durante el primer período, cuando la Revolución iba propagándose de los centros industriales hacia la periferia, se organizaron destacamentos armados de trabajadores, marineros y ex soldados, para establecer el régimen soviético en varias localidades. Estos destacamentos tenían que librar, en ocasiones, encuentros de menor cuantía. Como gozaban de la simpatía de las masas, les era fácil quedar victoriosos. Adquirieron así cierto temple, y sus jefes alguna autoridad. No había enlaces regulares entre tales destacamentos. Su táctica tenía el carácter de incursiones de guerrilleros, y, por lo pronto, con aquello bastaba. Pero las

clases derrocadas, con ayuda de sus protectores extranjeros, comenzaron a organizar sus propios ejércitos. Bien armados y dirigidos, pronto les tocó el turno de emprender la ofensiva. Acostumbrados a victorias fáciles, los destacamentos de guerrilleros no tardaron en poner en evidencia su inutilidad; no tenían secciones adecuadas de información, ni enlaces entre ellos, ni eran capaces de ejecutar una maniobra de relativa complejidad. De aquí que en varias ocasiones y en distintos puntos del país, la guerra de partidas no produjese más que desastres. No era fácil incluir aquellos destacamentos aislados en un sistema centralizado. La capacidad militar de sus comandantes no era grande, y, además, miraban con hostilidad a los oficiales antiguos, parte por no tener confianza en ellos, y parte por disimular su falta de confianza en sí mismos. Sin embargo, todavía en julio de 1918, los *essars* de izquierda seguían insistiendo en que podíamos defendernos con guerrilleros, sin necesidad de un ejército centralizado. «Esto es tanto como decirnos —repuse yo— que no necesitamos ferrocarriles, y que podemos arreglarnos con carros de caballos para el transporte.»

Nuestros frentes tendían a contraerse en un cerco de más de 8.000 kilómetros de circunferencia. Nuestros enemigos elegían la dirección, creaban una base en la periferia, recibían ayuda del exterior, y descargaban el golpe apuntando al centro. La ventaja de nuestra situación consistía en ocupar una posición central y actuar a lo largo de líneas de operaciones internas. Tan pronto como el enemigo elegía su dirección de ataque, podíamos nosotros escoger la nuestra para el contraataque. Estábamos en condiciones de mover fuerzas y acumularlas para acometer en las direcciones más importantes en cualquier momento dado. Pero esta ventaja sólo podía aprovecharse si conseguíamos una centralización completa de gestión y de mando. Para sacrificar temporalmente alguno de los sectores más remotos o menos importantes a fin de salvar los más próximos e importantes, teníamos que proceder de manera que las órdenes de arriba se cumplieran en vez de someterse a discusión. Todo esto es demasiado elemental para que necesitemos explicarlo aquí. El no comprenderlo, obedecía a aquellas tendencias centrífugas nacidas de la Revolución, al provincialismo del vasto país de comunidades aisladas, al espíritu elemental de independencia que todavía no había tenido tiempo u oportunidad de madurar. Basta decir que al principio, no sólo provincias, sino hasta región tras región tuvieron su propio Consejo de Comisarios del Pueblo, con su correspondiente

comisario de Guerra. Los éxitos de la organización regular, indujeron a los dispersos destacamentos a adaptarse a ciertas normas y condiciones, a consolidarse en regimientos y en divisiones. Pero el espíritu y el método continuaron a menudo como antes. Un jefe de división, no seguro de sí mismo, se mantenía demasiado condescendiente con sus coroneles. Vorochilov, como jefe de ejército, era sobradamente indulgente con los jefes de sus divisiones. Pero tanto más rencorosa era su actitud hacia el Centro, que no se daba por satisfecho con la transformación externa de las partidas de guerrilleros en regimientos y divisiones, sino que insistía en los requisitos más fundamentales de la organización militar. En controversia con uno de los guerrilleros de Stalin escribía yo en enero de 1919:

«En uno de nuestros ejércitos se consideraba señal de supremo revolucionarismo no hace mucho, chancearse vulgar y estúpidamente de los "especialistas militares", esto es, de todos cuantos hubieran estudiado en escuelas militares; pero en el mismo ejército que así procedía no se desarrollaba el menor trabajo político. La actitud no era menos hostil allí, o acaso lo era más, contra los comisarios comunistas que contra los especialistas. ¿Quién sembraba esa hostilidad? Los peores entre los nuevos comandantes: los militarmente ineptos, gente entre guerrillera y del Partido, que no deseaba tener a nadie en torno, ya fueran activistas del Partido, ya expertos y serios militares. Aferrados de por vida a sus puestos, execraban con furor hasta la mención de estudios militares... Muchos de ellos, metidos por último en un lío irremediable, terminaban simplemente rebelándose contra el Gobierno de los Soviets.»

En un momento de grave peligro, el 2.º Regimiento de Petrogrado, que ocupaba un sector decisivo, abandonó el frente por su propia iniciativa, capitaneado por su comandante y su comisario, tomó un vapor fluvial y bajó por el Volga desde las cercanías de Kazan en dirección a Nijni-Novgorod. El barco fue detenido por orden mía, y los desertores sometidos a un Consejo de guerra. El comandante y el comisario del regimiento fueron fusilados. Este fue el primer caso de fusilamiento de un comunista, el comisario Panteleyev, por violación de los deberes militares. En diciembre de 1918, *Pravda* publicó un artículo que, sin mencionar mi nombre, pero sin duda aludiéndome, se refería al fusilamiento de los «mejores camaradas sin formación de causa». El autor del

artículo, un tal A. Kamensky, era en sí una figura de escasa importancia, ostensiblemente un mero peón, un testaferrero. Parecía incomprensible que un artículo que encerraba acusaciones tan duras y trascendentes pudiera publicarse en el órgano central. Su director era Bujarin, comunista de izquierda y, por ello, opuesto al empleo de «generales» en el Ejército. Pero, especialmente entonces, era incapaz de intrigar. El enigma se resolvió cuando pude descubrir mediante la oportuna investigación, que el autor del artículo, o más bien su firmante, A. Kamensky, estuvo en la Plana Mayor del X Ejército, y a la sazón se hallaba bajo la influencia directa de Stalin. No cabe duda de que Stalin gestionó subrepticamente la publicación del artículo. La misma terminología de la acusación; la descarada referencia al fusilamiento de «los mejores camaradas», y, además, «sin formación de causa», era sorprendente por la monstruosidad de la invención y por su inherente absurdidad. Pero, precisamente esta desvergonzada exageración de cargos, revelaba a Stalin, el organizador de los futuros juicios de Moscú. El Comité Central arregló el asunto. Recuerdo que se reprendió al Consejo de dirección y a Kamensky, pero la mano intrigante de Stalin permaneció invisible.

[Más tarde, estando en el frente Sur, Stalin continuó utilizando esta desacreditada fábula por mediación de sus instrumentos en el Congreso del Partido. Cuando llegaron a Trotsky noticias de ello, mientras se hallaba en el frente durante las sesiones del VIII Congreso, se vio obligado a recurrir al Comité Central por segunda vez, solicitando «abrir una investigación sobre el caso del fusilamiento de Panteleyev», como consta en las minutas de la sesión del Comité Central del 18 de abril de 1919, «en vista de que el asunto se había llevado de nuevo al Congreso del Partido». Con Stalin presente en la reunión del Comité Central, la demanda pasó al Orghuró, donde, también en presencia de Stalin (era vocal de ambos organismos), el Orghuró decidió igualmente por unanimidad] designar una Comisión compuesta por Krestinky, Serebryakoc y Smilga, los tres miembros del Orghuró y del Comité Central, para que estudiaran todo el asunto. Naturalmente, la Comisión llegó a la conclusión de que Panteleyev fue fusilado después de un juicio, y no por comunista y [comisario], sino por ruin desertor, «no porque su regimiento abandonara la posición, sino porque él abandonó la posición a la par que el regimiento» [con palabras del comandante Slavin, jefe del Ejército a que pertenecía el regimiento de Panteleyev]. Diez años más tarde, este episodio habría de figurar también como parte de la campaña de Stalin en

contra mía bajo el mismo título de «El fusilamiento de los mejores comunistas sin formación de causa».

El VIII Congreso del Partido celebró sesiones desde el 18 hasta el 23 de marzo de 1919, en Moscú. La víspera misma del Congreso los blancos nos infligieron una fuerte derrota cerca de Ufa. Dando de lado al Congreso, resolví acudir inmediatamente al frente oriental. Después de sugerir el regreso de los delegados militares al frente, sin demora me preparé para ir a Ufa. Algunos de los delegados estaban descontentos: habían ido a la capital con unos días de licencia, y no querían desperdiciarlos. Alguien ideó el rumor de que yo trataba de evitar debates sobre política militar. Aquel embuste me sorprendió. Presenté una propuesta en el Comité Central el 16 de marzo de 1919, para anular la orden de regreso inmediato al frente de los delegados militares, confié la defensa de la política militar a Sokolnikov y partí en el acto para el Este. La discusión de los asuntos militares en el VIII Congreso, a pesar de la presencia de una oposición muy crecida, no me disuadió: la situación del frente me parecía mucho más importante que las maniobras electorales en el Congreso, especialmente porque no tenía duda de que la política que consideraba la única correcta había de triunfar por sus propios méritos. El Comité Central aprobó la tesis que previamente había presentado yo, y nombró a Sokolnikov informante oficial sobre ella. El informe de la oposición corrió a cargo de V. M. Smirnov, viejo bolchevique y ex oficial de Artillería en la Guerra Mundial. Smirnov era uno de los dirigentes de la izquierda comunista, adversarios resueltos de la paz de Brest-Litovsk, y había pedido que se emprendiese una guerra de guerrillas contra el Ejército regular alemán. Esto constituyó siempre la base de su programa hasta 1919, aunque a decir verdad, algo se había enfriado en el intervalo. La formación de un Ejército centralizado y regular era imposible sin especialistas militares y sin sustituir la improvisación por una dirección apropiada y sistemática. Los comunistas de izquierda, calmados ya hasta cierto punto, trataban de adaptar sus opiniones de ayer al crecimiento de la máquina estatal y las necesidades del Ejército regular. Pero cedían su terreno palmo a palmo, utilizando cuanto podían de su antiguo bagaje, y cubriendo sus tendencias esencialmente guerrillistas bajo nuevas fórmulas.

Al comenzar el Congreso tuvo lugar un episodio de importancia secundaria, pero muy característica, relacionado con la composición de la Mesa. Indicaba en cierto modo la índole del Congreso, aunque sólo fuera en su fase inicial. En el orden del día

figuraba la ardua cuestión militar. No era un secreto para Lenin que, detrás de la cortina, Stalin estaba realmente a la cabeza de la oposición respecto a aquel extremo. Lenin había llegado a un acuerdo con la delegación de Petrogrado acerca de la composición de la Mesa. Los opositores propusieron varias candidaturas suplementarias con varios pretextos, incluyendo en ellas no sólo opositores, sino también otros nombres. Por ejemplo, incluían a Sokolnikov, el principal portavoz del punto de vista oficial. Sin embargo, Bujarin, Stassova, Oborin, Rikov y Sokolnikov rehusaron, estimando como obligación personal el acuerdo a que se había llegado extraoficialmente sobre la cuestión de la Mesa presidencial. Pero Stalin no rehusó. Aquello demostró palmariamente su actitud opositora. Parecía haberse afanado mucho por llenar el Congreso de partidarios suyos y mufir entre los delegados. Lenin lo sabía, pero con objeto de evitar dificultades, hizo cuanto pudo para evitar a Stalin la prueba de un voto en favor o en contra suya. Por mediación de uno de los delegados planteó Lenin la cuestión previa siguiente: «¿Hacen alguna falta candidatos suplementarios a miembros de la Mesa?» Y sin el menor esfuerzo consiguió una respuesta negativa. Stalin sufrió una derrota, pero Lenin la hizo tan impersonal e inofensiva como le fue humanamente posible. Hoy, la versión oficial es que Stalin apoyó la posición de Lenin sobre la cuestión en el VIII Congreso. ¿Por qué no se publican ahora las actas, puesto que ya no es necesario guardar [tales] secretos militares?

En la Conferencia de Ucrania, en marzo de 1920, Stalin me defendió formalmente, al informar en representación del Comité Central; al mismo tiempo, valiéndose de gente suya incondicional, hizo todo lo posible por lograr que sus tesis no triunfaran. En el VIII Congreso del Partido era difícil maniobrar así, pues todos los trámites estaban bajo la directa observación de Lenin, varios otros miembros del Comité Central y activistas militares responsables. Pero, en lo esencial, aquí también tuvo Stalin una intervención parecida a la de la Conferencia de Ucrania. Como miembro del Comité Central, o hablaba ambiguamente en defensa de la política militar oficial, o se mantenía callado; pero por mediación de sus íntimos amigos, Vorochilov o Rujimovich y otros tsaritsynitas, que eran las tropas de choque de la oposición en el Congreso, continuó socavando no tanto la política militar como a su principal portavoz. Incitó a dichos delegados al más vil de los ataques personales contra Sokolnikov, que había asumido la defensa del Comisariado de Guerra sin la menor reserva. El nú-

cleo de la oposición era el grupo de Tsaritsyn, en el que destacaba sobre todo Vorochilov. Durante algún tiempo antes del Congreso estuvieron en continua relación con Stalin, quien les daba instrucciones y refrenaba su impaciencia, centralizando a la vez su intriga contra el Departamento de Guerra. Esta fue la suma y sustancia de su actitud en el VIII Congreso.

«Hace un año —informaba Sokolnikov al VIII Congreso del Partido—, en el momento del colapso completo del Ejército, cuando no había organización militar para defender la revolución proletaria, el Gobierno soviético acudió al sistema de formaciones de voluntarios, y en su día este Ejército voluntario cumplió su misión. Ahora, volviendo la vista a aquel período, como a una fase ya pasada, debemos considerar sus aspectos positivo y negativo. La esencia de su lado positivo radica en que participaban allí los mejores elementos de la clase trabajadora... Pero junto a estos aspectos brillantes del período de guerrillas hay que contar las facetas oscuras, que en definitiva sobrepujaron lo que el sistema pudiese tener de bueno. Los mejores elementos se retiraron, murieron o cayeron prisioneros... Quedó tan sólo una aglomeración de los peores elementos... Y estos elementos perniciosos se vieron completados por quienes se decidían a alistarse en el ejército voluntario porque el hundimiento catastrófico del orden social los había arrojado a la calle... Y a unos y otros se agregó el desecho de la desmovilización del antiguo Ejército. Por eso, durante el período de guerrillas en nuestra organización militar se desarrollaron tales fuerzas que nos vimos obligados a liquidar aquel sistema de defensa. A la postre, los destacamentos pequeños e independientes se agruparon en torno a jefes diversos. Y, en suma, no sólo se dedicaron a luchar en defensa del Gobierno soviético, en defensa de las conquistas de la Revolución, sino también al bandolerismo y al saqueo. Se convirtieron en guerrillas que eran el baluarte de los aventureros. En cambio, en el presente período —continuaba Sokolnikov—, la edificación del Estado... el Ejército... marcha adelante...»

«Se discutió mucho y con vehemencia —decía Sokolnikov, pasando a otro apartado de su informe— sobre la cuestión de los especialistas militares... Ahora, este asunto se ha resuelto esencialmente en teoría y en la práctica. Aun los adversarios del empleo de especialistas militares admiten que esta polémica es cosa pasada... Los especialistas militares se utilizaron para convertir el Ejército de guerrillas en Ejército regular... Así conseguimos estabilizar el frente y obtuvimos éxitos militares. En cambio, donde

no se aprovecharon los servicios de estos especialistas, desmenuzamos nuestras fuerzas hasta la máxima disgregación... El problema de los especialistas militares supone para nosotros no sólo un problema puramente militar, sino un problema especial general. Cuando se planteó la cuestión de invitar a los ingenieros a encargarse de las fábricas, de solicitar la colaboración de los antiguos organizadores capitalistas, ¿no recordáis cómo los comunistas de izquierda, ultrarrojos, nos vejaban con sus despiadadas críticas "supercomunistas"... , diciendo que la vuelta de los ingenieros a las fábricas era el retorno a la plana mayor de mandos de la burguesía? Y aquí se nos vuelve a hacer objeto de una crítica semejante, aplicada ahora a la organización del Ejército. Se nos dice que al volver los ex oficiales al Ejército restaurarán la antigua casta de oficiales y el antiguo Ejército. Pero esos camaradas olvidan que junto a esos comandantes hay comisarios, representantes del Gobierno soviético; que estos especialistas militares están en los cuadros de un ejército dedicado íntegramente al servicio de la revolución proletaria... Este Ejército, que tiene decenas de millares de antiguos especialistas, ha demostrado en la práctica ser el Ejército de la revolución proletaria.»

El informante de la oposición, Smirnov, contestando directamente a la declaración de Sokolnikov de que «algunos parecían ser partidarios de un ejército de guerrillas, y otros del ejército regular», hizo resaltar que sobre la cuestión de usar especialistas militares «no hay desavenencias entre nosotros con relación a la tendencia general en nuestra política militar». La discrepancia básica estaba en la necesidad de ampliar las funciones de los comisarios y de los miembros del Consejo Revolucionario de Guerra, con el fin de asegurar su participación en la dirección del Ejército y en materias concernientes a operaciones, reduciendo así la influencia de los mandos. El Congreso acogió esta crítica a medias. Se decidió seguir reclutando a los antiguos especialistas militares con igual intensidad, pero poniendo de relieve la necesidad de preparar cuadros nuevos de mando como instrumento de absoluta confianza para el sistema soviético. Que ésta y todas las demás decisiones se adoptaron unánimemente, con una sola abstención, se explica por el hecho de que la oposición había renunciado entretanto a la mayoría de sus prejuicios principales. Impotente para oponer su línea a la de la mayoría del Partido, tuvo que asociarse a la conclusión general. Sin embargo, algunos de los efectos del guerrillerismo del período anterior siguieron en evidencia durante todo el año 1919, particularmente en el Sur: en

Ucrania, el Cáucaso y Transcaucasia, donde eliminar la tendencia guerrillista fue tarea impropia.

En 1920, un eminente activista militar escribió: «A pesar de todos los esfuerzos, lamentaciones y ruido que ha costado nuestra política militar, en cuanto al reclutamiento de especialistas militares en el Ejército Rojo y otros extremos, el encargado del Departamento de Guerra, camarada Trotsky, ha demostrado tener razón. Con mano de hierro ha ido desarrollando la política militar indicada, desdeñando todas las amenazas... Las victorias del Ejército Rojo en todos los frentes constituyen la mejor prueba de la justeza de esa política militar.» Sin embargo, hasta hoy mismo persisten sin remisión en innumerables libros y artículos las viejas leyendas de la traición de los «generales» a quienes yo nombré. Estas acusaciones suenan a necias, sobre todo al recordar que veinte años después de la Revolución de octubre, Stalin acusó de traición y exterminó a casi todos los mandos que él mismo nombró. Puede añadirse además que Sokolnikov, el informante oficial, y V. M. Smirnov, portavoz de la oposición, y ambos participantes activos en la guerra civil, cayeron también más tarde víctimas de la depuración estalinista.

Durante el Congreso tuvo lugar una conferencia militar, especial, cuyas actas se conservaron, sin publicarse nunca. La finalidad de tal conferencia era dar oportunidad a todos los concurrentes, en especial a los descontentos de la oposición, para manifestarse con toda amplitud, libertad y franqueza. Lenin pronunció un enérgico discurso en esta conferencia, defendiendo la política militar. ¿Qué dijo Stalin? ¿Habló en pro de la posición del Comité Central? Es difícil contestar esta pregunta en términos categóricos. No hay duda de que actuó tras la cortina, incitando a varios opositores en contra del Comisariado de Guerra. No puede dudarse de ello, teniendo en cuenta las circunstancias y los recuerdos de quienes asistieron al Congreso. Una prueba flagrante es el hecho mismo de no haberse publicado todavía las actas de la conferencia militar del VIII Congreso, bien porque en ella no hablase Stalin una sola palabra, bien porque su intervención no le sea muy cómoda en la actualidad. [Stalin, junto con Zinoviev, era también miembro de una] Comisión especial de conciliación para redactar los acuerdos definitivos. Lo que hiciera allí permanece ignorado, salvo el mero hecho de que un satélite suyo, Yaroslavsky, fue presentado como informante de ella.

Poco después del VIII Congreso contesté a la declaración de Zinoviev, quien, sin duda de acuerdo con Stalin, se había encar-

detención de Sha'unyan, según el testimonio de los mencheviques georgianos, los trabajadores sospechaban que Koba hubiese denunciado a su contendiente a la policía, y solicitaron que le juzgase un tribunal del Partido. Su campaña terminó sólo al ser detenido Koba. No es probable que los acusadores tuviesen pruebas definidas. Su sospecha puede haberse basado en algunas coincidencias circunstanciales. Baste decir, de todos modos, que los camaradas del Partido de Koba le juzgaban capaz de hacerse confidente, si a elló le arrastraba una ambición contraria. ¡Tales cosas no se han dicho nunca de otro alguno!

Respecto al sostenimiento económico del Comité de Bakú en la época en que Koba formaba parte de él, hay pruebas circunstanciales, pero no indudables, ni mucho menos, referentes a la «expropiación» armada; tributos financieros impuestos a los industriales bajo amenaza de muerte o de incendiar sus pozos de petróleo; fabricación y circulación de moneda falsa, y otros arbitrios por el estilo. Es difícil decidir si estos hechos, que realmente se produjeron, se achacaban a la iniciativa de Koba ya en aquellos remotos años, o si la mayoría de ellos tuvieron relación por primera vez con su nombre mucho después. En todo caso, la participación de Koba en empresas tan arriesgadas, no hubiera podido ser directa; de otro modo, se hubiera descubierto sin remedio. Lo más probable es que guiase las operaciones militantes como había tratado de guiar el Sindicato, desde el margen. Merece tenerse en cuenta, a este propósito, que se conoce muy poco de la vida de Koba durante aquel período de Bakú. Los más insignificantes episodios que se consignan siempre tienden a realzar la fama del «Maestro», pero su actividad revolucionaria sólo se refleja en frases de sentido general. El grado de omisión no puede ser accidental.

El *essar* Vereshchak, siendo aún joven, ingresó en el año 1909 en la llamada cárcel Bailov, de Bakú, donde pasó tres años y medio. Koba, que fue detenido el 25 de marzo, estuvo allí seis meses y salió después deportado; regresó a los nueve meses a Bakú, clandestinamente; le volvieron a detener en marzo de 1910, y estuvo nuevamente medio año preso en aquella cárcel, junto a Vereshchak. En 1912, ambos camaradas de presidio se encontraron otra vez en Narym, Siberia. Finalmente, después de la Revolución de febrero, Vereshchak, delegado entonces de la guarnición de Tiflis, coincidió con su antiguo conocido en el primer Congreso de los Soviets en Petrogrado.

Después del auge de la estrella política de Stalin, Vereshchak

hizo un relato detallado de su vida conjunta en prisiones, que se publicó en la Prensa de los emigrados. Acaso no todo es fidedigno en su narración, ni convincentes todos sus juicios. Así, Vereshchak asegura, sin duda por referencias, que el mismo Koba había reconocido que «por móviles revolucionarios» había traicionado a varios de sus compañeros seminaristas; ya se ha apuntado la inverosimilitud de tal aserto. Lo que el autor populista discurre acerca del marxismo de Koba es sumamente ingenuo. Pero Vereshchak tuvo la inapreciable ventaja de observar a Koba en un ambiente en que, se quiera o no, llegan a atrofiarse las costumbres y condiciones de la coexistencia culta. Destinada para albergar cuatrocientos presos, la cárcel de Bakú alojaba por entonces más de mil quinientos. Los reclusos dormían en las celdas atestadas, en los corredores, en los rellanos y los peldaños de las escaleras. No podía haber aislamiento de ninguna clase en tales condiciones de aglomeración. Todas las puertas, salvo las de las celdas de castigo, estaban abiertas de par en par. Los presos comunes y los políticos iban y venían libremente de una celda a otra, de pabellón a pabellón, o paseaban por el patio. «Era imposible sentarse o echarse sin pisar a alguien.» En tales circunstancias, se veían unos a otros, y algunos a sí mismos, bajo aspectos completamente inesperados. Aun personas frías y retraídas, descubrían rasgos de carácter que en la vida ordinaria solían mantener ocultos.

«Koba era una persona sumamente sectaria —escribe Vereshchak—. No tenía principios generales ni fondo de educación adecuado. Por su mismo carácter, había sido siempre una persona poco culta, tosca. Todo esto se hallaba asociado en él a una astucia peculiarmente estudiada, que al principio velaba, aun para quien fuese muy buen observador, los otros rasgos disimulados bajo éste.» Por «principios generales», el autor parece entender principios morales: como populista, era un adicto a la escuela del socialismo «ético». Vereshchak se vio sorprendido por la fiera de Koba. En aquella prisión era una costumbre cruel la de poner frenético al adversario en las llamadas discusiones, a tuertas o a derechas; a esto lo llamaban «hinchar la burbuja». «Nunca fue posible hacer perder a Koba la serenidad... —afirma Vereshchak—; nada era capaz de exasperarle...»

Aquel juego era inocente comparado con el que corría de cuenta de las autoridades. Entre los presos había personas condenadas a muerte más o menos recientemente, y que aguardaban de un momento a otro la culminación de su destino. Los con-

nados comían y dormían con los demás. A la vista de todos se los llevaban por la noche y los colgaban en el patio de la prisión, de modo que desde las celdas «se oían los gritos y gemidos de los ahorcados». Todos los presos padecían por efecto de la tensión nerviosa. «Koba dormía profundamente —dice Vereshchak—, o estudiaba tan tranquilo esperanto (estaba convencido de que el esperanto era el idioma del porvenir).» Sería necio creer que Koba era indiferente a las ejecuciones; pero tenía nervios resistentes. No sentía por los demás como por él mismo. Nervios como los suyos eran de por sí una buena cualidad.

A pesar del caos, de los ahorcados, de los conflictos personales y de partido, la cárcel de Bakú era una importante escuela revolucionaria. Koba destacaba entre los dirigentes marxistas. No participaba en discusiones particulares, y prefería hablar en público, signo seguro de que en educación y experiencia Koba era superior a la mayoría de sus compañeros de prisión. «El aspecto exterior de Koba y su brusquedad polémica hacían sien, re desagradable su presencia. Sus peroratas carecían de donaire, y en cuanto a forma era una exposición seca y formalista.» Vereshchak recuerda cierta discusión «agraria», durante la cual Ordzhonikidze, compañero de Koba, «dió un bofetón a su antagonista, el *essar* Elías Kartesevadz, y fue por eso cruelmente golpeado por los otros *essars*». Esto no es invención: Ordzhonikidze era muy fogoso, y conservó su predilección por los argumentos físicos hasta el tiempo en que llegó a ser un prominente dignatario soviético. Una vez Lenin propuso expulsarle del Partido por esta causa.

Vereshchak estaba asombrado de la «memoria mecánica» de Koba, cuya cabeza pequeña, de «frente poco desarrollada», contenía, al parecer, todo el *Capital* de Marx. «El marxismo era su elemento; en eso era invencible... Sabía arreglarlo todo con las fórmulas apropiadas de Marx. Aquel hombre causaba una fuerte impresión en la gente joven del Partido poco versada en política.» Vereshchak mismo estaba entre los «poco versados». El bagaje marxista de Koba debió de parecer demasiado imponente a este joven populista, educado en la doméstica sociología literaria rusa. En realidad, era bastante modesto. Koba no tenía curiosidad teórica, perseverancia en el estudio ni disciplina mental. Ni siquiera es justo hablar de su «memoria mecánica». Es estrecha, empírica, utilitaria, pero, a despecho de la preparación seminarista, no tiene nada de mecánica. Es una memoria de campesino, exenta de vuelo y de síntesis, pero firme y tenaz, especialmente en enco-

no. No es nada cierto que Koba tuviera la cabeza repleta de citas preparadas para todas las ocasiones. Koba no fue nunca un erudito ni escolástico. A través de Plejanov y Lenin recogió del marxismo las expresiones más elementales relativas a la lucha de clases y la importancia secundaria de las ideas con relación a los factores materiales. Aunque por su cuenta simplificó hasta el exceso estas proposiciones, nunca fue capaz de aplicarlas con éxito contra los populistas, ni siquiera como una persona armada de un revólver anticuado puede luchar con éxito contra un individuo provisto de un *bumerang*. Koba permaneció, en esencia, indiferente a la doctrina marxista.

Durante su encierro en las cárceles de Batum y Kutais, según recordamos, Koba intentó descubrir los misterios de la lengua alemana: por entonces, la influencia de la socialdemocracia alemana sobre la rusa era sumamente grande. Pero Koba tuvo aún menos fortuna con el idioma de Marx que con su doctrina. En la prisión de Bakú empezó a aprender esperanto como «lengua del porvenir». Este rasgo expone muy significativamente la calidad del equipo intelectual de Koba, que en la esfera del estudio buscaba siempre la línea de mínima resistencia. Aunque pasó ocho años en la cárcel y en el destierro, nunca consiguió aprender una sola lengua extranjera, sin exceptuar su malhadado esperanto.

Por regla general, los presos políticos evitaban la compañía de los criminales. Koba, por el contrario, «siempre se exhibía con rufianes, chantajistas, y andaba entre los rateros». Se sentía en pie de igualdad con ellos. «Siempre le hacía impresión la gente expedita en los "negocios". Y la política era para él un "negocio" en que convenía saber a ciencia cierta hacer y deshacer.» He aquí una observación muy pertinente. Pero esta misma observación refuta mejor que todo lo demás las observaciones sobre su «memoria mecánica», llena de citas preparadas. La compañía de gente de miras intelectuales más elevadas que las suyas era fastidiosa para Koba. En el Politburó del tiempo de Lenin casi siempre pasaba las horas sentado, hosco e irritable. Por el contrario, se hacía más sociable, sosegado y humano entre personas de mentalidad primitiva, no refrenados por ninguna predilección de orden intelectual. Durante la guerra civil, cuando ciertas secciones del Ejército, habitualmente los cuerpos de Caballería, se desbordaban lanzándose a la bravata y la violencia, Lenin solía decir: «¿No haríamos mejor mandando a Stalin allá? Él sabe cómo hay que hablar a gente de ésta.»

Koba no era el iniciador de protestas o manifestaciones car-

celarias, pero siempre apoyaba a los iniciadores. «Esto le convertiría en un excelente camarada a los ojos de los encerrados.» También es pertinente esta observación. Koba nunca fue un iniciador de nada ni en parte alguna. Pero era muy capaz de utilizar la iniciativa de otro, empujar a los iniciadores, reservándose la libertad de decisión. Esto no quiere decir que le faltase valor; simplemente, es que prefería no malgastarlo. El régimen carcelario era una mezcla de laxitud y crueldad. Los reclusos gozaban de considerable libertad dentro de los muros de la prisión. Pero cuando se trasponía cierta ilusoria barrera, la administración recurría a la fuerza militar. Vereshchak nos refiere que en 1909 (sin duda quiere decir 1908), el primer día de Resurrección, una compañía del Regimiento de Salyan maltrató a todos los presos políticos, sometiéndolos a una carrera de baquetas. «Koba marchaba sin bajar la cabeza aguantando los culatazos, con un libro en las manos. Y cuando se dio la voz de escapar, Koba forzó las puertas de su celda con el cubo del agua sucia, despreciando la amenaza de las bayonetas.» Aquel hombre reservado (aunque en raras ocasiones), era capaz de un cierto furor.

El «historiador» moscovita Yaroslavsky plagiaba a Vereshchak como sigue: «Stalin pasó las baquetas entre los soldados leyendo a Marx...» El nombre de Marx se introduce aquí por igual razón que se pone una rosa en las manos de la Virgen María. Toda la historiografía del Soviet está hecha con rosas de éstas. Koba, con un libro de Marx aguantando culatazos, se ha convertido en tema de enseñanza soviética, en prosa y en verso. Pero tal conducta no era en modo alguno excepcional. Las palizas carcelarias, como el heroísmo del cautiverio, estaban en el orden del día. Pyatnitsky refiere que después de detenerle en Wilno, en 1902, siendo aún muchacho, la policía propuso enviarle al funcionario de policía del distrito, famoso por sus vapuleos, a fin de arrancarle una declaración. Pero el agente más veterano replicó: «Nada dirá allí tampoco. Es de la *Iskra*.» Ya en aquellos lejanos días, los revolucionarios de la escuela de Lenin tenían fama de ser firmes. Para asegurarse de que Kamo había perdido realmente la sensibilidad, como se alegaba, los médicos le clavaban alfileres bajo las uñas, y sólo después de resistir como duro diariamente tales pruebas durante años enteros, le declararon, al fin, loco incurable. ¿Qué valor tienen unos cuantos culatazos, en comparación con esto? No hay por qué menospreciar el valor de Koba, pero debe confinarse dentro de los límites de su tiempo y lugar.

Por las condiciones del encierro, Vereshchak no tuvo dificul-

tañ en advertir cierta particularidad de Stalin que le permitió seguir ignorando durante tan largo tiempo. «Esta era su habilidad para iniciar sigilosamente a otros, mientras él permanecía al margen.» Luego siguen dos ejemplos. En una ocasión estaban golpeando a un joven georgiano en un pasillo del pabellón de «políticos». La injuriosa palabra «provocador» resonaba por todo el edificio. Únicamente los soldados de la guardia consiguieron poner fin al escarmiento; el cuerpo ensangrentado fue conducido en una camilla al hospital. ¿Era un provocador, en efecto? Y si lo era, ¿por qué no lo mataron? «En la cárcel de Bailov, los provocadores, como se probase que lo eran, no solían escapar con vida —advierte Vereshchak, de pasada—. Nadie sabía nada ni acertaba a explicarse aquello, y sólo mucho después nos enteramos de que el rumor había partido de Koba.» Nunca se supo si el golpeado era realmente un provocador. ¿No pudo haber sido sencillamente uno de los trabajadores que se oponían a las expropiaciones, o el que acusó a Koba de haber denunciado a Sha'umyan?

Otro ejemplo. En los peldaños de la escalera que daba acceso al pabellón de «políticos», cierto preso conocido por «el griego» apuñaló a un joven trabajador recién ingresado en la cárcel. El «griego» mismo consideraba a su víctima como un confidente, aunque no le conocía de antes. Este suceso sangriento, que conmovió a toda la cárcel, continuó siendo un misterio durante mucho tiempo. Al cabo, el «griego» comenzó a insinuar que, por lo visto, le habían «descarriado» con mala intención: el descarriado era obra de Koba.

Vereshchak menciona además, esta vez sin duda por referencias, diversas y arriesgadas empresas de Koba durante sus actividades en Bakú: la organización de falsificaciones, el robo de tesoreros del Estado y otras análogas.

«Nunca fue juzgado por ninguno de estos asuntos, aunque los falsificadores y los expropiadores estaban en la cárcel lo mismo que él.» Si los otros hubieran conocido su misión, alguno de ellos le habría traicionado inevitablemente. «La habilidad de ejecutar sus planes por medio de los demás, permaneciendo por su parte completamente ignorado, hacía de Koba un taimado arbitrista que no reparaba en medios y se hurtaba a la justificación pública y a la responsabilidad.»

Así aprendemos más de la vida de Koba en la cárcel que de sus actividades fuera de ella. Pero en ambos sitios sigue siendo fiel a sí mismo. Entre discusiones con los populistas y alguna que otra charla con atracadores, no se olvidaba de su organiza-

ción revolucionaria. Beria nos informa de que Koba consiguió establecer contacto regular desde la cárcel con el Comité de Bakú. Esto es muy posible: donde no había separación entre presos comunes y políticos, y éstos comunicaban entre sí, era imposible quedar totalmente aislado del exterior. Uno de los números del periódico ilegal se preparó en su totalidad dentro de la prisión. El pulso de la revolución, aunque muy debilitado, continuaba latiendo. La cárcel puede no haber estimulado el interés de Koba por la teoría; pero tampoco quebró su espíritu combativo.

El 20 de setiembre, Koba fue trasladado a Solvychegodsk, en la parte norte de la provincia de Vologda. Aquello era un destierro privilegiado; sólo por dos años, y no en Siberia, sino en Rusia europea; no en un poblado, sino en una pequeña ciudad de dos mil habitantes, con grandes oportunidades para huir. Esto significaba que los gendarmes no tenían pruebas de gravedad siquiera moderada contra Koba. Dado el reducidísimo coste de la vida en aquellos confines remotos, no era muy difícil para los desterrados arreglarse con los contados rublos al mes que el Gobierno les concedía; para extraordinarios recibían ayuda de sus amigos y de la Cruz Roja revolucionaria. No sabemos cómo pasó Koba sus nueve meses en Solvychegodsk, lo que allí hizo ni si estudió. No se han publicado documentos de ningún género: ni sus ensayos, ni sus diarios, ni sus cartas. En el «caso de José Djugashvili», se lee: «grosero, imprudente, irrespetuoso con sus superiores». La «irresponsabilidad» era atributo común a todos los revolucionarios; la «grosería», el suyo personal.

En la primavera de 1909, Alliluyev, que ya estaba en San Petersburgo, recibió una carta de Koba, entonces en el destierro, preguntándole por su dirección. «A fines de aquel verano huyó Stalin del destierro y fue a San Petersburgo, donde le encontré por casualidad en una de las calles del distrito de Liteyny.» Sucedió que Stalin no encontró a Alliluyev en su casa ni en su lugar de trabajo, y se vio obligado a vagar por las calles durante mucho tiempo sin tener dónde refugiarse. «Cuando le encontré de improviso en la calle estaba sumamente cansado.» Alliluyev procuró a Koba alojamiento en casa de un conserje de uno de los regimientos de la guardia, simpatizante de la revolución. «Allí vivió Stalin tranquilamente una temporada, vio a algunos miembros de la facción bolchevique de la tercera Duma, y luego se marchó al Sur, a Bakú.»

¡Otra vez a Bakú! No es fácil que hacia allí le empujara el patriotismo local. Sería más acertado suponer que Koba no era conocido en San Petersburgo, que los diputados de la Duma no le hicieron mucho caso, que nadie le pidió quedarse ni le ofrecieron la ayuda que tan indispensable era a un residente ilegal. «Al regresar a Bakú, se consagró de nuevo con energía a reforzar las organizaciones bolcheviques... En octubre de 1909 fue a Tiflis, y organizó y dirigió la lucha de la organización bolchevique local contra los liquidadores mencheviques.» El lector reconocerá sin duda el estilo de Beria.

En la Prensa ilegal publicó Koba varios artículos, que sólo interesan por haberlos escrito el futuro Stalin. A falta de cosa más notable, actualmente se atribuye excepcional importancia a la correspondencia escrita por Koba en diciembre de 1909 para el periódico extranjero del Partido. Al parangonar el activo centro industrial de Bakú con Tiflis, paralizada con sus funcionarios públicos, tenderos y artesanos, su «Carta del Cáucaso» explica muy bien el dominio de los mencheviques en Tiflis, en términos de estructura social. Sigue luego una polémica contra el perenne dirigente de la socialdemocracia georgiana, Jordania, que de nuevo proclamaba la necesidad de «unir las fuerzas de la burguesía y del proletariado». Los obreros debían renunciar a su política de intransigencia, porque, como decía Jordania, «cuanto más débil sea la lucha de clases entre el proletariado y la burguesía, tanto mayor será la victoria de ésta...». Koba oponía a esto la proposición diametralmente antagónica: «Cuanto más se apoye la revolución en la lucha de clases del proletariado, que conducirá a los pobres de la aldea contra los terratenientes y la burguesía liberal, más completo será el triunfo de la revolución.» Todo esto era perfectamente justo en esencia, pero no contenía una sola palabra nueva; a partir de la primavera de 1905, tales polémicas se repitieron innumerables veces. Si esta correspondencia tuvo algún valor para Lenin, no fue por la ampulosa reproducción de sus propios pensamientos, sino porque era una voz viviente de Rusia en una época en que se habían extinguido la mayoría de ellas. Sin embargo, en 1937, esta «Carta del Cáucaso» fue proclamada «el ejemplo clásico de la táctica leninista-stalinista». «En nuestros escritos y en todas nuestras enseñanzas —escribe uno de tales panegiristas—, no poca luz se ha proyectado sobre este artículo, extraordinario por su fondo, su riqueza deductiva y su importancia histórica.» Lo más generoso es darlo de lado.

«En marzo y abril de 1910 fue posible al fin —nos informa el

mismo historiador, un tal Rabchev—, crear una filial (collegium) rusa del Comité Central. Entre sus miembros se contaba Stalin. Pero, antes de que dicha filial comenzara a trabajar, sus componentes fueron detenidos.» Si esto es verdad, Koba, al menos en la forma, se incorporó al Comité Central en 1910. ¡Un hito de importancia en su biografía! Pero no lo es. Quince años antes que Rabchev, el viejo bolchevique Germanov (Frumkin) refería lo siguiente: «En la conferencia entre el autor de estas líneas y Nogin se decidió proponer que el Comité Central confirmase la siguiente lista de cinco nombres como Sección rusa del Comité Central: Nogin, Dubrovinsky, Malinovsky, Stalin y Milyutin.» Por consiguiente, no se trataba de una decisión del Comité Central, sino solamente del proyecto de los bolcheviques. «Ambos conocíamos a Stalin —sigue diciendo Germanov— como uno de los mejores y más activos trabajadores de Bakú. Nogin fue a Bakú para cambiar impresiones con él; pero, por diversas razones, Stalin no pudo asumir el cargo de miembro del Comité Central.» Germanov nada dice del motivo exacto de la dificultad. Dos años más tarde, el mismo Nogin escribió, con relación a su viaje a Bakú, lo que sigue: «... en la clandestinidad más profunda se hallaba Stalin (Koba), muy conocido en el Cáucaso en aquellos días, y obligado a permanecer escondido en los campos petrolíferos de Balajana.» De aquí se desprende que Nogin no llegó siquiera a ver a Koba.

La reticencia respecto a las razones que impidieron a Stalin entrar en la filial rusa del Comité Central sugiere algunas deducciones interesantes. El año 1910 fue el período de máxima degeneración del movimiento y de más fusión de tendencias conciliatorias. En enero se celebró en París un pleno del Comité Central, y en él los conciliadores ganaron una batalla muy inestable. Se decidió restaurar el Comité Central en Rusia, con participación de los liquidadores. Nogin y Germanov eran conciliadores bolcheviques. El resurgimiento de la Sección «rusa» (esto es, del que había de actuar ilegalmente en Rusia) era tarea de Nogin. A falta de figuras prominentes, se hicieron varias tentativas para atraer a las de provincias. Entre éstas se contaba Koba, a quien Nogin y Germanov conocían «como uno de los mejores trabajadores de Bakú». Sin embargo, nadie pensó en él. El documentado autor del artículo alemán a que nos hemos referido en otro lugar manifiesta que aunque «los biógrafos oficiales bolcheviques tratan de presentar (sus) expropiaciones y expulsión del Partido como inexistentes...», sin embargo, los mismos bolcheviques dudaban de

situar a Koba en ningún puesto notable de dirección». Puede suponerse con seguridad que el motivo del fracaso de la misión de Nogin fue la reciente participación de Koba en «actividades militantes». El pleno de París había tildado a los expropiadores de personas guiadas por «una falsa comprensión de los intereses del Partido». Luchando por la legalidad, los mencheviques no podían consentir de ningún modo en colaborar con un declarado cabecilla de expropiadores. Nogin vino a comprender esto, al parecer, sólo en el curso de sus negociaciones con destacados mencheviques del Cáucaso. No se organizó filial ninguna con Koba entre sus miembros. Adviértase que de los conciliadores que protegían a Stalin, Germanov es de los desaparecidos sin dejar rastro; en cuanto a Nogin, sólo su muerte prematura en 1924 le salvó de la suerte de Rikov, Tomsy, Germanov y otros amigos íntimos suyos.

La actividad de Koba en Bakú tuvo sin duda mucho más éxito que en Tiflis, ya desempeñara allí un papel de primero, segundo o tercer orden. Pero la idea de que la organización de Bakú fue la única fortaleza inexpugnable del bolchevismo es un mito. A fines de 1911, Lenin mismo dio accidentalmente pie a este mito citando la organización de Bakú junto a la de Kiev, entre las «ejemplares y progresivas de Rusia en 1910 y 1911», esto es, en los años de la disgregación total del Partido y del comienzo de su resurgimiento. «La organización de Bakú existió sin interrupción durante los años difíciles del dominio reaccionario, y desempeñó una parte sumamente activa en todas las manifestaciones del movimiento obrero», dice una de las citas del volumen XV de las obras de Lenin. Ambas opiniones, que actualmente se relacionan muy de cerca con las actividades de Koba, han resultado ser completamente erróneas al investigar los hechos. A decir verdad, después de resurgir, Bakú pasó por las mismas fases de declinación que los demás centros industriales del país, algo más tarde, pero, en cambio, de un modo mucho más rudo.

Stopani escribe en sus Memorias: «A partir de 1910, la vida del Partido y del Sindicato de Bakú se extinguió por completo.» Quedaron restos desperdigados del Sindicato languideciendo por algún tiempo, pero aun éstos tenían a su frente una mayoría de mencheviques. «Pronto se apagó virtualmente toda actividad bolchevique, gracias a constantes fracasos por detenciones, falta de activistas y desorden general.» La situación era aún peor en 1911. Ordzhonikidze, que visitó Bakú en marzo de 1912, cuando la marea iba comenzando a subir de nuevo apreciablemente

por todo el país, escribió desde el extranjero: «Ayer pude reunir por fin a unos cuantos trabajadores... No hay organización, esto es, del centro local; por lo tanto, nos tuvimos que contentar con conferencias en privado...» Estos dos testimonios son suficientes. Recordemos además la aseveración de Olminsky, ya citada, de que «el resurgimiento fue más remiso en las ciudades donde las "exes" habían sido más numerosas (como ejemplo, puedo citar Bakú y Saratov)». El error de Lenin al evaluar la organización de Bakú es un ejemplo corriente del error de un emigrado que ha de juzgar desde lejos a base de informaciones parciales o inciertas, entre las cuales podían contarse las noticias excesivamente optimistas suministradas por el mismo Koba.

El cuadro general así trazado es bastante claro. Koba no tomó parte activa en el movimiento sindical, que en aquel tiempo era palenque principal de la contienda (Kariyan, Stopani). No habló en los mítines de trabajadores (Vereshchak), sino que se hallaba en «la más profunda clandestinidad» (Nogin). No pudo, «por diversos motivos», entrar a formar parte de la filial rusa del Comité Central (Germanov). En Bakú, las «exes» habían sido más numerosas que en parte alguna (Olminsky), igual que los actos de terrorismo individual (Vereshchak). Se atribuía a Koba la dirección inmediata de las actividades «militantes» de Bakú (Vereshchak, Martov y otros). Tales actividades exigían sin duda apartarse de las masas y sumirse en la más «profunda clandestinidad». Durante algún tiempo, la existencia de la organización ilegal se sostuvo con los medios obtenidos del robo de dinero. De ahí que fuese más fuerte el golpe de la reacción y el resurgimiento más atrasado. Esta conclusión no tiene sólo importancia biográfica, sino también teórica, pues contribuye a proyectar claridad sobre ciertas leyes generales del movimiento de masas.

El 24 de marzo de 1919, el capitán de gendarmes Martynoc declaró haber arrestado a José Djughashvili, conocido por el alias de *Koba*, miembro del Comité de Bakú, trabajador sumamente activo, que ocupaba una posición dirigente (admitiendo que el documento no haya sido corregido por mano de Beria). Con relación a este arresto, otro gendarme informaba de oficio: «En vista de la persistente participación de Djughashvili en la actividad revolucionaria, y de sus "dos escapatorias", él, capitán Galimbatovski, "se permitía proponer el castigo más severo".» Pero no hay que pensar que se refiera con esto a la ejecución: «el castigo más severo» en el orden administrativo significaba la deportación a puntos remotos de Siberia por término de cinco años.

Entretanto, Koba permanecía en la cárcel de Bakú, que conocía muy bien. La situación política del país y el régimen penitenciario habían sufrido profundos cambios en el curso del año y medio transcurrido. Alborcaba el 1910. La reacción estaba triunfando en toda la línea. No sólo el movimiento de masas, sino también las expropiaciones, el terrorismo y los actos de desesperación individual disminuyeron. La cárcel se hizo más severa y reposada. No había siquiera conversaciones ni discusiones colectivas. Koba tuvo tiempo bastante para aprender esperanto, si es que no había perdido la ilusión por el idioma del porvenir. El 27 de agosto, por orden del gobernador general del Cáucaso, se prohibió a Djughashvili vivir en Transcaucasia durante los siguientes cinco años. Pero las propuestas del capitán Galimbatovsky, que por lo visto no pudo alegar cargos muy graves, encontraron oídos sordos en San Petersburgo: Koba fue enviado de nuevo a la provincia de Vologda para cumplir el resto de su destierro de dos años.

## CAPÍTULO V

# EL NUEVO DESPERTAR

Durante unos cinco años (1906-1911), Stolypin tuvo el país bajo sus plantas, y agotó todos los recursos de la reacción. El régimen del 3 de junio supo hacer exhibición de su incapacidad en todas las esferas, pero sobre todo en el dominio del problema agrario. Stolypin tuvo que descender de las combinaciones políticas al club policíaco. Y como para poner más de relieve la absoluta quiebra de su sistema, el asesino de Stolypin procedía de las filas de su misma escolta secreta.

En 1910 la renovación de la industria pasó a ser un hecho indiscutible. Los partidos revolucionarios se encontraban ante esta cuestión: ¿Qué efecto tendrá este cambio de situación en las condiciones políticas del país? La mayoría de los socialdemócratas mantenían su actitud esquemática: la crisis revolucionaria a las masas, y el resurgimiento de la industria las pacifica. Ambos bandos, bolcheviques como mencheviques, tenían, pues, a menospreciar o a negar rotundamente este resurgimiento que había comenzado realmente. La excepción era el periódico de Viena *Pravda*, que, a pesar de sus ilusiones conciliatorias, defendía la idea muy justa de que las consecuencias políticas de la renovación, como de la crisis, lejos de ser automáticas, cada vez se determinan de nuevo, según el curso de la lucha precedente y la situación global del país. Así, a la zaga del renacimiento industrial, en el curso del cual se había podido desarrollar una lucha huelguística muy amplia, un súbito decaimiento de la situación podría requerir un despertar revolucionario inmediato, siempre que concudiesen las demás condiciones necesarias. Por otra parte, después de un largo período de lucha revolucionaria termi-

nada en derrota, una crisis industrial, dividiendo y debilitando al proletariado, podría destruir por completo su espíritu de combate. O bien, un resurgimiento industrial consecutivo a un largo período de reacción es capaz de reanimar el movimiento obrero, en gran parte a modo de lucha económica, después de lo cual la nueva crisis puede desviar la energía de las masas hacia carriles políticos.

La guerra ruso-japonesa y las sacudidas de la revolución impidieron al capitalismo ruso participar en el resurgimiento industrial del mundo entero durante el período 1903-1907. Entretanto, las constantes batallas revolucionarias, derrotas y represiones habían agotado la resistencia de las masas. La crisis industrial mundial, que se inició en 1907, prolongó por otros tres años la ya larga depresión, y lejos de mover a los obreros a emprender una nueva lucha, los dispersó y debilitó más que nunca. Bajo los golpes de los cierres patronales, del paro y de la miseria, las fatigadas masas se desanimaron definitivamente. Tal fue la base material de las «proezas» de la reacción de Stolypin. El proletariado necesitaba la fuente renovadora de otro resurgimiento industrial para recuperar su fuerza, llenar sus filas y sentirse otra vez el indispensable factor en la producción, lanzándose a una nueva lucha.

A fines de 1910 hubo manifestaciones callejeras (cosa no vista hacia mucho tiempo), en relación con las muertes del liberal Morumtsev, que había sido presidente de la primera Duma, y de León Tolstoy. El movimiento estudiantil entró en una fase nueva. Superficialmente (tal es la habitual aberración del idealismo histórico), podría haberse creído que la delgada capa de los intelectuales era el lugar de incubación de la insurrección política, y que por la fuerza de su ejemplo estaba comenzando a atraer a la capa superior de los trabajadores. En realidad, la ola del resurgimiento no iba de la cúspide a la base, sino al contrario. Gracias al revivir de la industria, la clase trabajadora iba gradualmente saliendo de su estupor. Pero antes de que los cambios químicos que habían transformado a las masas se hicieran perceptibles, pasaron a los estudiantes por medio de los grupos sociales intercalados. Como la juventud estudiantil era más fácil de impulsar, la renovación se manifestó ante todo en forma de alborotos estudiantiles. Pero el observador debidamente preparado podía ver de antemano que las manifestaciones de los intelectuales no eran más que un síntoma de procesos mucho más profundos e importantes dentro del mismo proletariado.

Efectivamente, la gráfica del movimiento huelguístico comenzó a ascender. Verdad es que el número de huelguistas en 1911 no excedió de un centenar de millares (el año anterior no había llegado a la mitad de esa cifra siquiera), pero la lentitud del resurgimiento mostraba qué intenso era el estupor que se imponía vencer. De todos modos, a fines del año los distritos obreros presentaban un aspecto muy distinto que a su comienzo. Después de las fructíferas cosechas de 1909 y 1910, que dieron ímpetu al renacimiento industrial, vino una desastrosa recolección en 1911, que, sin detener el resurgimiento, condenó a veinte millones de campesinos a morir de hambre. La inquietud, iniciada en las aldeas, volvió a poner el problema campesino en primer término. La Conferencia bolchevique de enero de 1912 tenía justo motivo para referirse a «la iniciación del renacimiento político». Pero la ruptura súbita no se produjo hasta la primavera de 1912, después de la famosa matanza de obreros en el río Lena. En la profunda *taiga*, a más de cinco mil millas de San Petersburgo y a más de cuatrocientas del ferrocarril más próximo, los parias de las minas de oro, que cada año proporcionaban millones de rublos a los bolsillos de accionistas ingleses y rusos, reclamaban la jornada de ocho horas, aumento de salarios y abolición de multas. Los soldados, conducidos desde Irkutsk, hicieron fuego contra la multitud desarmada: 150 muertos, 250 heridos; sin la menor asistencia médica, veinte de éstos murieron.

Durante el debate de los sucesos del Lena, en la Duma, el ministro del Interior, Makarov, estúpido funcionario, no peor ni mejor que otros contemporáneos suyos, declaró, con el aplauso de los diputados de la derecha: «¡Esto es lo que ocurrió y lo que volverá a ocurrir de nuevo!» Estas palabras de asombroso descaro produjeron una descarga eléctrica. Primero de las fábricas de San Petersburgo y luego de todo el país empezaron a llegar noticias de declaraciones y manifestaciones de protesta, por teléfono y por telégrafo. La repercusión de los sucesos del Lena sólo podía compararse con la oleada de indignación que había agitado a las masas trabajadoras siete años antes, después del domingo sangriento. «Tal vez desde los días de 1905 —escriba un periódico liberal— no habían vuelto a estar tan animadas las calles de la capital.»

En aquellos días estaba Stalin en San Petersburgo, libre, entre dos temporadas de destierro. «Los disparos del Lena rompieron el hielo del silencio —escribía en el periódico *Zvezda* (La Estrella), al que habremos de referirnos más adelante—, y el río del

resentimiento popular ha comenzado a moverse... Todo cuanto hay de malo y destructivo en el régimen contemporáneo, todo cuanto ha atormentado a la desdichada Rusia, se ha fundido en el solo hecho de los sucesos del Lena. Por eso los disparos del Lena han servido de señal a huelgas y manifestaciones.»

Las huelgas afectaron a unos 300.000 trabajadores. La huelga del 1.º de mayo llevó a la formación a 400.000. Según datos oficiales, el número de huelguistas ascendió en 1912 a 725.000. El número total de obreros subió no menos del veinte por ciento durante los años del renacimiento industrial, y en virtud de la febril concentración de la producción, su papel en la economía asumía una importancia aún mayor. El revivir de la clase trabajadora repercutió en todas las demás capas de la población. La aldea hambrienta se agitó portentosamente. Llamadas de descontento se observaron en el Ejército y en la Armada. «En Rusia, el resurgimiento revolucionario —escribía Lenin a Gorki en agosto de 1912—, no es sino resueltamente revolucionario.»

El nuevo movimiento no era una repetición del pasado, sino su continuación. En 1905, la potente huelga de enero había ido acompañada de una ingenua petición al zar. En 1912, los trabajadores presentaron desde un principio la consigna de una república democrática. Las ideas, las tradiciones y la experiencia organizadora del año 1905, enriquecida por las duras lecciones aprendidas durante los años de la reacción, fertilizaron el nuevo período revolucionario. Desde el primer instante, la misión directora correspondió a los trabajadores. Dentro de la vanguardia proletaria, la dirección correspondió a los bolcheviques. Esto, en esencia, determinó el carácter de la futura revolución, aunque los bolcheviques mismos no tenían aún clara conciencia de ello. Al reforzar al proletariado y asegurar para él un papel de enorme importancia en la vida económica y política del país, el resurgimiento industrial consolidó los cimientos para la perspectiva de la revolución permanente. La limpieza de los establos del viejo régimen no podía realizarse de otro modo que con la escoba de la dictadura proletaria. La revolución democrática sólo podía vencer transformándose en la revolución socialista, esto es, sobreponiéndose a sí misma.

La tercera deportación de Koba duró del 23 de setiembre de 1910 al 6 de julio de 1911, en que fue puesto en libertad después de cumplir el resto de su condena de dos años. Un par de meses empleó en la ruta de Bakú a Solvychegodsk, con paradas en varias cárceles del trayecto. Por lo tanto, esta vez Koba pasó más

de ocho meses residiendo como desterrado. Virtualmente nada se sabe respecto a su vida en Solvychegodsk, los libros que leyera, los problemas que le interesaban. De dos de sus cartas de entonces resulta que recibía publicaciones del extranjero y pudo seguir la vida del partido, o más bien había alcanzado una fase aguda. Plejanov, con un grupo inconsecuente de adictos, rompió de nuevo con sus mejores amigos y acudió en defensa del Partido ilegal contra los liquidadores. Aquella fue la última llamarada de radicalismo en la vida de este hombre insignic, que iba ya acercándose rápidamente a su declinación. Así surgió el sorprendente, paradójico y fugaz bloque de Lenin con Plejanov. En cambio, hubo aproximación entre los liquidadores (Martov y otros), los progresistas (Bogdanov, Lunacharsky) y los conciliadores (Trotsky). Este segundo bloque, enteramente horro de fundamento en principios, se encontró formado en cierto modo con sorpresa de los mismos participantes en él. Los conciliadores seguían aspirando a «conciliar» a los bolcheviques con los mencheviques; y como el bolchevismo, en la persona de Lenin, rechazaba rotundamente la idea de toda clase de acuerdo con los liquidadores, se desviaron naturalmente los conciliadores hacia la posición de unirse o asociarse con los mencheviques y los progresistas. El cemento de aquel bloque episódico, como Lenin escribió a Gorki, era «el aborrecimiento al Centro bolchevique por su lucha sin cuartel en defensa de sus ideas». La cuestión de los dos bloques era objeto de viva discusión en las mermaidas filas del Partido por aquellos días.

El 31 de diciembre de 1910, Stalin escribió a París: «Camarada Simeón: Ayer recibí tu carta por mediación de unos camaradas. Ante todo, saludos fervorosos para Lenin, Kamenev y otros.» Este saludo no se ha vuelto a imprimir a causa del nombre de Kamenev. Luego sigue su opinión acerca de la situación del Partido. «A mi juicio, la línea del bloque (Lenin-Plejanov) es la única normal posible... En el plan del bloque se ve claramente la mano de Lenin (es un hombre listo, y sabe dónde le aprieta el zapato). Pero esto no quiere decir que sea bueno cualquier bloque viejo. El bloque trotskista (hubiera debido decir "síntesis") no es más que pútrida desaprensión... El bloque Lenin-Plejanov es vital por basarse en principios profundos, por fundarse en la unidad de criterios sobre el modo de reanimar al Partido. Pero precisamente por ser un bloque, y no una fusión, justamente por eso los bolcheviques necesitan su propia facción.» Todo esto coincidía con el modo de pensar de Lenin, y era en esencia una simple pará-

frasis de sus artículos, algo así como una autorrecomendación en cuanto a principios. Habiendo proclamado además, como de pasada, que «lo principal» era, ante todo, no la emigración, sino el trabajo práctico en Rusia, Stalin se apresuraba seguidamente a explicar que el trabajo práctico significa «la aplicación de principios». Reforzada así su posición por insistencia sobre la palabra mágica «principios», Koba iba concretando más: «... En mi opinión —escribe—, nuestra tarea primordial, que no admite dilaciones, es organizar un grupo central (ruso), que coordine el trabajo ilegal, semilegal y legal. Ese grupo es necesario como el aire, como el pan.» No había nada nuevo en el plan mismo. Lenin había hecho tentativas más de una vez, desde el Congreso de Londres, para restablecer el núcleo ruso del Comité Central, pero hasta entonces la dispersión del Partido había condenado todo al fracaso. Koba proponía que se convocase una Conferencia de activistas del Partido. «Es muy posible que esta misma Conferencia haga destacar los elementos apropiados para el grupo central propuesto.» Habiendo manifestado su propósito de desviar el centro de gravedad del Partido del extranjero a Rusia, Koba se esforzaba seguidamente por mitigar toda posible aprensión por parte de Lenin: «Habrà que proceder firmemente y sin contemplaciones, desafiando los reproches de los liquidadores, los trotskistas y los progresistas...» Con calculada modestia, escribía a propósito del grupo central de su proyecto: «Llámelo como quiera ("Sección rusa del Comité Central" o "Grupo auxiliar del Comité Central"), el nombre no importa.» La pretendida indiferencia tenía por objeto disimular la ambición personal de Koba. «En cuanto a mí, tengo seis meses por delante. Cuando termine, puede disponer de mí. Si hacen mucha falta organizadores, trataré de largarme en seguida.» La finalidad de la carta era evidente: Koba sugería su propia candidatura. Deseaba llegar, por lo menos, a miembro del Comité Central.

La ambición de Koba, nada censurable, se vio inesperadamente revelada por otra carta suya dirigida a los bolcheviques de Moscú. «Soso el caucásico os escribe —así comenzaba la carta—. Me recordaréis de 04 (1904), en Tiflis y Bakú. En primer lugar, mis afectuosos saludos a Olga, a ti, a Germanov. I. M. Golubev, con quien estoy pasando mis días en el destierro, me ha hablado de vosotros mucho. Germanov me conoce por K... b... a (él lo entenderá).» Es curioso que ya en 1911, Koba se viese obligado a hacerse recordar de los viejos miembros del Partido recurriendo a indicaciones indirectas y puramente accidentales; to-

avía era desconocido y se veía en riesgo de que le olvidaran fácilmente. «Estoy terminando (el destierro); para julio de este año —continuaba—. Plich y Co. me llaman a uno de dos centros, sin aguardar a que cumpla aquí. Sin embargo, me gustaría terminar (una persona legal tiene más oportunidades)... Pero si la necesidad apremia (estoy esperando su respuesta), entonces, naturalmente, saldré como pueda... Nos consumimos de inacción, yo estoy literalmente ahogándome.»

Desde el punto de vista de la circunspección elemental, esta parte de la carta parece asombrosa. Un desterrado, cuyas cartas corren siempre peligro de caer en manos de la policía, sin razón alguna aparente envía por correo, a miembros del Partido con quienes apenas tiene confianza, información acerca de su correspondencia conspiratoria con Lenin, relativa al hecho de que le urge escapar del destierro, y que, en caso de necesidad, «recurriría, naturalmente, a la fuga». Como veremos luego, la carta cayó efectivamente en manos de los gendarmes, quienes sin gran trabajo identificaron al remitente y a todas las personas a quienes mencionaba. No puede menos de ocurrirse una explicación de tal imprudencia: el afán de alardear. «Soso el caucásico», que acaso no hubiera sido bastante advertido en 1904; no puede resistir la tentación de informar a los bolcheviques de Moscú que Lenin mismo le ha incluido entre los activistas centrales del Partido. Sin embargo, el motivo de la jactancia es sólo secundario. La clave de esta misteriosa carta está en su final:

«Acerca de la "tempestad en un vaso de agua" del extranjero ya hemos oído algo, claro está: los bloques de Lenin-Plejanov, por un lado, y de Trotsky-Martov-Bordanov, por otro. La actitud de los trabajadores hacia el primero, por lo que sé, es favorable. Pero, en general, los trabajadores comienzan a mirar desdeñosamente a la emigración: "dejadles subir por la pared lo que se les antoje; en cuanto a nosotros, todos apreciamos el interés del momento..., trabajar; lo demás vendrá por sí mismo. Esto creo que es lo mejor".»

¡Sorprendentes líneas! La lucha de Lenin contra los liquidadores y los conciliadores no es para Stalin más que una «tempestad en un vaso de agua». «Los trabajadores (y con ellos Stalin) comienzan a mirar con desdén a la emigración, incluyendo a la plana mayor de los bolcheviques. Cada cual aprecia el interés del momento..., trabajar; lo demás vendrá por sí mismo.» El in-

terés del momento, por lo visto, ninguna relación guardaba con la lucha teórica que estaba trazando el programa del movimiento.

Año y medio después, cuando, bajo la influencia del comienzo del empuje, la lucha entre los emigrados se hizo más aguda que nunca, el sentimental semibolchevique Gorki se lamentaba en una carta a Lenin de las «querellas» en el extranjero, la tempestad en un vaso de agua. «En cuanto a las *querellas* entre socialdemócratas —le contestó Lenin en tono de reprobación—, eso es una queja favorita de los burgueses, los liberales, los *essars*, cuya actitud frente a cuestiones de fondo dista mucho de ser seria, y gustan de ir a remolque de otros, de jugar a la diplomacia, de sostenerse con eclecticismo...» «La misión de los que comprenden el arraigo que en las ideas encierran tales querellas... —insistía en una carta posterior—, es ayudar a la masa a buscar esas raíces, y no justificar a la masa en su tendencia a contemplar esos debates como "asunto personal de los generales"». «En Rusia ahora —persistía Gorki por su parte—, entre los trabajadores hay mucho de bueno..., la juventud, pero está muy hostil frente a la emigración...» Lenin replicó: «Esto es verdad, sin duda. Pero la culpa no es de los "dirigentes"... Lo que está roto debe ligarse; pero es de poco mérito, aunque inútil, increpar a los líderes...» Parece como si en sus reprimidas refutaciones a Gorki estuviese Lenin refutando con indignación a Stalin.

Una cuidadosa confrontación de las dos cartas de Stalin, que su autor nunca imaginó expuestas a cotejo, es sumamente valiosa para ahondar en su carácter y en sus métodos. Su actitud real en cuanto a «principios» se expresa con mucha más veracidad en la segunda carta: «trabajar; el resto vendrá por sí mismo». Esencialmente, tal era la actitud de más de un conciliador no superdotado. Stalin recurría a las expresiones crudamente desdeñosas al referirse a la «emigración», no sólo porque la rudeza es una parte integrante de su naturaleza, sino ante todo porque contaba con la simpatía de los prácticos, especialmente de Germanov. Conocía bien cómo era éste por Golubev, que acababa de ser deportado desde Moscú. Las actividades en Rusia iban bastante mal, la organización ilegal había declinado hasta lo ínfimo, y los prácticos estaban muy propicios a cargarlo todo sobre los emigrados por armar tanto ruido sin motivos serios.

Para comprender el objetivo práctico disimulado tras la doble maniobra de Stalin, recordaremos que Germanov, que había propuesto varios meses antes la candidatura de Koba para el Comité Central, estaba por su parte en relación estrecha con otros con-

ciliadores de influencia asimismo entre los próceres del Partido. Koba estimó provechoso demostrar a aquel grupo su solidaridad con él. Pero le constaba bien la solidez de la influencia de Lenin, y por eso comenzaba con una declaración de su lealtad a los «principios». En su carta a París se acomodaba a la posición irconciliable de Lenin, porque Stalin tenía miedo de Lenin; en su carta a los moscovitas, los ponía frente a Lenin, quien «subía por la pared» sin un motivo justo. La primera carta era una absurda reproducción de los artículos de Lenin contra los conciliadores; la segunda repetía los argumentos de éstos contra Lenin. Y todo ello en un lapso de veinticuatro horas.

Es cierto que la carta al «camarada Simeón» contiene la cautelosa frase de que el centro en el extranjero «no lo es todo, ni siquiera lo principal». «Lo principal es organizar actividades en Rusia.» En cambio, en la carta a los moscovitas se contiene lo que al parecer no es más que una insinuación casual: la actitud de los trabajadores respecto al bloque Lenin-Plejanov, «por lo que yo sé, es favorable». Pero lo que en una carta es rectificación subsidiaria, sirve en la otra como punto de partida para desarrollar el razonamiento contrario. La finalidad de los vagos apártés, que casi son reservas mentales, es suavizar la contradicción entre ambas cartas. Aunque, en realidad, lo que hacen es traicionar la culpable conciencia de su autor.

La técnica de cualquier intriga, aunque sea primitiva, es suficiente dentro de su objetivo. De propósito no escribió directamente Koba a Lenin, prefiriendo hacerlo a «Simeón». Esto le permitía referirse a Lenin en tono de intimidad admirativa, sin hacer ineludible para él calar en lo esencial de la cuestión. Sin duda, los móviles efectivos de Koba no eran un misterio para Lenin. Pero su método era el propio de un político. Un revolucionario profesional que en el pasado había dado pruebas de fuerza de voluntad y resolución sentía ahora anhelos de adelantar dentro de la máquina del Partido. Lenin tomó nota de aquello. Por otra parte, también Germanov recordó que en la persona de Koba los conciliadores tendrían un aliado. Así consiguió sus fines; en todo caso, de momento. Koba tenía muchas condiciones para convertirse en un miembro destacado del Comité Central. Su ambición estaba bien fundada. Pero eran sorprendentes los métodos de que se valía el joven agitador para acercarse a su meta..., los de duplicidad, falacia y deliberado cinismo.

En la vida de conspiración, las cartas comprometedoras se destruían; el contacto personal con gente del extranjero era raro,

de modo que Koba no podía temer que sus dos cartas llegasen a ser cotejadas. El mérito de haber conservado estos inapreciables documentos humanos para el futuro pertenece a los censores del servicio de Correos del zar. El 23 de diciembre de 1925, cuando el régimen totalitario estaba aún lejos de haber alcanzado su actual automatismo, el periódico de Tiflis *Zarya Vostova*, tuvo la insensatez de publicar una reproducción de la carta de Koba a los moscovitas, tomada de los archivos policíacos. ¡No es difícil imaginarse el rapapolvo que le valió al malhadado Consejo de redacción semejante traspies! Después no se volvió a reimprimir la carta, y ni uno solo de los biógrafos oficiales vuelve a mencionarla.

A pesar de la terrible necesidad de organizadores, Koba no «se dio a la fuga en seguida», esto es, no se escapó, sino que esta vez cumplió su condena hasta el final. Los periódicos contenían información sobre mítines estudiantiles y manifestaciones callejeras. No menos de diez mil personas se apiñaron en la Perspectiva Nevsky. Los trabajadores comenzaron a juntarse con los estudiantes. «¿No es éste el comienzo del cambio?», preguntaba Lenin en un artículo, unas semanas antes de recibir la carta que le envió Koba desde el destierro. Durante los primeros meses de 1911, el resurgimiento se hizo indiscutible, pero Koba, que ya tenía en su haber tres fugas, se estuvo tranquilo esta vez aguardando el término de su destierro. El despertar de la nueva primavera parecía haberle dejado frío. Recordando sus peripecias de 1905, ¿tendría acaso temor de una nueva resurrección?

Todos los biógrafos, sin excepción, hacen referencia a la nueva fuga de Koba. En realidad, no había necesidad de tal fuga; su destierro caducaba en julio de 1911. El periódico *Ojrana*, de Moscú, al mencionar de pasada a José Djughashvili aludía a él esta vez como uno que «cumplía su condena de destierro administrativo en la ciudad de Solvychegodsk». La Conferencia de los miembros bolcheviques del Comité Central, que entretanto se celebraba en el extranjero, designó una comisión especial para preparar una Conferencia del Partido, y parece ser que Koba entró a formar parte de ella con otros cuatro camaradas. Después del destierro, fue a Bakú y a Tiflis, para agitar a los bolcheviques locales e inducirlos a participar en la Conferencia. No había entonces organizaciones formales en el Cáucaso, por lo que hubo de empezar desde casi la nada absoluta. Los bolcheviques de Tiflis aprobaron el llamamiento que escribió Koba sobre la necesidad de un partido revolucionario:

«Por desgracia, además de los aventureros políticos, los provocadores y otra gentualla, los trabajadores avanzados en nuestra propia causa de reformar nuestro partido socialdemócrata, se ven obligados a tropezar con un nuevo obstáculo en nuestros filas, a saber, con gentes de mentalidad burguesa.»

Esto se refería a los liquidadores. La proclama terminaba con una metáfora característica de nuestro autor:

«Las sombrías nubes sangrientas de la negra reacción que se cierne sobre el país comienzan a dispersarse, comienzan a ser remplazadas por las tormentosas nubes del furor y la indignación del pueblo. El fondo negro de nuestra vida es sacudido por los relámpagos, mientras allá a lo lejos flamea la aurora, y la tempestad se acerca...»

El objeto de aquella proclama era dejar sentada la urgencia de organizar el grupo de Tiflis y asegurar así para los pocos bolcheviques locales la participación en la inmediata Conferencia.

Koba abandonó legalmente la provincia de Vologda. Es dudoso que fuera en condiciones legales del Cáucaso a San Petersburgo: era costumbre prohibir durante una temporada a los desterrados que viviesen en ciudades importantes. Pero, con permiso o sin él, el provinciano salió por último hacia el territorio de la capital. El Partido comenzaba justamente a despertar de su letargo. Sus mejores elementos estaban en la prisión, en el destierro, o habían emigrado. Por esto precisamente se necesitaba a Koba en San Petersburgo. Pero su primera estancia en la capital fue breve. Sólo dos meses pasaron entre el fin de su destierro y su nueva detención, y, de este lapso, tres a cuatro semanas debió de invertir en su viaje al Cáucaso. Nada sabemos acerca de la adaptación de Koba a su nuevo ambiente ni de cómo empezó a trabajar en el nuevo marco de actividad.

La única reminiscencia de aquel período es la brevísima información que Koba envió al extranjero relativa a la reunión secreta de los cuarenta y seis socialdemócratas del distrito de Viborg. El pensamiento principal de un discurso pronunciado por un prominente liquidador fue el siguiente: que «en un sentido de partido no se necesitan organizaciones», pues para la actividad abierta bastaba sólo con tener «grupos de iniciación» que se ocuparan de organizar charlas públicas y reuniones legales sobre

materias de seguros del Estado, política municipal, etc. Según la nota de Koba, este plan de los liquidadores para adaptarse a la monarquía pseudoconstitucional encontró una cordial resistencia en todos los trabajadores, incluyendo a los mismos mencheviques. Al final de la reunión, todos, con la excepción del orador principal, votaron en favor de un partido revolucionario ilegal.

Lenin o Zinoviev pusieron a este mensaje de San Petersburgo la siguiente nota editorial:

«La correspondencia del camarada K merece la máxima atención de todos aquellos que aprecien al Partido... No podría esperarse una repulsa mejor a las opiniones y esperanzas de nuestros pacificadores y conciliadores. ¿Es excepcional el incidente descrito por el camarada K? No, es típico...»

Sin embargo, raramente «recibe el Partido una información tan definida, y por ello damos las gracias al camarada K». Con relación a este episodio periodístico, la Enciclopedia Soviética escribe:

«Las cartas y los artículos de Stalin atestiguan la inmovible unidad de esfuerzo combativo y línea política que ligaba a Lenin y al genio que fue su compañero de armas.»

Para llegar a esta conclusión fue necesario publicar una tras otra varias ediciones de la Enciclopedia, liquidando entretanto a no escaso número de editores.

Alliluyev nos refiere que un día de primeros de setiembre, al regresar a su casa, observó que había espías en la puerta, y al subir la escalera hacia su piso, encontró allí a Stalin y a otro bolchevique georgiano. Cuando Alliluyev les habló de la «cola» que dejaba abajo, Stalin contestó, no muy cortésmente: «Y eso, ¿qué te importa...? ¡Algunos camaradas se están volviendo unos zamacucos, unos burgueses asustadizos!» Pero los espías resultaron serlo efectivamente. El 9 de setiembre detuvieron otra vez a Koba, y el 22 de diciembre ya estaba en su lugar de destierro; esta vez la capital de la provincia de Vologda, es decir, en mejores condiciones que antes. Es probable que este destierro fuese sólo como castigo por estancia ilegal en San Petersburgo.

El Centro bolchevique del extranjero continuaba enviando emisarios a Rusia para preparar la Conferencia. El contacto entre los grupos socialdemócratas locales se fue estableciendo lentamente, y se interrumpía con frecuencia. Sin embargo, la simpatía con que la idea de celebrar una Conferencia era acogida por los trabajadores progresivos mostró, desde luego, según dice Olminsky, que «los trabajadores toleraban simplemente el liquidacionismo, pero

por dentro estaban muy lejos de desearlo». A pesar de las circunstancias extraordinariamente difíciles, los emisarios consiguieron ponerse en contacto con un gran número de grupos locales clandestinos. «Era como una ráfaga de aire fresco», escribía el mismo Olminsky.

A la Conferencia convocada en Praga el 5 de enero de 1912 asistieron quince delegados de una veintena de organizaciones ilegales, en su mayor parte poco numerosas. Los informes de los delegados ofrecían un cuadro bastante claro de la situación del Partido; las pocas organizaciones locales se componían casi exclusivamente de bolcheviques, con una gran proporción de provocadores que traicionaban la organización tan pronto como empezaba a sostenerse en pie. Particularmente sombría era la situación en el Cáucaso. «No hay organización de ningún género en Chiatury —informaba Ordzhonikidze acerca del único punto industrial de Georgia—. Ni tampoco la hay en Batum.» En Tiflis «sucede lo mismo. Durante estos últimos años no hubo una simple octavilla ni trabajo ilegal en absoluto...». A pesar de la evidente flaqueza de los grupos locales, la Conferencia reflejó el nuevo espíritu de optimismo. Las masas iban poniéndose en movimiento, y el Partido sentía el viento propicio en su velamen.

Las decisiones adoptadas en Praga señalaron la ruta al Partido por una larga temporada. En primer lugar, la Conferencia reconoció como necesario crear núcleos socialdemócratas rodeados por una red tan extensa como fuese posible de toda índole de asociaciones obreras legales. La mala cosecha, que hizo padecer hambre a veinte millones de campesinos, confirmó una vez más, según la Conferencia, «la imposibilidad de conseguir ninguna clase de desenvolvimiento burgués en Rusia mientras su política estuviese dirigida... por la clase de terratenientes de mentalidad feudal». «La tarea de la conquista del Poder por el proletariado, dirigiendo a los campesinos, es, como siempre, la tarea de la revolución democrática en Rusia.» La Conferencia declaró fuera del Partido a la facción de los liquidadores, y apelaba a todos los socialdemócratas, «sin distinción de tendencias ni matices», para declarar la guerra a los liquidadores en nombre de la reconstitución del Partido ilegal. Habiéndose desarrollado por completo sin intervención de los mencheviques, la Conferencia de Praga inició la era de la existencia independiente del partido bolchevique, con su propio Comité Central.

La *Historia* novísima del Partido, publicada en 1938 bajo la dirección editorial de Stalin, afirma:

«Los miembros de aquel Comité Central eran Lenin, Stalin, Ordzhonikidze, Sverdlov, Goloschekin y otros. Stalin y Sverdlov fueron elegidos en ausencia, pues por entonces estaban deportados.»

Pero en la colección oficial de documentos del Partido (1926) leemos:

«La Conferencia eligió un nuevo Comité Central, compuesto de Lenin, Zinoviev, Ordzhonikidze, Spandaryan, Víctor (Ordinsky), Malinovsky y Goloschekin.»

La *Historia* no incluye en el Comité Central a Zinoviev ni al provocador Malinovsky, pero sí a Stalin, que no estaba en la antigua lista. La explicación de este enigma puede proyectar alguna claridad sobre la posición de Stalin en el Partido por aquellos días, así como sobre los actuales métodos de historiografía moscovita. En realidad, Stalin no fue elegido en la Conferencia, sino que le hicieron miembro del Comité Central poco después de ella, por medio de lo que se llamaba cooptación. La mencionada fuente oficial lo dice bien claramente:

«Más tarde, los camaradas Koba (Djugashvili-Stalin) y Vladimir (Belostotsky, antiguo obrero de los talleres Putilov) entraron por cooptación en el Comité Central.»

Asimismo, de acuerdo con los materiales de la *Ojrana*, de Moscú, Djugashvili fue elegido miembro del Comité Central después de la Conferencia, a base del derecho de cooptación reservado para los miembros del mismo. La misma información se halla en todos los libros de consulta del Soviet, sin excepción, hasta el año 1929, en que se publicó la instrucción de Stalin, que revolucionó toda la ciencia histórica. En la publicación conmemorativa de 1937 dedicada a la Conferencia, leemos:

«Stalin no pudo participar en los trabajos de la Conferencia de Praga porque a la sazón estaba confinado en Solvychegodsk. Por entonces, Lenin y el Partido conocían ya a Stalin como dirigente de importancia... Por eso, de acuerdo con la proposición de Lenin, los delegados a la Conferencia eligieron a Stalin para el Comité Central, en ausencia.»

La cuestión de si Stalin fue elegido en la Conferencia o designado más tarde por cooptación del Comité Central, puede parecer de escasa importancia. Pero no es así en realidad. Stalin deseaba ser nombrado miembro del Comité Central. Lenin creía necesario que se le nombrara. La selección de candidatos disponibles era tan limitada que hasta segundas figuras entraron a formar parte del Comité Central. Y, sin embargo, Koba no fue elegido. ¿Por qué?

Lenin estaba lejos de ser un dictador en su Partido. Además, un Partido revolucionario no hubiera tolerado dictaduras. Después de algunas negociaciones preliminares con los delegados, Lenin, por lo visto, juzgó más conveniente no plantear la candidatura de Koba. «Cuando en 1912, Lenin llevó a Stalin al Comité Central del Partido —escribe Dmitrievsky—, produjo indignación. Nadie se opuso abiertamente. Pero entre ellos se manifestaron disgustos.» La información del antiguo diplomático, que por lo general no merece crédito, tiene interés no obstante por reflejar recuerdos y chismes burocráticos. Indudablemente Lenin tropezó con una oposición seria. Sólo podía hacer una cosa: esperar a que la Conferencia terminase y acudir luego al pequeño círculo dirigente, que, o bien confiaba en la recomendación de Lenin o comparaba su apreciación respecto al candidato. Así entró por primera vez Stalin en el Comité Central, por la puerta trasera.

La historia relativa a la organización interna del Comité Central ha sufrido metamorfosis análogas.

«El Comité Central..., a propuesta de Lenin, creó un buró del Comité Central, presidido por el camarada Stalin, para guiar la actividad del Partido en Rusia. Además de Stalin, formaban parte del buró ruso del Comité Central, Sverdlov, Spandaryan, Ordzhonikidze y Kalinin.»

Así lo dice Beria, a quien, mientras estaba yo redactando este capítulo, nombraba Stalin jefe de su policía secreta; sus esfuerzos eruditos no quedaron así sin recompensa. En vano buscaríamos, en cambio, una confirmación documental de tal aserto, que se repite en la última *Historia*. En primer lugar, nadie era designado «presidente» de instituciones del Partido: no existía en absoluto tal método de elección. Según los viejos libros oficiales de referencia, el Comité Central eligió un «Buro o Comisión compuesta de Ordzhonikidze, Spandaryan, Stalin y Goloschekin». La misma lista figura también en las notas a las obras de Lenin. Entre los papeles de la *Ojrana*, de Moscú, los primeros tres («Timogei, Sergo y Koba») se mencionan como miembros del Buró ruso del Comité Central por sus alias. No carece de interés que en todas las listas antiguas figure siempre Stalin en último o penúltimo lugar, lo que no hubiera sucedido, desde luego, de haber sido colocado «a la cabeza» o nombrado «presidente». Goloschekin, expulsado de la máquina del Partido en una de las últimas purgas, fue asimismo borrado del Buró en 1912, ocupando su puesto el afortunado Kalinin. La *Historia* se vuelve arcilla en manos del alfarero.

El 24 de febrero, Ordzhonikidze informó a Lenin que en Vologda había vistado a Ivanovich (Stalin): «Llegamos a un acuerdo completo. Está satisfecho del giro que tomaron las cosas.» Esto se refiere a la decisión de la Conferencia de Praga. Koba se enteró de que, por fin, había sido elegido por cooptación miembro del «centro» recién creado. El 28 de febrero se escapó del destierro, en su nueva calidad de miembro del Comité Central. Después de una breve estancia en Bakú, siguió hasta San Petersburgo. Dos meses antes había cumplido treinta y dos años.

La promoción de Koba del palenque provincial al nacional, coincidió con el resurgir del movimiento obrero y el desarrollo relativamente extenso de la Prensa obrera. Por presión de las fuerzas clandestinas, las autoridades zaristas perdieron su aplomo al principio. La mano del censor flaqueaba. Las posibilidades legales se hicieron más amplias. El bolchevismo se lanzó a la plaza pública, al principio con un semanario, y luego con un diario. Al punto aumentaron las ocasiones y los modos de influir sobre los trabajadores. El Partido continuaba en la sombra, pero los cuadros de redacción de sus periódicos se convirtieron por el momento en los mandos legales de la revolución. El nombre de la *Pravda* en San Petersburgo, dio color a todo un período del movimiento obrero, en que comenzó a llamarse a los bolcheviques *pravdistas*. Durante los dos años y medio de existencia del periódico, el Gobierno lo suspendió ocho veces, pero cada vez reaparecía bajo un nombre similar. En algunas de las cuestiones más decisivas, *Pravda* se veía a menudo obligada a contenerse con rebajas e insinuaciones. Pero sus agitaciones y proclamas clandestinas decían con toda claridad lo que abiertamente era forzoso falsear o callar. Además, entretanto, los obreros avanzados habían aprendido a leer entre líneas. Una circulación de cuarenta mil ejemplares puede parecer demasiado modesta comparada con las cifras usuales en Europa occidental o en Norteamérica; pero en la hipersensibilidad acústica política de la Rusia zarista, el periódico bolchevique, por medio de sus suscriptores directos y de sus lectores, hallaba un eco propicio entre cientos de miles de trabajadores. Así la joven generación revolucionaria se agrupó en torno a *Pravda* bajo la dirección de aquellos veteranos que habían resistido los años de redacción. «La *Pravda* de 1912 estaba sentando los cimientos de la victoria del bolchevismo en 1917», escribió más tarde Stalin, aludiendo a su propia participación en aquella actividad.

Lenin, a quien todavía no había llegado la noticia de la fuga de

Stalin, se quejaba el 15 de marzo: «Nada de Ivanovich..., ¿qué le ocurre? ¿Dónde está? ¿Cómo se encuentra...?» Había escasez de hombres. No se disponía de personas apropiadas, ni siquiera en la capital. En la misma carta, Lenin escribía que era «endiabladamente» necesaria una persona ilegal en San Petersburgo, «porque las cosas no marchan bien allí. Hay una guerra dura y terrible. No tenemos información ni dirección, ni inspección del periódico». Lenin estaba sosteniendo «una guerra dura y terrible» en el Consejo de redacción de *Zvezda* (La Estrella), que titubeaba en librar batalla a los liquidadores, «Apresuraos a luchar con *Zhivoye Dyelo* (La Causa Vital), periódico de los liquidadores, y el triunfo está asegurado. De otro modo, pasaremos grandes apuros. No os asustéis de las polémicas...» Lenin insistía de nuevo en marzo de 1912. Aquél era el motivo cardinal de todas sus cartas por aquellos días.

«¿Qué ocurre? ¿Dónde está? ¿Cómo se encuentra?», podemos repetir muy bien con Lenin. La misión real de Stalin (como de costumbre, tras la cortina) no es fácil de determinar: hay que examinar a fondo hechos y documentos. Sus deberes como miembro del Comité Central en San Petersburgo (esto es, como uno de los dirigentes oficiales del Partido) abarcaban, naturalmente, la Prensa ilegal también. Pero antes de las instrucciones a los «historiadores», tal circunstancia quedó relegada a un olvido absoluto. La memoria colectiva tiene sus propias leyes, que no siempre coinciden con los reglamentos del Partido. *Zvezda* se fundó en diciembre de 1910, cuando se hicieron notar los primeros indicios del resurgimiento. «Lenin, Zinoviev y Kamenev —consigna la noticia oficial— estaban muy estrechamente asociados, disponiendo lo necesario para publicarlo y editarlo desde el extranjero.» El cuadro de redacción de las obras de Lenin menciona a once personas entre sus colaboradores principales en Rusia, olvidándose de incluir a Stalin entre ellos. Pero no hay duda de que pertenecía a la redacción del periódico en virtud de su posición influyente.

El mismo olvido (hoy podría denominarse sabotaje de memoria) es característico de todas las antiguas Memorias y obras de referencia. Incluso en una edición especial que en 1927 dedicó *Pravda* a su propio XV aniversario, ni un solo artículo, ni el editorial siquiera, cita el nombre de Stalin. Estudiando las viejas publicaciones, llega uno hasta dudar de sus propios ojos.

La única excepción se encuentra en las valiosas Memorias de Olminsky, uno de los más íntimamente asociados con *Zvezda* y

*Pravda*, quien describe la misión de Stalin con las siguientes palabras:

«Stalin y Sverdlov aparecieron en San Petersburgo varias veces después de haber escapado del destierro... La presencia de ambos en San Petersburgo (hasta su nueva detención) fue breve, pero cada vez consiguió producir considerable efecto en el trabajo del periódico, la facción, etc.»

Esta sencilla afirmación, incorporada además no al texto principal, sino en una nota al pie, probablemente caracteriza la situación con gran exactitud. Stalin solía presentarse de vez en cuando en San Petersburgo por temporadas cortas, apremiando a la organización, a la facción de la Duma, al periódico, para desaparecer luego. Sus apariciones eran excesivamente transitorias, y su influencia muy, del estilo de la maquinaria del Partido, y sus ideas y artículos demasiado vulgares para haber dejado una impresión perdurable en la memoria de nadie. Cuando la gente escribe Memorias sin que nadie le coaccione, no recuerda las funciones oficiales de los burócratas, sino la actividad vital del pueblo que alienta, hechos reales, fórmulas tajantes, proposiciones originales, Stalin no se distinguió por nada de esto. No es extraño que la copia gris no se recordase al lado del vívido original. Ciertamente, Stalin no se limitaba a parafrasear a Lenin. Ligado por su apoyo a los conciliadores, continuó ateniéndose simultáneamente a las dos líneas que nos son familiares por sus cartas de Solvychegodsky: con Lenin contra los liquidadores; con los conciliadores, contra Lenin. La primera política era descarada, y subterránea la otra. Tampoco la lucha de Stalin contra el Centro de los emigrados inspiró a los autores de Memorias, aunque por una razón diferente: todos ellos, activa o pasivamente, tomaron parte en la «conspiración» de los conciliadores contra Lenin, y por eso prefieren dar vuelta rápida a esa página de la historia del Partido. Sólo después de 1929, la posición oficial de Stalin como representante del Comité Central se convirtió en base de la nueva interpretación del período histórico anterior a la guerra.

Stalin no podía haber dejado la impronta de su personalidad en el periódico por la sencilla razón de que no es periodista por naturaleza. Desde abril de 1912 a febrero de 1913, según los cálculos de uno de sus íntimos asociados, publicó en la Prensa bolchevique «no menos de una veintena de artículos», que vienen a ser dos artículos mensuales por término medio. Y eso en la pleamar de los acontecimientos, cuando la vida planteaba nuevos problemas cada día de excitación. Verdad es que en el curso de aquel

año pasó Stalin casi seis meses desterrado. Pero era más fácil colaborar en *Pravda* desde Solvychegodsk o Vologda que desde Cracovia, de donde Lenin y Zinoviev enviaban artículos y cartas a diario. La pereza, una desordenada cautela, la falta absoluta de recursos literarios, y, finalmente, una indolencia oriental extrema se combinaban para mantener la pluma de Stalin poco menos que improductiva. Sus artículos, algo más firmes de tono que durante los años de la primera Revolución, continuaban ostentando el sello indeleble de la mediocridad.

«A continuación de las manifestaciones económicas de los trabajadores —escribía *Zvezda* el 15 de abril—, vinieron sus manifestaciones políticas. Tras las huelgas por subida de salarios, vinieron protestas, mítines, huelgas políticas fundadas en los atropellos del Lena... No hay duda de que las fuerzas subterráneas del movimiento liberador han comenzado a actuar. ¡Os saludamos, primeras golondrinas!»

La imagen de las «golondrinas» como símbolo de «las fuerzas subterráneas» es típica del estilo de nuestro autor. Pero, después de todo, *está* claro lo que quiere decir. Sacando «conclusiones» de los llamados «sucesos del Lena», Stalin analiza (como siempre, esquemáticamente, sin mirar la realidad viviente) la conducta del Gobierno y de los partidos políticos, acusa a la burguesía de derramar «lágrimas de cocodrilo» por el fusilamiento de los indefensos trabajadores, y concluye con esta admonición: «Ahora que ya ha pasado la primera oleada de la crecida, las fuerzas tenebrosas que han tratado de ocultarse tras una cortina de lágrimas de cocodrilo, comienzan de nuevo a dejarse ver.» A pesar del llamativo efecto de esta metáfora, «la cortina de lágrimas de cocodrilo», que parece particularmente singular en contraste con el fondo más bien llano del texto, el artículo hace constar en líneas generales lo que aproximadamente había que decir y que veintenas de otros hubieran dicho también. Pero es justamente la «tosquedad» de su exposición (no sólo de su estilo, sino del mismo análisis) lo que hace la lectura de los escritos de Stalin tan insoportable como la música discordante a un oído delicado. En una proclama ilegal escribía:

«Es hoy, el día 1.º de mayo, cuando la Naturaleza despierta del sopor invernal, los bosques y las montañas están cubiertos de césped, los campos y las praderas tapizados de flores, y el sol comienza a calentar con más intensidad, y el gozo de la renovación se siente en el aire, mientras la Naturaleza se entrega a la danza y a la alegría; es precisamente hoy cuando los trabajadores deci-

dieron proclamar ante el mundo que ellos traen a la Humanidad primavera y liberación de los grillos del capitalismo... El océano del movimiento obrero se extiende cada vez más... El mar de la cólera proletaria se agita en encrespadas olas... Seguros de su victoria, fuertes y serenos, marchan arrogantes por la ruta hacia la tierra prometida, por la ruta hacia el socialismo esplendoroso.»

Aquí tenemos la revolución de San Petersburgo hablando en el lenguaje de las homiléticas de Tiflis.

La oleada de huelgas se dilató, y se multiplicaron los contactos con los trabajadores. El semanario ya no pudo hacer frente a las necesidades del movimiento. *Zvezda* comenzó a recoger dinero para un periódico diario. «A fines del invierno de 1912 —escribe el antiguo diputado Poletayev—, Stalin, que había huido del destierro, llegó a San Petersburgo. La labor de organizar un periódico obrero se hizo más intensa.» En su artículo de 1922 sobre el X aniversario de *Pravda*, Stalin mismo escribía:

«Era a mediados de abril de 1912, por la noche, en la morada de Poletayev, donde dos diputados de la Duma (Pokrovsky y Poletayev), dos literatos (Olminsky y Baturin) y yo, miembro del Comité Central..., nos pusimos de acuerdo sobre el programa de *Pravda* y dispusimos la primera edición del periódico.»

La responsabilidad de Stalin en cuanto al programa de *Pravda* resulta así reconocida por él mismo. La esencia de aquel programa puede concretarse en las palabras: «trabajo; el resto vendrá por sí mismo». Ciertamente es que Stalin fue detenido el 22 de abril, fecha de salida del primer número de *Pravda*. Pero durante casi tres meses, *Pravda* se mantuvo fiel al programa elaborado de acuerdo con Stalin. La palabra «liquidador» se suprimió en el léxico del periódico.

«Una guerra inconciliable con el liquidacionismo era indispensable —escribe Krupskaja—. Por eso estaba Vladimiro Ilich tan inquieto cuando, desde el primer momento, *Pravda* suprimió persistentemente en sus columnas toda polémica con los liquidadores. Escribió cartas airadas a *Pravda*.» Una parte de ellas (evidentemente, sólo una pequeña parte) ha logrado ver la luz. «En ocasiones, aunque esto era raro —se lamenta en otro lugar—, los artículos de Ilich se perdían sin dejar rastro. Otras veces, sus artículos eran retenidos, no se publicaban en el acto. Y entonces era cuando Ilich se ponía nervioso y escribía a *Pravda* cartas inflamadas, por cierto sin gran fruto.»

La lucha con el cuadro de redacción de *Pravda* fue una continuación directa de la sostenida con el de *Zvezda*. «Es nocivo, de-

satroso y ridículo ocultar las diferencias de opinión a los trabajadores», escribía Lenin el 11 de julio de 1912. Unos días después pedía que el secretario del Consejo de redacción, Molotov, el actual vicepresidente del Consejo de Comisarios del Pueblo y Comisario popular de Negocios Extranjeros, explicara por qué el periódico «suprime persistente y sistemáticamente de mis artículos y de los de otros colegas toda mención de los liquidadores». Entretanto, se aproximaban las elecciones para la cuarta Duma. Lenin advertía: «Las elecciones en las asambleas de trabajadores de San Petersburgo irán sin duda acompañadas por una lucha en toda la línea contra los liquidadores. Ésta habrá de ser la decisión más vital para los trabajadores avanzados. ¡Y, sin embargo, su periódico continuará mudo, soslayando la palabra "liquidador"! Esquivar estas cuestiones es tanto como suicidarse.»

Desde su retiro de Cracovia, Lenin se daba perfecta cuenta de la tácita, pero persistente conspiración de los prebostes conciliadores del Partido. Pero estaba firmemente convencido de que tenía razón. La rápida reavivación del movimiento obrero estaba obligada a plantear francamente los problemas fundamentales de la revolución, dejando sin puntos de apoyo no sólo a los liquidadores, sino también a los conciliadores. La fortaleza de Lenin no estaba tanto en su habilidad para construir una máquina (aunque sabía hacerlo también), como en su aptitud para utilizar en el crítico momento la energía viviente de las masas a fin de vencer las limitaciones y la característica conservadora de toda máquina política. Así ocurrió también en este caso. Ante la creciente presión de los trabajadores y el látigo de Cracovia, *Pravda*, a regañadientes y entre continuos remoloneos, comenzó a abandonar su posición de neutralidad dilatoria.

Stalin pasó poco más de dos meses en la cárcel de San Petersburgo. El 2 de julio salió de allí para su nuevo destierro de cuatro años, esta vez al otro lado de los Urales, en la parte septentrional de la provincia de Tomsk, región de Narym, famosa por sus bosques, lagos y pantanos. Vereshchak, a quien ya conocemos, volvió a coincidir con Koba en la aldea de Kolpashevo, donde el último pasó varios días en ruta para su destierro. Allí estaban Sverdlov, I. Smirnov, Lashevich, todos ellos bolcheviques clásicos. No era fácil predecir entonces que Lashevich fuese a morir deportado por Stalin, y Smirnov fusilado por orden suya, y que sólo una muerte prematura salvaría a Sverdlov de un sino análogo. «La llegada de Stalin a la región de Narym —escribía Vereshchak— avivó la actividad de los bolcheviques y se señaló por

un pequeñísimo número de fugas.» Después de otros, el mismo Stalin se escapó también. «Se fue casi descaradamente en el primer vapor de primavera...» En realidad, la fuga de Stalin tuvo lugar a fines de verano. Era la cuarta vez que se escapaba.

Después de volver a San Petersburgo, el 12 de setiembre, encontró allí las cosas considerablemente alteradas. Había en curso huelgas tumultuosas. Los trabajadores aflujan a las calles con consignas revolucionarias. La política de los mencheviques estaba totalmente desacreditada. La influencia de *Pravda* aumentaba por momentos. Además, las elecciones a la Duma se acercaban. Ya se había marcado desde Cracovia en tono para la campaña electoral, y escogido las bases de argumentación. Los bolcheviques consagrados a las elecciones luchaban separados de los liquidadores y en contra de éstos. Los trabajadores habían de confundirse en un solo grupo bajo la bandera de las tres consignas principales de la revolución democrática: república, jornada de ocho horas y confiscación de las fincas rústicas. Liberar a los pequeñoburgueses demócratas de la influencia de los liberales, atraer a los campesinos al lado de los obreros..., tales eran las ideas capitales del programa electoral de Lenin. Combinando una minuciosa atención a los detalles con un vuelo audaz de pensamiento, Lenin era prácticamente el único marxista que había estudiado a fondo todas las posibilidades y trampas de la ley electoral de Stolypin. Después de inspirar políticamente la campaña para las elecciones, la dirigía técnicamente un día tras otro. Para ayudar a San Petersburgo, enviaba desde el extranjero artículos e instrucciones, y preparaba concienzudamente a emisarios.

Safarov, hoy uno de los ausentes, en su viaje de Suiza a San Petersburgo, durante la primavera de 1912, se detuvo en Cracovia, donde se enteró de que Inessa, un conspicuo activista del Partido muy adicto a Lenin, iba también a la capital para tomar parte en la campaña de las elecciones. «Durante un par de días, por lo menos, Lenin nos llenó bien la cabeza de instrucciones.» La elección de los representantes de las asambleas de trabajadores en San Petersburgo se había fijado para el 16 de setiembre. Inessa y Safarov fueron detenidos el 14. «Pero la policía no sabía aún —escribía Krupskaja— que Stalin, huido del destierro, acababa de llegar el 12. Las elecciones a compromisarios de los trabajadores fueron un gran éxito.» Krupskaja no dijo «gracias a Stalin». Se limitó a poner dos frases juntas, como medida de auto-defensa pasiva. «En mítines extemporáneos celebrados en diversas fábricas —leemos en una nueva edición de las Memorias del

diputado de la primera Duma, Badayev (pues no consta en la primera edición)—, Stalin, que acababa de escaparse del destierro en Narym, habló.» Según Alliluyev, que escribió sus Memorias ya en 1937, «Stalin tuvo a su cargo directo toda la enorme campaña electoral para la cuarta Duma... Como vivía ilegalmente en San Petersburgo, sin un cobijo permanente definido, y no queriendo molestar a ninguno de sus íntimos camaradas durante las altas horas de la noche, después de un mitin de trabajadores que se había demorado y también a causa de consideraciones de orden conspiratorio, Stalin solía pasar el resto de la noche en alguna taberna, tomando un vaso de té». También allí se las arreglaba a veces «para dar unas cabezadas, sentado en la taberna que olía a humo de *majorka* (tabaco malo)».

Stalin no pudo ejercer gran influencia en el resultado de las elecciones durante las primeras fases de la campaña, cuando era necesario ponerse en contacto directo con los votantes, no sólo porque era un orador mediocre, sino porque no tuvo más que cuatro días disponibles. Lo compensó desempeñando un papel importante en las siguientes fases del complicado sistema electoral, siempre que era necesario desplegar a los representantes de los trabajadores y manejarlos tirando de los hilos desde detrás de la cortina, contando con el aparato ilegal. En aquella actividad, Stalin se mostró indudablemente más apto que nadie.

Un documento importante de la campaña electoral era «La instrucción de los trabajadores de San Petersburgo a su diputado». En la primera edición de sus Memorias, Badayev manifiesta que dicha instrucción fue fruto colectivo, aunque la última mano fuese de Stalin, como representante del Comité Central... «Creemos —se dice en la instrucción— que Rusia vive en vísperas de inminentes movimientos de masas, probablemente mucho más fundamentales que los de 1905... Como en 1905, el iniciador de estos movimientos será la clase más progresiva de la sociedad rusa, el proletariado ruso. Su aliado sólo puede ser el sufrido trabajador del campo, profundamente interesado por la liberación de Rusia.» Lenin escribió a *Pravda*, al Consejo de redacción: «Publicad sin falta... esta instrucción... en caracteres grandes y en sitio preferente.» La asamblea de representantes provinciales adoptó la instrucción bolchevique por una enorme mayoría de votos. En aquellos agitados días, Stalin figuró también más activamente como publicista; contó cuatro artículos suyos en *Pravda* en una sola semana.

Los resultados de las elecciones en San Petersburgo, como en

todos los distritos industriales, en general, fueron muy favorables. Los candidatos bolcheviques fueron elegidos en seis de las provincias más importantes, que comprendían en conjunto unas cuatro quintas partes de la clase trabajadora. Los siete liquidadores sólo tuvieron los votos de la pequeña burguesía de las ciudades. «En contraste con las elecciones de 1907 —escribía Stalin en su correspondencia al órgano central publicado en el extranjero—, las elecciones de 1912 coincidieron con el resurgir revolucionario entre los trabajadores.» Precisamente por esta razón, los obreros, que estaban muy lejos de la tendencia boicotista, lucharon activamente por sus derechos de sufragio. La Comisión gubernamental hizo un intento de invalidar las elecciones en algunas de las más importantes fábricas de San Petersburgo. Los obreros contrarrestaron la tentativa con una huelga unánime, de protesta, que consiguió su propósito. «No es superfluo añadir —continúa diciendo el autor de esta correspondencia— que la iniciativa en esta campaña electoral fue la del representante del Comité Central.» Aquí la referencia es del mismo Stalin. Sus conclusiones políticas respecto a dicha campaña eran: «La Socialdemocracia revolucionaria vive y es potente; ésta es la primera conclusión. Los liquidadores están en plena quiebra política; ésta es la segunda conclusión.» Y era verdad.

Los siete mencheviques, más bien intelectuales, trataron de situar a los seis bolcheviques, trabajadores con poca experiencia política, bajo su control. A fines de noviembre, Lenin escribió personalmente a Wassilyev (Stalin): «Si los seis nuestros proceden de las asambleas de trabajadores, no deben someterse en silencio a una partida de siberianos<sup>1</sup>. Los seis deben manifestarse con una protesta categórica, si tratan de dominarlos...» La respuesta de Stalin a aquella carta, como a otras, sigue guardada bajo siete llaves. Pero la llamada de Lenin no encontró simpatía; los mismos seis estaban por la unidad con los liquidadores, que habían sido declarados «fuera del Partido» por encima de su propia independencia política. En una resolución especial publicada en *Pravda*, la facción unida reconocía que «la unidad de la Socialdemocracia es una urgente necesidad», se pronunciaba en favor de fusionar *Pravda* con el periódico de los liquidadores, *Lootch'* (El Rayo), y a modo de paso en tal dirección recomendaba a todos sus miembros que colaborasen en ambos periódicos. El 18 de diciembre, el menchevique *Lootch'* publicaba triunfalmente los nombres de los

<sup>1</sup> Se refiere a los desterrados políticos en Siberia, la mayoría intelectuales. — C. M.

cuatro diputados bolcheviques (por haber rehusado los otros dos) en su lista de colaboradores; los nombres de los miembros de la facción menchevique se publicaron a la vez en lo más alto de *Pravda*. De nuevo había ganado el conciliatorismo, lo que en esencia significaba una derrota para el espíritu y la letra de la Conferencia de Praga.

Pronto apareció en la lista de colaboradores de *Lootch'* otro nombre más: el de Gorki. Aquello hacía pensar en una conjura. «¿Y cómo ocurrió que usted se uniera con *Lootch'*??? —escribía Lenin a Gorki, con tres signos de interrogación—. ¿Es posible que vaya siguiendo las huellas de los diputados? ¡Pero es que ellos han caído sencillamente en una trampa!» Stalin estaba en San Petersburgo durante este efímero triunfo de los conciliadores, ejerciendo el control del Comité Central sobre la facción y sobre *Pravda*. Nadie ha dicho una palabra relativa a su protesta contra decisiones que asestaban un cruel golpe a la política de Lenin, señal cierta de que tras las escenas de las maniobras conciliatorias se ocultaba el mismo Stalin. Justificando después su culpable conducta, el diputado Badayev escribía: «Como en todas las demás ocasiones, nuestra decisión... se tomó de acuerdo con la actitud de los círculos del Partido en que tuvimos entonces ocasión de tratar de nuestras actividades...» Esta excusa indirecta alude al Buró del Comité Central en San Petersburgo, y en primer término a Stalin. Badayev solicita en tono circunspecto que el desdoro no se desvíe de los dirigentes a los dirigidos.

Hace varios años se observó en la Prensa soviética que no se había aclarado bastante la historia de la lucha interna de Lenin con la fracción de la Duma y con el cuadro de redacción de *Pravda*. En estos últimos años se ha hecho lo posible por hacer más difícil tal esclarecimiento. Todavía no se ha publicado por completo la correspondencia de Lenin relativa a aquel período crítico. A disposición de los historiadores sólo estaban los documentos que por una u otra razón han salido de los archivos antes de instituirse el control totalitario. Sin embargo, aun de estos fragmentos diseminados se destaca un cuadro intachable. La huraña de Lenin sólo era el reverso de su perspicacia realista. Insistía en la división por la línea que en última instancia había de convertirse en la línea de batalla de la guerra civil. El empirista Stalin era incapaz, por constitución, de asumir un punto de vista de gran amplitud. Enérgicamente combatió a los liquidadores durante la campaña electoral para conseguir sus propios diputados; se trataba de asegurar un importante punto de apoyo. Pero una vez

realizada aquella tarea de organización, no conceptuaba necesario levantar otra «tempestad en un vaso de agua», especialmente en vista de que incluso los mencheviques, bajo la influencia de la marejada revolucionaria, parecían dispuestos a hablar un lenguaje diferente. ¡En verdad, no valía la pena de «trepar por la pared»! En cuanto a Lenin, toda su política se encaminaba a la educación revolucionaria de las masas. La lucha de la campaña electoral nada significaba para él mientras después de la elección permanecieran unidos los diputados socialdemócratas en la Duma. Creía necesario dar a los trabajadores todas las oportunidades posibles (a cada paso, en cada acto) para convencerse de que en todas las cuestiones fundamentales los bolcheviques se diferenciaban claramente de los demás grupos políticos, sin excepción. Este era el principal punto de litigio entre Cracovia y San Petersburgo.

Los titubcos de la facción de la Duma estaban íntimamente relacionados con la política de *Pravda*. «Durante aquel período —escribía Badayev en 1930—, Stalin, que se hallaba en la ilegalidad, dirigía *Pravda*.» El documentado Savelyev escribía asimismo: «Como estaba en la ilegalidad, Stalin llevaba personalmente el periódico durante el otoño de 1912 y el invierno de 1912-1913. Sólo durante un breve intervalo dejó de hacerlo por ir al extranjero, a Moscú y a otros sitios.» Estos informes de testigos directos, concordantes con todas las circunstancias de hecho, no pueden refutarse. Pero no era cierto que Stalin llevase el periódico en el sentido real de la palabra. Quien lo llevaba era Lenin. A diario enviaba artículos, de otros, proposiciones, instrucciones, rectificaciones. Stalin, lento de ideas, no podía de ningún modo seguir el paso de aquella corriente activa de sugerencias e iniciativas, de las cuales nueve décimas partes se le antojaban superfluas o exageradas. En lo esencial, el Consejo de redacción mantenía una posición defensiva. No tenía ideas políticas propias, y trataba simplemente de mellar el cortante filo de la política de Cracovia. Y Lenin, no sólo sabía cómo preservar el corte bien afilado, sino cómo afilarlo de nuevo. En tales condiciones, Stalin vino a ser naturalmente el inspirador secreto de la oposición de los conciliadores a la presión de Lenin.

«Nuevos conflictos —afirma el cuadro de redacción de las obras de Lenin (Bujarin, Molotov, Savelyev)— surgieron a consecuencia de la debilidad de la posición adoptada contra los liquidadores al final de la campaña electoral y también respecto a la invitación hecha a los progresistas para colaborar en *Pravda*. Estas relaciones empeoraron aún en enero de 1913, después de

salir J. Stalin de San Petersburgo...» La expresión, por demás considerada, «empeoraron aún», atestigua que aún antes de salir Stalin, las relaciones de Lenin con el cuadro de redacción no se caracterizaban por lo amistosas, pero Stalin evitaba de todos modos convertirse en «blanco de tiro».

Los miembros del cuadro de redacción eran figuras de escasa influencia en el sentido de Partido, y algunos de ellos figuras ocasionales. No hubiera sido difícil para Lenin conseguir su sustitución. Pero tenían su apoyo en la actitud de los primates del Partido y en la persona del representante del Comité Central. Un conflicto violento con Stalin, estrechamente relacionado con el Consejo de redacción y la facción de la Duma, hubiera constituido una sacudida dentro de la plana mayor del Partido. Por eso, a pesar de toda su persistencia, la política de Lenin fue circunspecta. El 13 de noviembre estaba «seriamente molesto» para reprochar al cuadro de redacción que hubiese dejado de publicar un artículo sobre el Congreso Socialista Internacional de Basilea. «No hubiera sido muy difícil escribir este artículo, y el cuadro de redacción de *Pravda* sabía que el Congreso iba a abrirse el domingo.» Stalin, sin duda, se quedó sorprendido de veras. ¿Un Congreso internacional? ¿En Basilea? Aquello estaba muy lejos de sus preocupaciones. Pero el foco principal no eran los errores incidentales, a despecho de su insistencia, sino más bien la divergencia fundamental de criterios en cuanto al curso del desarrollo del Partido. La política de Lenin tenía sentido sólo para quien estuviese dotado de una perspectiva revolucionaria audaz; desde el punto de vista de la circulación del periódico o de la construcción de una máquina, no podía parecer sino el colmo de la extravagancia. En lo profundo de su corazón, Stalin continuaba considerando al «emigrado» Lenin como a un sectario.

No podemos dejar de anotar un delicado episodio que ocurrió por entonces. Durante aquellos años, Lenin estaba muy necesitado. Cuando *Pravda* se levantó, el cuadro de redacción fijó para su inspirador y colaborador principal una retribución, que, a pesar de su modestia, era su principal sostén. Pero cuando el conflicto llegó al punto más agudo, los fondos dejaron de enviarse. Aunque era sumamente escrupuloso en cuestiones de tal índole, Lenin se vio obligado a recordarles con alguna insistencia su propia situación. «¿Por qué no se me envían mis honorarios? El retraso me pone en un verdadero aprieto, y agradeceré que no se prolongue más.» La retención del dinero no puede interpretarse fácilmente como una especie de represalia financiera

(aunque más tarde, ya en el Poder, Stalin no vaciló en recurrir a tales métodos una y otra vez). Pero aun tratándose de un caso de simple descuido, da una idea clara de las relaciones entre San Petersburgo y Cracovia. En realidad, distaban mucho de ser cordiales.

La indignación con *Pravda* se pone de relieve en las cartas de Lenin que siguen inmediatamente a la marcha de Stalin para Cracovia, a fin de tomar parte en la Conferencia preparada en el cuartel general del Partido. Se impone la irresistible impresión de que Lenin estaba esperando justamente que Stalin partiera para desbaratar el nido de conciliadores de San Petersburgo, reservándose al mismo tiempo la posibilidad de una inteligencia pacífica con Stalin. En el momento de quedar al margen el adversario más influyente, Lenin desató un ataque devastador contra el cuadro de redacción de San Petersburgo. En su carta de 12 de enero, dirigida a una persona de su confianza en dicha capital, se refiere a la «imperdonable estupidez» cometida por *Pravda* con relación al periódico de los trabajadores de la industria textil, insistiendo en que se corrija «su estupidez» y en otros extremos por el estilo. La carta está escrita enteramente en la letra de Krupskaja. Además, de su puño y letra, añade Lenin lo siguiente: «Recibimos una carta estúpida y descarada del Consejo de Redacción. No la contestaremos. Tienen que marcharse... Estamos sumamente fastidiados por la ausencia de noticias referentes al plan de reorganización del cuadro de redacción... Reorganización, pero mejor aún expulsión completa de todos los que van con retraso, eso es lo que hace muchísima falta. Se está llevando de un modo absurdo. Elogian al *Bund*<sup>1</sup> y al *Zeit* (una publicación oportunista judía), que es sencillamente infame. No saben cómo proceder contra *Lootch'*, y su actitud en cuanto a los artículos (se refiere a los suyos) es monstruosa. Sencillamente, he perdido la paciencia...» El tono de la carta muestra que la indignación de Lenin (y sabía muy bien contenerse cuando era necesario) había llegado a su límite. La crítica despiadada del periódico se refería a todo el período en que la responsabilidad de su inspección directa correspondía a Stalin. La identidad de la persona que escribió la «carta estúpida y descarada» del «Consejo de redacción» no se ha descubierto aún, y seguramente no es por casualidad. Es difícil que Stalin la escribiera: es demasiado cauto y, además, probablemente había salido ya de San Peters-

<sup>1</sup> Véase el glosario.

burgo en aquella fecha. Más verosímil es que su autor fuese Motov, secretario del Consejo de redacción, tan inclinado a la rudeza como Stalin, y carente además de la flexibilidad de éste.

La resolución con que Lenin puso entonces mano en el conflicto crónico resulta evidente de otras líneas de su carta: «¿Qué se ha hecho respecto a la fiscalización del dinero? ¿Quién recibió los fondos de suscripción? ¿En poder de quién están? ¿A cuánto ascienden?» Al parecer, Lenin no excluía la posibilidad de una ruptura, y se interesaba por guardar por sí mismo los recursos financieros. Pero no se llegó a la ruptura; los desconcertados conciliadores difícilmente se hubieran atrevido a pensar en ello. La resistencia pasiva era su única arma. Ahora, incluso ésta se les iba a arrancar de las manos.

Replicando a la pesimista carta que le escribió Shklovsky desde Berna, y arguyendo que los asuntos de los bolcheviques no iban tan mal como parecía, Krupskaja comenzaba reconociendo que, «desde luego, *Pravda* se lleva mal». Esa frase suena como cosa evidente, como algo indiscutible. «Todo el mundo<sup>1</sup> está en aquella redacción, y la mayoría no saben escribir... Las protestas de los trabajadores contra *Lootch'* no se han publicado, para evitar polémicas.» Sin embargo, Krupskaja promete «reformas importantes» para pronto. Esta carta lleva fecha de 19 de enero. Al día siguiente, Lenin escribió a San Petersburgo, por medio de Krupskaja: «... tenemos que planear nuestro propio cuadro de redacción de *Pravda* y echar al actual. Las cosas están muy mal. La falta de una campaña por la unidad desde abajo es estúpida y ruin... ¿Puede llamarse redactores a esa gente? No son hombres, sino lamentables guñapos, y están echando a perder la causa». Este es el estilo a que acudía Lenin cuando quería dar a entender que estaba dispuesto a luchar hasta el límite.

Abrió un fuego de paralelas desde baterías cuidadosamente situadas contra el conciliatorismo de la facción de la Duma. Ya el 3 de enero escribía a San Petersburgo: «Es imprescindible que se publique la carta de los trabajadores de Bakú que os remitimos...» La carta pide que los diputados bolcheviques rompan con *Lootch'*. Refiriéndose a que en el curso de cinco años los liquidadores «han estado reiterando en todas las formas que el Partido ha muerto», los trabajadores de Bakú preguntaban: «¿Por qué tienen ahora tanta prisa por unirse con un cadáver?» La pregunta da justamente en mitad del blanco. «¿Cuándo se separarán

<sup>1</sup> Literalmente: *s boru da s sosenki* (los de los pinares y los de los pinitos). — C. M.

los cuatro diputados de *Lootch'*?» Lenin insistía por su parte: «¿Hemos de esperar mucho tiempo...? Hasta del lejano Bakú protestan veinte trabajadores.» No estará de más presumir que, no habiendo podido conseguir por correspondencia que los diputados rompieran con *Lootch'*, Lenin comenzó a movilizar discretamente las filas rusas mientras Stalin continuaba en San Petersburgo. Sin duda, por iniciativa suya protestaban los trabajadores de Bakú (no por casualidad escogió Lenin esta ciudad), y, además, enviaban su protesta, no a la redacción de *Pravda*, a cuyo frente estaba Koba, dirigente de allí, sino a Lenin, en Cracovia. La compleja maraña del conflicto queda flagrante. Lenin avanza. Stalin maniobra. Con los conciliadores renqueando, aunque no sin la inconsciente ayuda de los liquidadores, que cada vez exponían su oportunismo, Lenin consiguió al poco tiempo inducir a los diputados bolcheviques a que renunciaban mediante protesta como colaboradores de *Lootch'*. Pero siguieron sometidos a la mayoría liquidacionista de la facción de la Duma.

Preparándose para lo peor, incluso para una escisión, Lenin, como siempre, hizo cuanto pudo por conseguir su objetivo político con el menor trastorno y las menos víctimas posible. Por eso, precisamente, pidió primero que Stalin saliese de Rusia, y le hizo luego comprender que lo mejor para él sería permanecer alejado de *Pravda* durante las futuras «reformas». Entretanto, se envió a San Petersburgo a otro miembro del Comité Central, Sverdlov, el futuro primer presidente de la República de los Soviets. Aquel hecho significativo ha sido atestiguado oficialmente. «Con el fin de reorganizar el Consejo de redacción —afirma una nota al pie en el volumen XVI de las obras de Lenin—, el Comité Central envió a Sverdlov a San Petersburgo.» Lenin le escribió: «Hoy nos enteramos del comienzo de las reformas en *Pravda*. Mil gracias, felicitaciones y auspicios de éxito... No puedes imaginarte lo cansados que estamos de trabajar con un cuadro de redacción enteramente hostil.»

Con estas palabras, en las que acumulaba acrimonia con un suspiro de alivio, Lenin ajustaba cuentas con el Consejo de redacción por todo el período de las dificultades, durante el cual, como se nos ha informado, «Stalin llevaba efectivamente el periódico».

«El autor de estas líneas recuerda muy bien —escribía Zinoviev en 1934, cuando la espada de Damocles pendía ya sobre su cabeza— qué acontecimiento fue la llegada de Stalin a Cracovia...» Lenin estaba doblemente satisfecho, porque, durante la

ausencia de Stalin de San Petersburgo, podría realizar su delicada operación allí, y porque probablemente le sería posible hacerlo sin originar una convulsión dentro del Comité Central. En su concisa y cauta reseña de la estancia de Stalin en Cracovia, Krupskaja, como insinuándolo, observaba: «Illich estaba entonces muy nervioso a causa de *Pravda*; también lo estaba Stalin. Estuvieron hablando sobre el modo de arreglar las cosas.» Estas líneas tan significativas, a pesar de su deliberada vaguedad, es todo lo que al parecer queda de un texto más elocuente retirado a instancias del censor. En relación con circunstancias que ya conocemos, apenas cabe duda de que Lenin y Stalin «estaban nerviosos» por diferentes motivos, cada uno tratando de defender su política. Sin embargo, la lucha era demasiado desigual: Stalin tuvo que ceder terreno.

La conferencia a que fue llamado duró desde el 28 de diciembre hasta el 1 de enero de 1913, y a ella asistieron trece personas, miembros del Comité Central, de la fracción de la Duma y dirigentes locales destacados. Además de los problemas de política general derivados del resurgimiento revolucionario, la conferencia se ocupó de las agudas cuestiones de la vida interna del Partido: la fracción de la Duma, la Prensa del Partido, la actitud hacia los liquidadores y hacia la consigna de «unidad». Los informes principales fueron los de Lenin. Debe suponerse que los diputados de la Duma y Stalin se vieron obligados a escuchar no pocas verdades amargas, aunque se expresaran en tono cordial. Parece ser que Stalin se mantuvo pacífico en la conferencia; sólo eso puede explicar el hecho de que en la primera edición de sus Memorias (1929), el deferente Badayev dejara incluso de mencionarle entre los participantes. Guardar silencio en momentos de apuro es, además, el método favorito de Stalin. Los registros y otros documentos de la conferencia «no se han encontrado aún». Es muy probable que se adoptaran medidas especiales para asegurarse de que no se encontraran. En una de las cartas de Krupskaja, de aquel período, se dice lo siguiente: «En esta conferencia, los informes de procedencia local fueron muy interesantes. Todo el mundo decía que las masas aumentaban... Durante las elecciones se ha puesto en evidencia que había organizaciones obreras espontáneas en todas partes... En su mayoría, no están en contacto con el Partido, pero son del Partido en espíritu.» En cuanto a Lenin, indicaba en una carta a Gorki que la conferencia «había sido un gran éxito» y «daría sus frutos». Por encima de todo, su preocupación era afirmar la política del Partido.

No sin un deje de ironía, el Departamento de Policía informaba a su agencia del extranjero que, a pesar de su último informe, el diputado Poletayev no estuvo presente en la conferencia, y que si asistieron a ella las siguientes personas, Lenin, Zinoviev, Krupskaja; diputados Malinovsky, Petrovsky, Dadayev; Lobov, el trabajador Medvedev, el teniente de artillería Troyanovsky<sup>1</sup> y su mujer<sup>2</sup>, y Koba. No carece de interés el orden en que se citan los nombres: en la lista del Departamento, el de Koba figura en último lugar. En las notas a las obras de Lenin (1929), se le menciona en quinto lugar, después de Lenin, Zinoviev, Kamenev y Krupskaja, aunque Zinoviev, Kamenev y Krupskaja llevaban entonces bastante tiempo en desgracia. En las listas de la nueva era, Stalin ocupa siempre el segundo lugar, inmediatamente detrás de Lenin. Estas barajaduras reflejan bastante bien la índole de su carrera política.

Con esta carta, el Departamento de Policía de San Petersburgo trataba de demostrar que allí estaban mejor enterados de lo que pasaba en Cracovia que su agente en el extranjero. No es extraño que uno de los papeles de importancia en la reunión estuviese confiado a Malinovsky, cuya personalidad real como provocador sólo era conocida de los conspicuos del Olimpo policíaco. Verdad es que ciertos socialdemócratas que le conocieron tuvieron sospechas de él ya en los años de la redacción, pero no les fue posible apoyar sus aprensiones con pruebas, y aquéllas fueron extinguiéndose. En enero de 1912, los bolcheviques de Moscú delegaron en Malinovsky para que asistiese a la Conferencia de Praga. Lenin acogió con ansia a este trabajador enérgico y capaz, y contribuyó a presentar su candidatura a las elecciones de la Duma. Por su parte, la Policía apoyó también a su agente deteniendo a todos sus posibles rivales. Este representante de los trabajadores moscovitas impuso al punto su autoridad en la fracción de la Duma. En cuanto recibía de Lenin los textos preparados de sus intervenciones parlamentarias, Malinovsky transmitía los manuscritos para su revisión al director del Departamento de Policía. Este trató al principio de introducir enmiendas, pero el régimen de la fracción bolchevique confinaba la autonomía de cada diputado dentro de límites muy estrechos. En consecuencia, aunque Malinovsky era el mejor informador de la *Ojrana*, el agente de la

<sup>1</sup> Alejandro A. Troyanovsky, más tarde embajador soviético en Japón y luego en Estados Unidos. — C. M.

<sup>2</sup> No es la Mrs. Troyanovsky conocida en los círculos diplomáticos de Washington, sino Elena Rozmírovich, una antigua bolchevique. — C. M.

*Ojrana* llegó a ser el orador más militante de la fracción socialdemócrata.

Las sospechas sobre Malinovsky volvieron a despertarse en el verano de 1913 entre varios prominentes bolcheviques; pero, por falta de pruebas, se dejó nuevamente de lado el asunto. Luego, el mismo Gobierno se inquietó por la posible exposición y el consiguiente escándalo público a que daría lugar el caso. Por orden de sus superiores, en mayo de 1914, Malinovsky presentó al presidente de la Duma una declaración de su deseo de renunciar a su mandato de diputado. Se difundieron de nuevo los rumores sobre su papel, y más insistentes, llegando esta vez a las columnas de la Prensa. Malinovsky marchó al extranjero, visitó a Lenin y solicitó que se hiciera una investigación. Al parecer, había trazado cuidadosamente su línea de conducta en colaboración con sus superiores de la Policía. Dos días después, el periódico del Partido de San Petersburgo publicaba un telegrama que, indirectamente, declaraba que el Comité Central, después de haber investigado el caso Malinovsky, estaba convencido de su integridad personal. Al cabo de unos días más, se publicó un acuerdo en el sentido de que por su renuncia voluntaria al mandato de diputado, Malinovsky «se colocaba fuera de las filas de los marxistas organizados».

En el lenguaje del periódico legal, aquello significaba la expulsión del Partido.

Los adversarios de Lenin le sometieron a un prolongado y cruel tiroteo por «cubrir» a Malinovsky. La participación de un agente de la Policía en la fracción de la Duma, y especialmente en el Comité Central era, como es natural, una calamidad para el Partido. En realidad, Stalin había sido desterrado la última vez a causa de la traición de Malinovsky. Pero en aquellos días, las sospechas, complicadas en ocasiones con la hostilidad de facción, envenenaban la atmósfera de la clandestinidad. Nadie presentó pruebas concretas contra Malinovsky. Después de todo, era imposible condenar a un miembro del Partido a la muerte política (y acaso a la muerte física) a base de una vaga sospecha. Y como Malinovsky ocupaba una posición de responsabilidad y la reputación del Partido dependía en cierto modo de su reputación, Lenin creyó deber suyo defender a Malinovsky con la energía que era siempre su característica. Después del derrumbamiento de la monarquía, el hecho de haber servido Malinovsky en el Departamento de Policía se probó de manera concluyente. Después de la Revolución de octubre, el provocador, que volvió a

Moscú desde un campo alemán de prisioneros de guerra, fue fusilado por orden del tribunal.

A pesar de la falta de hombres, Lenin no tenía prisa por que Stalin regresara a Rusia. Era necesario completar «las importantes reformas» en San Petersburgo antes de su vuelta. En cambio, Stalin estaba más bien deseoso de reintegrarse al lugar de sus anteriores trabajos después de la Conferencia de Cracovia, que, siquiera en forma indirecta, había condenado resueltamente su política. Como de costumbre, Lenin hizo cuanto pudo por proporcionar al vencido una retirada honrosa. La venganza era totalmente ajena a su carácter. Para mantener a Stalin en el extranjero durante el período crítico, Lenin le interesó en el estudio y solución del problema de las nacionalidades menores; un arreglo muy propio del espíritu de Lenin.

Un natural del Cáucaso, con sus docenas de nacionalidades semicultas y primitivas, pero en rápida marcha hacia el progreso, no necesitaba que le demostraran la importancia del problema de las nacionalidades. La tradición de independencia nacional continuaba floreciente en Georgia; de ahí había recibido el mismo Koba su primer impulso revolucionario. Su propio pseudónimo evocaba la lucha de su país por la independencia nacional. Verdad es que, según Iremashvili, durante los años de su primera Revolución, se había enfriado algo respecto al problema georgiano. «La liberación nacional... ya no significaba nada para él. No le apetecía señalar límite alguno a sus ansias de poder. Rusia y el mundo entero habían de ser en adelante su aspiración.» Evidentemente, Iremashvili se anticipa a los hechos y actitudes de una época muy posterior. Pero no cabe duda de que, convertido en bolchevique, Koba abandonó el romanticismo nacionalista, que continuaba viviendo en paz y armonía con el socialismo sin bríos de los mencheviques georgianos. Ahora bien, tras repudiar la idea de la independencia de Georgia, Koba no podía, como muchos gran-rusos, permanecer indiferente por completo al problema de las nacionalidades, porque las relaciones entre georgianos, armenios, tártaros, rusos y otros, complicaban constantemente las actividades revolucionarias en el Cáucaso.

En sus opiniones, Koba se hizo internacionalista. ¿Pero le pasó lo mismo en sus sentimientos? El gran-ruso Lenin no podía tolerar ninguna chanza o anécdota que pudiese herir la sensibilidad de una nacionalidad oprimida. Stalin conservaba aún mu-

cho del campesino de la aldea de Didi-Lilo. Durante los años pre-revolucionarios no se atrevió, naturalmente, a jugar con los prejuicios nacionales, como hizo más tarde, cuando ya estaba en el Poder. Pero esa disposición se traslucía ya entonces en pequeñas. Refiriéndose a la preponderancia de judíos en la facción menchevique del Congreso de Londres en 1907, Koba escribía:

«A propósito de eso, uno de los bolcheviques observó bromeando (creo que fue el camarada Alexinsky) que los mencheviques eran una facción judía, mientras que los bolcheviques eran rusos auténticos, y que, por lo tanto, no estaría de más que los bolcheviques instigásemos un pogrom en el Partido.»

Es imposible no asombrarse aún ahora de que en un artículo destinado a los trabajadores del Cáucaso, donde la atmósfera estaba cargada de animosidades nacionalistas, Stalin se aventurase a reproducir una chanza de tan sospechoso gusto. Además, no se trataba de una cuestión de accidental falta de tacto, sino de cálculo consciente. En el mismo artículo, el autor se solaza airoosamente a propósito del acuerdo del Congreso relativo a expropiaciones, con el fin de disipar las dudas de los luchadores del Cáucaso. Hay que suponer confiadamente que la facción menchevique en Bakú estaba por entonces dirigida por judíos, y que con la chuscada alusiva al pogrom, el autor trataba de desacreditar a sus adversarios políticos a los ojos de los trabajadores atrasados. Aquello era más fácil que ganárselos mediante la persuasión y la educación, y que Stalin siempre y en todo buscaba la línea de menor resistencia. Puede agregarse que tampoco fue accidental la «broma» de Alexinsky; aquel ultrabolchevique se hizo más tarde un declarado reaccionario y antisemita.

Naturalmente, en sus actividades políticas, Koba mantenía la posición oficial del Partido. Pero, antes de su viaje al extranjero, sus artículos políticos nunca habían sobrepasado el nivel de la propaganda cotidiana. Sólo ahora, por iniciativa de Lenin, se enfrentó con el problema de las nacionalidades desde un punto de vista teórico y político más amplio. El conocimiento directo de las intrincadas relaciones nacionales en el Cáucaso le hacía sin duda más fácil orientarse en aquel complicado terreno, en el que las teorías abstractas eran particularmente peligrosas.

En dos países de la Europa de anteguerra, la cuestión nacional era de importancia política excepcional: en la Rusia zarista y en la Austria-Hungría de los Habsburgo. En cada uno de ellos, el

partido de los trabajadores creó su propia escuela. En la esfera de las teorías, la socialdemocracia austriaca, en las personas de Otto Bauer y Karl Renner, consideraba la nacionalidad independiente del territorio, la economía y la clase, transformándola en una especie de abstracción limitada por lo que llamaban «carácter nacional». En el campo de la política nacional, como, por lo demás, en los restantes, no se aventuraba más allá de una rectificación del *statu quo*. Temiendo hasta la idea de desmembrar la monarquía, la socialdemocracia austriaca se esforzaba por adaptar su programa nacional a los límites del Estado mosaico. El programa de la llamada «economía cultura nacional» requería que los ciudadanos de una misma nacionalidad, aunque estuvieran dispersos por todo el territorio austrohúngaro y, a pesar de las divisiones administrativas del Estado, se unieran, sobre la base de atributos puramente personales, en una sola comunidad, para resolver sus tareas «culturales» (el teatro, la Iglesia, la escuela, etc.). Aquel programa era artificial y utópico, puesto que trataba de separar la cultura del territorio y la economía en una sociedad desgarrada por contradicciones sociales; era al mismo tiempo reaccionario, puesto que conducía a una desunión forzada en varias nacionalidades de los obreros de un único Estado, mirando así su pujanza de clase.

El problema nacional era particularmente agudo en Polonia, agravado por el destino histórico de ese país. El llamado P. S. P. (Partido Socialista Polaco), encabezado por José Pilsudski, propugnaba con ardor la independencia de Polonia; el «socialismo» del P. S. P. no era más que un vago apéndice de su nacionalismo militante. En cambio, la socialdemocracia polaca, que acaudillaba Rosa Luxemburgo, contraponía a la consigna de la independencia polaca la petición de autonomía para la región polaca como parte integrante de la Rusia democrática. Luxemburgo partía de la consideración de que en la época del imperialismo era imposible económicamente separar Polonia de Rusia..., e innecesario en la época del socialismo. El «derecho de autodeterminación» era para ella una huera abstracción. La polémica sobre el particular se prolongó durante años. Lenin insistía en que el imperialismo no reinaba de modo análogo o uniforme en todos los países, regiones o esferas de la vida; en que la herencia del pasado representaba una acumulación y una compenetración de varias épocas históricas; en que si bien el capitalismo de los monopolios se destaca sobre todas las cosas, no sustituye a todo; en que, a pesar del dominio del imperialismo, los numerosos problemas nacionales

conservaban todo su vigor, y en que, contando con las coyunturas interna y mundial, Polonia podía hacerse independiente aun en la época del imperialismo.

El problema de las nacionalidades estaba considerablemente agudizado en Rusia durante la época de reacción. «La oleada de nacionalismo militante —escribía Stalin— llamaba la atención desde arriba por numerosos actos de represión cometidos por las autoridades, que descargaban su venganza sobre Estados Unidos a causa de su amor a la libertad, levantando en respuesta una marea de nacionalismo desde abajo, que a veces se transformaba en franco patriotismo.» Esta fue la época del juicio ritual del asesinato contra el judío Bayliss, de Kiev. Retrospectivamente, a la luz de las últimas hazañas de la civilización, sobre todo en Alemania y en la Unión Soviética, aquel juicio parece hoy casi un experimento humanitario. Pero en 1913 desazonó a todo el mundo. El veneno del nacionalismo comenzaba a afectar a muchas secciones de la clase trabajadora también. Alarido, Gorki escribió a Lenin sobre la necesidad de contrarrestar este fanatismo patrioter. «Respecto al nacionalismo, estamos enteramente de acuerdo —replica Lenin— en que hemos de hacerle frente más seriamente que nunca. Tenemos aquí un espléndido georgiano que está escribiendo un largo artículo para *Proveshcheye* (Ilustración), después de acumular todo el material austríaco y de otros sitios. Nos atenderemos a él.» Se refería a Stalin. Gorki, relacionado desde antiguo con el Partido, conocía bien a todos sus cuadros de dirección. Pero Stalin le era, sin duda, totalmente desconocido, puesto que Lenin hubo de recurrir a una expresión tan impersonal, aunque halagadora, como la de «un espléndido georgiano». Por cierto que ésta es la única ocasión en que Lenin caracteriza a un prominente revolucionario ruso por la marca de su nacionalidad. Naturalmente, no pensaba en Georgia, sino en el Cáucaso: el factor de primitivismo atraía sin duda a Lenin; no es, pues, de extrañar que tratase a Kamo con tanta ternura.

Durante su estancia de dos meses en el extranjero, Stalin escribió un ensayo breve, pero tajante, titulado *El marxismo y el problema nacional*. Como estaba destinado a una revista legal, el artículo hacía gala de un vocabulario comedido, a pesar de lo cual se advertían perfectamente sus tendencias revolucionarias. El autor comenzaba por oponer la definición historicomaterialista de nación a la psicología abstracta que animaba a la escuela austríaca. «La nación —escribía— es una comunidad permanente,

formada a lo largo de la historia, de lengua, territorio, vida económica y composición psicológica, que se sustenta en la comunidad de cultura.» Esta definición combinada, que asocia los atributos psicológicos de una nación a las condiciones geográficas y económicas de su desarrollo, no sólo es teóricamente correcta, sino prácticamente fecunda, pues, según ella, la solución del problema del destino de cada nación hay que buscarlo por la fuerza en el sentido de cambiar las condiciones materiales de su existencia, comenzando por el territorio. El bolchevismo nunca se abscribió a la adoración fetichista de unas fronteras estatales. Políticamente, lo que importaba era reconstruir el imperio zarista, esa prisión de naciones, en el orden territorial político y administrativo, de acuerdo con las necesidades y los deseos de las mismas naciones.

El Partido del proletariado no recomienda a las diversas nacionalidades que permanezcan dentro de los límites de cierto Estado ni que se separen de él; esto es asunto de cada una de ellas. Pero se obliga a ayudarlas a realizar su auténtica voluntad nacional. En cuanto a la posibilidad de separarse de un Estado, esto depende de circunstancias históricas nacionales y de la correlación de fuerzas. «Nadie puede decir —escribía Stalin— que la guerra de los Balcanes sea el final y no el comienzo de complicaciones. Es tan posible semejante combinación de circunstancias internas y externas, que una u otra nacionalidad dentro de Rusia juzgue necesario postular y resolver el problema de su propia independencia. Y, naturalmente, no es misión de los marxistas poner barreras en tales casos. Pero, por esta misma razón, los marxistas rusos no pueden prescindir del derecho de las naciones a la autodeterminación.»

Los intereses de las naciones que voluntariamente se queden dentro de los límites de la Rusia democrática serán preservados por medio de «las autonomías de unidades autodeterminadas, tales como Polonia, Lituania, Ucrania, el Cáucaso, etc. La autonomía regional conduce a una utilización más ventajosa de las riquezas naturales de la región; no divide a los ciudadanos conforme a pautas nacionales, y les permite agruparse en partidos de clase». La autoadministración territorial de regiones en todas las esferas de la vida social se opone a la extraterritorial (esto es, platónica) de nacionalidades en cuestiones de «cultura» solamente.

Sin embargo, de importancia sumamente inmediata y aguda, desde el punto de vista de la lucha del proletariado, era el problema de las relaciones entre los trabajadores de diversas nacionalidades dentro del mismo Estado. El bolchevismo se pronuncia

por una completa e indivisible unificación de los trabajadores en todas las nacionalidades en el Partido y en el Sindicato, a base de centralismo democrático. «El tipo de organización no ejerce su influencia sobre la labor práctica solamente, sino que imprime un sello indeleble sobre toda la vida espiritual del trabajador. El trabajador vive la vida de su organización, dentro de la cual se desarrolla espiritualmente y es educado... El tipo internacional de organización es una escuela de sentimientos de camaradería, de la máxima agitación en pro del internacionalismo.»

El sitio de honor en este estudio se dedicaba a una polémica contra su antiguo adversario Noé Jordania, quien durante los años de la reacción comenzó a inclinarse hacia el programa austriaco. Ejemplo tras ejemplo, Stalin demostraba que la economía cultural nacional, «por lo común... se hace aún más insensata y ridícula desde el punto de vista de las condiciones reinantes en el Cáucaso». No menos resuelta era su crítica de la política de la Liga judía, organizada a base del principio nacional, y no sobre el territorial, y que tendía a imponer tal sistema a todo el Partido. «Una de dos: o el federalismo de la Liga, y entonces hay que reconstruir la Socialdemocracia rusa sobre la base de "dividir" a los trabajadores por nacionalidades, o un tipo internacional de organización, y entonces hay que reconstruir la Liga según el principio de la economía territorial... No hay término medio: los principios vencen, nunca pueden conciliarse.»

*El marxismo y el problema nacional* es, indudablemente, la obra teórica de más importancia (más bien la única) de Stalin. A base de aquel solo artículo, que ocupaba cuarenta páginas impresas, su autor merece ser reconocido como un destacado teoricista. Lo que desconcierta un poco es que no haya escrito nada ni remotamente comparable en calidad, antes ni después. La clave del misterio está en que aquel trabajo de Stalin fue enteramente inspiración de Lenin, y se escribió bajo su incesante inspección, dirigiéndolo él línea por línea.

Dos veces en su vida rompió Lenin con colaboradores íntimos que eran teóricos de primera fila. La primera vez en 1903-1904, en que se apartó de todas las viejas autoridades de la socialdemocracia rusa (Plejanov, Axelrod, Zasulich) y de los destacados marxistas jóvenes, Martov y Potressov; la segunda, durante los años de la reacción, cuando le abandonaron Bogdanov, Lunacharsky, Pokrovsky, Rozhkov, todos ellos escritores calificados. Zinoviev y Kamenev, sus colaboradores íntimos, no eran teóricos. En tal sentido, el nuevo resurgimiento revolucionario encontró a Le-

nin embarrancado. No es extraño que se aferrase con afán a cualquier camarada joven que pudiera ser útil para trazar un problema cualquiera del programa del Partido.

«Esta vez —recuerda Krupskaja—, Ilich habló mucho con Stalin sobre el problema nacional, y estaba contento de encontrar a alguien seriamente interesado en la cuestión y que conocía el terreno que pisaba. Ya anteriormente, Stalin vivió en Viena alrededor de dos meses, estudiando allí el problema de las nacionalidades, y se relacionó mucho con nuestro público vienés, con Bujarin, con Troyanovsky.» Algo quedó por decir. «Ilich habló mucho con Stalin», lo que significa que le dio ideas matrices, le aclaró todos los aspectos de la cuestión, explicó los conceptos dudosos, sugirió la literatura, repasó los primeros borradores e hizo correcciones... «Recuerdo —refiere la misma Krupskaja— la actitud de Ilich para con autores inexpertos. Pensaba en la sustancia, en lo fundamental, ideando el mejor modo de ayudar, de encaminarlos bien. Pero lo hacía con una especial delicadeza, de modo que el autor, en cada caso, no se diera cuenta de que le corregían. Verdaderamente, Ilich sabía cómo ayudar a la gente en sus tareas. Si, por ejemplo, quería encomendar la redacción de un artículo a alguien, y no tenía la seguridad de que el designado supiera escribirlo bien, lo primero que hacía era entablar con él una detallada conversación sobre el tema, desarrollando sus propios argumentos, despertando el interés de su interlocutor, sonsacándole a conciencia y luego sugería: "¿No te gustaría escribir un artículo sobre esta tema?" Y el autor ni siquiera advertía cuánto le había ayudado la conversación preliminar con Ilich, ni se daba cuenta de que en su artículo incorporaba incluso las palabras y expresiones favoritas de Ilich.» Krupskaja, como es natural, no nombra a Stalin. Pero esta caracterización de Lenin como inspirador y guía de jóvenes autores figura precisamente en el capítulo de sus Memorias en que hace mención del trabajo de Stalin sobre el problema de las nacionalidades: Krupskaja se vio no pocas veces forzada a recurrir a arbitrios indirectos para proteger de la usurpación a lo menos una parte de los derechos intelectuales de Lenin.

El proceso del artículo de Stalin se nos representa con suficiente claridad. Primero, conversaciones preliminares con Lenin en Cracovia, esbozo de las ideas dominantes y del material de consulta. Luego, la estancia en Viena, en el corazón mismo de la «escuela austríaca». Como no sabía alemán, Stalin no podía sacar partido de sus fuentes de consulta. Pero allí estaba Bujarin, que

indiscutiblemente dominaba la teoría, conocía idiomas, así como la literatura relativa a la materia, y también era ducho en revolver papeles. Bujarin, como Troyanovsky, tenía instrucciones de Lenin de ayudar al «espléndido» pero poco educado georgiano. Evidentemente, la selección de los extractos más importantes fue tarea suya. La construcción lógica del artículo, no exenta de pedantería, se debe muy probablemente a la influencia de Bujarin, inclinado a métodos de profesor, a diferencia de Lenin, para quien el interés político o polémico determinaban la estructura de una composición. La influencia de Bujarin no fue más allá, pues en el problema de las nacionalidades se hallaba más cerca de Rosa Luxemburgo que de Lenin. En cuanto a la aportación de Troyanovsky, nada sabemos de cierto; pero de entonces data el comienzo de su contacto con Stalin, que algunos años más tarde, cuando cambiaron las circunstancias, valió al insignificante e inestable Troyanovsky uno de los puestos diplomáticos de más responsabilidad.

De Viena, Stalin volvió con su material a Cracovia. Allí se reanudó la intervención de Lenin, director atento e incansable. La huella de su pensamiento y de su pluma se descubre fácilmente a cada página. Ciertas frases, mecánicamente incorporadas por el autor, o ciertas líneas, evidentemente escritas por el revisor, parecen inesperadas o incomprensibles sin referirse a las obras correspondientes de Lenin. «No es el problema nacional, sino el agrario el que decide la suerte del progreso en Rusia —escribe Stalin sin más explicaciones—. El problema nacional le está subordinado.» Este juicio exacto y profundo sobre los efectos relativos de los problemas agrario y nacional en el curso de la Revolución rusa es enteramente de Lenin, quien lo dilucidó innumerables veces durante los años de la reacción. En Italia y en Alemania, la lucha por la liberación nacional y la unificación era en otro tiempo el meollo de la revolución burguesa. No sucedía lo mismo en Rusia, donde la nacionalidad dominante, los gran-rusos, no sufrían opresión nacional, sino que oprimían a los demás; pero nadie, sino la vasta masa campesina de la misma Gran Rusia había experimentado la profunda opresión de la servidumbre. Ideas tan complejas y tan seriamente consideradas nunca hubieran sido expuestas por su verdadero autor como de pasada, como una generalidad, sin demostraciones ni comentarios.

Zinoviev y Kamenev, que vivieron largo tiempo junto a Lenin, adquirieron no sólo sus ideas, sino hasta sus modos de hablar, e incluso el carácter de letra. No puede decirse otro tanto de

Stalin. Naturalmente, también él vivía de las ideas de Lenin, pero a distancia, lejos de él, y no se servía de ellas sino cuando las necesitaba para sus propios fines independientes. Era demasiado tenaz, demasiado obstinado, demasiado torpe y demasiado orgánico para adquirir los métodos literarios de su maestro. Por eso, las correcciones que Lenin introdujo en su texto, para citar al poeta, parecen «remiendos flamantes en destrozados andrajos». La exposición de la escuela austriaca como «una forma refinada de nacionalismo» es, sin duda, de Lenin, como muchas otras fórmulas sencillas y pertinentes. Stalin no escribía de ese modo. Con referencia a la definición de Otto Bauer, según la cual la nación es «una comunidad relativa de carácter», leemos en el artículo: «Entonces, ¿en qué difiere la nación de Bauer del "espíritu nacional" místico y vano de los espiritualistas?» Esta frase es de Lenin. Nunca, ni antes ni después, ha sabido Stalin expresarse así. Y en otro lugar, cuando, refiriéndose a las rectificaciones eclécticas de Bauer respecto a su propia definición de nación, el artículo comenta: «Así, la teoría cosida con hilos idealistas se refuta a sí misma», no puede uno menos de reconocer la pluma de Lenin. Lo mismo cabe decir de la caracterización del tipo internacional de organización obrera como «una escuela de sentimientos de camaradería». Stalin no escribía de esa manera. En cambio, en todo el artículo, a pesar de sus numerosos recovecos, es inútil buscar camaleones que adopten el aspecto de conejos, golondrinas subterráneas, ni cortinas de lágrimas: Lenin ha extirpado todas estas filigranas seminaristas. El manuscrito original con sus correcciones puede estar oculto, ciertamente. Pero es imposible de todo punto ocultar la mano de Lenin, como es imposible ocultar el hecho de que en todos los años de su prisión y destierro, nunca hizo Stalin nada que ni remotamente semeje a lo que escribió en el curso de pocas semanas en Viena y en Cracovia.

El 8 de febrero, estando aún Stalin en el extranjero, Lenin felicitó al Consejo de redacción de *Pravda* «por la enorme mejora que el periódico había experimentado en todos sus aspectos, según se ha podido apreciar en los últimos días». La mejora se refería a la cuestión de principios, y se manifestaba principalmente por la intensificación de la lucha contra los liquidadores. Según Samoilov, quien ejercía entonces funciones de verdadero redactor era Sverdlov; viviendo en estado ilegal, y sin salir nunca de la

morada de un diputado «inmune», se ocupaba todo el día con los manuscritos del periódico. «Además, era un excelente camarada en los asuntos personales también.» Así es la verdad, Samoilov no dice nada parecido de Stalin, con quien estuvo en estrecho contacto y a quien guarda gran respeto. El 10 de febrero, la policía entró en el piso «inmune», detuvo a Sverdlov y no tardó en desterrarle a Siberia, sin duda a causa de la denuncia de Malinovsky. Hacia fines de febrero, Stalin, que había regresado de San Petersburgo, se instaló en el domicilio de los mismos diputados: «Él llevaba la batuta en la vida de nuestra fracción (de la Duma) y del periódico *Pravda* —relata Samoilov—, y asistía, no sólo a todas las conferencias que preparábamos en nuestro piso, sino muchas veces, arriesgándose mucho, también a las sesiones de la fracción socialdemócrata, donde sostenía nuestra línea de argumentación contra los mencheviques e intervenía en varias otras cuestiones, prestándonos gran ayuda.»

Stalin encontró en San Petersburgo muy cambiada la situación. Los trabajadores avanzados apoyaban firmemente las reformas de Sverdlov, inspiradas por Lenin. *Pravda* contaba con una nueva redacción. Los conciliadores habían sido pospuestos. Stalin no pensó siquiera en defender las posiciones de las que había sido separado dos meses antes. No entraba en sus cálculos. Ahora le interesaba sólo salir airoso del trance. El 26 de febrero publicó en *Pravda* un artículo en el que convocaba a los trabajadores para «levantar su voz contra los esfuerzos separatistas dentro de la fracción, viniesen de donde vinieran». En esencia, el artículo formaba parte de la campaña para preparar el cisma de la fracción de la Duma, cargando a la vez la culpa sobre los adversarios. Desligado ya de su propio historial, Stalin trataba de expresar su nuevo propósito con la fraseología vieja. De ahí su ambigua expresión sobre tentativas para escindir la fracción, «viniesen de donde vinieran».

En todo caso, es evidente para quien lea el artículo que, después de asistir a la escuela de Cracovia, el autor se esforzaba en cambiar de línea y deslizarse en la nueva política con la máxima discreción posible. Pero no tuvo prácticamente oportunidad de hacerlo, pues en seguida le detuvieron.

En marzo, la organización bolchevique, bajo el patrocinio legal de *Pravda*, organizó un concierto y una velada recreativa. Stalin «deseaba ir allí», relata Samoilov, con idea de ver a muchos camaradas. Pidió consejo a Malinovsky. ¿Era prudente ir?, ¿no sería arriesgado? El pérfido consejero replicó que, a su parecer, no ha-

bía peligro. Sin embargo, el mismo Malinovsky se encargó de que lo hubiera. Tan pronto como llegó Stalin, el vestíbulo se llenó de espías. Los camaradas trataron de conducirlo por la entrada al escenario, después de vestirle con una capa de mujer. Pero fue detenido. Esta vez para desaparecer de la circulación durante cuatro años exactamente.

Dos meses después de aquella detención, Lenin escribió a *Pravda*: «Os felicito cordialmente por vuestro éxito..., la mejora es enorme y considerable. Esperemos que sea permanente, definitiva y última..., ¡si un maleficio no la desbarata!» Con propósito de completar, no podemos menos de citar asimismo la carta que Lenin envió a San Petersburgo en octubre de 1913, cuando ya Stalin estaba en el lejano destierro y Kamenev al frente del Consejo de redacción: «Aquí todos están satisfechos del periódico y del director. En todo este tiempo no he oído una sola palabra de censura..., todo el mundo está contento, y yo especialmente, pues he resultado profeta. ¿Te acuerdas? —Y al final de la carta—: Querido amigo, toda la atención se dedica ahora a la lucha de los seis por sus derechos. Te ruego que ayudes con todas tus fuerzas para que ni el periódico ni la opinión pública marxista no vacilen ni un solo momento.»

Todas las pruebas mencionadas conducen a una conclusión ineludible: en opinión de Lenin, el periódico marchaba muy mal cuando Stalin estaba encargado de él. Durante aquel período, la fracción de la Duma se inclinaba hacia el conciliatorismo. El periódico comenzó a enderezarse políticamente sólo cuando Sverdlov, en ausencia de Stalin, introdujo «importantes reformas». El periódico mejoró cuando Kamenev se hizo cargo de él. Asimismo, bajo su dirección, los diputados de la Duma consiguieron su independencia política.

Malinovsky intervino activamente, incluso por partida doble, en la tarea de escindir la fracción. El general Spiridovich, de la Gendarmería, escribió a este propósito: «Malinovsky, siguiendo las directivas de Lenin y del Departamento de Policía, libró en octubre de 1913... la contienda final entre los "siete" y los "seis".» Después, los mencheviques, por su parte, se complacían una y otra vez en recalcar la «coincidencia» de la política de Lenin con la del Departamento de Policía. Ahora que el curso de los acontecimientos ha pronunciado su propio veredicto, el viejo argumento ha perdido su significación. El Departamento de Policía esperaba que la escisión de la Socialdemocracia debilitaría el movimiento obrero. En cambio, Lenin contaba con que sólo una escisión ase-

guraría a los trabajadores la dirección revolucionaria. Los maquiavelos de la Policía se equivocaron. Los mencheviques estaban condenados a la insignificancia. Los bolcheviques vencieron en toda la línea.

Stalin se dedicó a un trabajo intensivo en San Petersburgo y en el extranjero antes de su último arresto. Ayudó a llevar la campaña electoral para la Duma, dirigió *Pravda*, participó en una importante conferencia de la plana mayor del Partido fuera del país, y escribió su ensayo sobre el problema de las nacionalidades. Aquel semestre fue sin duda de gran importancia para su desenvolvimiento personal. Por primera vez asumía responsabilidad por actividades dentro de la capital, por primera vez se puso en contacto con políticos de relieve, por primera vez tuvo trato íntimo con Lenin. Aquella sensación de supuesta superioridad, que era parte tan esencial de él como «práctico» realista, no pudo menos de sufrir una conmoción al hallarse junto al gran «emigrado». Su propia estimación habría de hacerse más crítica y sobria, su ambición más precavida y circunspecta. Su vanidad herida debió de colorearse a impulsos de la envidia, mitigada sólo por la cautela.

CAPITULO VI

**GUERRA Y DESTIERRO**

Al ver en la calle a un hombre en cuclillas y haciendo extraños ademanes, Tolstoi dedujo que estaba contemplando a un chiflado; pero, acercándose, se cercioró de que el hombre realizaba una labor necesaria: afilaba un cuchillo con una piedra.

Lenin citaba con gusto este ejemplo. Las interminables discusiones, querellas de bandería, cismas entre bolcheviques y mencheviques, polémicas y divergencias dentro de la misma facción bolchevique, todo ello parecía al observador al margen como actividades de dementes. Pero el toque de los acontecimientos demostró que aquella gente estaba realizando trabajos necesarios; la batalla no estaba empeñada por sutilezas escolásticas, como se imaginaban los aficionados, sino por las cuestiones más fundamentales del movimiento revolucionario.

Gracias a las minuciosas y precisas definiciones de ideas y al trazado de claros contornos políticos, sólo Lenin y sus discípulos se hallaban en situación de enfrentarse con el nuevo resurgimiento revolucionario. De ahí la ininterrumpida serie de éxitos que rápidamente aseguraron el dominio del movimiento obrero a los *pravdistas*. La mayoría de la vieja generación había abandonado la lucha durante los años de la reacción. «Lenin no tiene más que muchachos», solían decir desdeñosamente los liquidadores. Pero en aquello veía Lenin la gran ventaja de su Partido. La revolución, como la guerra, carga la mayor parte de su tarea sobre los hombros de la juventud. El partido socialista que no sea capaz de atraer a los adolescentes, nada tiene que esperar.

En su correspondencia secreta, la policía zarista que se enfrentaba con los partidos revolucionarios no se hacía vanas ilusiones

respecto a los bolcheviques. «Durante los últimos diez años —escribía el director del Departamento de Policía en 1913—, el elemento más enérgico, más intrépido, capaz de luchar sin tregua, con persistencia y continua organización, es el formado por las organizaciones y las personas que se concentran en torno a Lenin... El corazón y el alma permanentes de la organización del Partido y de sus empresas importantes están en Lenin... La facción de los leninistas es siempre la mejor organizada de todas, la más fuerte en simplicidad de propósito, la de más recursos para propagar sus ideas entre los trabajadores... Cuando en estos dos últimos años el movimiento obrero comenzó a hacerse más fuerte, Lenin y sus adeptos se acercaron a los trabajadores más que los otros, y él fue quien primero lanzó consignas puramente revolucionarias... Los círculos bolcheviques, sus núcleos y organizaciones, están hoy diseminados por todas las ciudades. Se han establecido contactos y correspondencia permanentes con casi todos los centros fabriles. El Comité Central funciona casi regularmente, y está por entero en manos de Lenin... En vista de ello, nada hay sorprendente en el hecho de que actualmente se está agrupando todo el Partido clandestino alrededor de las organizaciones bolcheviques, y que estas últimas constituyan en realidad el Partido Obrero Socialdemócrata de Rusia.» Apenas puede agregarse nada a estas manifestaciones.

La correspondencia de la plana mayor del extranjero adquirió un nuevo tono optimista. Krupskaja escribía a Shklovsky a principios de 1913: «Todos los contactos son algo diferentes de los de antes. En cierto modo se nota que uno trabaja con gente de ideas afines... Los asuntos del bolchevismo marchan mejor que nunca.» Los liquidadores, que se preciaban de su realismo y no más lejos de ayer se mofaban de Lenin como jefe de una secta degenerada, se encontraron de repente lanzados al margen y aislados. Desde Cracovia, Lenin vigila incansable todas las manifestaciones del movimiento obrero, registrando y clasificando todos los hechos que pudieran permitirle tomar el pulso al proletariado. De los detenidos cálculos hechos en Cracovia respecto a colectas de dinero para la Prensa obrera, se deducía claramente que en San Petersburgo el 86 por 100 de los trabajadores que sabían leer estaba en favor de *Pravda*, y sólo 14 por 100 al lado de los liquidadores; aproximadamente la misma proporción de fuerzas existía en Moscú; en las provincias atrasadas, los liquidadores estaban algo mejor, pero, en resumen, las cuatro quintas partes de los trabajadores progresivos simpatizaban con *Prav-*

*da*. ¿Qué valor podían tener los llamamientos abstractos a la unidad de facciones y tendencias, si la política justa opuesta a tales «facciones y tendencias» había conseguido, en el curso de tres años, congregar en torno al bolchevismo a la inmensa mayoría de los trabajadores avanzados? Durante las elecciones para la cuarta Duma, en que emitían los votos todos los electores, y no únicamente los socialdemócratas, el 67 por 100 de los representantes obreros se pronunciaron por los bolcheviques. Durante el conflicto entre las dos facciones de la fracción de la Duma en San Petersburgo, cinco mil votos fueron para los diputados bolcheviques, y sólo 521 para los mencheviques. Los liquidadores quedaron completamente deshechos en la capital. Una relación análoga de fuerzas se registraba en el movimiento sindical: de los trece sindicatos de Moscú, ni uno pertenecía a los liquidadores; de los veinte de San Petersburgo, sólo cuatro, los menos proletarios y menos importantes, se encontraban parcial o totalmente en poder de los mencheviques. A principios de 1914, durante las elecciones de representantes en las fundaciones benéficas para enfermos, los boletos de los candidatos de *Pravda* vencieron en toda la línea. Todos los grupos hostiles al bolchevismo (liquidadores, revoquistas, conciliadores de todo orden) resultaron ser completamente incapaces de arraigar en la clase obrera. De aquí extrajo Lenin sus conclusiones: «Sólo en el curso de la lucha contra estos grupos puede formarse en Rusia el verdadero partido socialdemócrata de los trabajadores.»

En la primavera de 1914, Emilio Vandervelde, presidente entonces de la II Internacional, estuvo en San Petersburgo para documentarse en persona sobre el conflicto de las facciones dentro de la clase trabajadora. El escéptico oportunista midió las controversias de los bárbaros rusos por el rasero del parlamentarismo belga. Los mencheviques, dijo a su vuelta, querían organizarse legalmente y solicitar el derecho de coalición; los bolcheviques querían exigir la inmediata proclamación de la república y la expropiación de la tierra. Este desacuerdo se le antojaba «más bien pueril» a Vandervelde. Lenin no pudo por menos de sonreír con amargura. Pronto sobrevinieron sucesos que hicieron posible contrastar sin error hombres e ideas. Las «pueriles» diferencias de opinión entre los marxistas y los oportunistas se extendieron gradualmente por todo el movimiento obrero mundial.

«La guerra entre Austria y Rusia —escribía Lenin a Gorki a principios de 1913—, sería una cosa muy útil para la revolución (en toda la Europa occidental), pero no es muy posible que Franz-

Josef y Nicki nos den esta oportunidad.» Y, sin embargo, la dieron, aunque sólo año y medio después.

Entretanto, la coyuntura industrial había sobrepasado su cenit. Los primeros temblores subterráneos de la crisis se comenzaba a sentir. Pero no detuvieron la marcha huelguística. Antes al contrario, le imprimieron un carácter más agresivo. Poco más de seis meses antes de estallar la guerra, había casi un millón y medio de huelguistas. La última explosión fuerte ocurrió la víspera de la movilización. El 3 de julio, la policía de San Petersburgo disparaba contra una muchedumbre de trabajadores. En respuesta a un llamamiento del Comité bolchevique, las fábricas más importantes se declararon en huelga en señal de protesta. Hubo unos doscientos mil huelguistas. Por todas partes se celebraban mítines y manifestaciones, y hasta intentaron algunos levantar barricadas. Entre el tumulto de estos acontecimientos en la capital que se convirtió en un campamento militar llegó el presidente Poincaré para dar los últimos toques a los tratos con su «coronado» amigo, y tuvo ocasión de atisbar de soslayo el laboratorio de la Revolución rusa. Pero pocos días después el Gobierno se aprovechó de la declaración de guerra para borrar del mapa las organizaciones y la Prensa de los obreros. La primera víctima fue *Pravda*. La idea grata del Gobierno zarista era sofocar la revolución con una guerra.

La aserción de ciertos biógrafos de que Stalin fue el autor de la teoría «derrotista», o de la fórmula para «transformar la guerra imperialista en guerra civil», es pura invención, y atestiguan la falta de comprensión del carácter intelectual y político de Stalin. Con nada se avenía menos que con el espíritu de innovación política y de audacia teórica. Nunca se anticipaba a nada ni se ponía delante de nadie. Como era un empírico, siempre se asustaba de sentar conclusiones *a priori*, prefiriendo contar hasta diez antes de meter la tijera. Dentro del revolucionario bulle siempre un burócrata conservador. La II Internacional era una máquina política poderosa. Jamás se hubiera resuelto Stalin a romper con ella por propia iniciativa. La elaboración de la doctrina bolchevique relativa a la guerra es en su integridad parte intrínseca del historial de Lenin. Stalin no contribuyó a ello con una sola palabra, como tampoco lo hizo a la doctrina de la revolución. No obstante, para explicarse la conducta de Stalin durante los años de deportación, y especialmente durante las primeras críticas semanas consecutivas a la Revolución de febrero, así como su ruptura subsiguiente con todos los principios de bolchevismo, es

necesario bosquejar brevemente el sistema de perspectivas que Lenin había elaborado ya al principio de la guerra y que gradualmente había hecho adoptar a su Partido.

La primera cuestión planteada por la catástrofe europea era la de si los socialistas podían hacerse cargo de la «defensa de la patria». No se trataba de si el socialista individual había de cumplir sus deberes de soldado. No podía hacer otra cosa. La deserción nunca fue una política revolucionaria. Lo que se trataba es de decidir si un partido socialista podía apoyar políticamente la guerra, esto es, votar los presupuestos militares, suspender su lucha contra el Gobierno, hacer agitación en pro de la «defensa de la patria». Lenin contestaba: «No, no debe hacerlo, no tiene derecho a hacerlo; no porque hubiese guerra, sino porque era una guerra reaccionaria, un degollamiento sangriento provocado por los propietarios de esclavos para dividir el mundo.»

La formación de Estados nacionales en el continente europeo abarcaba una época que comenzó aproximadamente con la gran Revolución Francesa y terminó con la paz de Versalles de 1871. Durante aquel período, las guerras para establecer o defender Estados nacionales como condición previa para el desarrollo de las fuerzas productivas y de la cultura tuvieron un carácter histórico progresivo. Los revolucionarios no sólo podían, sino que estaban obligados por el deber de sostener políticamente dichas guerras. De 1817 a 1914, el capitalismo europeo, lograda su madurez sobre la base de Estados nacionales, se sobrevivió, transformándose en capitalismo monopolista o imperialista. «El imperialismo es el estado del capitalismo que, después de colmar sus posibilidades, tiende a declinar.» La causa de esta declinación está en el hecho de que las fuerzas productivas se ven igualmente reprimidas por la armazón de la propiedad privada y por las fronteras del Estado nacional. Buscando una salida, el imperialismo se afana en dividir y subdividir el mundo. A las guerras nacionales suceden las guerras imperialistas. Y estas últimas son de índole reaccionario, compendio del histórico callejón sin salida, del estancamiento, de la corrupción del capitalismo monopolizador.

El imperialismo sólo puede existir porque hay naciones atrasadas en nuestro planeta, países coloniales y semicoloniales. La lucha de estos pueblos oprimidos por la unidad y la independencia nacional tiene un doble carácter progresivo, pues, por una lado, prepara condiciones favorables de desarrollo para su propio uso, y por otro asesta rudos golpes al imperialismo. De donde se deduce, en parte, que en una guerra entre una república demo-

crática, imperialista, civilizada, y la monarquía bárbara y atrasada de un país colonial, los socialistas deben estar enteramente al lado del país oprimido, a pesar de ser monárquico, y en contra del país opresor, por muy «democrático» que sea.

El imperialismo cubre sus propósitos de saqueo (incautación de colonias, mercados, fuentes de materias primas, esferas de influencia) bajo las ideas de «proteger la paz contra los agresores», «defender la patria», «defender la democracia», y otras parecidas. Estas ideas son falsas hasta la médula. «La cuestión de si fue uno u otro grupo quien golpeó o declaró la guerra el primero —escribía Lenin en marzo de 1915—, no tiene significación alguna cuando se trata de determinar la táctica de los socialistas. Las frases que giran en torno a la «defensa de la patria», «resistir a la invasión enemiga», «guerra de defensa», y otras parecidas, son una completa engañifa para los pueblos de ambos bandos...» En cuanto afecta al proletariado, la importancia histórica objetiva de la guerra es lo único que tiene sentido: ¿qué clase la está librando, y con qué fines?, y no las argucias de la diplomacia, que sabe cómo pintar al enemigo en su papel de agresor.

Igualmente espúreas son las referencias de los imperialistas a los intereses de la democracia y de la cultura. Puesto que la guerra se sostiene por ambas partes, no para defender la patria, la democracia y la cultura, sino por el ansia de repartirse el mundo y sostener la esclavitud colonial, ningún socialista tiene derecho a preferir un campo imperialista a otro. De nada serviría conjeturar, «desde el punto de vista del proletariado, si la derrota de esta u otra nación sería un mal menor para el socialismo». Sacrificar en nombre de ese supuesto «mal menor» la independencia política del proletariado es traicionar el futuro de la Humanidad.

La política de «unidad nacional» significa en tiempos de guerra, aún más que en tiempo de paz, la ayuda a la reacción y la eternización de la barbarie imperialista. Rehusar tal ayuda, que es un deber elemental socialista, no constituye, empero, sino el lado negativo o pasivo del socialismo. Eso sólo no basta. La tarea del partido del proletariado es divulgar «una variada propaganda de la revolución socialista, que abarque el Ejército y el teatro de la guerra, una propaganda que revele la necesidad de volver los cañones, no contra nuestros propios hermanos, los esclavos a sueldo arrancados a otros países, sino contra los Gobiernos y partidos reaccionarios y burgueses de todos los países».

¡Pero la lucha revolucionaria en tiempo de guerra puede acarrear la derrota del propio Gobierno! Lenin no se asusta por tal

conclusión. «En todos los países, la lucha contra el propio Gobierno que sostiene la guerra imperialista no debe detenerse ante la posibilidad de la derrota del país a consecuencia de la agitación revolucionaria.» Ahí está la esencia de la llamada teoría del «derrotismo». Los adversarios poco escrupulosos trataron de interpretar esto en el sentido de que Lenin admitía la posibilidad de colaboración entre los internacionalistas y los imperialistas extranjeros en aras de la victoria sobre la reacción de la nación propia. En realidad, de lo que se trataba era de la lucha general del proletariado del mundo entero contra el imperialismo mundial, por medio de la lucha simultánea del proletariado de cada país contra su propio imperialismo como directo y principal antagonista. «Desde el punto de vista de los intereses de las masas laboriosas y de la clase trabajadora de Rusia —escribía Lenin a Shlvapnikov en octubre del año 1914—, nosotros los rusos no podemos abrigar la menor duda, en absoluto, de que ahora y de una vez, el mal menor sería... la derrota del zarismo en la presente guerra...»

Es imposible luchar contra la guerra imperialista con piadosas lamentaciones pro paz al modo de los pacifistas. «Una de las formas de defraudar a la clase trabajadora es el pacifismo y la predicación abstracta de la paz. Bajo el capitalismo, y especialmente en su fase imperialista, las guerras son inevitables.» La paz acordada entre imperialistas sera un mero respiro hasta la próxima guerra. Sólo una lucha revolucionaria de masas contra la guerra y el imperialismo engendrado por ella puede asegurar una paz auténtica. «Sin una serie de revoluciones, la llamada paz democrática es una utopía positivista.»

La lucha contra las ilusiones del pacifismo es uno de los elementos más importantes de la doctrina de Lenin. Rechazaba con particular aversión la petición de «desarme» como utopía flagrante bajo el capitalismo, capaz sólo de desviar la atención de los trabajadores de la necesidad de armarse. «La clase oprimida que no se esfuerce por aprender el manejo de los cañones y por tener cañones, merece ser tratada como una manada de esclavos.» Y más adelante: «Nuestra consigna debe ser armar al proletariado para vencer, expropiar y desarmar a la burguesía... Sólo después que el proletariado haya desarmado a la burguesía podrá arrojar las armas a la chatarra, sin traicionar su histórica misión en todo el mundo...» Lenin no está conforme con la simple consigna «paz», a la que opone la de «transformar la guerra imperialista en guerra civil».

La mayoría de los dirigentes de los partidos obreros se encontraron durante la guerra al lado de su propia burguesía. Lenin bautizó tal tendencia con el nombre de «socialchauvinismo»: socialismo verbal, patrioterismo o *chauvinismo* en los hechos. La traición al internacionalismo no caía, sin embargo, del cielo, sino que era la inexcusable continuación y desarrollo de la política de adaptación reformista al Estado capitalista. «El contenido de ideas políticas en el oportunismo y el socialchauvinismo es la misma cosa: colaboración de clases en vez de la lucha de clases, repudio de la necesidad revolucionaria de luchar, ayuda al “propio” Gobierno en una situación difícil, en vez de aprovechar esas dificultades para la revolución.»

El período final de la prosperidad capitalista anterior a la guerra (1909-1913) afirmó el nexo especialmente robusto que atraía a la capa superior del proletariado hacia el imperialismo. De los beneficios suplementarios que la burguesía arrancaba de las colonias y de los países atrasados, algunos gruesos bocados caían en el regazo de la aristocracia obrera y también en el de la burocracia obrera. Su patriotismo venía así dictado por su directo interés egoísta en la política del capitalismo. Durante la guerra, que puso de manifiesto todas las relaciones sociales, «los oportunistas y los patrioteristas derivaban su enorme poder de su unión con la burguesía, los Gobiernos y los Estados Mayores». Los oportunistas se pasaron en definitiva al campo de la clase enemiga.

La tendencia intermedia, y acaso la más extendida dentro del socialismo, el llamado centro (Kautsky y otros), que en tiempo de paz titubeaba entre reformismo y marxismo, se convirtió casi en prisionero de los socialchauvinistas bajo la capa de frases pacifistas. En cuanto a las masas, se encontraron faltas de preparación y defraudadas por su propia máquina de partido, que habían pasado décadas enteras construyendo. Habiendo efectuado la evaluación sociológica y política de la burocracia obrera de la II Internacional, Lenin no se detuvo a mitad de camino. «La unidad con los oportunistas es la unidad de los trabajadores con “su propia” burguesía nacional y la escisión de la clase trabajadora revolucionaria internacional.» De aquí su conclusión sobre la necesidad, inmediata y definitiva, de cortar todo contacto con los socialchauvinistas. «Es imposible realizar las tareas del socialismo ahora, es imposible lograr la movilización internacional efectiva de los trabajadores, sin la ruptura resuelta con el oportunismo —así como con el centrismo—, esa tendencia burguesa dentro del socialismo.» Hasta el nombre del Partido ha de cam-

biarse. «¿No es mejor repudiar el mancillado y desacreditado nombre de “Socialdemócratas” y volver al viejo nombre marxista de “Comunistas”?» ¡Ya es hora de romper con la II Internacional y fundar la III!

Ahí radicaba la diferencia de opinión que tan sólo dos o tres meses antes de la guerra había parecido «pueril» a Emilio Vandervelde. El presidente de la II Internacional se había convertido mientras tanto en un patriótico ministro de su rey.

El Partido bolchevique era la sección más revolucionaria (de hecho la única revolución) de la II Internacional! Sin embargo, ni el Partido bolchevique encontró desde un principio su ruta en el laberinto de la guerra. Por regla general, la confusión fue más penetrante y duradera entre las autoridades del Partido, que sostenían un contacto directo con la opinión pública burguesa. La fracción bolchevique de la Duma dio de pronto un rápido viraje hacia la derecha, uniéndose a los mencheviques en una declaración equívoca. En efecto, el documento leído en la Duma el 26 de julio hacía protestas de ser ajenos al «falso patriotismo a pretexto del cual las clases rectoras sostienen su política de pillaje», pero al mismo tiempo prometía que el proletariado «defendería los bienes culturales del pueblo contra toda usurpación, viniese de dondequiera, tanto del interior como del exterior». Bajo el subterfugio de «defender la cultura», la fracción adoptaba una posición patriótica.

Las tesis de Lenin sobre la guerra no llegaron a San Petersburgo hasta principios de setiembre. La recepción que encontraron en el seno del Partido estuvo lejos de ser una aprobación general. La mayoría de las objeciones afectaban a la consigna de Lenin referente al «derrotismo», que, según Shlyapnikov, originó «perplejidad». La fracción de la Duma, que dirigía entonces Kamenev, trató una vez más de suavizar las acusadas aristas de las fórmulas de Lenin. Lo mismo ocurrió en Moscú y en las provincias. «La guerra sorprendió a los bolcheviques sin preparación —atestigua la *Ojra* de Moscú—, y durante mucho tiempo... no lograron ponerse de acuerdo en su actitud frente a la guerra...» Los bolcheviques de Moscú escribían en clave a Estocolmo para retransmisión a Lenin, que «a pesar del respeto que le profesaban, su consejo de vender la casa (consigna de “derrotismo”) no había dado en la cuerda sensible». En Saratov, según el dirigente local Antonov, «los trabajadores de las tendencias bolchevique, menchevique y *essar* no estaban de acuerdo con la posición derrotista. Antes bien..., eran (con raras excepciones) decididos

defensistas.» Entre los trabajadores avanzados, la situación era más favorable. En las fábricas de San Petersburgo aparecieron inscripciones con el siguiente texto: «Si Rusia gana, no estaremos mejor, nos oprimirán más que nunca.» Y Samoilov escribía: «Los camaradas de Ivanovo-Voznesensk se dieron cuenta, con el instinto de clase de los proletarios, de cuál era... la ruta acertada, y por ella marcharon ya desde los primeros meses de la guerra.»

Sin embargo, sólo unos cuantos individuos consiguieron formular su opinión. Detenciones en masa desbarataron las organizaciones socialdemócratas. El aplastamiento de la Prensa diseminó a los trabajadores. Tanto más importante llegó a ser, en consecuencia, la misión de la fracción de la Duma. Repuestos del primer movimiento de pánico, los diputados bolcheviques comenzaron a desarrollar importantes actividades ilegales. Pero fueron detenidos no más tarde del 4 de noviembre. El cargo principal contra ellos consistía en los documentos de la dirección del Partido en el extranjero. Las autoridades acusaron a los diputados detenidos de traición. Durante las investigaciones preliminares, Kamenev y los diputados, con la sola excepción de Muranov, repudiaron la tesis de Lenin. En el juicio, que se celebró el 10 de febrero, los defensores mantuvieron la misma línea. La declaración de Kamenev afirmando que los documentos que se le mostraban «contradecían decididamente su propio criterio sobre la actual guerra», no fue dictada sólo por el cuidado de su propia seguridad; esencialmente expresaba la actitud de toda la capa superior del Partido frente al derrotismo. Con gran indignación de Lenin, la táctica puramente defensiva de los defensores debilitó en extremo la eficacia agitadora del juicio. La defensa legal pudo haber ido de la mano con una ofensiva política. Pero Kamenev, que era un político inteligente y bien educado, no había nacido para afrontar situaciones extraordinarias. Los fiscales, por su parte, hicieron todo lo que pudieron. Rechazando el cargo de traición, uno de ellos, Pereverzev, profetizó en la vista que la lealtad de los diputados obreros a su clase se mantendría en la memoria de las futuras generaciones; mientras que sus flaquezas (falta de preparación, sometimiento a sus consejeros intelectuales, etc.), «todo eso se desvanecerá como una cáscara hueca, junto con la imputación infamante de traición».

Por obra de una de esas chanzas sádicas que la historia nunca se cansa de prodigar, a nadie sino a Pereverzev, en su calidad de ministro de Justicia en el Gobierno de Kerensky, cupo en suerte la misión de acusar a los dirigentes bolcheviques de traición al

Estado y espionaje, ayudándose para ello de cínicas falsificaciones, a las que ni el acusador zarista hubiera sido capaz de recurrir. Sólo el acusador de Stalin, Vichinsky, sobrepasó en tal sentido al ministro de Justicia demócrata.

A pesar de la equivocada táctica de los defensores, el solo hecho del juicio de los diputados obreros asestó un golpe tremendo al mito de la «paz civil» y puso en pie a la capa de trabajadores que había pasado por la escuela de la revolución. «Unos 40.000 trabajadores compran *Pravda* —escribía Lenin en marzo de 1915—, y muchos más lo leen... Es imposible destruir esa capa. Vive... y se alza sola entre las masas populares, en su mismo corazón, como propagadora del internacionalismo de los que trabajan, de los explotados, de los oprimidos.» El despertar de las masas comenzó pronto, pero su influencia se abrió paso lentamente hacia afuera. Sujetos al servicio militar, los trabajadores estaban ligados de manos y pies. Toda violación de la disciplina suponía para ellos la inmediata evacuación al frente, acompañados de una nota de la policía, que era tanto como una sentencia de muerte. Eso sucedía sobre todo en San Petersburgo, donde la vigilancia era doblemente rigurosa.

Entretanto, las derrotas del ejército zarista seguían su curso. La hipnosis de patriotismo y la hipnosis de temor fueron gradualmente cediendo. Durante la segunda mitad de 1915 estallaron varias huelgas esporádicas, fundadas en los precios altos de la región textil de Moscú, pero no alcanzaron desarrollo. Las masas estaban descontentas, pero se mantenían pacíficas. En mayo de 1916 fulguraron algunas revueltas aisladas entre los reclutas de las provincias. Surgieron desórdenes por causa de los alimentos en el Sur, y se propagaron en seguida a Kronstadt, la fortaleza que guardaba el acceso a la capital. Finalmente, hacia fines de diciembre, tocó el turno a San Petersburgo. La huelga política afectó a no menos de doscientos mil trabajadores de una vez, con la incuestionable participación de las organizaciones bolcheviques. El hielo estaba roto. En febrero comenzó una serie de huelgas y revueltas tumultuosas, que culminaron rápidamente en una sublevación durante la cual la guarnición de la capital se pasó a los trabajadores. «El curso alemán de desarrollo» con que contaban los liberales y los mencheviques no se convirtió en realidad. De hecho, los mismos alemanes se apartaron pronto del llamado «método alemán»... En el remoto destierro, Stalin se veía condenado a hacer conjeturas sobre el triunfo de la insurrección y la abdicación del zar.

Sobre las treinta mil millas cuadradas que oproximadamente componen la superficie de la región de Turujansk, situada en la parte septentrional de la provincia de Yeniseisk, se desparramaba una población de diez mil almas poco más o menos, rusos y de otras comarcas. Los pequeños poblados de dos a diez casas, rara vez más, se hallaban separados entre sí por cientos de millas. Como el invierno dura allí ocho meses cumplidos, la agricultura no existe. Los habitantes pescan y cazan, pues abundan ambas clases de alimentos. Stalin llegó a aquella inhospitalaria región a mediados de 1913, y encontró allí a Sverdlov. Al poco tiempo recibió Alliluyev una carta en la que Stalin le pedía que metiera prisa al diputado Badayev para que enviase el dinero remitido por Lenin desde la emigración... «Stalin explicaba detalladamente que necesitaba dinero en seguida para procurarse los alimentos necesarios, petróleo y otros efectos.»

El 25 de agosto, el Departamento de Policía avisaba a la gendarmería de Yeniseisk de la posibilidad de que los deportados Sverdlov y Djughashvili trataran de escaparse. El 18 de diciembre, el Departamento pedía por teléfono al gobernador de Yeniseisk que tomase medidas para prevenir la fuga. En enero, el Departamento telegrafió a la gendarmería de Yeniseisk, advirtiéndoles que Sverdlov y Djughashvili, además de los cien rublos ya recibidos, estaban a punto de recibir otros cincuenta para organizar su fuga. En marzo, los agentes de la *Ojrana* acababan de oír que Sverdlov había sido visto en Moscú. El gobernador de Yeniseisk se apresuró a informar que ambos deportados «están presentes en persona, y se han tomado medidas para impedir que se fuguen». En vano escribió Stalin a Alliluyev que Lenin había enviado el dinero para petróleo y otras cosas necesarias; el Departamento sabía de buena fuente (por Malinovsky mismo) que estaba preparando su fuga.

En febrero de 1914, Sverdlov escribía a su hermana: «José Djughashvili y yo vamos a ser trasladados cien verstas (unas setenta millas) al Norte, ochenta verstas (unas cincuenta y cinco millas) por encima del Círculo Glacial Ártico. La vigilancia es más severa. Hemos sido separados del despacho de Correos, y las cartas nos llegan una vez al mes por mediación de un "peatón" que con frecuencia se retrasa. De hecho, sólo recibimos correo ocho o nueve veces al año...» El nuevo lugar que les fue designado era la olvidada colonia de Kureika. Pero aquello no era bastante. «Por recibir dinero, Djughashvili había sido privado de

su asignación por cuatro meses. Él y yo necesitamos dinero. Pero no lo podéis enviar a nuestro nombre.» Al intervenir la asignación, la policía aliviaba el presupuesto zarista y mermaba a la vez las posibilidades de fuga.

En su primera carta desde Kureika, Sverdlov describía claramente su método de vida en compañía de Stalin. «Mi instalación en la nueva residencia es mucho peor. En primer lugar, ya no vivo solo en el cuarto. Somos dos. Está conmigo el georgiano Djughashvili, a quien ya conocía de antes, pues estuvimos una vez desterrados juntos en otro sitio. Es un buen muchacho, pero es demasiado individualista en materias de la vida cotidiana, en tanto que yo creo en el orden, aparente al menos. Por eso estoy nervioso a veces. Pero esto no es tan importante. Mucho peor es que no hay separación ninguna entre nosotros y la familia de nuestros patronos. Tenemos la habitación junto a la suya, y no hay entrada independiente. Como es natural, los chiquillos pasan con nosotros muchas horas. A veces nos estorban. Además, también caen por aquí algunas personas mayores del pueblo. Vienen, se sientan, permanecen sosegados una media hora, y de repente se levantan: "Bueno, tengo que irme, adiós." Apenas se han marchado, viene otro visitante, y se repite la escena. Se presentan como de intento a la hora mejor para estudiar, al caer la tarde. No lo comprendo: de día tienen que trabajar. Hemos tenido que abandonar nuestros planes anteriores y distribuir de otro modo el horario, dejando de estudiar hasta bien pasada la medianoche. No tenemos una gota de petróleo; usamos velas, y como dan poca luz para mi vista, ahora estudio siempre de día. En realidad, no es mucho lo que estudio. Virtualmente, no tenemos libros...» Así vivían el futuro presidente de la República de los Soviets y el futuro dictador de la Unión Soviética.

Lo que nos interesa más de la carta precedente es la reprimida caracterización de Stalin como «un buen muchacho, pero demasiado individualista». La primera parte de esta declaración tiene por evidente objeto moderar el efecto de la segunda. «Un individualista en materias de la vida cotidiana» significa en este caso un hombre que, obligado a vivir en compañía de otra persona, no tiene en cuenta para nada las costumbres e intereses de ésta. Un vislumbrar de orden, en el que Sverdlov insistía inútilmente, exigía cierta voluntaria autolimitación por parte del compañero de cuarto. Sverdlov era por naturaleza una persona considerada. Samoilov atestigua que era «un magnífico camarada» en su trato personal. En el carácter de Stalin no había la más ligera sombra

de moderación. Además, es posible que hubiese buena porción de venganza en su comportamiento; no olvidemos que fue Sverdlov el designado para liquidar el cuerpo de redacción de *Pravda* con que había contado Stalin frente a la posición de Lenin. Stalin nunca olvidaba tales cosas; nunca olvidaba nada. La publicación de la correspondencia completa de Sverdlov desde Turujansk, prometida en 1924, jamás se realizó; al parecer, contenía la historia del subsiguiente empeoramiento de las relaciones entre ambos.

Schweitzer (esposa de Spandaryan, tercer miembro del Comité Central que emprendió el viaje hacia Kureika en vísperas de la guerra, después de haber sido trasladado Sverdlov de allí) dice que en el cuarto de Stalin «la mesa estaba atestada de libros y grandes pilas de periódicos, y de una cuerda tendida en un rincón pendían varios aparejos de pesca y caza de su propia elaboración». Sin duda, la queja de Sverdlov relativa a la escasez de libros había servido de estímulo para la acción: los amigos contribuyeron a engrosar la biblioteca de Kureika. Los utensilios «de su propia elaboración» no podían ser, naturalmente, un rifle y municiones de arma de fuego. Eran redes de pesca y trampas para conejos y otros bichos por el estilo. Más tarde, Stalin no llegó a ser tampoco un tirador ni un cazador, en el sentido deportista de la palabra. Efectivamente, a juzgar por aspectos generales, es más fácil imaginarsele colocando trampas por la noche que disparando una escopeta contra un pájaro a la luz del día.

Para comunicaciones postales y, de otro orden, Kureika dependía del pueblo de Monastyrskoye, de donde los hilos conducían a Yeniseisk y más allá, hasta Krasnoyarsk. El antiguo deportado Gaven, hoy desaparecido también, nos refiere que la comuna de Yeniseisk estaba en contacto con la vida política, clandestina y legal. Se mantenía desde allí correspondencia con las otras regiones de deportados, así como con Krasnoyarsk, que a su vez comunicaba con los Comités de San Petersburgo y de Moscú, y suministraba a los deportados documentos clandestinos. Aun en el Círculo Ártico la gente se interesaba por los intereses del Partido, dividida en grupos, discutiendo hasta enronquecer y a veces hasta el punto de odiarse cordialmente. Sin embargo, los deportados sólo comenzaron a diferir en principios a mediados del año 1914, después de llegar a la región de Turujansk el tercer miembro del Comité Central, el entusiasta Spandaryan.

En cuanto a Stalin, se mantuvo retraído. Según Shumyatsky, «Stalin... se reconcentró en sí mismo. Preocupado de la caza y la

pesca, vivía en una soledad casi completa... Prácticamente no necesitaba relacionarse con la gente, y sólo de vez en cuando solía visitar a su amigo Suren Spandaryan en el pueblo de Monastyrskoye, para volver varios días más tarde a su covacha de anacoreta. Era parco en sus descoyuntadas observaciones sobre tal o cual asunto, cuando por azar asistía a reuniones organizadas por los deportados». Estas líneas suavizadas y embellecidas en una de las versiones posteriores (incluso la «covacha» se convirtió por algún motivo en «laboratorio»), deben entenderse en el sentido de que Stalin cortó toda relación personal con la mayoría de los deportados, y los rehuía. No es extraño que terminaran asimismo sus relaciones con Sverdlov: en las monótonas circunstancias del destierro, hasta personas más adaptables que él no eran capaces de evitar la discordia.

«La atmósfera moral... —escribía discretamente Sverdlov en una de sus cartas que casualmente vio la luz—, no es muy favorable... Unas cuantas disputas (desavenencias personales), posibles sólo en una atmósfera de cárcel y destierro, a pesar de su nimiedad han producido bastante efecto sobre mis nervios...» A causa de tales «disputas», Sverdlov gestionó su traslado a otra colonia. Otros bolcheviques se apresuraron a abandonar Kureika: Goloschekin y Medvedev, que ahora figuran asimismo entre los ausentes. Colérico, brusco, consumido por la ambición, Stalin no era fácil de conllevar.

Los biógrafos exageran sin duda cuando dicen que esta vez la fuga era físicamente imposible, aunque es natural que ofreciera serias dificultades. Las fugas anteriores de Stalin no lo fueron en el verdadero sentido de la palabra, sino salidas ilegales del lugar de destierro. Alejarse de Solvychevodsk, en Vologda, incluso de Naryn, no suponía gran esfuerzo, una vez resuelto el interesado a prescindir de su «estado legal». La región de Turujansk era muy diferente: había que efectuar un viaje bastante dificultoso con renos o perros, o con un bote en verano, o bien escondido bajo las tablas de la caña de un buque, contando con que el capitán del mismo tuviera alguna simpatía por los deportados políticos; en una palabra, el desterrado en Turujansk que quisiera escaparse se exponía a graves riesgos. Pero que estas dificultades no eran insuperables lo demuestra mejor que todo el hecho de que durante aquellos años varias personas lograron escaparse de aquella comarca. Cierto es que después de enterarse el Departamento de Policía de su plan de fuga, Sverdlov y Stalin fueron sometidos a vigilancia especial. Pero los «guardias» árticos, notoriamente re-

misos y fáciles de ganar por el vino, nunca habían retraído a otros a escapar de allí. Los deportados de Turujansk gozaban de suficiente amplitud de movimientos para ello. «Stalin iba a menudo al pueblo de Monastyrskoye —escribe Schweitzer—, donde los desterrados solían reunirse, y a tal objeto empleaba subterfugios tanto legales como ilegales.» La vigilancia no hubiera podido ser muy activa en las nordeñas soledades sin límite. Durante todo el primer año, Stalin parecía haber estado orientándose y tomando medidas preparatorias sin gran apresuramiento: *era precavido*. Pero en julio del año siguiente estalló la guerra. Los peligros de la existencia ilegal en las condiciones de un régimen de tiempo de guerra se añadían a las dificultades físicas y políticas de una fuga. Aquel riesgo acrecentado fue precisamente lo que retrajo a Stalin a escaparse, como muchos otros.

«Esta vez —escribe Schweitzer—, Stalin decidió continuar deportado. Allí continuó su trabajo sobre el problema nacional, y terminó la segunda parte de su libro.» Shumyatsky menciona también la obra de Stalin sobre dicho tema. Stalin escribió efectivamente un artículo sobre la cuestión de las nacionalidades durante los primeros meses de su destierro: a este respecto contamos con el testimonio categórico de Alliluyev. «El mismo año (1913), a principios de invierno —escribe—, recibí otra carta de Stalin... Un artículo sobre la cuestión nacional, que Stalin me pedía transmitir a Lenin, venía también en el sobre.» El ensayo no podía ser muy extenso, puesto que iba dentro de un sobre de carta ordinario. Pero, ¿qué se hizo de aquel artículo? Durante todo el año 1913, Lenin continuó desafrollando y definiendo el problema de las nacionalidades. No hubiera podido menos de acoger con avidez aquel nuevo esfuerzo de Stalin. El silencio acerca de la suerte que corriera el artículo mencionado prueba simplemente que se consideró inadecuado para publicarlo. Su empeño por seguir independientemente la línea de razonamiento que le había sido sugerida en Cracovia le había extraviado, por lo visto, de modo que Lenin no vio posibilidad de revisar el artículo. Sólo así puede explicarse el hecho sorprendente de que durante los siguientes tres años y medio de deportación no hiciera el ofendido Stalin ningún intento más por aparecer en la Prensa bolchevique.

En el destierro, como en la cárcel, los grandes acontecimientos parecen particularmente increíbles. Según Shumyatsky, «las noticias de la guerra asombraban a nuestros hombres, algunos de los cuales tomaron notas sumamente erróneas...» «Las tendencias defensistas tenían muchos partidarios entre los deportados;

todo el mundo andaba desorientado», escribe Gaven. No era de extrañar: incluso en San Petersburgo, recientemente convertido en Petrogrado, los revolucionarios no estaban muy seguros de sí mismos. «Pero la autoridad de Stalin entre los bolcheviques era tan grande —declara Schweitzer—, que su primera carta a los deportados puso fin a todas sus dudas y afirmó a los vacilantes.» ¿Adónde ha ido aquella carta? Tales documentos se copiaban al pasar de mano en mano, circulando por todas las colonias de desterrados. No es posible que se perdieran todas las copias; las que cayeron en manos de la policía han debido hallarse en sus archivos. Si la «carta» histórica de Stalin no aparece, es sencillamente porque no se escribió nunca. A pesar de toda su vulgaridad, el testimonio de Schweitzer es un trágico documento humano. Escribió esta camarada sus Memorias en 1937, veinte años después de los sucesos, por encargo imperioso. La colaboración política que se vio obligada a prestar a Stalin correspondía en realidad, aunque en escala más modesta, a su marido, el indomable Spandaryan, muerto en el destierro en 1916. Naturalmente, Schweitzer sabe de sobra lo que ocurrió. Pero el mecanismo de la falsificación trabajaba de manera automática.

Más ajustadas a los hechos son las Memorias de Shumyatsky, publicadas unos trece años antes del artículo de Schweitzer. Shumyatsky atribuía la parte directiva en la lucha con los patriotas a Spandaryan. «Fue uno de los primeros en adoptar una posición inflexible de "derrotismo", y en las raras reuniones de los camaradas apostrofaba sarcásticamente a los socialpatriotas...» Incluso en la edición de mucho después, Shumyatsky, caracterizando la general confusión de ideas, conservó la frase: «El difunto Spandaryan vio la cuestión clara y distintamente...» Los otros, por lo que se deduce, no la vieron con tanta claridad. Cierto es que Shumyatsky, que nunca estuvo en Kureika, se apresuraba a añadir que «Stalin, completamente aislado en su covacha, sin la menor vacilación se ajustó a una línea derrotistas», y que las cartas de Stalin «apoyaron a Suren en su lucha contra los adversarios». Pero la veracidad de esta inserción, que tiende a asegurar a Stalin el segundo lugar entre los «derrotistas», se debilita considerablemente al decir el mismo Shumyatsky: «Sólo hacia fines de 1914 y principios de 1915, después de haber podido ir Stalin a Monastyrskoye para ayudar a Spandaryan, dejó de ser éste objeto de los ataques de posición.» ¿Es que Stalin adoptó abiertamente su posición internacionalista sólo después de hablar con Spandaryan, y no desde el principio de la guerra? En su intento de en-

mascarar el prolongado silencio de Stalin, pero en realidad subrayándolo más que nunca, Shumyatsky eliminó en la nueva edición toda referencia al hecho de que la visita de Stalin a Monastyrskoye ocurrió «sólo hacia fines de 1914 y principios de 1915». De hecho, el viaje fue a fines de febrero de 1915, cuando merced a la experiencia de siete meses de guerra, no sólo los vacilantes, sino también muchos activos «patrióticos», habían acertado a librarse de los efectos del narcótico. En realidad, no podía haber sido de otra manera. Los dirigentes bolcheviques de San Petersburgo, Moscú y las provincias, acogieron las tesis de Lenin con perplejidad y alarma. Ni uno solo las aceptó en su integridad. Por consiguiente, no había el menor motivo para que la mente de Stalin, lenta y cautelosa, llegase por sí sola a las conclusiones que significaban una completa subversión en el movimiento obrero.

Durante todo su destierro, sólo se han llegado a conocer dos documentos en que se refleje la posición de Stalin frente a la guerra: una carta personal suya a Lenin y su firma en una declaración colectiva del grupo bolchevique. La carta personal, escrita el 27 de febrero desde el pueblo de Monastyrskoye, es la primera comunicación de Stalin a Lenin en el transcurso de toda la guerra y, al parecer, la única. La reproducimos íntegra:

*Mis saludos, camarada Ilich, calurosos y cordiales. Y también a Zinoviev y a Nadezha Konstantinovna<sup>1</sup>. ¿Cómo va usted, cómo va de salud? Yo vivo como siempre, barrenando y acercándome a la mitad de mi condena. Es cansado esto, pero no hay más remedio. ¿Qué pasa por ahí? Está más animado por esos sitios... Hace poco leí los artículos de Kropotkin<sup>2</sup>. El viejo loco debe de haber de haber perdido el juicio por completo. También he leído un artículo de Plejanov en Ryech<sup>3</sup>; es un chisnismo incorregible. Ej-mah! ¿Y los liquidadores, con sus agentes diputados de la Libre Sociedad Económica? No hay nadie que los sacuda, ¡el diablo me lleve! ¿Es posible que se salgan sin su merecido? Háganos dichosos anunciándonos que pronto aparecerá un periódico que les dé un buen vapuleo, a intervalos regulares y sin fatigarse. Si se le ocurre escribir, ésta es la dirección: Territorio de Turujansk, provincia de Yeniseik, pueblo de Monastyrskoye, para Suren Spandaryan. Suyo, Koba. Timofeyi (Spandaryan) suplica que transmi-*

<sup>1</sup> Esperanza Krupskaya, esposa de Lenin. — C. M.

<sup>2</sup> Príncipe Pedro Alexeyevich Kropotkin (1842-1921), anarquista ruso, hombre de ciencia, historiador, crítico, filósofo social, que vivía en Londres por entonces. — C. M.

<sup>3</sup> Diario de los Cadetes (demócratas constitucionales), partido liberal burgués. — C. M.

*tan sus agrios saludos a Guesde<sup>1</sup>, Sembat<sup>2</sup> y Vandervelde<sup>3</sup>, por sus gloriosos (¡ja, ja!) cargos de ministros.*

Esta carta, manifiestamente influida por conversaciones con Spandaryan, ofrece en esencia muy poco para justipreciar la posición política de Stalin. El proyecto Kropotkin, teórico de la anarquía pura, se hizo un furibundo chauvinista al comenzar la guerra. Plejanov, a quien hasta los mencheviques repudiaron por completo, no hizo mejor papel. Vandervelde, Guesde y Sembat eran blancos muy visibles en su calidad de ministros burgueses. La carta de Stalin no hace la menor alusión a los nuevos problemas que por entonces ocupaban las mentes de los marxistas revolucionarios. La actitud frente al pacifismo, las consignas de «derrotismo» y de «transformar la guerra imperialista en guerra civil», el problema de formar una nueva Internacional..., tales eran los centros de rotación de innumerables debates. Las ideas de Lenin distaban mucho de ser populares. ¿Qué hubiera sido más natural en Stalin que sugerir a Lenin su conformidad con él, si existía realmente tal conformidad? Si hemos de creer a Schweitzer, fue allí, en Monastyrskoye, donde Stalin se enteró de las tesis de Lenin. «Es difícil de expresar — escribe en el estilo de Beria — con qué sentimiento de alegría, confianza y triunfo leyó Stalin las tesis de Lenin, que confirmaban sus propias ideas...» ¿Por qué entonces no dejó traslucir absolutamente nada sobre estas tesis en su carta? Si hubiera trabajado independientemente sobre los problemas de la nueva Internacional, no habría podido evadirse de cambiar al menos unas palabras con su maestro sobre sus propias conclusiones, o de consultarle sobre alguna de las cuestiones más arduas. Pero nada hay que lo revele. Stalin asimilaba de las ideas de Lenin las que se ajustaban a sus propias miras. El resto se le antojaba la música indecisa del futuro, cuando no una remota «tempestad en un vaso de agua». Con tales perspectivas llegó más tarde la Revolución de febrero (marzo de 1917).

La carta expedida desde Monastyrskoye, pobre de contenido, con su tono artificial de airosa baladronada (¡el diablo me lleve!

<sup>1</sup> Jules Basile Guesde (1845-1922), ex jefe del ala izquierda del Partido Socialista francés, fue ministro sin cartera de agosto de 1914 a octubre de 1915. — C. M.

<sup>2</sup> Marcel Sembat (1862-1922); político francés socialista reformista, ministro de Obras Públicas (1914-1916). — C. M.

<sup>3</sup> Emile Vandervelde (1866-1938), socialista reformista belga, presidente del Buró Internacional Socialista, ministro de Estado durante la Primera Guerra Mundial. Ocupó varios cargos ministeriales. — C. M.

ija, ja!», etc.), revela mucho más de lo que su autor hubiese querido. «Es cansado esto, pero no hay más remedio.» Un hombre capaz de vivir una intensa vida intelectual no escribe de ese modo. «Si se le ocurre escribir, ésta es la dirección...» Un hombre que efectivamente aprecia un intercambio de ideas teóricas no escribe así. La carta lleva el característico triple sello: astucia, estupidez y vulgaridad. No hubo correspondencia sistemática con Lenin durante sus cuatro años de destierro, a pesar de la importancia que atribuía Lenin a contactos con personas de ideas afines y de su propensión a sostener relaciones epistolares.

En otoño de 1915, Lenin preguntó al emigrado Karpinsky: «Tengo que pedirle un gran favor: averigüe el nombre de "Koba" (¿José Dj., no nos acordamos). ¡Muy importante!» Karpinsky replicó: «José Djugashvili.» ¿De qué se trataba: un nuevo giro, o una carta? La necesidad de preguntar para recordar su nombre demuestra en efecto que no había correspondencia continua.

El otro documento que lleva la firma de Stalin es una petición de un grupo de deportados al Consejo de redacción de un periódico legal dedicado a los seguros obreros.

«*Voprosy Strajovaniya*<sup>1</sup> debería dedicar también toda su solicitud y diligencia a la causa de asegurar a la clase trabajadora de nuestro país con ideas contra las predicaciones antiproletarias y archipútridas de los señores Potressovs, Levitskies y Plejanovs, que se oponen radicalmente a los principios del internacionalismo.»

Esto era indudablemente una declaración contra el socialpatriotismo, pero también dentro de los límites de ideas comunes no sólo entre bolcheviques, sino incluso entre los mencheviques izquierdistas. La carta, que, a juzgar por su estilo, debe de estar escrita por Kamenev, llevaba fecha de 12 de marzo de 1916, es decir, de una época en que la presión patriótica llevaba ya tiempo en reflujo.

En 1915, Lenin trató de publicar en Moscú una antología marxista legal, para expresar, al menos con sordina o doble sentido, la posición del Partido bolchevique ante la guerra. El censor retuvo la analogía, pero los artículos se conservaron y aparecieron después de la revolución. Junto a Lenin hallamos entre los autores al literato Stepanov, Olminsky (de quien ya hemos hablado), Milutin, bolchevique relativamente novicio y al conciliador

<sup>1</sup> Aunque ostensiblemente dedicado a los seguros obreros, *Voprosy Strajovaniya* (Problemas de seguros), fundado el 29 de octubre de 1913, era una rama del departamento de seguros de *Pravda*; se trataba asimismo de política general y, después de ser suspendida *Pravda* por las autoridades zaristas durante la guerra, publicaba artículos sobre la peligrosa situación del conflicto bélico. — C. M.

Nogin, todos ellos emigrados. También hallamos un artículo titulado *Sobre la escisión de la Socialdemocracia alemana*, por Sverdlov. Pero no hay nada en esta antología de la pluma de Stalin, que vivía en las mismas condiciones de destierro que Sverdlov. Esto puede explicarse, bien por recelar Stalin hallarse en desacuerdo con los otros, o bien por haberle molestado que no aceptasen su artículo sobre las nacionalidades: la vidriosidad y el capricho eran condiciones tan suyas como la cautela.

Shumyatsky manifiesta que Stalin fue llamado a filas mientras estaba en el destierro, al parecer en 1916, cuando ya movilizaban a las quintas viejas (entonces iba a cumplir Stalin treinta y siete años), pero no se le admitió en el Ejército a causa de su brazo izquierdo anquilosado. Pacientemente estuvo matando el tiempo más allá del Círculo Ártico, pescando, poniendo sus trampas a los conejos, leyendo y posiblemente escribiendo también. «Es cansado esto, pero no hay más remedio.» Un recluso taciturno, colérico, no era ni mucho menos la figura central entre los deportados. «Más clara que otras muchas —escribe Shumyatsky, adicto a Stalin—, en la memoria de los turujanitas se destaca la monumental figura de Suren Spandaryan, el intransigente marxista revolucionario y magnífico organizador.» Spandaryan llegó a Turujansk en vísperas de la guerra, un año después que Stalin. «¡Qué sosiego y qué paz hay aquí! —solía observar con ironía—. Todo el mundo está de acuerdo con los demás en todo: los *essars*, los bolcheviques, los mencheviques, los anarquistas... ¿No sabéis que el proletariado de San Petersburgo está con el oído atento a la voz de los desterrados...?» Suren fue el primero que adoptó una posición antipatriotera e hizo que todos le escuchasen. Pero en influencia personal sobre sus camaradas, Sverdlov mantenía el primer puesto. «Animado y sociable», extrovertido incapaz de reconcentrarse en el egocentrismo, Sverdlov siempre reunía a los demás, recogía importantes noticias y las hacía circular por las diversas colonias de deportados, y organizó una cooperativa de éstos a la vez que efectuaba observaciones sistemáticas en la estación meteorológica. Las relaciones entre Spandaryan y Sverdlov, llegaron a estar tirantes. Los deportados se agruparon en torno a estas dos figuras. Aunque ambos grupos luchaban unidos contra la administración, las rivalidades «por esferas de influencia», según expresión de Shumyatsky, nunca cesaron. No es fácil averiguar hoy en qué principios se basa aquella discordia. Antagonista de Sverdlov, Stalin apoyaba a Spandaryan discretamente a un brazo de distancia.

En la primera edición de sus Memorias, Shumyatsky escribía: «La administración de la región se dio cuenta de que Suren Spandaryan era el más activo de los revolucionarios, y le consideraba el líder de todos.» En una edición posterior, se suprimió esta frase para incluir a dos personas: Sverdlov y Spandaryan. El agente Kibiróv, con quien al parecer entabló Stalin relaciones amistosas, hacía objeto de una vigilancia insistente a Spandaryan y a Sverdlov, considerándolos «los cabecillas de todos los deportados». Perdido por un momento el hilo oficial, Shumyatsky se olvidó por completo de mencionar a Stalin en tal calidad. La razón no es difícil de comprender. El nivel general de los deportados en Turujansk era considerablemente superior al promedio. Allí se encontraban a la vez los hombres que constituían el núcleo esencial del centro ruso: Kamenev, Stalin, Spandaryan, Sverdlov, Goloschekin y varios otros bolcheviques destacados. No había máquina política alguna en el destierro, y era imposible dirigir desde el anónimo, tirando de las cuerdas detrás de la cortina. Todos estaban bien a la vista de los otros. La astucia, la firmeza y la persistencia no bastaban para ganar a aquella gente tan experimentada: había que ser culto, pensador independiente y polemista experto. Spandaryan, al parecer, se distinguía por el superior atrevimiento de sus ideas, Kamenev por su más amplia preparación escolar y universalidad de criterio, Sverdlov por su grande actividad, iniciativa y flexibilidad. Por eso Stalin se «reconcentró en sí mismo», limitándose a observaciones monosilábicas, que Shumyatsky se acordó de tildarlas de «agudas» sólo en una posterior edición de su trabajo.

¿Estudió Stalin en el destierro? En este caso, ¿qué estudió? Ya había pasado hacía tiempo la edad en que uno se contenta con lecturas sin objeción ni selección. Sólo podía avanzar estudiando cuestiones políticas específicas, tomando notas, tratando de formular sus propias ideas por escrito. Pero aparte de la referencia a su artículo sobre el problema de las nacionalidades, nadie tiene una sola palabra que decir sobre la vida intelectual de Stalin durante esos cuatro años. Sverdlov, que no era ningún técnico ni literato, escribió cuatro artículos en aquella época, hacía traducciones de lenguas extranjeras y colaboraba regularmente en la Prensa de Siberia. «De ese modo mis asuntos no marchan mal», escribía en tono optimista a un amigo suyo. Después de la muerte de Ordzhonikidze, que no tenía predilección ninguna por la teoría, su viuda escribió a propósito de los últimos años de cárcel de su marido: «Estudiaba y leía sin tregua. Largos extractos de cuanto

había leído durante aquella temporada se conservaban en el grueso cuaderno forrado de hule enviado a Sergo por las autoridades de la cárcel.» Todo revolucionario llevó consigo de la cárcel y el destierro tales cuadernos forrados de hule. Verdad es que muchos se perdieron durante fugas y registros. Pero de su último destierro Stalin pudo haber salvado lo que hubiese querido y en las mejores condiciones, y en los años siguientes no fue él precisamente el sometido a registros, sino, por el contrario, el que sometía a otros a tales pruebas. A pesar de eso, es inútil buscar el menor rastro de su vida intelectual durante todo aquel período de soledad y ocio. Durante cuatro años (los años del revivir del movimiento revolucionario en Rusia, de la Primera Guerra Mundial, del colapso de la Socialdemocracia internacional, de una lucha vehemente de ideas sobre el socialismo, de la cimentación de la nueva Internacional), es imposible que no empuñara Stalin la pluma para nada. Y, sin embargo, en todo cuanto escribió después no parece haber una sola línea que pudiera haber servido para aumentar su reputación de última hora. Los años de guerra, los años de abrir paso a la Revolución de octubre, son un espacio en blanco en la historia de las ideas de Stalin.

El internacionalismo revolucionario halló su expresión acabada en los puntos de la pluma del «emigrado» Lenin. El palenque, de un solo país, y además, de la atrasada Rusia, era demasiado limitado para permitir la evaluación justa de una perspectiva mundial. Así como el emigrado Marx tuvo necesidad de Londres, que en su tiempo era el centro del capitalismo, para integrar la filosofía alemana y la Revolución Francesa con la economía inglesa, también Lenin, durante el transcurso de la guerra, hubo de estar en el punto focal de los acontecimientos europeos y mundiales, con el fin de deducir las conclusiones revolucionarias decisivas de las premisas del marxismo. Manuilsky, el dirigente oficial de la Internacional Comunista después de Bujarin y antes de Dimitrov, escribía en 1922: «*Sotsial-Democrat* (El Socialdemócrata), publicado en Suiza por Lenin y Zinoviev, y el *Golps* (La Voz) de París y *Noshe Slovo* (Nuestro Pueblo), publicado por Trotsky, serán para el futuro historiador de la III Internacional los fragmentos básicos de los cuales se forjó la nueva ideología revolucionaria del proletariado internacional.» Se admite gustosamente que Manuilsky exageraba el papel de Trotsky. Sin embargo, no tuvo ni siquiera un pretexto para nombrar a Stalin. Pero luego, diez años más tarde, haría lo imposible por rectificar semejante omisión.

Tranquilizados por los monótonos ritmos de la nevada soledad, los deportados estaban lejos de esperar los sucesos que acontecían en febrero (marzo) de 1917. Todos se vieron sorprendidos, a pesar de que siempre mantuvieron la fe puesta en lo inevitable de la revolución. «Al principio —escribe Samoilov—, parecía que hubiésemos olvidado de pronto nuestras diferencias de opinión... Las discordias políticas y las recíprocas antipatías hubiéranse dicho disipadas...» Esta interesante confesión se ve confirmada en todas las publicaciones, discursos y medidas prácticas de aquella época. Derrumbáronse las barreras entre bolcheviques y mencheviques, entre internacionalistas y patriotas. Todo el país estaba inundado de un conciliatorismo alegre, pero miope y verbalista. La gente se tambaleaba en el tumulto de frases heroicas, principal elemento de la Revolución de febrero, en especial durante sus primeras semanas. Grupos de deportados aflúan de todos los confines de Siberia, confundidos en una sola corriente y avanzaban hacia el Oeste en una atmósfera de exultante embriaguez.

En uno de los mítines de Siberia, Kamenev, que ocupaba la presidencia en unión de liberales, populistas y mencheviques, como más tarde se dijo, estampó con ellos su firma en un telegrama felicitando al gran duque Miguel Romanov por su renuncia al trono, magnánima en apariencia, pero cobarde en realidad, en espera de la decisión de la Asamblea constituyente. No es imposible que Kamenev, saturado de sentimentalismo, tuviera por acertado no molestar a sus colegas de Mesa con una repulsa descortés. En la enorme confusión de aquellos días nadie paraba mientes en ello, y Stalin, a quien nadie pensó en elegir para la presidencia, no protestó contra el desliz de Kamenev hasta el momento en que entre ambos surgió una lucha sin cuartel.

El primer punto de la ruta en que se reunieron trabajadores en considerable número fue Krasnoyarsk. Allí existía ya un Soviet de diputados. Los bolcheviques locales, que eran miembros de la organización general en unión de los mencheviques, esperaban instrucciones de los dirigentes que pasaban por allí. Envueltos por completo en la oleada de unificación, aquellos dirigentes ni siquiera pensaron en establecer una organización bolchevique independiente. ¿Para qué? Los bolcheviques, como los mencheviques, estaban decididos a apoyar al Gobierno provisional, a cuyo frente estaba el príncipe liberal Lvov. También se sofocaron las diferencias de opinión respecto a la guerra: ¡era necesario defender la Rusia revolucionaria! En tal estado de ánimo caminaban hacia Petrogrado, Stalin, Kamenev y otros. «La ruta a lo largo

del ferrocarril —recuerda Samoilov—, era algo extraordinario y tumultuoso, un cúmulo de manifestaciones de bienvenida, mítines y actos análogos.» En la mayoría de las estaciones recibía a los deportados el vecindario entusiasmado, con bandas militares que entonaban la *Marsellesa*<sup>1</sup>; el día de la *Internacional* no había alborado aún. En las estaciones férreas de importancia se celebraron banquetes de gala. Los amnistiados tuvieron que hablar, «hablar, sin descanso». Muchos se quedaron afónicos, enfermaron de fatiga, rehusaron salir de sus vehículos; «pero aun en ellos no se les dejaba en paz».

Stalin no perdió su voz, pues no pronunció discursos. Había muchos otros, oradores expertos, entre ellos el diminuto Sverdlov, con su potente voz de bajo. Stalin permanecía al margen, adusto, alarmado por el desbordamiento de la naturaleza de la manera verbal, y malévolo, como de costumbre. Otra vez le daban de lado las personas de calibre muy inferior. Ya contaba con una historial de casi una veintena de años de actividad revolucionaria, entrecortado por detenciones inevitables y reanudado al huir una y otra vez. Casi diez años habían pasado desde que Koba abandonara «la ciénaga estancada» de Tiflis por la industrial Bakú. Había trabajado en la capital de la industria petrolífera unos ocho meses, había pasado alrededor de seis meses en la cárcel de Bakú, y otros nueve en el destierro de Vologda. Un mes de actividad ilegal le valió dos meses de castigo. Después de huir, había vuelto al trabajo clandestino cerca de nueve meses, seguidos de seis meses de encierro y nueve de deportación, una proporción algo más favorable. Al final del destierro, menos de dos meses de trabajo ilegal, casi tres meses de cárcel, otros dos de confinamiento en la provincia de Vologda: dos meses y medio de castigo por cada mes de actividad. Dos meses más de clandestinidad, casi cuatro de prisión y destierro. Otra fuga. Más de medio año de labor revolucionaria, y luego, otra vez el presidio y el destierro, del que sólo le libró la Revolución de febrero: cuatro años. En resumen, de sus diecinueve años de participación en el movimiento revolucionario, pasó dos años y nueve meses deportado. No era mala proporción; la mayoría de los revolucionarios profesionales pasaron en las cárceles períodos mucho más largos.

<sup>1</sup> La *Marsellesa* era el himno de combate común a todos los adversarios de la autocracia zarista, de acuerdo con la tradición patriótica y republicana de la gran Revolución Francesa; en cambio, la *Internacional* (escrita por Eugenio Pottier en 1871) era cosa exclusiva de los socialistas, campeones del nuevo orden predicado en pro de la autoliberación de todos los trabajadores del mundo, sin distinción de raza ni de nacionalidad, de la explotación y de la opresión.

Durante esos diecinueve años, Stalin no destacó como una figura de primera ni segunda fila. Era desconocido. Refiriéndose en 1911 a la carta interceptada dirigida por Koba desde Solvyche-godsk a Moscú, el jefe de la *Ojra* de Tiflis escribió un informe detenido de José Djughashvili que no contenía hechos de nota ni rasgos relevantes, salvo acaso la mención de que Soso, alias «Koba», había comenzado su carrera como menchevique. Al mismo tiempo, refiriéndose a Gurgén (Tsjakaya), a quien incidentalmente se mencionaba en la misma carta, el gendarme advertía que este último «era desde mucho antes uno de los revolucionarios de importancia...». Según dicho informe Gurgén fue detenido «en unión del famoso revolucionario Bogdan Knunyants». Éste era no sólo georgiano como Koba, sino de la misma edad que él. En cuanto a la «fama» de Djughashvili mismo, no hay ni la más remota insinuación de tal.

Dos años más tarde, caracterizando en pormenor la estructura del Partido bolchevique y de su plana mayor, el director del Departamento de Policía hacía constar de pasada que Sverdlov y «un tal José Djughashvili» habían sido elegidos por cooptación miembros del Buró del Comité Central. La expresión «un tal» indica que el nombre de Djughashvili nada sugería al jefe de Policía en 1913, a pesar de una fuente de información como la de Malinovsky. Hasta hace poco, la biografía revolucionaria de Stalin, que termina en 1917, no tenía ningún relieve. Veintenas de revolucionarios profesionales, si no centenares, habían hecho la misma clase de labor que él, unos mejor y otros peor. Los laboriosos investigadores moscovitas han calculado que durante el trienio 1906-1909, Koba escribió sesenta y seis proclamas y artículos periodísticos, o sea menos de dos al mes. Ninguno de estos artículos, que eran tan sólo una refundición de ideas ajenas para sus lectores del Cáucaso, fue traducido del georgiano ni reimpresso en los órganos importantes del Partido o de la facción. No hay artículo de Stalin ni referencia al mismo en ninguna lista de colaboradores de las publicaciones de San Petersburgo, Moscú o del extranjero en aquel período, legales o ilegales, ni de periódicos, revistas o antologías. Continúa considerado, no como escritor marxista, sino como propagandista y organizador de menor cuantía.

En 1912, cuando sus artículos comenzaron a aparecer más o menos regularmente en la Prensa bolchevique de San Petersburgo, Koba adoptó el seudónimo de Stalin, derivado de *staly* (acero), igual que antes Rosenfeld tomara el de Kamenev inspirándose en

la voz *ameny* (piedra): era moda entre los bolcheviques jóvenes elegir seudónimos que evocaran dureza. Los artículos con la firma de Stalin no atrajeron la atención de nadie: carecen de personalidad, como no sea lo burdo de la exposición. Fuera del estrecho círculo de dirigentes bolcheviques, nadie sabía quién era su autor, y apenas había quien se interesara por saberlo. En enero de 1913, Lenin escribió en una bien meditada nota sobre el bolchevismo, para la famosa obra de referencia bibliográfica de Rubakin: «Los principales escritores bolcheviques son: G. Zinoviev, V. Il'ch', Yu. Kamenev<sup>2</sup>, P. Orlovsky y otros.» No se le podía ocurrir a Lenin mencionar a Stalin entre los «principales escritores» del bolchevismo, aunque precisamente entonces se hallaba en el extranjero, consagrado a su artículo sobre «nacionalidades».

Stalin sale a relucir por primera vez a los ojos de la policía, como a los del Partido, no como una personalidad, sino como miembro del Centro bolchevique. En los informes de la gendarmería, como en las Memorias revolucionarias, no se le cita personalmente como iniciador, como escritor en relación con sus ideas o sus actos, sino siempre como parte de la máquina del Partido, como miembro del Comité local, como miembro del Comité Central, como colaborador de un periódico, como uno de tantos en una lista de nombres, y nunca en primer lugar.

No es chocante que se encontrara en el Comité Central mucho más tarde que otros de su edad, y no por elección, sino mediante cooptación.

Desde Perm dirigieron a Lenin, en Suiza, el siguiente telegrama: «Saludos fraternales. Salimos hoy para Petrogrado. Kamenev, Muranov, Stalin.» La idea de enviar el telegrama salió, naturalmente, de Kamenev. Stalin firmó el último. Aquella trinidad se encontraba ligada por lazos de solidaridad. La amnistía había liberado las mejores fuerzas del Partido, y Stalin pensaba turbado en la capital revolucionaria. Necesitaba de la relativa popularidad de Kamenev y del título de diputado de Muranov. Así, los tres llegaron juntos a un Petrogrado sacudido por la revolución. «Su nombre —escribe Ch. Windecke, uno de sus biógrafos alemanes— era entonces conocido en círculos limitados del Partido. No le saludaron, como saludó a Lenin un mes más tarde... una animada multitud con banderas rojas y música. No le saludaron, como dos meses después saludó a Trotsky, que acudía a toda prisa

<sup>1</sup> Lenin. — C. M.

<sup>2</sup> L. B. Kamenev. — C. M.

de América, una diputación que salió a recibirle a mitad de camino y le llevó a hombros. Él llegó sin aclamaciones ni ruidos y se puso a trabajar... Fuera de las fronteras de Rusia, nadie tenía idea de su existencia.»

## **ALIAS Y SEUDONIMOS DE STALIN**

Nombre: José Vissarionovich Djugashvili

Conocido también por:

J. Besoshvili

Chizhikov

David

Ivanov

Ivanovich

K. Kato

Ko

Koba (de un héroe de leyenda georgiano)

K. St.

Nizheradze

Ryaboi (apodo policíaco que significa *picado de viruelas*)

Soselo (diminutivo cariñoso de José)

Soso (diminutivo de José en georgiano)

Stalin (que significa *hombre de acero*)

Oganess Vartanovich Totomyants

Vassily

Vassilyev

# INDICE

## TOMO I

Capítulo Primero.— FAMILIA Y ESCUELA . . . . .	13
» II.— REVOLUCIONARIO PROFESIONAL . . . . .	43
» III.— LA PRIMERA REVOLUCIÓN . . . . .	83
» IV.— EL PERIODO DE REACCIÓN . . . . .	121
» V.— EL NUEVO DESPERTAR . . . . .	173
» VI.— GUERRA Y DESTIERRO . . . . .	221

## TOMO II

» VII.— EL AÑO 1917 . . . . .	5
» VIII.— COMISARIO DEL PUEBLO . . . . .	73
» IX.— LA GUERRA CIVIL . . . . .	113
» X.— LA GUERRA CIVIL (Continuación) . . . . .	163
» XI.— DE LA OSCURIDAD AL TRIUNVIRATO . . . . .	199
» XII.— HACIA EL PODER . . . . .	233
Suplemento I.— LA REACCIÓN TERMIDÓRICA . . . . .	259
Suplemento II.— «KINTO» EN EL PODER . . . . .	293
Apéndice.— TRES CONCEPTOS DE LA REVOLUCIÓN RUSA . . . . .	309

- 1 LA REVOLUCION PERMANENTE *por León Trotsky*
- 2 LA JUVENTUD DE LENIN *por León Trotsky*
- 3 EN DEFENSA DEL MARXISMO *por León Trotsky*
- 4 LA DOCTRINA ECONOMICA  
DE CARLOS MARX *por Carlos Kautsky*
- 5 BOLCHEVISMO Y STALINISMO  
Clase, partido y dirección  
A propósito del frente único *por León Trotsky*
- 6 BOLIVIA: DE LA ASAMBLEA POPULAR  
AL GOLPE FASCISTA *por Guillermo Lora*
- 7 EL ABC DEL COMUNISMO *por Nicolás Bujarin*
- 8 LA REVOLUCION ESPAÑOLA *por León Trotsky*
- 9 LA REVOLUCION TRAICIONADA *por León Trotsky*
- 10 RESULTADOS Y PERSPECTIVAS  
Tres concepciones de la revolución rusa *por León Trotsky*

- 11 STALIN, EL GRAN ORGANIZADOR  
DE DERROTAS (La III Internacional  
después de Lenin) *por León Trotsky*
- 12 ¿ADONDE VA INGLATERRA?  
Europa y América *por León Trotsky*
- 13 VIDA Y MUERTE DE LEON TROTSKY *por Victor Serge*
- 14 LITERATURA Y REVOLUCIÓN *por León Trotsky*
- 15 REVOLUCION Y FOQUISMO  
Balance de la discusión  
sobre la desviación "guerrillera" *por Guillermo Lora*
- 16 STALIN *por León Trotsky*

Impreso en Talleres Gráficos GRAN S.R.L.  
Paraguay 846 – Septiembre de 1975  
Buenos Aires – Argentina